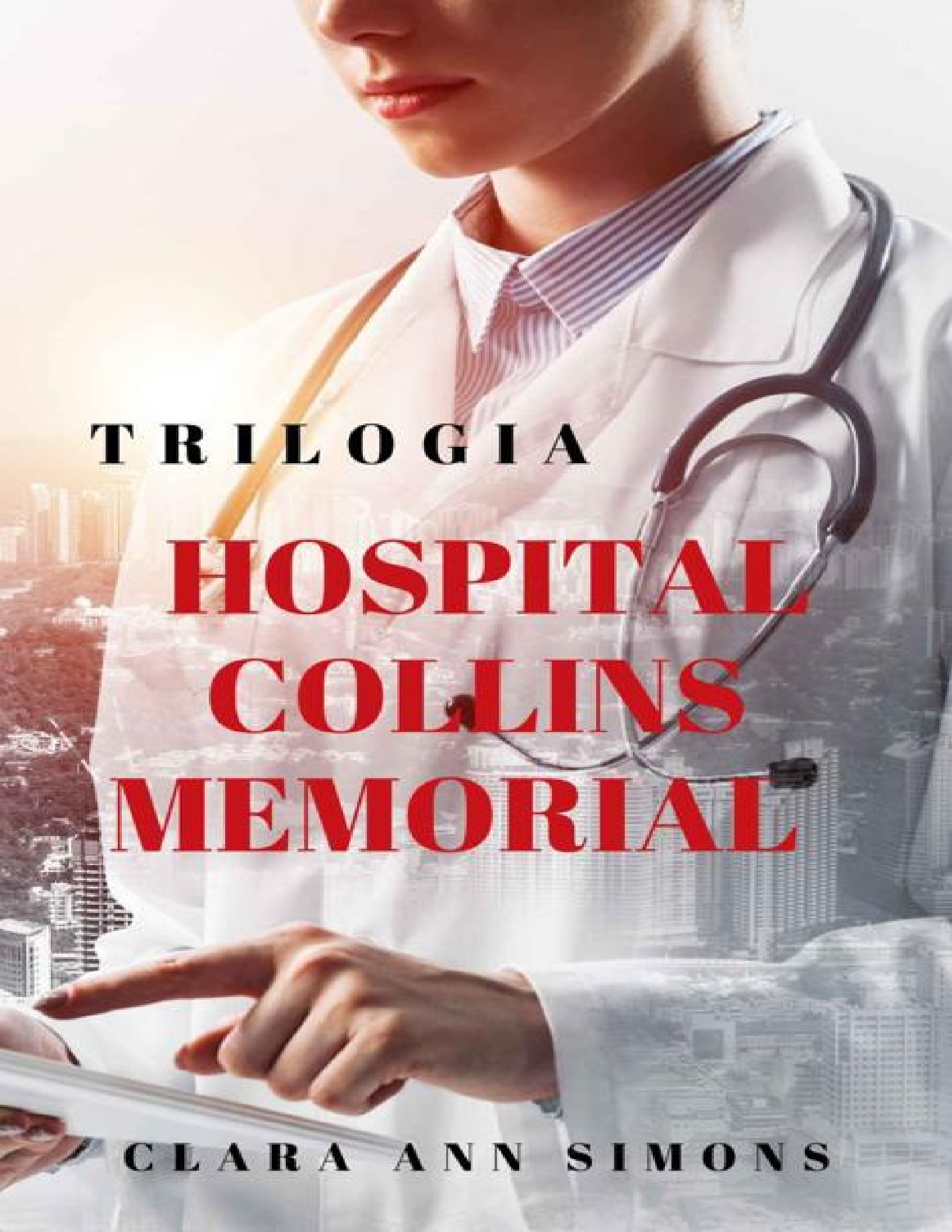


A close-up photograph of a doctor, likely a woman, wearing a white lab coat over a striped shirt. A stethoscope is draped around her neck. She is holding a tablet computer with her right hand, pointing at the screen. The background is a blurred city skyline with tall buildings under a bright, hazy sky. The text is overlaid on the image.

TRILOGIA

**HOSPITAL
COLLINS
MEMORIAL**

CLARA ANN SIMONS

TRILOGÍA HOSPITAL COLLINS MEMORIAL

Clara Ann Simons

TRILOGÍA HOSPITAL COLLINS MEMORIAL
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 por Clara Ann Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Registrado el 21/08/2024 con el número 2408219178462

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito por lo que no es apta para menores de 18 años o la edad legal del país del lector, o bien si las leyes de tu país no lo permiten.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

LIBRO 1
Doctora Park

Clara Ann Simons

Doctora Park
Clara Ann Simons

Copyright © 2022 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 21/05/2022 con el número **2205211186385**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito por lo que no es apta para menores de 18 años o la edad legal del país del lector, o bien si las leyes de tu país no lo permiten.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

Prólogo

Ayer me dijeron que habías muerto. Tu corazón dijo basta. Había aguantado mucho desde aquella operación y ya no pudo más. La muerte te arrulló mientras dormías y seguramente ni te diste cuenta.

Si te soy sincera, no sé si me hubiese gustado despertar junto a ti y encontrarte sin vida, dormida para siempre. Aun así, me siento triste por no haber estado a tu lado en ese momento.

Siento que te vayas a perder la ceremonia de graduación de nuestra hija. Sabes que te adora y que eres el espejo en el que se mira; será una gran cirujana, como tú. Has sido la mejor madre que podría tener y la mejor esposa para mí.

Deseo que tengas razón, que haya otra vida después de esta y que un día nos volvamos a ver.

Ese día te diré que lo has sido todo para mí; la persona más importante de mi vida, mi compañera durante los últimos treinta años... mi alma gemela.

Ahora no sé cómo seguir adelante sin ti, ni siquiera si tengo ganas de hacerlo.

En muchas ocasiones, recomiendo a los familiares de mis pacientes escribir una carta a la persona que nos deja. Tú me lo enseñaste en la facultad de medicina.

Esta es mi carta para ti.

Todo empezó hace ahora treinta años...

Capítulo 1

Los Ángeles - 30 años antes.

Con un fuerte golpe sobre el volante, maldigo mi mala suerte mientras me salto un semáforo en rojo para girar a la izquierda en Burbank Boulevard. Ya llego con bastante retraso y espero que la policía no me pare por el camino, eso solamente conseguiría retrasarme aún más.

Había planeado salir diez minutos antes, pero como de costumbre, me fui entreteniendo y ahora estoy parada en el atasco típico de la hora punta en esta ciudad. Dejando escapar un largo suspiro de resignación, me inclino para coger el termo que descansa en el portavasos a mi derecha y tomar un sorbo de café solo.

Esta mañana necesito una sobredosis de cafeína como el mismo aire que respiro. Con varios años de experiencia como cirujana, debería saber lo importante que es una buena noche de descanso antes de las maratónicas jornadas de trabajo. Aun así, esta noche ha sido diferente, un duermevela continuo, dando vueltas sobre mí misma sin poder conciliar el sueño.

Hace semanas que no duermo en mi propia cama. Últimamente, pasaba todas las noches con Martina. Su casa en Woodland Hills está mucho más cerca del hospital que la mía en Canoga Park. Sin embargo, ahora que ya no estamos juntas no tiene sentido seguir quedándome en su apartamento.

¿Habíamos estado realmente juntas alguna vez?

No lo sé. Más allá del sexo ocasional o de la amistad, no creo que haya sentido nunca nada por ella. A los ojos de terceros éramos casi la pareja perfecta, pero entre nosotras no había ninguna chispa, supongo que mantenía tranquila a mi madre y eso ya era bastante. Sea como fuere, dormir en mi propia casa me resulta ahora muy extraño, tendré que volver a adaptarme a ello.

Llego al hospital con poco más de veinte minutos de retraso y me sorprendo al ver a las enfermeras corriendo de un lado para otro, reorganizando de manera frenética todo el tablero donde se planifican las operaciones. Normalmente, nuestro ritmo de trabajo ya es de locos en un día normal, pero esto me parece un tanto excesivo.

—¿Ha ocurrido algo? —inquiero al ver pasar a Gabi junto a mí.

Gabriela es la enfermera jefa del área de cirugía y una de mis mejores amigas desde que me he transferido desde Boston hace poco más de seis meses. Quería un hospital más pequeño, un lugar en el que pudiese tomar más responsabilidades desde el principio para avanzar en mi carrera.

—Buenos días, marmota, tienes una operación dentro de una hora en el quirófano cuatro. Es sencilla, Joe te dará todos los detalles. Por favor, no te demores mucho porque tendrás que hacer varias esta mañana —añadió Gabi sin ni siquiera mirarme.

—¿Pasa algo? —insisto al observar su extraña actitud.

—Phil ha renunciado —responde Gabi sin detenerse.

—¿Qué? —pregunto confusa, tratando de hacerme a la idea de lo que acaba de decir, pero sin que mi mente sea capaz de procesar esa información.

Phil es el jefe del área de cirugía general y la persona que me fichó para trabajar en este

hospital. Le tengo especial cariño porque ha confiado en mí desde el principio, a pesar de tener menos experiencia que otros cirujanos del centro. En Boston tuve la oportunidad de trabajar con algunos de los mejores cirujanos del mundo, pero tan solo les ayudaba. En este pequeño hospital de Los Ángeles, en cambio, Phil me ha dado la oportunidad de llevar a cabo operaciones bastante complicadas, permitiéndome ganar en experiencia y seguridad.

—Ha dicho que le gustaría hablar contigo, está en su despacho —añade Gabriela—y espabila, por lo que más quieras, no llegues tarde al quirófano, por favor. Te veo a las doce en la cafetería, ahora tengo que rehacer todo el horario y estoy demasiado estresada para hablar.

Con un largo soplido, miro instintivamente el reloj, dirigiéndome con grandes zancadas al despacho de nuestro jefe de cirugía, doblando el pasillo hacia la derecha y abriendo la puerta sin ni siquiera molestarme en llamar.

—¿Qué ocurre, Phil? —pregunto con el corazón en un puño.

Se detiene un instante, levanta la vista hacia mí y en su mirada puedo observar que se trata de algo grave. Las grandes bolsas que aparecen bajo sus ojos me indican que no ha pegado ojo en toda la noche y su semblante se ha tornado triste. Es como si le hubiesen echado encima diez años de golpe.

—Es Kat, mi mujer —me explica mientras cierro la puerta de su despacho para tener intimidad —ayer nos han confirmado el diagnóstico de Alzheimer. Está bastante avanzado —añade bajando el tono de voz al pronunciar esa última frase.

Cierro los ojos y dejo escapar el aire mordiendo mi labio inferior. Phil estaba muy unido a su esposa y ha tenido que ser un duro golpe para él.

—Tendría que haberme dado cuenta antes. ¡Soy médico, joder! —se queja mi jefe guardando con cuidado uno de sus diplomas en una caja de cartón que ha colocado sobre su escritorio.

Me acerco a él con pequeños pasos, alzando las cejas y acariciando su brazo derecho para tratar de darle ánimos, sin saber muy bien qué decir salvo que no debe culparse por ello. Siempre he sido mala con los sentimientos, nunca se me han dado bien y en este tipo de situaciones me quedo a menudo sin palabras.

—Su memoria había empeorado últimamente. Empezó olvidando cosas sencillas como dar de comer a Luna, nuestra gata. Hace poco no pudo recordar los detalles de cuando le propuse matrimonio en Nueva York, en la azotea de una de las Torres Gemelas, años antes de que fuesen destruidas. Ni siquiera podía recordar los sucesos del 11-S. La pasada semana, cuando vimos juntos la serie de “Médicos de Urgencia” en la tele, no pudo seguir la trama —se queja Phil apartando la mirada para que no pueda ver sus ojos humedecidos.

—Para ser justos, a mí también me cuesta seguir la trama de esa serie —dejo escapar tratando de enfriar el ambiente y dándome cuenta de inmediato de que no es el momento adecuado. Al menos parece que Phil ni siquiera me ha escuchado y continúa hablando.

—A veces, estaba lavando los platos y los dejaba a medias con el grifo abierto. Se olvidaba de tomar sus pastillas para el corazón. En los últimos meses, le costaba realizar cálculos básicos como el dinero que necesitaba para la cesta de la compra o se perdía al volver a casa. Joder, no le di importancia, siempre sumido en mi trabajo, lo achaqué a lo distraída que había sido siempre y he perdido un tiempo precioso junto a ella. No me lo perdonaré nunca —confiesa Phil entre suspiros, apartando con el dedo índice una lágrima que rueda por su mejilla.

—No puedes culparte a ti mismo, Phil. Es lo que tiene nuestra profesión, prácticamente

vivimos en el hospital, pero a cambio salvamos vidas —tercio repitiendo como un mantra la misma frase que me digo a mí misma casi a diario.

—Se lo he dado todo a este hospital, Laura. Todo lo que tenía —admite el cirujano jefe negando con la cabeza—. Mi trabajo era toda mi vida y descuidé a mi esposa. Ahora debo centrarlo todo en Kat, tengo que prestarle toda mi atención mientras su cabeza siga funcionando. Se lo debo —explica con mirada triste.

Le observo con una expresión entre lástima y tristeza sin saber muy bien qué decir. Ojalá pudiese ser más empática como Arya. A ella no se le escaparían ahora las palabras.

—Te voy a poner al frente del departamento de cirugía general —dice mi jefe de pronto.

—¿Qué? Phil, tengo veintisiete años. Tendría en contra casi de inmediato a la mitad de mis compañeros —le advierto con el corazón en un puño.

—Sería solo de manera temporal, unos meses hasta que sepamos si vuelvo o no. En cualquier caso tu currículum es excelente, te has formado con los mejores, tanto en tu hospital en Boston como antes en Harvard —explica mi jefe—. Nadie trabaja más duro que tú ni le dedica más horas. Estoy seguro de que Andrew y el consejo de administración te darían el puesto de forma permanente si yo no vuelvo y tú lo deseas.

—No sé qué decir —reconozco bajando la voz.

—Tan solo prométeme una cosa, Laura —interrumpe Phil antes de salir por la puerta y abandonar su despacho—. En estos seis meses he llegado a conocerte bien y te pareces demasiado a mí. Te importa más tu trabajo que cualquier otra cosa en la vida, mucho más que Martina.

—Phil, yo... —trato de explicar antes de que mi jefe siga hablando.

—Solo recuerda que tu trabajo no es tu vida. Tú no eres este hospital, ni tus logros profesionales. Tampoco le debes tu vida a los pacientes por muy importantes que sean para nosotros. Ante todo eres una persona, eres un ser humano y no vivirás para siempre. No sigas mis pasos, Laura. Tendemos a pensar que siempre habrá tiempo de disfrutar cuando nos jubilemos o durante las vacaciones, pero la vida da muchas vueltas y ahora estoy perdiendo a mi esposa —admite Phil con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo tendré en cuenta —le aseguro.

—Laura, el amor importa. La familia importa. Martina es una gran chica, no la acabes perdiendo, dedícale atención antes de que se vaya —se despide el que es ya mi antiguo jefe.

Cerrando los ojos, suspiro hondo y permanezco quieta durante unos instantes mientras veo su silueta perderse por el largo pasillo, sin ni siquiera atreverme a decirle que Martina ya es historia. Se ha ido para siempre de mi vida.

Capítulo 2

—Más vale que metas algo de comida en el cuerpo —insiste Arya cuando estoy a punto de introducir una moneda en la máquina de café del pasillo.

La mañana está siendo de lo más estresante que recuerdo. Si a eso le juntamos que no he dormido bien, el resultado es que necesito meter cafeína en el cuerpo de manera urgente. La repentina renuncia de Phil ha puesto el departamento patas arriba y como nueva jefa interina, es mi labor lidiar con toda la mierda que está surgiendo sin posibilidad de darme tregua.

—Arya, acabo de salir del quirófano y tengo otra operación programada para dentro de una hora. Joder, no tengo tiempo, ahora mismo la cafeína es mi prioridad, no la comida —me quejo mientras espero a que el preciado líquido oscuro caiga sobre un vaso de plástico.

—Si mueres de hambre en el quirófano no será bueno para nadie y menos para mí que me tocará terminar tu cirugía, capulla. Además, me has jurado que sería la madrina de tu primer hijo, así que no la puedes palmar —bromea mi amiga.

Sin ni siquiera darme la oportunidad de responder ni protestar, me coge con fuerza por el codo y prácticamente me arrastra hasta el ascensor que lleva a la primera planta, donde tenemos una pequeña cafetería para el personal sanitario del hospital.

No intento discutir con ella. Un año mayor que yo, Arya tiene una personalidad demasiado fuerte, pero también un inmenso corazón de oro. En el fondo nos parecemos mucho, nuestros padres inmigraron a los Estados Unidos en busca de las oportunidades que se les negaban en sus países de origen. En el caso de Arya desde la India y en el mío desde Corea del Sur.

Ambas nacimos en los Estados Unidos, pero fuimos educadas en la competitividad característica de los padres que han inmigrado desde Asia. Siempre empujándonos para asegurarse de que llegaríamos alto, siempre queriendo que un día pudiésemos disfrutar del estilo de vida que a ellos se les negó.

Durante el breve trayecto desde la máquina de café hacia el ascensor, hablamos sobre la oportunidad que puede suponer para mí hacerme cargo de la jefatura de cirugía, aunque sea de manera temporal.

Al ser las dos cirujanas más jóvenes del departamento, los posibles cambios y mejoras a introducir siempre han sido uno de nuestros temas favoritos en las charlas a la hora de comer o del café. Arya, además, tiene ideas muy originales y prácticas que se podrían ejecutar con relativamente poco dinero. Otra cosa será vencer las reticencias de los cirujanos más veteranos, que se han acomodado en su manera de hacer las cosas y nos ven como una amenaza.

Ya en el ascensor hacia el primer piso, observo la típica sonrisa en su rostro, esa que he visto en multitud de ocasiones y que, por desgracia, se convierte demasiado pronto en lágrimas sobre mi hombro.

—Ayer has conocido a alguien, ¿verdad? —pregunto alzando las cejas aunque ya conozco la respuesta más que probable.

—Se llama Paula, la conocí por una app de ligues —responde Arya alzando ligeramente la voz con emoción—. Fuimos juntas a tomar algo y luego a cenar a un restaurante japonés.

—Estupendo —respondo un poco seca.

—Luego se quedó por la noche en mi casa —explica mi amiga arqueando las cejas.

—No esperaba menos de ti, estás hecha toda una rompecorazones —bromeo meneando la cabeza.

—Joder, es perfecta. Es instructora de Yoga y es...bueno, flexible...muy flexible... ¿sabes lo que quiero decir? —inquire Arya apretando mi brazo.

—Creo que es difícil no hacerse una idea. De verdad, no hace falta que me des detalles, puedes ahorrártelos —añado llevándome una mano a la frente.

—Pero no me interesa solo por el sexo. Es una mujer muy inteligente y con nuestro trabajo es difícil encontrar a una pareja que no se sienta intimidada por nosotras. Puedo hablar con ella de todo. Es sensible, divertida, guapa, creo que esta vez podría ser...

—La definitiva —interrumpo terminando la frase por ella mientras me fulmina con la mirada.

—Joder, ¡qué capulla eres! De verdad, por el simple hecho de que tú no creas en el amor, no hace falta que tengas que echar abajo las esperanzas de las demás personas —se queja Arya alzando los ojos hacia el techo del ascensor.

—Lo siento. Perdona, es que llevo una mañana demasiado estresada —me disculpo acariciando su brazo derecho—. De todos modos, no es que no crea en el amor, es que no creo en tus flechazos de primera noche porque sé que luego te van a hacer daño —le explico.

—Eres una idiota.

—Tan solo quiero decir que Jill también parecía que iba a ser la definitiva y Naomi, y Julia —puntualizo bajando la voz al darme cuenta de que le estoy haciendo daño.

—Paula es...

—¿Diferente? —interrumpo encogiendo los hombros y dejando escapar un suspiro—. No pretendo decepcionarte, de verdad, Arya. Tan solo deseo lo mejor para ti, pero no quiero que te hagan daño y tienes la tendencia a enamorarte muy fácilmente. Quizá sería mejor ir poco a poco y ver hacia dónde te lleva tu relación, no echar toda la carne en el asador la primera semana y luego llevarse una decepción si no se cumplen tus expectativas.

En esos momentos el ascensor se detiene e interrumpimos instintivamente nuestra conversación. A sus veintiocho años, Arya tiene las hormonas de una adolescente y es tremendamente enamoradiza. El hecho de que sea una mujer preciosa, inteligente, simpática y encima médica no ayuda, porque en cuanto sale de fiesta, que es siempre que puede, acaba con una nueva pareja y convencida de que será el amor de su vida.

Tan solo espero que alguna de esas mujeres lo termine siendo y siente la cabeza de una vez por todas porque no me gusta verla sufrir cuando sus relaciones salen mal. O cuando se vuelven tóxicas. Hay gente que tiene mala suerte en el amor, y Arya es una de esas personas.

Cuando por fin llegamos al primer piso y estamos a punto de salir del ascensor para dirigirnos hacia la pequeña cafetería, nos cruzamos a una elegante mujer de cabello rubio recogido en una cola de caballo que llama de inmediato mi atención.

—¿Laura?

—Profesora, no esperaba encontrarla en este hospital, es una agradable sorpresa —respondo con educación, quedándome sin palabras al encontrarme frente a frente con mi antigua mentora en la facultad de medicina de Harvard.

Capítulo 3

Sacudo ligeramente la cabeza mientras trato de reaccionar, sorprendida todavía de encontrarme con mi antigua profesora en este hospital. Con torpeza, aprieto el brazo de Arya para hacer una rápida presentación.

—Doctora McKenna, esta es Arya, quiero decir...la doctora Kumari, trabajamos juntas como cirujanas en este hospital. Arya, ella es la doctora McKenna.

Por unos instantes el reloj parece detenerse y mi mente vuelve a un tiempo pasado. Regreso a la facultad de medicina de Harvard y a las clases con la doctora McKenna cuando soñaba con llegar a ser un día como ella.

Por fortuna, Arya tiene buenos reflejos y se lanza hacia delante poniendo su mano derecha ante las puertas del ascensor, evitando así que se cierren antes de que podamos salir. Mis ojos parecen haberse acoplado a los de la doctora McKenna porque ninguna de las dos hemos sido capaces de reaccionar ni movernos.

—Encantada de conocerte doctora Kumari, un placer volver a verte de nuevo, Laura. Si me disculpáis, tengo una importante reunión —dice mi antigua profesora adentrándose en el ascensor con paso decidido.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, dejo escapar un suspiro de preocupación y mi mente da vueltas sin cesar. Este no es el típico hospital en el que te podrías encontrar a Daniela McKenna, no hacemos nada especial con respecto a cirugía y simplemente estamos en una liga muy diferente a la suya. Lo único por lo que destaca mi hospital es por el área de oncología, que está considerada una de las mejores del país.

En cualquier caso, si Daniela McKenna está aquí y, según sus propias palabras, tiene una importante reunión, tan solo puede significar una cosa: el cabronazo de nuestro director médico quiere fichar a una cirujana de renombre para sustituir a Phil. Joder, no me han dado ni un solo día para probar que puedo dirigir el área de cirugía y ya están buscando un reemplazo.

Desde hace tiempo, el consejo de administración del hospital está intentando traer a doctores de renombre para llamar la atención de la prensa y de posibles inversores. Desde luego, Daniela McKenna cumpliría a la perfección con ese perfil. Es una de las cirujanas más famosas del país y sus técnicas quirúrgicas se estudian en las facultades de medicina de medio mundo.

—¿Doctora McKenna? ¿Como en Daniela McKenna? —pregunta Arya deteniéndose de golpe.

—Sí —respondo con sequedad.

—¿Tu profesora fue Daniela McKenna? ¿La de la técnica McKenna para los trasplantes de corazón? —vuelve a insistir apretando fuertemente mi muñeca.

—Ya te he dicho que sí.

—¡Qué poco has aprovechado sus enseñanzas, joder! —bromea mi amiga llevándose una mano a la frente y aparentando estar muy decepcionada.

—¡Eres gilipollas! —respondo cogiendo un plátano de uno de los estantes de las frutas y una botella de zumo de naranja.

—Está buenísima, ¿no tenías fantasías con ella cuando te daba clase? Espera, no has estado liada con ella, ¿verdad? Lo digo porque te miraba un poco raro —expone Arya al

tiempo que paso la tarjeta de crédito por el lector para pagar la comida de ambas.

—Eres idiota, joder. Era mi profesora y nunca me hizo demasiado caso. Además, nos saca unos quince o veinte años.

—Pues yo me la llevaba ahora mismo a la sala de descanso y dejaba que me hiciese lo que ella quisiera —bromea Arya mordiendo su labio inferior y alzando las cejas.

—¿Te he dicho ya que eres una guarra?

—Muchas veces. ¡Joder, Daniela McKenna de profesora! Tiene que ser muy fuerte —expone mi amiga pegando un mordisco a su manzana.

—¿La doctora McKenna fue tu profesora? —pregunta una voz a nuestras espaldas.

Ambas nos giramos sorprendidas, saludando a Sofía que se encuentra junto a la máquina de café.

—Pareces agotada —exclamo al observar las bolsas bajo sus ojos y su rostro cansado, dando gracias al mismo tiempo de que me permita cambiar de conversación.

Sofía no contesta, pero el suspiro de resignación que deja escapar de sus labios responde por ella mejor que un millón de palabras.

—¿Las cosas no van bien por oncología? —pregunto acariciando su brazo izquierdo.

—Las cosas nunca van bien por oncología, hablando en general, no de pacientes particulares. No sé si algún día me acostumbraré a esto, sobre todo cuando veo llegar a los niños —admite Sofía bajando la mirada mientras vierte el café en una jarra.

—¿Quieres tomar algo y hablamos?

—Tan solo venía a por esto —dice señalando a su jarra de café solo—quedamos a la hora de comer, ahora tengo una reunión muy importante.

Mientras observo su silueta alejarse de nosotras en dirección al ala de oncología, sus palabras retumban en mi mente. Sofía es una oncóloga muy prometedora. A pesar de tener tan solo treinta y dos años, ya está reconocida como una de las mejores doctoras jóvenes en su campo. Ama su trabajo como la que más y se deja el alma en cada caso, aunque muchas veces nos ha comentado lo duro que se hace cada vez que pierde un paciente. O lo triste que es ver a los niños con cáncer.

—Yo también me voy, quiero hablar con Andrew —exclamo de pronto engullendo el resto del zumo de naranja y tirando la botella en un cubo de basura que hay a nuestra derecha.

—¿Para qué quieres hablar con el gran jefe? —inquire Arya extrañada.

—Porque es un hijo de puta.

—Espero que no le vayas a decir eso porque ya te veo cambiando de hospital. ¿Me puedes explicar qué te pasa ahora? —insiste mi amiga.

—Joder, que Daniela McKenna esté en este hospital tan solo puede significar una cosa. Andrew la ha tenido que llamar para intentar convencerla de que se haga cargo del área de cirugía. Cumpliría a la perfección el perfil de médico de prestigio que buscan los del consejo de administración. No me han dejado ni un puto día para demostrar si puedo hacerme cargo del puesto de Phil. Son una pandilla de cerdos —me quejo golpeando la pared con la palma de mi mano.

—¿Quieres relajarte? Eso es completamente imposible —me tranquiliza mi amiga—. ¿Cómo iban a pagar su sueldo? No es por nada, pero no estamos a su nivel. Además, ¿tú crees que iba a dejar sus clases en Harvard para venir a trabajar a Los Ángeles? ¿A este sitio? Ni de coña, necesita trabajar en un centro de Boston.

—Voy a hablar con Andrew, con un poco de suerte pillaré a Daniela en su despacho y

eso confirmará mis sospechas —insisto llamando con insistencia al ascensor.

Arya no intenta frenarme porque sabe de sobra que cuando se me mete una cosa en la cabeza es mejor no discutir conmigo. Soy terca como una mula, supongo que no es una de mis mejores virtudes.

Recorro los pasillos del tercer piso como una exhalación, dando grandes zancadas hasta que llego al despacho del director del hospital donde tengo que contenerme para llamar a la puerta y no entrar de golpe.

Cuando me indica que entre, abro la puerta con más fuerza de la necesaria y observo la mirada de sorpresa en los ojos de nuestro director. Al menos, mi antigua profesora no está con él.

—¿En qué puedo ayudarte, Laura? —pregunta extrañado.

—Solo será un minuto de tu tiempo, tengo que prepararme para una operación —le respondo inspirando profundamente y dejando salir el aire poco a poco para intentar calmarme.

—Tú dirás.

—¿Estás intentando fichar a Daniela McKenna? —suelto de golpe, sin más preámbulo.

—¿Qué?

—Joder, ni siquiera me habéis dejado un día para demostrar que puedo llevar el departamento de cirugía general y ya estáis intentando fichar a la doctora McKenna. Sé que puedo hacerlo, Andrew, tan solo necesito que me deis una oportunidad, que confiéis en mí, solo pido eso —insisto casi suplicando.

—Que yo sepa, nadie nos ha entregado una donación millonaria para fichar a Daniela McKenna. Y sé que eres capaz de dirigir el departamento. A pesar de tu edad estás muy preparada, confío plenamente en ti y el consejo de administración también. Cuando Phil propuso tu nombre, nadie puso ninguna pega. Ahora, ¿me puedes decir a qué viene todo esto?

—Acabo de cruzarme con Daniella McKenna en el primer piso, junto a la cafetería —le explico.

—¿La doctora McKenna está en el hospital? ¿La de la técnica McKenna para los trasplantes de corazón? —pregunta extrañado mientras se quita las gafas y me mira fijamente.

—Es lo que te acabo de decir.

—Joder, no lo sabía, ¿y qué hace aquí? —insiste nuestro director.

—Yo qué sé, Andrew, tú diriges el hospital. Si alguien ha contactado con la doctora McKenna deberías saberlo —respondo mirando el reloj con insistencia para que no se me haga tarde.

—Me habían dicho que está tomando un año sabático para escribir un libro o algo así, pero nada más. Espera, ha sido profesora tuya, ¿verdad? —inquieta en un tono de voz que no me gusta nada.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Sería un comienzo muy meritorio que como nueva jefa de cirugía pudieses convencer a Daniela McKenna de dar una charla de formación en el hospital. Atraería la atención de posibles inversores y es justo el tipo de actividades mediáticas que busca el consejo de administración —responde Andrew alzando las cejas.

—Jefa de cirugía interina —puntualizo.

—Ganarías muchísimos puntos con el consejo de administración —insiste pasándose una

mano por la barbilla.

—Veré lo que puedo hacer —le aseguro más para zanjar la conversación que porque esté convencida de poder hacerlo o de querer intentarlo.

Mientras me dirijo hacia la zona de quirófanos para la siguiente operación, mi mente es un avispero de ideas. Por si no tuviese ya bastante con la carga de cirugías que tenemos en estos momentos y con intentar dirigir el departamento, ahora quieren que localice a mi antigua profesora y le pida que dé una charla que no le podremos pagar.

Había elegido transferirme a un hospital más pequeño, precisamente para evitar la burocracia. Quería trabajar en un lugar que no pusiese el dinero y el prestigio por encima de las vidas humanas, pero veo que llevamos el mismo camino que en mi antiguo trabajo de Boston.

Capítulo 4

Pasando la mano por la barbilla, hago una pausa y trato de decidir la mejor opción sin ser capaz de tomar partido por ninguna de ellas. Medito los pros y los contras de la decisión hasta que una voz tras de mí me interrumpe.

—Buah, tiene que ser sin duda la decisión más difícil de tu vida —bromea Arya impaciente.

—Tu nueva novia te está volviendo todavía más gilipollas de lo que eras antes —espeto entornando los ojos.

—Joder, Laura, es solamente comida, pide lo primero que se te ocurra que nos tienes a todas esperando a que te decidas —demanda mi amiga señalando hacia el mostrador de la cafetería.

—Está bien, pollo a la plancha, sin las patatas y sin nada de sal y zumo de manzana orgánico, por favor —respondo ante la mirada de resignación de la camarera, que cualquier día de estos me tirará la bandeja a la cabeza por todo el trabajo extra que le doy.

Tras pasar la tarjeta de crédito, recibo una pequeña banderita con el número 5 y me dirijo junto con Arya a una de las mesas. Sofía ya se encuentra esperando por nosotras mientras se afana por teclear algún mensaje en su teléfono móvil.

—Joder, cada vez que tienes que pedir comida es peor que si estuvieses decidiendo con quién te vas a casar —se queja Arya meneando la cabeza.

—Algunas personas nos tomamos la alimentación muy en serio —respondo con un bufido.

—Es que un día se van a negar a servirte por las colas que le montas a la pobre mujer. Todos tenemos el tiempo justo para comer y tampoco es que sea una situación de vida o muerte —añade mi amiga.

En ese momento observamos que Sofía se retuerce en su silla de manera incómoda.

—¿Podemos no hablar de situaciones de vida o muerte, por favor? —suspira Sofía poniendo su teléfono móvil sobre la mesa.

Sonrío para animarla y acaricio su brazo derecho con delicadeza. A medida que va tomando más y más responsabilidades dentro del área de oncología, Sofía empieza a estar muy quemada. Según lo que he escuchado a Andrew, el director del centro, y a otros médicos, tiene talento para llegar a ser alguien muy importante en su especialidad, pero empieza a afectarle demasiado.

—Lo siento, chicas, tratar a diario con pacientes de cáncer me está haciendo mella —se disculpa la oncóloga.

—¿No lo esperabas ya cuando hiciste la especialización? —pregunta Arya confusa.

—Sí, lo esperaba y estoy bastante preparada para ello, pero a veces es como una montaña rusa. Cuando un paciente se cura por completo, sientes un subidón de adrenalina enorme y en el caso contrario...

—¿Sigues pensando en el niño que se os fue la semana pasada? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí, no puedo evitarlo. Nada te prepara para ese tipo de cosas y hoy me ha entrado un caso que me estresa mucho.

Las tres nos quedamos en silencio tras esa última frase, sabemos lo mucho que le afectan

los casos cuando se trata de niños y su voz se ha quebrado al responder. Tanto que casi se me saltan las lágrimas al observar su sufrimiento.

—¿Tostada de aguacate? —pregunta un joven camarero rompiendo la tensión que reina en el ambiente.

Sofía levanta su mano y sonríe, sus ojos aún humedecidos, mientras el camarero coloca sobre la mesa un plato con unas tostadas de pan integral untadas en aguacate y una botella de agua.

—Va a resultar que la única que no se toma en serio su alimentación eres tú —recrimino a Arya alzando las cejas y señalando con la barbilla a las tostadas integrales de la oncóloga.

—El día que me dé un infarto cuento contigo para que me salves la vida —bromea Arya sacándome la lengua antes de clavar el tenedor en un grueso filete de carne con queso azul por encima.

Pronto, la conversación gira hacia temas más divertidos para ellas y más comprometedores para mí.

—¿Qué tal la vida sin Martina? —pregunta Sofía en tono inquisitivo.

—Supongo que bien. Se me hace extraño estar sola en casa y el tiempo extra hasta llegar al trabajo es un engorro, pero por lo demás bien. Ya sabéis que no era una relación romántica de esas de las películas ni nada por el estilo —les explico encogiéndome de hombros.

—Ya, lo tuyo con Martina era casi como lo nuestro, salvo que de vez en cuando follabais, ¿no? —espeta Arya dando buena cuenta de su filete de carne.

—Tampoco creas que lo hacíamos mucho últimamente, pero sí, más o menos. Bueno, éramos como dos compañeras de piso que compartíamos gastos y nos acostábamos de vez en cuando, pero no había complicidad alguna ni deseo sexual, al menos por mi parte —les explico.

—¿Por Arya lo tienes? —pregunta Sofía atragantándose con una de las tostadas.

—¡No, joder! —me apresuro a contestar poniéndome roja como un tomate.

Según Arya, ella y yo tenemos una relación poliamorosa asexual. Lo cierto es que desde que nos conocimos tras mi traslado desde Boston, nos hemos llevado de maravilla. Poco a poco, hemos ido ganando mucho en intimidad y a ambas nos gustan los mimos, con lo que no es raro que acabemos una en los brazos de la otra cada vez que nos quedamos a solas, cubriéndonos de besos y mimos que no pasan nunca de ahí.

Yo ni siquiera me había planteado que pudiese tener una etiqueta hasta que Arya lo mencionó. Para mí, éramos simplemente dos buenas amigas a las que nos gustaba darnos cariño, algo que le ha dado más de un quebradero de cabeza a Arya con alguna de sus novias. Entiendo que hayan sufrido ataques de celos aunque nunca hayamos hecho nada ni tengamos pensado hacerlo. En el caso de Martina, mi ex, supongo que le daba igual y si le importaba nunca dijo nada al respecto.

—¿Qué tal como jefa del departamento? ¿Seguirás quedando con nosotras o empezarás a ir con la gente importante? —bromea Sofía sacándome de mis pensamientos.

—¡No seas idiota! Soy jefa interina y me está creando un estrés que no te puedes ni imaginar. Llevo poco más de seis meses en este hospital y a los médicos veteranos les cuesta demasiado aceptar cualquier sugerencia mía, ya no lo llamo orden porque trato de ser muy cuidadosa de momento. Al final, como no me den el puesto y traigan a alguien de fuera con renombre, me va a dar algo —admito todavía pensando en que no puede ser una coincidencia que mi antigua profesora de Harvard estuviese en nuestro hospital.

—¿Qué tal se ha tomado tu madre lo de la ruptura? —insiste Arya dispuesta a no dejarme descansar ni un momento.

Tomo una gran bocanada de aire y lo dejo escapar poco a poco antes de reconocer que mi madre se ha alegrado de mi ruptura. Haga lo que haga, a pesar de lo que he conseguido ya, siempre le parece poco. Ser cirujana no es suficiente para ella, quiere que al mismo tiempo le dé varios nietos sin entender que el trabajo que he elegido, si quiero hacerlo bien y llegar alto en mi profesión, me dificulta bastante lo de ser madre, al menos los primeros años.

—Típico de las madres asiáticas —resopla Arya negando con la cabeza.

—¡Qué me vas a contar! —reconozco poniendo los ojos en blanco.

Arya entiende bien por lo que paso con mi madre porque a ella le ocurre lo mismo con los suyos. En su caso, sus padres emigraron desde la India, los míos desde Corea del Sur. Entiendo que se han sacrificado mucho para venir a los Estados Unidos, dejando atrás a su familia y todo lo que conocían con tal de darles a sus hijas unas oportunidades que allí no habríamos tenido. Aun así, debe haber un término medio y la presión a la que ambas hemos sido sometidas desde que éramos unas niñas no es normal.

—¿Ya conocen tus padres a la monitora de yoga? —pregunto para cambiar de tema y devolverle la pelota a Arya, aunque sé que sus padres llevan igual de mal que mi madre las relaciones lésbicas.

—Le he pedido que se venga a vivir conmigo algunos días. He despejado parte del armario para ella, ya sabes, por si quiere dejar algunas de sus cosas. Algo de ropa, desodorante o el cepillo de dientes —explica mi amiga sin responder a mi pregunta.

—Todas sabemos lo peligroso que es que dejen el cepillo de dientes en tu casa —bromea Sofía con una carcajada.

—Al menos me lo paso bien, no como vosotras dos que sois unos muermos sin vida. ¿Cuándo nos vamos de fiesta las tres? —inquiere Arya, siempre dispuesta a pasar una noche loca.

—Por semana ni de coña, yo no tengo la resistencia que tú tienes para aparecer en el hospital al día siguiente como si nada —se apresura a contestar Sofía.

Lo cierto es que es algo que siempre nos asombró de Arya. Apenas necesita dormir, pero es que además tiene una tolerancia al alcohol y al cansancio que parece estar fuera de los parámetros humanos.

—Yo hasta que no consiga organizar las jornadas de formación con la doctora McKenna no te puedo decir nada —me disculpo encogiéndome de hombros y dejando escapar un suspiro de resignación.

Y es nombrar a Daniela McKenna y a Arya se le encienden todas las alarmas.

—¿Nos vas a contar si hubo algo entre vosotras? No habría muchas profesoras lesbianas, ¿no? Y en la facultad de medicina ya habías salido del armario —insiste mi amiga inclinándose hacia mí y bajando la voz.

—Nunca hubo nada, y deja ya el tema —respondo con sequedad dando por zanjada la conversación.

En el fondo es cierto. Nunca llegó a haber nada y no porque yo no quisiera, porque reconozco que estaba totalmente colada por Daniela McKenna. Puede que en parte fuese simplemente admiración, representaba todo a lo que yo aspiraba a ser. Era una doctora de reconocido prestigio, con una técnica de cirugía que llevaba su nombre y una profesora excelente. A eso le añades una fuerte personalidad y una belleza física que no podía ser ignorada y el resultado es que la diferencia de edad entre nosotras no me habría importado

lo más mínimo.

Sin embargo, reconozco que nunca me hizo ni caso. Es más, creo que me hizo menos caso que a cualquiera de mis compañeras hetero y eso que todo el mundo sabía que yo era lesbiana porque por aquella época estaba muy metida en todo tipo de asociaciones. Siempre me ignoró por completo o intentó darme por el saco.

—De todos modos, en parte Arya tiene razón con lo que decía hace un momento —interrumpe Sofía de pronto.

Las dos nos quedamos sorprendidas ante el comentario de la oncóloga mientras ella alterna su mirada entre nosotras y se apresura a explicarse.

—Una de las cosas más bonitas del área de oncología, yo diría que lo único bonito, junto a la curación de los pacientes, es ver cómo las familias se vuelcan con los pacientes. Ahora mismo tengo a una paciente nueva, una mujer que ha alcanzado el éxito en su carrera profesional desde cualquier punto de vista, pero está sola. No hay nadie junto a ella; ni familia, ni pareja. Nadie. Me parte el corazón ver su mirada triste mientras recibe el tratamiento y muchas veces pienso que seguramente cambiaría todo lo que ha conseguido por tener a una pareja a su lado en momentos así, en los que miras a la muerte de cerca y eres consciente de tu fragilidad —explica la oncóloga bajando la mirada.

—Supongo que tiene que ser muy duro —admitimos Arya y yo casi al unísono.

—A veces me pregunto si estará dispuesta a cambiar su vida, si consigue curarse por completo —reflexiona Sofía.

Las tres nos quedamos calladas durante unos largos instantes, meditando las palabras de nuestra amiga hasta que algo más tarde, junto a la máquina de café, siento unos pequeños golpecitos en el hombro.

Me giro esperando ver a alguno de mis colegas del área de cirugía, pero las piernas me tiemblan y me quedo sin palabras al encontrarme frente a frente con los profundos ojos azules de Daniela McKenna.

Capítulo 5

Dejo escapar un suspiro al ver a mi antigua profesora a escasos centímetros de mí. De cerca, Daniela McKenna parece algo diferente a como la recordaba de las clases en Harvard. Cuando trabajaba como profesora, su vestuario encajaba a la perfección en un look femenino de negocios. Vestía normalmente de traje, en colores poco llamativos, gafas, mínimos accesorios y el pelo recogido en una cola de caballo o en un moño.

En cambio, ahora lleva un aspecto mucho más informal con un jersey de cuello cisne negro, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte de un blanco impoluto. Su pelo es más corto, recogido en una mínima cola de caballo. Ha cambiado su antiguo aspecto autoritario e intimidante por algo mucho más relajado y debo reconocer que está guapísima.

Muchas veces pensé si aquel aspecto de mujer autoritaria y de éxito se correspondía con una exigencia de su trabajo, al menos en parte. He sufrido en mis propias carnes el desprecio de algunos médicos que piensan que las mujeres no estamos lo suficientemente capacitadas para la cirugía, como si nos fuésemos a desmayar por ver la sangre. Eso en una época en la que ya hay más mujeres que hombres en las facultades de medicina, aunque todavía estemos muy poco representadas en los puestos de dirección. Prefiero no imaginar cómo habría sido unos años antes, cuando Daniela empezó a trabajar como cirujana y casi todos los buenos cirujanos eran hombres.

Cuando me dio clase hace unos años, ya era una cirujana de reconocido prestigio, una de las técnicas más famosas de intervención en la cirugía del corazón fue inventada por ella y lleva su nombre. Aun así, ese estilo serio y severo que aparentaba nos hacía mantener las distancias e imponía respeto.

—Hola, Laura —me saluda con una amplia sonrisa y tengo que colocar la taza de café sobre mis labios para que no se note que mis mejillas se han puesto coloradas.

—Hola, profesora...Doctora McKenna...ni siquiera sé cómo debo dirigirme a usted ahora —tartamudeo algo nerviosa.

—Puedes empezar por tratarme de tú, ahora somos colegas de profesión —explica mi antigua profesora sin dejar de sonreír—. Para continuar, la gente que me conoce me llama Daniela, o incluso Dani.

—Entonces, ¿Daniela? —inquiero bajando la voz.

—Dani —responde ella casi como un susurro—puedes llamarme Dani.

Creo que mi cara de asombro ha debido de notarse demasiado, porque mi antigua profesora me coge por el codo para sacarme de la fila de gente que espera para pedir su café, la cual estoy bloqueando una vez más.

—No sabía que trabajabas en este hospital, pensaba que seguías en Boston —expone mi antigua profesora señalando hacia una pequeña mesa para que nos sentemos mientras terminamos el café.

—Me trasladé hace poco más de seis meses —respondo de manera escueta.

—¿No estabas contenta?

—Lo estaba, pero un hospital más pequeño como este me ofrecía mejores oportunidades a la hora de ganar experiencia y tomar la iniciativa en el quirófano. En Boston simplemente era una observadora en la mayoría de las cirugías que realizaba —le explico encogiéndome de hombros.

Casi se me atraganta el café cuando me dice que habló varias veces con el jefe de departamento de mi antiguo hospital preguntándole qué tal me iba y me asegura que estaba muy contento con mi rendimiento.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al ver que me he puesto nerviosa.

Trato de disimular respondiendo que solamente había sido un repentino ataque de tos y me ofrezco a acompañarla a la parte del hospital a la que se dirija. No me atrevo a preguntarle directamente qué demonios está haciendo en este centro, por mucho que la curiosidad me corra. Me gustaría disipar las dudas de si nuestro director está tratando de ficharla como jefa del área de cirugía, pero me da mucha vergüenza abordar el tema de golpe.

Daniela declina mi invitación con amabilidad, pero sin ofrecerme una excusa de peso para que no le acompañe, lo que me hace sospechar aún más del motivo de su visita. Vista mi incapacidad para sacarle información de ese modo, decido intentar lo de las charlas y de paso hacerle saber que soy la jefa interina del departamento de cirugía general y que me gustaría optar a ese puesto de manera definitiva. Por lo menos, si le han ofrecido mi puesto, que sepa que es a mí a la que va a joder.

—Lo cierto es que si tienes cinco minutos que me puedas dedicar, tengo una pequeña propuesta que hacerte —indico dispuesta a matar dos pájaros de un tiro.

Daniela me asegura que tiene media hora libre y que estaría encantada de escuchar cualquier propuesta que quiera hacerle, así que le suelto la bomba sin más preámbulos.

—Tan solo quiero que escuches lo que voy a decirte, sin obligaciones de ningún tipo —le advierto antes de empezar.

—Laura, ya tengo una edad como para no sentirme obligada ante las propuestas que me presentan. Una de las cosas más importantes que tienes que aprender en la vida es a decir que no y eso lo he aprendido hace mucho tiempo —suelta con cierta prepotencia. Esto no va a ser fácil.

—Bien —indico tras soltar un suspiro— no sé si sabrás que ahora dirijo el área de cirugía. De momento es de manera interina, pero el director del hospital y el consejo de administración me han asegurado que tengo muchas posibilidades de que sea de manera definitiva y...

—¡Enhorabuena! —interrumpe sin dejarme hablar y juraría que la sonrisa que se dibuja en sus labios es sincera.

Mierda, dejo escapar un nuevo suspiro al quedarme sin palabras e intento ordenar mis pensamientos. Desde luego, su reacción no ha sido la típica de una persona que viene a por mi puesto, me pareció que se alegraba por mí.

—Bien, el caso es que aprovechando que estás por el hospital, estaría muy interesada en organizar contigo una jornada de formación para el personal de cirugía. El tema queda a tu entera discreción, cualquier cosa que a ti te apetezca. Para nosotros sería un lujo tenerte como ponente y podríamos aprender mucho. No podemos pagar demasiado, nuestros fondos son limitados, pero estaríamos dispuestos a hacer un esfuerzo. Por supuesto, no conozco el motivo por el que estás en el hospital ni el tiempo que te quedarás —añado tirando el anzuelo para ver si me entero de sus intenciones.

Se forma un silencio incómodo entre nosotras. Daniela abre la boca un par de veces como queriendo hablar, aunque las palabras no salen de su garganta. Parece estar ponderando su respuesta y, para una persona con gran facilidad de palabra como ella, eso no es buena señal. Sin duda esconde algo. Posiblemente, algo que no me va a gustar.

—Es un honor que hayas pensado en mí para esas jornadas de formación —responde con una sonrisa— sin embargo, no tengo ni idea de cuánto tiempo me quedará por aquí, ni el tiempo libre del que voy a disponer. Ahora mismo estoy trabajando en un...

—En un libro, lo sé—interrumpo.

—Sí, en un libro y tiene fecha de entrega —añade.

—El caso es que nuestro departamento de cirugía tiene más ilusión que medios, Dani. Una charla de formación impartida por ti elevaría nuestro perfil al salir en la prensa especializada y quizá podríamos conseguir más financiación. Como nueva directora interina del área de cirugía, para mí significaría mucho y supondría un empujón muy grande de cara a ser considerada para el puesto de un modo permanente —añado de nuevo mis intenciones de hacerme con ese puesto por si no le ha quedado claro con la primera vez que se lo he dicho.

—Así que quieres utilizarme de anzuelo para mejorar en tu carrera profesional y sacar más dinero para tu departamento —expone mi antigua profesora sin inmutarse lo más mínimo.

Tragando saliva, me quedo pensativa durante unos instantes en los que noto un sudor frío recorriendo mis manos.

—No es esa mi intención y lo siento si me he explicado mal. Simplemente, disponer de más recursos significa salvar más vidas y para eso hemos estudiado medicina. Es algo que nos recalcabas en Harvard en cada oportunidad que tenías —apunto dejándola temporalmente sin palabras. *Touché*.

Daniela me estudia en silencio. Sus ojos parecen querer escudriñar mi mente, aunque una sonrisa de orgullo aparece en sus labios. De pronto, coge mi mano derecha entre las suyas y la acaricia con su dedo pulgar, dejándome al borde del infarto.

—No te equivocas, por lo poco que he visto, a tu departamento le vendría bastante bien algunas mejoras e imagino que no te esperabas el trabajo extra ni las limitaciones cuando has aceptado el puesto de directora interina con tan poca edad. Reconozco que ha sido muy valiente de tu parte —confiesa Daniela apretando ligeramente mi mano.

—¿Significa que al menos lo pensarás? —balbuceo con un hilo de voz.

—No sería ético negarle a este hospital o a ti esa oportunidad cuando es algo que apenas requiere un esfuerzo por mi parte. Puedes contar conmigo y, por supuesto, lo haría de manera totalmente gratuita, pero serían un par de horas como mucho, más no puedo, de verdad —se disculpa la cirujana haciendo que mi corazón se salte varios latidos ante su respuesta.

Asiento nerviosa con la cabeza, asegurándole que no le quitaré más de un par de horas y poniéndome a su entera disposición para organizar las jornadas formativas. Ella simplemente sonríe sin romper el contacto visual en ningún momento, sus profundos ojos azules clavados en los míos. Sus manos todavía aferradas a la mía, acariciándome de manera distraída con su dedo pulgar.

—Escribe aquí tu número de teléfono —indica soltando mi mano y creando una entrada con mi nombre en su teléfono móvil.

Me afano por escribir mi número y a los pocos segundos recibo una llamada perdida desde su teléfono con la que obtengo el suyo para mantenernos en contacto.

—Es mi teléfono personal, te ruego que no se lo des a nadie —solicita con el rostro serio —. Si te parece, me gustaría invitarte a comer y así ultimar los detalles de esas charlas.

—Por mí, perfecto, de verdad —me apresuro a contestar, emocionada como una niña a

punto de recibir los regalos en su cumpleaños.

Daniela me dedica un seductor guiño de ojo antes de levantarse de la mesa y perderse por uno de los pasillos del hospital. Mientras la veo alejarse, me fijo por primera vez en que los pantalones vaqueros le hacen un culo precioso y me repito a mí misma que el calor que siento es debido al clima de Los Ángeles. No es que yo empiece a sentir algo por una antigua profesora que me saca unos cuantos años.

Capítulo 6

—¿Anoche has follado? —escucho junto a mí en cuanto entro en el área de cirugía.

—¿Qué coño dices, Gabi? —chillo sorprendida al ver a Gabriela, mi enfermera jefe, junto a mí con una sonrisa de oreja a oreja en los labios.

—No sé, esa sonrisilla de enamorada en la cara y que hayas entrado como si estuvieses caminando entre las nubes tienen que significar algo, ¿no? Solamente te faltan los pajaritos revoloteando alrededor de la cabeza —bromea la enfermera poniendo los ojos en blanco—. Al menos has conocido a alguien y tienes una cita, de eso estoy segura, rara vez te he visto así, pero si pareces Arya —añade.

Dejando escapar un soplo, meneo la cabeza y decido no contestarle. ¿Realmente estoy tan emocionada por quedar a comer con mi antigua profesora que se me nota? Por unos instantes me entran las dudas, pero pronto descarto la idea y trato de sacarla de mi mente. No es ninguna cita, como mucho quedaremos para una comida rápida en la que discutiremos detalles del trabajo. Y por supuesto, no me pone nerviosa quedar con ella, por mucho que hace un rato me haya perdido en sus ojos azules.

El cosquilleo en la parte baja de mi vientre y la ligera opresión en el pecho se deben, sin duda, a que quiero empezar con buen pie en mi nuevo puesto como directora interina de cirugía. No es nada más, en absoluto tiene nada que ver con Daniela McKenna como mujer, sino lo que representa como médica de reconocido prestigio.

Confieso que quizá haya fantaseado con ella millones de veces cuando era su alumna, pero eso está olvidado. Ni siquiera me acordaba de esa mujer hasta que me he cruzado con ella en el hospital. Bastante tengo con mi nuevo puesto como para complicarme la vida de manera innecesaria.

—¿Por qué sonríes entonces? Si puedo preguntar... —insiste Gabriela, incapaz de dar el tema por zanjado.

—Ha visto a su antigua profe y ahora tiene cosquillitas entre las piernas —escucho tras de mí.

—Solo faltabas tú con tus gilipolleces, Arya. ¿No tenéis trabajo que hacer ninguna de las dos? Te juro que no entiendo por qué sigues con las hormonas tan disparadas cuando ya hace tiempo que dejaste atrás la adolescencia —recrimino a mi amiga poniendo los ojos en blanco.

Como cabía esperar, Gabriela le pide a Arya todos los detalles sobre el encuentro, cosa que mi compañera está encantada de proporcionar, incluso con ligeras exageraciones.

—¿Daniela McKenna? ¿La de la técnica McKenna para los trasplantes de corazón? ¿Fue tu profesora? —se sorprende la enfermera jefe.

—Y la de los ojazos azules y el culo de infarto —añade Arya mordiendo su labio inferior—. Es que ya me imagino a Laura en la facultad de medicina en plan “profe, no he terminado el trabajo de investigación, merezco ser castigada, ¿qué tal unos azotes en el culo?” —bromea mi compañera cambiando la voz para burlarse.

—Mira que eres gilipollas, Arya. Te repito que nunca ha habido nada de nada entre nosotras y, de hecho, nunca me hizo mucho caso más allá del trato estrictamente académico —le recalco una vez más sacudiendo la cabeza.

—¿Y la charlita que habéis tenido hace un rato donde el café? Porque habéis

intercambiado números de teléfono que en este hospital se sabe todo —añade guiñando un ojo.

—Ha accedido a darnos una sesión de formación para el área de cirugía, órdenes del director del hospital, no ha salido de mí. Simplemente, quedamos para tomar un café rápido y hablarlo y me ha dado su número de teléfono para ultimar los detalles mientras comemos. Eso es todo, es lógico que esté contenta por haber reconectado con una antigua profesora y porque haya accedido a dar la charla. Ahora, a ver si os ponéis a trabajar las dos antes de que me ponga en modo jefa —bromeo.

—Pues, ¿qué quieres que te diga? A nadie se le queda esa sonrisa de tonta por reconectar con una antigua profesora —susurra Arya cogiéndome por el codo antes de que me pueda dirigir a mi despacho.

—No sé lo que quieres decir.

—Venga, Laura, no seas capulla. Ahora tienes la oportunidad de pasar tiempo con ella y ya no existe el desequilibrio de poder de cuando estabas en la facultad de medicina. Sois dos mujeres adultas sin ningún tipo de restricción. Te conozco lo suficiente como para saber que has sentido algo al volver a verla —expone mi compañera con una sonrisa llena de picardía.

—Ponte a trabajar, anda —replico señalando la pared en la que tenemos los horarios de las cirugías.

Arya abre la boca para responder, pero justo en ese momento mi teléfono móvil suena dentro del bolsillo del pantalón, algo que me sorprende porque todas las personas que conozco saben que no deben llamarme en el horario de trabajo, así que asumo que es una emergencia o bien se trata de mi madre.

—Es mi madre —me disculpo sacando el teléfono del bolsillo y señalando la pantalla.

Le he dicho en un millón de ocasiones que no debe llamarme al trabajo si no es algo de suma importancia, pero mis peticiones le entran por un oído y le salen por el otro. Sigue llamándome cuando le da la gana y echándome en cara que yo no la llame a ella cuando realmente hablamos todos los días.

—Felicidades —escucho al otro lado de la línea en su marcado acento coreano— me han dicho que te han ascendido a jefa de departamento.

Me quedo callada durante unos instantes. No le había querido decir nada, porque no es un puesto permanente y ella es una exagerada. Le faltaría tiempo para llamar a todas sus amigas y anunciarles que su hija tiene un puesto muy importante en el hospital. Supongo que todas las madres pecan de lo mismo, pero en el caso de las madres asiáticas es algo aún más pronunciado.

Mi madre y sus amigas parecen estar en una competición continua para ver cuál de sus hijos es más perfecto. Todavía recuerdo las reuniones los domingos cuando era tan solo una niña donde mis amigas y yo debíamos demostrar delante de los padres lo bien que tocábamos el violín o la presión que sentíamos en las competiciones de matemáticas de la escuela.

—¿Cómo te has enterado exactamente, mamá? —pregunto sorprendida.

—Eso es lo que tu padre y yo esperábamos de ti cuando emigramos a los Estados Unidos, verte prosperar en el trabajo —responde mi madre sin contestar a mi pregunta.

Tengo que contener un bufido. Ahora amo la medicina, es mi razón de ser, pero reconozco que el principal motivo por el que elegí esa carrera no fue porque sintiese vocación alguna, sino porque era la carrera que requería la nota de entrada más alta. Pocas

cosas eran tan respetables a los ojos de una madre asiática que tener un hijo médico. En cualquier caso, sé perfectamente que ese halago es solamente la primera parte, y ahora le seguiré lo de los niños.

—Pero no vas a estar siempre soltera, ¿verdad? Porque van pasando los años y se pasa el arroz. ¿Sabes que tu amiga Mi-suk, la hija de Gyeong-hui se ha quedado embarazada?

Estaba claro que iba a sacar el tema y no hay nada que me cabree más que mi madre me compare con la idiota de Mi-suk. En realidad, nunca fue mi amiga, solamente íbamos juntas al colegio y nos reuníamos los domingos porque nuestros padres eran amigos. Toda la ambición de su vida, desde que era una niña, había sido casarse y tener hijos. Lo respeto, pero entró en ingeniería solamente para encontrar marido y luego abandonó la carrera. No hay derecho que mi madre haga ese tipo de comparaciones cuando no tenemos nada que ver la una con la otra, salvo el hecho de ser de origen coreano.

—Mamá, trabajo unas diez horas al día, a veces más, tampoco es que tenga tiempo de tener niños en estos momentos. Además, con veintisiete años no es mi prioridad —le explico una vez más tratando de mantener la calma.

—Quizá si te dejases de juegos con otras mujeres y te centrases en buscar un marido, las cosas cambiarían —me recrimina haciendo que me hierva la sangre al escuchar su comentario—. Yo te tuve a ti cuando tenía veintiún años y tu abuela a mí con veinte. Busca un marido antes de que sea demasiado tarde.

—Mamá, tengo mucho trabajo, voy a colgar —me apresuro a responder cortando la llamada antes de que pueda replicar.

Muchos días, necesito un descanso en el trabajo, pero cuando se trata de hablar con mi madre, el propio trabajo es un descanso.

Capítulo 7

No comprendo por qué mi antigua profesora ha insistido en quedar a comer en un restaurante en vez de en la cafetería del hospital o alguna otra que estuviese cerca. En realidad, para sentar las bases sobre las charlas de formación nos servía cualquier lugar y la comida en un restaurante se nos va a alargar mucho más de lo que a mí me gustaría.

Lo que tampoco comprendo es cómo ha sabido que la comida tailandesa era mi favorita o si lo ha elegido por pura casualidad. Y desde luego, la cocina de este lugar tiene una fama excelente.

Al entrar, el ambiente es sorprendentemente acogedor, a pesar de estar situado en una zona con bastante tráfico entre bancos y compañías de seguros. Quizá sea por la cálida luz que desprenden las luces que cuelgan del techo o los tonos pasteles de su decoración.

Antes de que me quiera dar cuenta, una joven vestida en un elegante polo negro con el logotipo del restaurante y unos pantalones a juego se acerca a mí y, al decirle mi nombre, me conduce hacia la mesa donde ya me está esperando la doctora McKenna.

Al verme, Daniela me saluda con una amplia sonrisa, como si acabase de ver a su mejor amiga. Está sentada en una mesa situada en la esquina más alejada de la puerta de entrada, un lugar sin duda más tranquilo, y tiene ya una botella de vino tinto sobre la mesa.

—Me he tomado la libertad de pedir mi vino favorito, espero que no te importe —indica señalando una botella de un conocido tinto de la zona del Valle de Napa.

Nada más ver su aspecto relajado y el hecho de que me haya ofrecido un trago de vino cuando sabe perfectamente que no puedo beber nada si debo volver al trabajo, me indica que mi antigua profesora tiene prevista una larga comida. Justo lo que no quería que pasase.

Rechazo con educación su ofrecimiento, explicándole que mi turno de trabajo continúa una vez salga del restaurante, y solicito a la camarera que me traiga un té verde mientras ojeo la carta.

—Tiene buen culo, ¿no? —comenta mi antigua profesora al darse cuenta de que me he quedado mirando el movimiento de las caderas de la joven camarera mientras se alejaba de nuestra mesa.

—No...yo no...de verdad...—balbuceo en un burdo intento por disimular.

Daniela sonríe y confiesa con naturalidad que ella misma le ha dado un buen repaso a su culo en más de una ocasión desde que ha llegado al restaurante, lo que consigue que me ponga muy nerviosa porque no esperaba ese comentario de mi antigua profesora.

Pero si sus palabras me alteran, la forma en que me mira lo hace mucho más. Sacudo la cabeza para borrar esos pensamientos de mi mente; si no supiese que es tan solo mi subconsciente jugándome una mala pasada, podría jurar que ahora mismo me está desnudando con la mirada.

Por suerte para mí, la guapa camarera hace de nuevo su aparición con el té verde que he pedido y desaparece con la misma celeridad. Rodeo la taza con mis manos y aprovecho para lanzar una mirada furtiva a mi antigua profesora a través del vapor que desprende. Es increíble todo lo que ha cambiado, pero para bien. Joder, ha ganado con los años como un buen vino.

Siempre ha sido una mujer muy elegante y debo reconocer que muy guapa. Sin embargo, cuando era su alumna vestía siempre con colores más aburridos. Tanto ayer como hoy lleva

puesta una ropa mucho más informal, con pantalones vaqueros, una blusa que enseña lo justo de un escote muy bien conservado y zapatillas de deporte blancas. El ligero maquillaje resalta sus preciosos ojos azules haciendo que te quieras perder en ellos.

Mierda, al final va a tener razón Arya y voy a seguir colgada de esta mujer, lo que me faltaba. Lo que sí es cierto es que su antigua vestimenta parecía estar elegida para parecer mayor de lo que era. Me ha sorprendido muchísimo cuando Gabriela lo ha buscado por Google y hemos visto que tan solo tiene cuarenta y tres años. Pensaba que ya los tendría, como mínimo, cuando me daba clase en la facultad de medicina. Menudo carrerón profesional que lleva, si ya antes la admiraba, ahora se ha convertido en mi heroína.

—¿Ya tienes algo decidido? —pregunta de pronto interrumpiendo mis pensamientos y devolviéndome a la realidad.

Asiento con la cabeza y le respondo que tomaré un Kai Med Ma Muang, es decir; pollo con anacardos fritos junto a una mezcla de verduras que es salteado en el wok y más tarde se aliña con una deliciosa salsa de soja.

Mi antigua profesora me sorprende pidiendo un Tom Yum Goong, una sopa picante que se sirve con gambas de un sabor bastante intenso y de postre un Khao niao Mamuang.

—Es que soy muy dulce —bromea encogiéndose de hombros tras pedir el postre de arroz pegajoso con mango.

Siempre había visto a la profesora McKenna con una actitud tan profesional y me había hecho tan poco caso cuando era mi profesora, que verla ahora bromeando conmigo consigue que se me escape una pequeña carcajada.

—¿Por qué es tu favorita la comida tailandesa? —pregunta de pronto, haciendo que me atragante con el té verde que estoy bebiendo y me quede mirando con ojos como platos.

—No creo que eso lo hayas visto en internet —respondo sin saber muy bien qué contestar.

Mi mente da vueltas sin parar tratando de averiguar de dónde ha sacado esa información. Tan solo espero que la imbécil de Arya no se haya puesto en contacto con ella y contado mis gustos o incluso detalles más íntimos, porque es muy capaz de haberlo hecho.

—No te asustes, conoces a Tina Hartford, ¿verdad? —inquire mi antigua profesora a la que parece que la situación le está divirtiéndolo mucho.

—¿A la doctora Hartford? Como para no conocerla. Fue mi mentora mientras estuve de interna en Boston —admito recordando las broncas que me cayeron de aquella mujer. Siempre fue una cabrona conmigo.

—Somos muy amigas —confiesa Daniela con una sonrisa capaz de derretir el Polo Norte — hablamos a menudo sobre ti cuando trabajabas en Boston y una vez mencionó que tu comida favorita era la tailandesa. Hablaba maravillas de tu trabajo.

Me quedo callada durante unos instantes en los que no sé qué contestar. Incluso debo parecer una lerda abriendo y cerrando la boca sin que las palabras consigan salir de mi garganta.

—Para estar contenta con mi trabajo me caían unas buenas broncas de ella —confieso— de todos modos, me alegra que mi antigua mentora hablase tanto de mí contigo.

—Bueno, reconozco que yo le preguntaba bastante —admite Daniela— yo también estoy muy orgullosa de ti. Creo que tienes un futuro muy prometedor —añade.

Si antes me había puesto un poco nerviosa, ahora empiezo directamente a temblar. ¿Qué quiere decir con que le preguntaba bastante por mí? Intento disimular mi nerviosismo con una sonrisa tonta y retiro las manos de la mesa, colocándolas en mi regazo para que no se

vea que no cesan de moverse como si tuviesen vida propia.

—No me has contestado, ¿por qué es tu comida favorita? —insiste mi antigua profesora y casi doy gracias al cielo porque pregunte por la comida. Si la conversación llega a ponerse un poco más personal, creo que me da un infarto aquí mismo.

Respiro hondo y dejo escapar un largo suspiro mientras pienso el motivo. Lo cierto es que en mi casa hemos probado mucho todas las cocinas del sudeste asiático. Evidentemente, casi todos nuestros amigos eran coreanos como nosotros, pero también nos juntábamos con gente de otros países de Asia. Todavía recuerdo mi primer día de instituto cuando la tutora me emparejó con una chica vietnamita para queuviésemos de qué hablar, como si nuestras culturas fuesen remotamente parecidas.

—Lo cierto es que no estoy muy segura, posiblemente sea por la riqueza de sus matices o porque siempre tratan de mantener un equilibrio entre los cinco sabores básicos —respondo encogiéndome de hombros.

Tras el pequeño nerviosismo inicial, la conversación con mi antigua profesora fluye con mucha más facilidad de lo que hubiese pensado. Es una gran conversadora y tiene una cultura enorme sobre un montón de cosas. Eso sin contar la medicina, campo en el que es una auténtica enciclopedia, aunque eso ya lo sabía.

Es también muy perspicaz, porque nota pronto mi nerviosismo a medida que miro la hora de manera compulsiva mientras me doy cuenta de que se me hace tarde.

—¿De qué quieres que dé la charla de formación a tu equipo? —pregunta Daniela colocando los codos sobre la mesa y apoyando la barbilla sobre sus dedos entrelazados.

—En este hospital no realizamos trasplantes de corazón, así que no tendría mucho sentido que hablases sobre ello. Sin embargo, eres una experta en la cirugía colorrectal y podríamos añadir a la charla a algunos doctores del área de oncología —propongo ilusionada.

Para mi sorpresa, la doctora McKenna tuerce ligeramente el gesto, su sonrisa ha desaparecido por unos segundos y ha sido sustituida por una mirada que no acierto a comprender.

—¿Ocurre algo? Puede ser el tema que tú quieras, de verdad —me apresuro a asegurar con cierta preocupación por si he podido ofenderla de algún modo.

—No, tranquila, es solo que mencionar la cirugía colorrectal durante una comida me resultó extraño —bromea mi antigua profesora—. El tema me parece perfecto —añade, aunque sigo pensando que está inquieta por algo.

—¿Te parece bien que invite a gente del área de oncología?

—Sí, perfecto —me asegura con sequedad.

Por primera vez en toda la comida se forma entre nosotras un silencio un tanto incómodo, pero lo hubiese preferido mil veces a la pregunta que venía a continuación.

—Cuéntame algo de tu vida, ¿estás saliendo con alguien?

El postre se me atraganta y mis continuos tosidos atraen la atención de los comensales de varias mesas alrededor.

—Si no quieres no respondas, es un poco personal —me interrumpe divertida al ver mi reacción.

Tras beber un largo sorbo de agua y darme cuenta del sudor frío que recorre mi frente, respiro hondo y me dispongo a contestar.

—No salgo con nadie, he roto con mi novia a finales de la semana pasada —suelto del tirón.

—Lo siento, tiene que doler todavía, es demasiado reciente —se disculpa Daniela y su

mirada parece sincera.

—No te creas, era una relación un poco rara. Arya, mi compañera, siempre decía que éramos simplemente amigas que vivíamos juntas por comodidad y que muy de vez en cuando nos acostábamos —le explico sin saber por qué estoy dando tantos detalles sobre mi vida privada.

—¿Arya es la doctora Kumari? —pregunta con una sonrisa mientras se lleva la mano a la frente.

—Sí, pero teniendo en cuenta que también dice que tenemos una relación poliamorosa asexual entre nosotras, no sé si es muy fiable —bromeo.

Ahora es Daniela la que se atraganta y me mira con los ojos como platos rogándome que le explique a qué me estoy refiriendo.

—En realidad tiene mucho sentido —afirma una vez que he terminado la explicación—. De hecho, lo de la monogamia es relativamente reciente en la historia de la humanidad y la mayor parte de las especies animales no son monógamas. Cada persona te puede aportar algo diferente y vuestra relación afectiva me parece muy bonita —me asegura con una sonrisa que consigue que me tiemblen las piernas.

—Bueno, el caso es que Martina no tenía nada de malo y...

—Así que vuestra relación era aburrida —interrumpe Daniela—normalmente, cuando alguien dice que una relación no tiene nada de malo y lo deja es que era aburrida.

—Supongo que sí — confieso.

Antes de que me quiera dar cuenta, empiezo a contarle que toda la ambición de mi madre es que encuentre un marido para que pueda ser abuela y lo difícil que es impresionarla o tan siquiera contentarla.

—Has conseguido muchísimo para tu edad y tienes un gran futuro por delante. Tina me ha hablado de dos de los trabajos de investigación en los que has participado en Boston y me quedé muy impresionada.

—Joder, va a ser verdad que le preguntabas a menudo por mí a la doctora Hartford —se me escapa arrepintiéndome de inmediato de haberlo dicho.

Daniela sonrío y juraría que un ligerísimo tono rosáceo se ha extendido por sus mejillas, consiguiendo que se me forme un cosquilleo en la parte baja del vientre.

—Creo que me tengo que ir. Lo siento —me disculpo nerviosa mientras doy ligeros golpecitos al reloj que llevo en la muñeca—. Con el tema de las conferencias, ¿podría ser la próxima semana?

—Por mí, perfecto —me asegura—y si necesitas ayuda con las suturas intradérmicas me avisas —bromea haciendo alusión a la dificultad que tenía en la facultad de medicina con las dichas suturas.

Tras asegurarle que ya lo tengo controlado, cierro los ojos y me dirijo al hospital con una sonrisa de lela en la cara que no consigo que me abandone.

Capítulo 8

—¡Esto va a ser un auténtico desastre! —se queja Gabriela, alzando las manos al cielo y entornando los ojos como si esperase que cayese un rayo sobre nosotras en cualquier momento.

Por más que le indico que las charlas de formación con Daniela son una orden directa del director del hospital y muy importantes para nuestro departamento, sigue insistiendo en que será imposible organizarlas.

—No hay tiempo material, Laura —alega la enfermera jefa de cirugía— con el aumento de carga de trabajo tras la marcha de Phil estamos saturados, no hay manera de que podamos conseguir un horario que le venga bien a todo el mundo —insiste negando con la cabeza.

Dejo escapar un suspiro de frustración, Gabriela es la persona que mejor conoce los horarios de todos nuestros compañeros al ser la encargada de coordinarlos. Su insistencia en que es imposible de organizar el ciclo de conferencias es, como mínimo, desalentadora.

—Esfuézate en conseguirlo, por favor, Gabi —suplico juntando las palmas de las manos como si estuviese rezando.

Gabriela está a punto de responder, seguramente para mandarme a la mierda, cuando de pronto se queda totalmente callada y hace una seña con su barbilla señalando hacia algo o alguien a mis espaldas.

—¡Dani, no esperaba verte por aquí! —exclamo al ver nada más y nada menos que a mi antigua profesora en la planta de cirugía. Y esto ya no puede ser una coincidencia.

La enfermera jefa se disculpa de manera educada dejándonos a solas, no sin antes dibujar una extraña sonrisa de picardía en su rostro.

—Tan solo quería saber si ya tenías el horario definitivo para las charlas —apunta Daniela acariciando mi brazo izquierdo—. Ya sé que ayer en la comida, me habías dicho que me los enviarías en cuanto estuviesen listos, pero pasaba casualmente cerca de aquí y preferí preguntarte en persona.

Por unos breves instantes, me quedo sin palabras. Como excusa es totalmente ridícula. No entiendo el motivo por el que está todo el día cruzada por este hospital, en el que teóricamente no se le ha perdido nada, salvo que se confirmen mis sospechas iniciales y Andrew le haya ofrecido algún puesto de dirección. Eso, y que el tacto de su mano sobre mi brazo consigue que el pulso se me acelere y que no pueda pensar con claridad.

Justo cuando le voy a explicar que aún no tenemos los horarios, obviando la parte en la que mi enfermera jefa dice que no podrá ni siquiera organizar las charlas, Daniela parece dar un traspié y apoya su peso en mi cuerpo para no caer.

—¿Te ocurre algo? —pregunto alarmada.

—Tranquila, a veces tengo pequeños bajones de tensión —me asegura—. Me hago vieja, ¿recuerdas?

Simplemente, sonrío, pero la doctora que hay en mí la observa con preocupación. Mi antigua profesora tiene tan solo cuarenta y tres años y parece estar en plena forma. Es un poco extraño que haya tenido un desvanecimiento tan repentino, aunque supongo que lo que le sobran son amigos médicos de cualquier especialidad para asegurarse de que se encuentra bien.

—Echo de menos la cirugía, con el descanso que me he tomado para escribir el libro, creo que hasta mi salud se ha resentido con tanta tranquilidad —bromea para desviar mi atención de su reciente vahído.

—¿Vas a volver a la cirugía ahora que lo has acabado? —pregunto más por saber si persigue el mismo puesto de trabajo que yo que por otra cosa.

El “*si te soy sincera, no sé lo que será de mi vida a corto plazo*” que da como respuesta no me saca de dudas. Si sigue jugando al despiste y no me habla claro sobre sus intenciones, me va a enfadar mucho.

—Bueno, tengo una reunión con mi agente literario para una presentación que daremos dentro de unos días, debo dejarte —dice de pronto mirando su reloj y sin perder esa preciosa sonrisa de la que hace gala.

—Así que “Dani”... empieza a contarme...¿ya te ha azotado el culote? —bromea Arya acariciando mi cuello con el reverso de su mano mientras permanecemos tumbadas en la sala de descanso.

—Eres una imbécil, eso no va a pasar. No sé qué obsesión te ha entrado con lo de los azotes en el culo desde que has conocido a Daniela —respondo cogiendo su mano y besando suavemente sus nudillos.

—Os pega mucho a las dos —insiste mientras cubre mi cuello de pequeños besos, haciendo que se me ericen los pelos de la nuca.

—No quiero líos con tu nueva novia —le advierto—¿le has explicado lo que sea que tengamos entre las dos?

—Todavía no, pero no habrá problema, no pasa de mimos —me asegura deslizándose un brazo por mi cintura y apretándose contra su cuerpo.

Dejo escapar un suspiro mientras pienso que no sería la primera vez que esto le causa problemas con una de sus novias. Lo cierto es que los pequeños instantes de intimidad junto a Arya en los que me cubre de mimos me sientan de maravilla. Soy consciente de que a veces ella puede sentir algo de excitación, pero es que sus hormonas están tan disparadas que casi cualquier cosa lo consigue.

—¿Y tú? ¿Se lo vas a decir a “Dani”? —pregunta en tono burlón al pronunciar ese “Dani”.

—Eres idiota, Arya. No hay nada entre nosotras. Tampoco lo hubo, ni lo habrá. Además, me tiene muy mosqueada porque no sé por qué está todo el día cruzada por el hospital, sigo pensando que le han ofrecido mi puesto de trabajo —me quejo.

—Oye, ¡que no es tu puesto de trabajo todavía! Quizá me den a mí la jefatura de cirugía, soy un año mayor que tú —bromea Arya—aunque no me haya graduado en Harvard —añade haciendo una mueca de disgusto.

—Eso, tú ponme más nerviosa todavía.

Arya me da un fuerte abrazo al que sigue un cariñoso beso en la mejilla tras asegurarme que nunca intentaría quitarme un puesto que cree que merezco mucho más que otras personas.

—Respondiendo a tu pregunta, Daniela lo sabe —susurro besando sus dedos.

—¿Sabe qué?

—Esto, lo que sea que tenemos tú y yo. Nuestra relación de mimos asexual —le explico acurrucándome contra su cuello.

—¡Joder! ¿Y eso? ¡Cuenta! —inquieta Arya sorprendida.

—No lo sé. Salió el tema durante la comida, no recuerdo muy bien cómo. Te alegrará saber que le ha parecido muy interesante y que me explicó que la monogamia era algo relativamente moderno y poco común en la naturaleza —expongo mientras Arya peina mi melena entre sus dedos.

—Es mi puto ídolo. ¡Esa tía es una crack! —apunta.

—Sí, lo es —reconozco dejando escapar un suspiro involuntario.

—Si tuviese que apostar, diría que está todo el día cruzada por el hospital por ti —añade Arya bajando la voz.

—No digas bobadas —le recrimino.

—Te folla con la mirada.

—¡Joder, Arya! Estás todo el día pensando en lo mismo —protesto girándome hacia ella.

—Eso es cierto —reconoce besando la punta de mi nariz—pero lo hace.

—Doctora Kumari, ¿no tienes nada de trabajo que hacer?

—¿Te estás poniendo en plan jefa conmigo? Sabía que se te iba a subir —ríe Arya negando con la cabeza.

Sonrío y ambas permanecemos calladas durante un buen rato mientras nos vamos quedando dormidas. Tengo todavía cinco horas para descansar, salvo que surja una emergencia, Arya algo más, y el sueño y el cansancio nos van acunando entre sus brazos. En mi mente, todavía revolotean las palabras de mi compañera, ¿viene Daniela al hospital por mí?

Entre bostezos intento descartar esa idea. No tiene ningún sentido, aunque consigue que mi corazón se acelere simplemente al pensar en ella y eso, ya de por sí, es bastante extraño.

Capítulo 9

—Joder, ¿no me puedo creer que hayas rechazado su invitación! —protesta Arya mientras da cuenta de un imponente desayuno en la cafetería del hospital.

Dejo escapar un largo suspiro mientras el café caliente roza mis labios, ponderando las palabras con las que debo responder. Al despertarnos esta mañana en la sala de descanso tras la guardia de anoche, tenía un mensaje de WhatsApp de Daniela invitándome a la presentación de un libro.

No me importaría si hubiese sido el suyo, casi ni hubiese dudado acudir, pero simplemente me dijo que era el nuevo libro de una autora amiga suya, sin dar más detalles.

—Estoy muy ocupada —respondo con más sequedad de la necesaria sin ser capaz de encontrar una excusa mejor.

—Siempre estás ocupada —se queja Arya encogiéndose de hombros—. Esa sería una buena excusa si tuvieses otro tipo de profesión, pero en este hospital los turnos son muy largos y más desde que eres la jefa del área de cirugía. Pero tienes que encontrar compromisos con tu horario o nunca tendrás una relación romántica de ningún tipo, salvo que consideres una relación lo que tenías con la pavisosa esa de Martina.

—¿Quién ha dicho nada de una relación? —protesto con un bufido.

Arya deja los cubiertos sobre la mesa con lentitud y me dirige una mirada burlona que sé muy bien lo que significa.

—No te hagas la tonta, que se nota mucho que te gusta la profe —ríe inclinándose hacia mí y alzando las cejas.

—Joder, ¿qué pesadas estáis Gabriela y tú con la tontería esa! Te juro que me tenéis hasta los ovarios ya las dos —ladro azotando la servilleta contra la mesa—. Has estado hablando con Gabi, ¿no?

—Ya se hizo la ofendidita —bromea Arya tamborileando con sus dedos sobre la mesa y poniendo los ojos en blanco—. Y sí, he hablado con Gabi, pero no sobre ti y ni sobre la profe buenorra, sino sobre el programa de charlas formativas. Hemos estado cuadrando los horarios de toda la plantilla, o al menos intentándolo...y, ¿adivina quién es la gran mentirosa aquí? ¿La que tiene el viernes por la tarde libre?

Mierda, esto sí que no me lo esperaba. Me acaba de desmontar la excusa en un momento. La invitación de Daniela es para el viernes a última hora de la tarde, pero es que me da pánico acudir, sobre todo después del comentario que hizo anoche Arya, ese de que mi antigua profesora pueda estar viniendo estos días al hospital para cruzarse conmigo.

—Vale, joder, lo admito —confieso entornando los ojos—. Tengo el viernes por la tarde libre, pero precisamente quería usarlo para descansar. Llevo una semana de mucho estrés y solo quiero meterme en la cama nada más llegar a casa y dormir del tirón hasta el lunes por la mañana.

Arya no responde, pero el bufido que sale de su boca mientras meneas la cabeza y elevas los ojos al cielo me deja muy claro lo que piensa sobre mi excusa.

—¿Está libre? —pregunta Gabriela sacándome de mis pensamientos y señalando a la silla vacía de nuestra mesa.

La que me faltaba.

Los ojos de Arya se iluminan al instante ante la nueva oportunidad para martirizarme que

supone la llegada de Gabi como refuerzo para su causa.

—Siéntate, justo estábamos enzarzadas en una discusión teórica muy interesante sobre el amor —ironiza con una sonrisa burlona.

La enfermera jefa de cirugía deja con cuidado sobre la mesa un café con leche y un cruasán a la plancha que huele delicioso antes de sentarse y mirarnos a ambas con interés.

—¡No la metas en esto! —suplico negando con la cabeza y sabiendo perfectamente que tengo todas las de perder.

—Gabi, vamos a suponer que tienes una tarde libre y una persona por la que es muy evidente que te sientes atraída te invita a salir justamente esa tarde —continúa Arya haciendo caso omiso de mis protestas para que pare—. ¿Rechazarías esa cita para irte a dormir sola en tu cama?

—No es ninguna cita —protesto de inmediato.

—¿Estamos hablando de Daniela McKenna? —pregunta Gabriela mientras da vueltas de manera metódica a su cucharilla en el café—. ¿Te ha invitado a salir y tienes la tarde libre? ¡Tía, tienes que ir!

—¡Joder, qué pesadas sois las dos! —ladro alzando los brazos por encima de la cabeza— está bien, voy siempre que me juréis que no vais a mencionar más el tema en lo que queda de día —protesto sacando el teléfono móvil del bolsillo y marcando el número de Daniela.

Es como si mi antigua profesora tuviese un sexto sentido y supiese que iba a llamarla justo en ese instante. O como si estuviese totalmente ociosa con el teléfono en la mano porque me responde al primer tono de llamada.

—Dani, hola. Parece que mi agenda de trabajo se ha liberado para el viernes. Si no es muy tarde puedes enviarme los detalles de la presentación del libro ese —expongo de forma escueta ante los gestos de triunfo de mis dos amigas.

La espera hasta el viernes por la tarde se me hace interminable. Casi vació el armario, colocando sobre la cama las distintas prendas de ropa y descartándolas una y otra vez. Por algún motivo me cuesta decidir lo que quiero ponerme. No me gustaría vestir de cualquier modo, pero tampoco quiero que se piense que busco algo con ella, porque en absoluto lo hago. Simplemente, estoy nerviosa y ya está.

Los pantalones cortos y blancos que elijo me hacen un buen culo, pero no dejan de deslizarse hacia arriba mientras avanzo por el pequeño sendero del Vista Hermosa Natural Park para dirigirme al punto de encuentro junto a un pequeño estanque con una cascada. Por lo visto, la autora esa amiga de Daniela, ha montado la presentación de su libro en un espacio abierto con un anfiteatro en esa zona y se espera que acudan bastantes personas.

En cuanto me acerco, Daniela se levanta de su asiento y me hace señas para indicarme que me ha reservado una silla a su lado mientras, de pronto, un calor repentino recorre mi cuerpo.

Respiro hondo, llenando de aire mis pulmones para luego expulsarlo con lentitud al tiempo que observo el maravilloso escote que deja ver su vestido negro. Ella sonríe al acercarse a mí, pero mis ojos siguen fijos en los pequeños pezones marcándose a través de la fina tela que consiguen que mis piernas a duras penas sostengan el peso de mi cuerpo.

No sé si, por suerte o por desgracia, mi antigua profesora se inclina hacia mí y me da un abrazo para saludarme, asegurándose que está muy contenta de que haya aceptado la invitación. Me explica algo de que más tarde iremos a tomar algo con la autora, pero sentir el calor de su cuerpo junto al mío es mayor motivo de nerviosismo que mis miradas furtivas

a sus pechos. Cierro los ojos, queriendo guardar en mi memoria la suave piel de su mejilla en la mía y el aroma afrutado con un ligero toque a vainilla de su perfume, que sigue saturando mis sentidos, incluso tras sentarnos en la silla.

Mi sorpresa es mayúscula al enterarme de que la autora que presenta el libro es Clara Simons, una de mis escritoras de romance lésbico favoritas, con lo que ya empiezo a mirar la charla con mejores ojos.

—Es el tercer libro de la serie de la Agente Walker, por fin se ha decidido a terminar la trilogía con varios años de retraso —bromea Daniela llevándose una mano a la frente.

—Yo me quedé en Infiltrada, ni siquiera sabía que había una continuación. Tengo que leer un poco más —admito entre susurros.

—Eso es lo que pasa cuando trabajas demasiado, te debes dedicar más tiempo a ti misma.

En ese momento, la mujer que tenemos sentada justo delante de nosotras se da la vuelta y, colocando el dedo índice sobre su boca, nos manda callar, con lo que no me da tiempo a preguntarle si en la tercera parte aparece Kim, que es una de mis personajes favoritas de cualquier libro.

Capítulo 10

Tras la presentación del libro y la posterior firma de ejemplares, la autora nos acompaña a un pequeño local en el que Daniela asegura que preparan unos cócteles excelentes. Pasa totalmente desapercibido entre los grandes edificios de la zona y es el típico pub al que solamente vas si lo conoces previamente.

Lo que me sorprende es la cantidad de personas que debe conocerlo porque está lleno hasta la bandera. La decoración es elegante, el pub es relativamente pequeño, poco iluminado pero acogedor. Tiene un techo alto y unos cuantos taburetes en la barra, aunque no podemos encontrar ni un solo sitio libre ni en ellos ni en ninguna de las mesas. El aire parece oler a menta, con un tufillo casi imperceptible a algo dulce.

Las personas que no disponen de una mesa, que son la mayoría, disfrutan de sus bebidas haciendoorros, charlando animadamente con sus amigos o relajándose con la excelente música.

—¿Te gusta el *sex on the beach*? —pregunta de pronto la escritora.

—El cóctel, malpensada —bromea Daniela al observar que me he quedado de piedra al escucharla.

—Supongo que sí —respondo encogiéndome de hombros.

La autora se dirige hacia la barra y cuando vuelve me maravillo de su habilidad para sortear a la gente y no derramar ninguna de las tres copas que contienen una bebida de color rojizo.

—¡Cuidado! Aunque esté muy dulce, lleva bastante vodka —me advierte Daniela al ver los largos tragos que le propino a mi bebida.

A esos largos tragos le sigue un brindis por el futuro éxito de los libros de Daniela y de su amiga y pronto es mi antigua profesora la que se dirige a la barra a por la segunda ronda.

—Dime una cosa —pregunto tras perder mi timidez natural debido al alcohol—. ¿Kim vuelve a aparecer en la tercera parte?

La autora se queda pensativa durante unos instantes y, tras dejar escapar una sonrisa, me asegura que sí aparece. Aun así, se niega a desvelar si vuelve con la agente del FBI que protagoniza la serie para no hacer spoiler.

—¡Salud! —exclama Daniela proponiendo un nuevo brindis.

Para esta ronda he pedido que me traiga una bebida un poco más ligera y me sorprende con una mimosa de frambuesa mientras ella repite con un nuevo *sex on the beach*.

—Está bueno, ¿quieres probarlo? —pregunto empezando a perder mis inhibiciones y ofreciendo mi bebida a Daniela.

Ella alarga el brazo y coloca su mano sobre la mía rodeando la copa, lo que consigue que un escalofrío de excitación recorra todo mi cuerpo en cuanto nuestros dedos se rozan. Clavando en mí sus preciosos ojos azules, se lleva mi vaso a la boca sin soltar mi mano y prácticamente consigue que me dé un infarto cuando se pasa la lengua por los labios para saborear las últimas gotas.

—Bueno, chicas, yo os voy a dejar ya —anuncia la escritora despidiéndose de nosotras y dejándome a solas con mi antigua profesora.

Un extraño calor me sube por las mejillas sin que pueda hacer nada por evitarlo, pero seguro que es más por el alcohol que por otra cosa.

—Me alegro de que a ambas nos gusten las bebidas dulces —añade Daniela levantando de nuevo la mirada y clavándome esos bellos ojos azules a los que me empiezo a hacer adicta.

—Y los libros lésbicos —suelto sin pensar.

Daniela se queda callada durante unos instantes, simplemente observándome y juro que la energía que desprende es tan fuerte que parece que puedas tocarla.

—¿Te gustan los animales? —inquieta de pronto.

—Tengo un gato, “Monkey”, tiene ahora tres años, pero sigue igual de trasto que cuando era un bebé —le explico mientras se me escapa una sonrisa.

Pronto la conversación gira hacia mi gato y me encuentro enseñándole a Daniela fotos de él en mi teléfono móvil como si fuese un hijo. Ella las observa con una paciencia infinita, haciendo algún comentario de vez en cuando, aunque juraría que parece más interesada en aprovechar la situación para pegarse más a mi cuerpo. Yo no sé ella, pero cada vez que acaricia con su mano la parte baja de mi espalda tengo que contenerme para que no se me escape un suspiro.

Sin poder aguantar más, me giro para colocarme frente a Daniela, nuestros cuerpos tan pegados que puedo sentir su calor. Respiro con fuerza, con el pulso acelerado mientras observo el deseo en sus ojos, al tiempo que coloca las manos en mi cintura, consiguiendo que mis piernas tiemblen como si fuesen un flan.

Me pierdo en ese mar azul y profundo que son sus ojos y el tiempo parece detenerse. Simplemente, nos miramos, ninguna de las dos dispuestas a dar el primer paso, aunque ambas sepamos lo que queremos. Cuando ya no puedo más, me inclino ligeramente hacia delante, rozando mis labios con los de Daniela. Es un beso suave, breve, sin apenas presión, como un aleteo. Una mera caricia, pero que casi consigue que se me salga el corazón del cuerpo.

—Lo siento, Daniela, de verdad...no sé lo que se me ha pasado por la cabeza —balbuceo mientras pido disculpas al darme cuenta de lo que acabo de hacer.

Joder, no sé en qué coño estoy pensando, creo que he malinterpretado la situación y acabo de besar a mi antigua profesora. Soy una imbécil. Daniela simplemente me observa, su rostro indescifrable, pero no dice nada, como si estuviese decidiendo entre darme una respuesta borde o cruzarme la cara de un tortazo.

Justo cuando estoy a punto de iniciar una nueva ronda de disculpas, cuela su mano derecha por debajo de mi cinturón y me atrae hacia ella plantándose un beso que hace que mi cuerpo se estremezca con la fuerza de un huracán.

La punta de su lengua recorre el interior de mis labios, sus manos en mi cintura, su cuerpo presionando el mío contra la pared del pub, mis gemidos apagados en su boca.

—Mi hotel está bastante cerca de aquí —susurra junto a mi oído en cuanto nuestros labios se separan.

Ese susurro consigue que se me ericen todos y cada uno de los pelos de la nuca, mis piernas tiemblan, lucho por meter el aire en los pulmones mientras rebusco en mi mente algo de cordura.

—Lo siento, Daniela. Creo que mejor me voy —respondo muy nerviosa al tiempo que abandono el pub a tropicónes.

Ya en la calle, el frío de la noche recorre mi piel mientras me pregunto qué ha pasado. Daniela se queda con la palabra en la boca, seguramente pensando que debo de ser gilipollas. Bueno, seguro que pensándolo y además una lela, pero es que ahora mismo no sé

cómo reaccionar. Mi mente es un avispero de sentimientos encontrados y estoy tan asustada que me alejo de allí en dirección a mi casa como si fuese una autómatas, sin darme apenas cuenta ni de por dónde estoy pasando.

Capítulo 11

Me tumbo en la cama y apenas soy capaz de pegar ojo. Ni la noche del viernes, ni la del sábado o el domingo. Los días son aún peores, el fin de semana se me pasa con una lentitud pasmosa, como si el tiempo se hubiese vuelto perezoso y se negase a avanzar. Intento ver alguna serie de televisión, pero pronto me cansan y hago zapping entre las distintas plataformas sin encontrar nada interesante. La lectura es imposible, no logro pasar de la primera página con ninguna novela.

Tan solo la imagen de Daniela aparece una y otra vez en mi mente, revivo nuestro beso con un realismo que me desconcierta. Siento la punta de su lengua recorriendo el interior de mis labios como si estuviese pasando ahora mismo, y cada vez que lo hago me excito tanto o más como en el momento que ocurrió.

Joder, soy una imbécil. En cuanto lo sepa, Arya se va a estar riendo de mí durante años. Me dirá que tenía que haber aprovechado su invitación e irme al hotel con ella. Insistirá en que necesito un buen polvo y que era mi oportunidad. Quizá podría haber sido un gran fin de semana. Desde luego, ganas no me faltan; me he masturbado más veces en dos días que en los últimos seis meses.

Sigo sin entender lo que ha pasado, pero ese fuego en sus ojos azules me desconcertó. Es como si necesitase imperiosamente acostarse conmigo, como si el tiempo se le estuviese acabando por algún motivo y debiese darse prisa.

Supongo que eso me asustó. Creo que si me hubiese llamado el sábado para volver a quedar habría aceptado, pero ni siquiera lo ha hecho. Ni el sábado, ni el domingo. No he vuelto a tener noticia alguna de Daniela McKenna y quizá sea mejor así.

¿Qué futuro de mierda tendríamos juntas?

Me paso la vida trabajando y ella hace lo mismo. Daniela vive en Boston y yo en Los Ángeles. Eso sin contar con la diferencia de edad entre nosotras. Quizá a ella le baste con una relación en la que solamente nos veamos dos o tres veces al año para un fin de semana de desenfreno, aunque no es eso lo que yo busco.

Arya dice que tengo demasiado idealizado el amor, que tengo que dejarme llevar de vez en cuando, pero mi vida ya es demasiado complicada y he perdido bastante el tiempo con Martina para no llegar a nada. Si voy a hacer el esfuerzo de meterme en una relación, quiero que sea una relación de verdad, que su nombre merezca la pena, no un polvo ocasional.

Y esos ojos clavados en mí...ese deseo...esa sensación como que el tiempo se acaba... me han asustado demasiado.

El lunes por la mañana entro en el hospital como un zombi, las manchas negras bajo mis ojos son testigos silenciosos de mi falta de sueño.

—¿Un fin de semana duro? —pregunta Sofía con asombro al cruzarse conmigo en la entrada.

Simplemente, me encojo de hombros sin ser capaz de contestarle porque ni yo misma encuentro una explicación coherente.

—¿Me lo quieres contar? —insiste la oncóloga.

Sofía es de las personas más empáticas que he conocido, lo que supone a la vez una bendición y un castigo a la hora de realizar su trabajo en el área de oncología. Es capaz de

conectar con los pacientes de un modo que rara vez he visto antes en cualquier médico, pero también sufre enormemente con sus desgracias.

—El viernes por la noche tuve una cita con Dani —susurro mirando alrededor por si nos pudiese escuchar alguien, y sorprendiéndome a mí misma de haber utilizado la palabra cita.

—¿Dani? —pregunta Sofía arqueando las cejas confusa.

—Daniela.

La oncóloga se encoge de hombros y me mira fijamente sin saber de lo que estoy hablando.

—McKenna, Daniela McKenna, estuvimos hablando brevemente de ella durante el desayuno hace unos días, ¿recuerdas? —insisto volviendo a mi cabeza lo pesada que se puso Arya aquel día.

—Joder, ¿tu antigua profesora? —inquieta Sofía abriendo los ojos como platos.

—Literalmente no conozco a ninguna otra con ese nombre.

—Pensaba que no había nada entre vosotras —espeta mi amiga en una décima de segundo.

—Supongo que Arya no te ha puesto al día.

—Tengo bastantes movidas últimamente como para estar al día de vuestras aventuras y desventuras amorosas —se queja la oncóloga dejando escapar un ligero bufido.

Cogiendo a Sofía por el codo, me la llevo hacia una esquina menos transitada antes de empezar a hablar de nuevo.

—No había nada en la facultad de medicina. Simplemente, era mi profesora y, a decir verdad, no me hacía ni caso. Puede que yo tuviese un *crush* con ella bastante serio, pero no hubo nada de nada. Básicamente, me ignoraba como si fuese parte de la decoración del aula, una maceta o algo así —confieso.

—¿Y ahora estáis saliendo?

—No, joder, no estamos saliendo —protesto— tuvimos una especie de cita el viernes por la noche, bebimos algunas copas y nos besamos. Al principio pensé que había cruzado una línea y que me iba a partir la cara de un tortazo, pero luego me besó contra la pared y me invitó directamente a ir a su hotel —le explico con el corazón a cien.

—¿Te fuiste al hotel con ella?

—Me asusté. No entiendo lo que pasó, pero su mirada era muy extraña. En sus ojos azules podía ver no solo deseo, sino algo más. Era una especie de urgencia, de necesidad, como si lo necesitase ya mismo, porque el tiempo se acaba. Fue muy raro —reconozco bajando la mirada.

Sofía se queda completamente callada, simplemente observándome con el ceño fruncido, como si le hubiese molestado algo de lo que acabo de decir. Sé que no está tan obsesionada como Arya con el tema de las relaciones, pero podía por lo menos mostrar algo de entusiasmo ante lo que le acabo de contar.

—¿Me estás diciendo que besaste a tu antigua profesora porque habías bebido más de la cuenta y luego te echaste atrás?

—Joder, Sofía, no fue exactamente así. Te estoy diciendo que me asustó la urgencia en su mirada, es como si se le acabase el tiempo —le explico de nuevo.

—Quizá sí se le acaba el tiempo —suelta la oncóloga de manera críptica.

—Vale, ya me imagino que solamente estará unos días en Los Ángeles y luego volverá a Boston, pero, aun así...

—En cuanto a lo de las charlas de formación esas que quieres organizar con ella, es

mejor que esperes unos meses, te vas a encontrar con demasiada resistencia por parte de los médicos veteranos —suelta de pronto interrumpiéndome y cambiando de tema por completo ante mi sorpresa.

Sin entender a qué viene el giro en la conversación, le explico que justamente tenemos que dar las charlas cuanto antes porque Daniela se tendrá que ir a Boston y esa fue una de mis dudas a la hora de seguir adelante con lo del beso.

—Busca otra persona que dé las charlas —agrega como si no estuviese escuchando nada de lo que le digo.

La reacción de Sofía me deja perpleja. Normalmente, es una persona muy reflexiva y empática, alguien a quien le gusta escuchar. En cambio, no comprendo su reticencia a organizar las charlas ahora, sé que algunos de mis compañeros no están de acuerdo con que me hayan ofrecido la jefatura del área de cirugía, aunque sea de manera temporal. Precisamente, estas charlas con una cirujana de tanto prestigio como Daniela callarían muchas bocas.

Mi pierna derecha bota bajo la mesa mientras me afano en recorrer la pantalla del ordenador en busca de la manera de crear la dichosa conferencia. Juro que el nuevo sistema informático va a acabar conmigo.

La conversación con Sofía ha conseguido descolocarme por completo. Inicié el día confusa, mientras le contaba lo ocurrido me sentí llena de energía recordando el beso con Daniela, y ahora estoy abatida, casi en depresión. Presiento que va a ser un día de mierda.

—Hola, rompecorazones, ¿qué tal tu cita con la profe? —pregunta una voz demasiado familiar entrando en mi despacho sin ni siquiera llamar a la puerta.

—Ya tardabas en venir a preguntar, son casi las nueve y media —ironizo con un bufido.

—Joder, ¡vaya ojeras que traes! La profe debe ser una bestia en la cama —bromea Arya llevándose una mano a la frente.

—No seas guarra —le recrimino poniendo los ojos en blanco ante la tontería que acaba de decir.

—Bueno, ¿entonces?

—No sé qué decirte, la verdad —confieso antes de empezar a relatar lo ocurrido el viernes.

Arya escucha con atención mientras le cuento lo que ocurrió en el bar; nuestro beso y la invitación de mi antigua profesora para pasar la noche en su hotel...y mi negativa. En cambio, para mi sorpresa, no bromea con la situación ni me recrimina que me haya perdido un buen polvo. Tampoco saca a relucir la extraña fantasía esa que tiene ahora de los azotes en el culo con una profesora. Simplemente me escucha.

—Podías haberme llamado y habría pasado el fin de semana contigo —expone bajando el tono de voz mientras acaricia mi brazo izquierdo.

—Digamos que cualquier contacto físico con otra mujer durante este fin de semana podría haber sido peligroso —admito dejando escapar un suspiro.

De nuevo, tampoco me toma el pelo con la confesión que acabo de hacer, hasta me ha sorprendido a mí misma la manera en que mi cuerpo ha reaccionado este fin de semana. Simplemente, se acerca a mí, me rodea con sus brazos y me abraza con fuerza. Un abrazo sincero, de esos que consiguen que se olviden todos tus problemas y preocupaciones.

Y si ese abrazo me ayuda en ese momento, nada consigue que me relaje cuando llego a la sala de reuniones para anunciar las charlas formativas a los facultativos del área de cirugía y

de oncología. Las palabras de Sofía diciendo que varios compañeros no veían con buenos ojos mi nuevo puesto resuenan con fuerza en mi cabeza en cuanto observo la mirada de odio e indiferencia en algunos de mis colegas.

Es como volver al instituto, a esos días en los que la mitad de la clase me odiaba por mis notas perfectas y me lo hacían saber en cada mirada o cada gesto. Cuando conseguían que cada día tuviese que encerrarme en el baño a llorar.

—Gracias a todos por venir. Sé que todos estamos muy ocupados, así que voy a ser muy breve para no robaros más tiempo del estrictamente necesario —anuncio forzando la mejor de mis sonrisas—. Andrew me ha pedido que organice unas charlas formativas para el área de cirugía general y de oncología y...

—¿Para nosotros? —interrumpe John Smith, un cirujano de unos sesenta años con fama de trabajar más bien lo justo.

—Sí, para todos los integrantes de ambas especialidades —puntualizo tratando de mantener la calma lo mejor que puedo.

—¿Así que tú vas a enseñarnos algo? —insiste en tono algo violento.

Trato de respirar hondo, dejando escapar el aire con lentitud, aunque mi corazón se ha acelerado y su ataque me rompe por dentro.

—¿Por qué te han pedido a ti que organices las charlas? —pregunta Jason Artz, otro de los doctores veteranos en apoyo de su compañero.

—Por el mismo motivo por el que la enchufaron en el hospital —responde el doctor Smith alzando ligeramente la voz para asegurarse de que todo el mundo le escucha —solo porque estudió en Harvard bajo la tutela de una cirujana de renombre. Y porque es mujer. Aquí lo que cuenta es dejarse ver —añade con ironía.

Dejo caer los hombros, desviando la mirada mientras trato de contener las lágrimas para que no vean todo lo que me están afectando sus comentarios. Quizá sea cierto que no estoy preparada para ese puesto.

—¿Pero tú de qué coño vas, pedazo de gilipollas? Y te lo digo con todo el respeto del mundo —interrumpe Arya levantándose de su silla—. Supongo que a alguien como tú le viene muy bien que el hospital no progrese, pero a algunos de nosotros nos gustaría mejorar y disponer de más medios y esas charlas se organizan justamente para eso. Cualquier cirujano con dos dedos de frente estaría encantado de tener la oportunidad de que la doctora McKenna le diese una charla formativa y Laura lo ha conseguido. Ah, espera, que tú te has quedado con lo que estudiaste en la carrera durante el Neolítico; no has vuelto a leer nada y ni siquiera sabes quién es Daniela McKenna —agrega resoplando.

La sala se queda sumida en un silencio ensordecedor, envuelta en una tensión tan grande que se podría cortar con un cuchillo, aunque las palabras de Arya han conseguido acallar las críticas de los veteranos y dibujado una amplia sonrisa en los cirujanos más jóvenes.

—¿Estás bien? —pregunta mi amiga en cuanto salimos de la sala.

Creo que el suspiro de rendición que dejo escapar responde por mí.

—Estás muy implicada emocionalmente con esas charlas, Laura. Lo de la profe te está afectando. Es mejor que tomes una decisión, lánzate a la piscina o bien olvídate de ella, pero no te quedes en tierra de nadie —aconseja Arya cogiendo una de mis manos entre las suyas y acariciándola con su dedo pulgar.

Justo cuando le voy a comentar que no hay mucha decisión que tomar porque Daniela ni siquiera se ha vuelto a poner en contacto conmigo desde el viernes, mi teléfono móvil emite un pitido indicando la entrada de un mensaje de WhatsApp.

“Siento no haberte llamado el fin de semana. Las cosas se complicaron. Simplemente, quería decirte que el viernes estuve muy a gusto contigo. Que pases buena tarde”. Reza el mensaje de Daniela que consigue que mis manos tiemblen de nerviosismo mientras lo leo.

Sus palabras son como una ráfaga de aire fresco sobre la piel en un día de verano, como un cielo perfecto sin una sola nube. De pronto, la reticencia de algunos de mis compañeros sobre las charlas pasa a un segundo plano y todos mis problemas se sustituyen por una gran sonrisa en mis labios.

—Está todo perfecto, gracias por tu ayuda en la sala —aseguro a Arya apretando su mano.

Capítulo 12

Durante las siguientes dos semanas consigo quedar con Dani varias veces a comer o a explorar la ciudad. Es sorprendente que viviendo en Los Ángeles desde hace más de seis meses, tenga que ser Daniela la que me empuje a conocer todo lo que esta maravillosa ciudad tiene que ofrecer.

Su curiosidad es inagotable, parece tener unas ganas de vivir y de aprender propias de una niña y quizá esa sea una de las claves de todo lo que ha conseguido en el trabajo. En algún momento de nuestras vidas perdemos las ganas de sorprendernos por las cosas, de aprender a cada ocasión que se nos presenta, dejamos de ser niños y nos instalamos en la rutina. Podría parecer que Dani nunca lo hubiese hecho.

Pero, sobre todo, donde está teniendo una importancia capital es en la seguridad en mí misma. He mejorado notablemente en ese aspecto desde que estoy con ella, me hace sentir tan especial a su lado que se refleja en mi trabajo y eso se nota.

Aprovecho cada ocasión para aprender junto a ella, es una enorme enciclopedia de conocimientos médicos. A veces me da un poco de vergüenza que todavía la esté utilizando como profesora, pero es que a su lado me doy cuenta de que me queda muchísimo por aprender.

En un plano más íntimo, no sabría decir dónde se encuentra nuestra relación. Caminamos por la ciudad de la mano, nos besamos casi en cada esquina como dos adolescentes, pero salvo algún roce en lugares poco concurridos, las cosas no pasan de ahí para desesperación de Arya que me anima cada día a que me la lleve a la cama de una vez.

Puedo ver el deseo en los ojos de Daniela cuando nos besamos, en ese océano de expresividad azul que es su mirada, pero se contiene y acepta que yo prefiera ir a otro ritmo.

Quedan solamente dos días para la primera de las charlas de formación que nos ofrecerá y no puedo estar más nerviosa. Hemos repasado una y otra vez los contenidos y el material gráfico que queremos presentar para que nada pueda salir mal. No espero que ninguno de mis colegas más veteranos tenga suficiente valor como para intentar contradecir a Daniela durante la charla, pero, aun así, me gustaría que no hubiese ningún contratiempo.

—¿Qué te preocupa? —pregunta Dani mientras colma de caricias mi cuello con el reverso de su mano.

Simplemente, suspiro, no necesito responder porque sabe perfectamente lo que ocurre, aunque cuando coloca mi cabeza en su pecho para besar mi pelo consigue que parte de mis pensamientos abandonen la dichosa charla.

—Nos vamos a ver el museo de los pozos de alquitrán de la Brea —dice de pronto —necesitas distraerte.

No es una pregunta, ni una sugerencia. Es una orden. Intento protestar durante unos instantes, pero Daniela tira de mi brazo y pone una carita que me derrite por completo, con lo que toda resistencia es inútil.

Lo cierto es que desde que he visto una serie en la televisión en la que salían los pozos de alquitrán de la Brea tenía muchas ganas de visitar ese museo. En pleno corazón de Los Ángeles, puedes viajar a la Edad de Hielo y observar en directo a los arqueólogos mientras excavan y limpian los numerosos fósiles de mamuts o de tigres dientes de sable. Es impresionante ver cómo han quedado atrapados en el burbujeante alquitrán durante miles de

años. Es una experiencia única y una maravillosa oportunidad para aprender. Justo como le gusta a Dani.

Mientras caminamos por el museo, aprovechando a sacarnos alguna fotografía como recuerdo, Daniela se queda pálida y debe apoyar las manos en la pared para no perder el equilibrio. Otra vez lo mismo que le había ocurrido en mi despacho y empieza a preocuparme bastante.

—No pasa nada, no te preocupes —me tranquiliza cuando le pregunto qué le ocurre.

Daniela intenta convencerme de que el día anterior ha cenado una comida muy grasa y que es algo temporal. Aun así, insiste en abandonar la exposición para irse a descansar al hotel. Por más que intento acompañarla, me asegura que es simplemente un mareo temporal y que prefiere coger un taxi y tumbarse un rato en la cama.

—Estaré toda la tarde en el hospital, por favor, mándame un mensaje cuando llegues al hotel para que me quede más tranquila —solicito preocupada—y llámame si sigues encontrándote mal.

Por la tarde, desde mi despacho, le envío un mensaje de WhatsApp para interesarme por su estado y me quedo mirando el teléfono mientras espero su respuesta porque normalmente contesta casi al instante. No llega nada.

Muerdo el interior del labio hasta que siento el sabor de mi propia sangre, una costumbre que tengo desde que era niña en cuanto me puede la tensión, pero justo cuando estoy a punto de llamarla por teléfono, solicitan mi presencia en uno de los quirófanos para una cirugía de emergencia.

Poco a poco, empiezo a darme cuenta de que me estoy enganchando a Dani mucho más de lo que quisiera. En estos momentos es algo maravilloso, algo que llena mis días y me hace disfrutar de la vida más allá de las largas horas de trabajo, pero sé que el golpe que me llevaré cuando se marche de Los Ángeles y regrese a Boston será terrible.

Ni siquiera sé el tiempo que va a estar en la ciudad. Insiste en que puede ser variable, da excusas y explicaciones vagas sobre su libro y el trabajo con los editores, pero no termina de aclararme nada. Incluso juraría que se pone algo tensa cuando le pregunto por lo que casi he decidido no hacerlo.

¿Empiezo a enamorarme de ella? Esa es la pregunta que me hago cada vez con más frecuencia. Ha aportado tanta energía y pasión a mi vida desde que salimos juntas que ahora mismo no sé si sabría vivir sin ella. Lo que sí sé es que cuando Daniela regrese a Boston se llevará consigo mi motivación para disfrutar o para explorar, se llevará nuestras largas conversaciones sobre cualquier tema. Se llevará mi felicidad cuando recuesto la cabeza en su pecho mientras ella peina mi melena entre sus dedos. Se llevará para siempre una parte de mi corazón.

—Y entonces, ¿a qué coño estás esperando? —protesta Arya cuando le cuento mis dudas por enésima vez.

—Ni yo misma lo sé —admito dejándome arrullar entre sus brazos en la sala de descanso.

—No eres virgen, ¿no? —susurra.

—Vete a la mierda, Arya.

—Joder, es que no lo entiendo, te lo juro —vuelve a quejarse—esa mujer se muere por irse a la cama contigo, y tú también. Encima estás súper a gusto con ella y posiblemente se va a ir en breve. Y tú sigues deshojando la margarita y jugando con tus deditos mientras piensas en ella. Si te soy sincera, no le veo el sentido.

—Eres gilipollas, Arya... pero tienes razón. Estoy haciendo el imbécil y no tengo ni idea de por qué estoy esperando —reconozco dejando escapar un largo suspiro de rendición.

—¿Me contarás los detalles? Recuerda que tú y yo no tenemos secretos entre nosotras —bromea Arya con un beso en mi mejilla.

—Eres una guarra.

Capítulo 13

Muerdo el interior de mi labio inferior con nerviosismo, consciente de que Daniela se retrasa. Todo el departamento de cirugía y una buena representación del de oncología se encuentra en la sala esperando por la charla de formación. Gabriela ha tenido que obrar auténticos milagros para encontrar una hora que pudiese encajar, más o menos, a todo el mundo. Aun así, las miradas asesinas que me dedican varios de los presentes dan auténtico miedo.

Miro el reloj del teléfono móvil una y otra vez y el retraso suma ya los quince minutos. El doctor Smith, muy en su línea, ya ha avisado que esperará otros cinco minutos más por cortesía y que después se irá. Me indica que está muy ocupado, como si todo el hospital no fuese consciente de que es el cirujano con peor rendimiento del centro.

Lo que al principio era silencio y expectación, poco a poco ha ido transformándose en una ruidosa conversación entre los médicos presentes, que se hace más y más ruidosa a medida que avanzan los minutos.

Ninguno de los cinco mensajes que le he enviado a Daniela han obtenido respuesta. Tampoco contesta a mis llamadas y estoy ya al borde de un ataque de nervios.

Trato de respirar hondo para mitigar la tensión, pero mis piernas tiemblan por debajo de la mesa sin que pueda hacer nada para evitarlo y una opresión se ha apoderado de mi pecho como si me acabasen de colocar una pesada losa.

—¿Qué pasa con la profe? —inquire Arya entre susurros, levantándose de su silla y acercándose hasta la mesa principal.

Mi mirada de pánico se lo dice todo, estoy aterrada y a medida que veo el desasosiego entre el resto de mis compañeros me pongo más y más nerviosa. Este fin de semana Dani parecía cansada, el sábado prefirió no salir tras la cena y volver al hotel. Ayer por la tarde, en la cama, parecía desganada.

—No lo entiendo, tu chica ya estaba en el hospital hace más de una hora, me la he cruzado en la recepción —admite Arya encogiéndose de hombros.

Frunzo el ceño tratando de comprender lo que está ocurriendo. No es propio de Daniela llegar tarde a los sitios y sabe perfectamente lo importante que son para mí estas charlas formativas.

—Ya está, yo me largo. Ya os pueden dar por el saco a ti y a la doctora esa —brama el Dr. Smith levantándose de la silla junto con otro de los médicos más veteranos—. Ya he perdido demasiado tiempo, gracias por joderme la mañana —añade con un bufido.

Ni siquiera me atrevo a detenerle, no sé cómo reaccionar. El resto de los doctores, al observar que los dos primeros han abandonado la charla y yo no les he dicho nada, hacen lo mismo y pronto tan solo quedamos en ella Arya, Gabriela y yo.

—¡Qué mierda, joder! —dejo escapar, escondiendo el rostro en el cuello de Arya y permitiendo que las lágrimas salgan con libertad.

Mi amiga me abraza y besa cariñosamente mi sien, consciente de todo el esfuerzo que he dedicado a la organización de esta charla y lo mucho que significaba para mí.

—Lo siento mucho, Gabi —me disculpo agradeciendo a mi enfermera jefa el trabajo que ha desarrollado para cuadrar todos los horarios, posponiendo dos operaciones para nada.

—Seguro que tiene una explicación, no te preocupes, ya buscaremos otro momento para

la charla formativa —comenta Gabriela tratando de tranquilizarme mientras acaricia mi espalda, aunque sé que lo que realmente quiere decir es que ya me puedo olvidar para siempre de la charla con Daniela.

De pronto, viene a mi cabeza la conversación que tuve hace unos días con Sofía en la que había puesto en duda la conveniencia de organizar estas charlas. Sus palabras pesan ahora en mi mente como una siniestra premonición.

—¿Estás segura de que has visto a Daniela esta mañana? —inquiero levantando la cabeza y apoyando mi frente sobre la de Arya.

—Completamente segura, me saludó y parecía muy cansada. Sé que ayer estuvisteis juntas por la noche y supuse que le habías dado mucha caña —susurra mi amiga casi arrepintiéndose de sus palabras.

—Me marché de su hotel a las diez y media. Le dolía mucho la cabeza —confieso sin saber ya qué pensar.

—Seguro que es cualquier tontería, un malentendido con la hora o cualquier chorrada. Ya verás, pronto te estarás riendo de lo ocurrido —me asegura Arya besando mi frente.

Niego con la cabeza descorazonada, incapaz de retener las lágrimas que ruedan por mis mejillas sin control. Después de organizarlo todo, después de enfrentarme a medio departamento y posponer cirugías, la ponente no se presenta y todo se ha convertido en un gran fracaso.

—Te juro que la mato por lo que me ha hecho —ladro enfadada, apretando los puños hasta que mis nudillos se tiñen de blanco.

—Venga, no te lo tomes así —exclama Gabriela en un vano intento por calmarme.

—¿Cómo quieres que me lo tome? —chillo como si Gabi tuviese la culpa de algo—. Quizá para Daniela esto es solo un engorro, algo que solamente iba a hacer para tenerme contenta y meterse en la cama conmigo, pero para mí significaba mucho. Es que no lo entiendo, joder, ¿qué pasa, que ahora que ya se ha acostado conmigo no importa la charla?

—No creo que tenga nada que ver, Laura —me asegura Arya desconcertada.

—Es que no le importo nada, joder. Ya puede tener una buena excusa para no haber venido porque se va a cagar en cuanto la vea —vocifero mientras tiemblo de la cabeza a los pies.

Gabriela y Arya se miran la una a la otra y alzan los hombros sorprendidas, por mi reacción. Ni yo misma me la esperaba porque soy una persona de lo más calmado, pero en estos instantes tan solo quiero encontrar a Daniela y darle un puñetazo en la cara.

—¿Hacia dónde se dirigía cuando te has cruzado con ella por la mañana? —inquiero nerviosa.

—Estaba a punto de coger uno de los ascensores que llevan al ala B del hospital —responde Arya con un hilo de voz.

Ni siquiera dejo que termine la frase y ya estoy en movimiento hacia esa parte del hospital, dispuesta a cruzarle la cara a Dani si consigo encontrarla, seguida de Arya que me pide que recapacite.

—¿Quieres parar, por favor? Tienes una operación en una hora y no puedes pasar la mañana buscando a tu novia por todo el hospital, suponiendo que siga aquí —solicita mi amiga cogiéndome por el codo para que me detenga.

—Creo que quieres decir exnovia, porque después de lo que me ha hecho ya no tenemos ningún futuro juntas. Ha demostrado ser una zorra —me quejo zafándome de Arya.

Atravesamos los largos pasillos que separan las dos alas del hospital casi al galope, con

mi amiga intentando que recapacite y mi enfado creciendo por momentos. De pronto, nada tiene sentido. Mi supuesta relación con Dani es una auténtica mierda; no solo se irá cualquier día de estos a Boston dejándome aquí tirada, me saca dieciséis años y ahora ha demostrado que no le importo lo más mínimo. Por mí ya le pueden dar mucho por el saco.

—¿Qué hacéis en oncología? —pregunta Sofía mirándonos confusa al cruzarse con nosotras cuando iba a entrar en una de las habitaciones.

Ni siquiera pensaba detenerme a decirle hola, mi mente está fija en atravesar el área de oncología para llegar a la siguiente parte del hospital, pero la extraña expresión en su rostro consigue que haga una pausa.

—¿Has visto a Dani? —suelto antes de que la oncóloga vuelva a abrir la boca.

Sofía se tensa, frunciendo el ceño y mordiendo su labio inferior con preocupación, como si supiese dónde está y no quisiese decírmelo y la sangre hierve en mi interior haciéndome temblar.

—Es mejor que te vayas, Laura, tenemos mucho trabajo esta mañana y ahora mismo no tengo tiempo —solicita mi amiga sin responder a mi pregunta.

—Sofi, te juro que como Dani esté con otra y me lo estés ocultando, no te lo voy a perdonar en toda mi vida —amenazo alzando la voz mucho más de lo que sería conveniente en un área de oncología.

—No es eso —responde Sofía, quedándose pálida y con los ojos ligeramente humedecidos.

De pronto, todo mi mundo se viene abajo de un solo golpe. Quiero que la tierra me trague y no volver a salir, porque el presentimiento que acabo de tener me rompe por dentro.

—No puedes entrar ahí —advierte Sofía al ver que trato de mirar a través de la puerta entreabierta de una de las habitaciones.

Hago caso omiso y aparto a mi amiga de un empujón, entrando aterrorizada en la fría habitación de hospital mientras un enorme nudo se apodera de mi estómago.

Tumbada en la cama, atada a un gotero y con aspecto demacrado, se encuentra una figura familiar.

—¡Dani! —suspiro deseando morir en ese instante.

Capítulo 14

—Laura, por favor, tienes que irte de aquí. No es tu paciente —insiste una vez más la oncóloga con tono grave.

—Está bien, Sofía, considero a Laura como si fuese mi familia —responde Daniela con un hilo de voz entre tosidos.

Mi labio inferior tiembla sin saber muy bien cómo reaccionar. He visto infinidad de pacientes en el quirófano, algunos de ellos en muy mal estado, pero nada te prepara para ver a la persona que amas en estas condiciones.

—Supongo que ya habrás adivinado lo que me pasa —bromea Dani intentando sacar fuerzas de flaqueza.

—¿Por qué...por qué no me has dicho nada? —pregunto entre susurros, sentándome a su lado en la cama y cogiendo una de sus manos entre las mías.

—Es un tratamiento muy agresivo. Al principio me sentía bastante bien, supongo que tú me infundías ánimos, incluso sin saberlo. Me dabas una razón para seguir luchando, para vivir —explica Daniela en tono sosegado—. En los últimos días, sin embargo, he empezado a sentirme mucho peor. El domingo me dolió muchísimo decirte que te fueses, pero de verdad que no podía. Sabía que tendría que ingresar cuanto antes.

—Dani, tendrías que habérmelo dicho —insisto apretando su mano e intentando parecer fuerte, aunque no puedo evitar que las lágrimas broten de mis ojos.

—No quiero que llores, Laura. Siento mucho no haber podido dar la charla de formación —se disculpa Dani forzando una sonrisa en sus labios.

—¡Que le den por el culo a la charla! —protesta Arya, que se ha colado en la habitación para desespero de la oncóloga—tienes que ponerte bien, Dani. Por ti y por Laura —añade.

—¿Por eso has venido a este hospital? —pregunto con miedo.

—Sí —responde ella—tiene un buen departamento de oncología y es de los pocos hospitales del país en donde nadie me conoce. O eso pensaba, al menos, hasta que me encontré contigo. No quería que nadie supiese lo que pasaba, hacerlo público era convertirlo en real y tenía miedo —reconoce mientras lucha claramente por contener las lágrimas que empiezan a brotar de sus ojos.

—Joder, y yo que pensaba al principio que te habían llamado para hacerte cargo de mi puesto —admito llevándome una mano a la frente.

—Hace unos minutos pensabas que te estaba poniendo los cuernos —añade Arya disculpándose de inmediato.

Daniela no puede evitar soltar una pequeña carcajada que a mí se me antoja como un rayo de esperanza.

—Encontrarte fue lo mejor que me ha pasado y siento mucho que haya sido tan corto. Fue completamente fortuito, pero has llenado mi vida de felicidad en estas pocas semanas. Comprendo que te lo debería haber dicho, pero tenía miedo de asustarte y de que todo se acabase de golpe —confiesa apretando mi mano.

—Eres idiota, Dani —me quejo—estaré siempre a tu lado, pase lo que pase. Y no hables como si todo se hubiese acabado, Sofía es una oncóloga extraordinaria y disponemos de muchos medios para que te recuperes —le aseguro llevando su mano hasta mis labios para besarla sin ni siquiera saber en qué estado se encuentra su enfermedad.

Daniela simplemente sonríe y su rostro adquiere una expresión de paz y tranquilidad que me desconcierta.

—No vas a pasar por esto tú sola —le aseguro entre susurros mientras beso su frente—. Te quiero.

Capítulo 15

El regreso al quirófano tras enterarme de lo ocurrido con Daniela es un auténtico suplicio. Menos mal que es una operación rutinaria que puedo hacer casi con los ojos cerrados, pero es que ahora mismo tengo el ánimo por los suelos. Debo hacer un esfuerzo titánico por mantener la mente centrada en la mesa de operaciones porque cada poco me abandona y se va junto a Dani. Y es que es ahí donde me gustaría estar, sentada con ella en su cama, seguramente llorando juntas toda la tarde, al menos yo.

Mientras me lavo tras la cirugía antes de volver a mi despacho y prepararme para la siguiente operación, medito sobre cómo ha cambiado mi vida en tan solo unas pocas semanas. Ahora, de pronto, la carrera por el puesto de jefa del área de cirugía ha cesado de tener importancia. Será difícil continuar con mi vida cotidiana, sabiendo que Dani está en el otro extremo del hospital, en el ala B, siendo consciente de que ahora es uno de esos pacientes que drenan la energía vital de Sofía.

Joder, he sido una imbécil, Sofi trató de advertirme. Su aviso aún retumba en mi cabeza. “Quizá sí se le acaba el tiempo” fueron sus palabras exactas cuando le comenté que había besado por primera vez a Dani y que me asustaba el sentimiento de urgencia en su mirada. Ahora entiendo también por qué Sofía insistía en que era mejor dejar las charlas formativas para otro momento. He sido una idiota, mi amiga lo sabía desde el principio, era su paciente, pero no me lo podía decir. Aquella mujer de éxito que estaba a tratamiento en su departamento y que no tenía familiares ni amigos que la visitaran era Daniela.

Ahora Dani ya no era solo Dani, la cirujana extraordinaria, mi antigua profesora, la mujer de la que me había enamorado. Todo eso empezaba a ser eclipsado, de pronto se había convertido en una paciente del área de oncología, alguien a quien Sofía, que solía encontrar siempre el lado positivo en su trabajo, veía como una paciente a la que quizá no podría salvar.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —pregunta Gabriela sacándome de mis pensamientos.

—Nada —respondo con sequedad sentándome frente al ordenador y aparentando estar muy ocupada.

—No me vengas con esa mierda, Laura —insiste la enfermera jefa de cirugía—. En el quirófano parecías una zombi, por un momento me dio hasta miedo, era como si no estuvieses allí.

—No pasa nada, Gabi, estoy algo cansada, eso es todo —le aseguro esperando que abandone mi despacho y me deje tranquila.

—¿Es por las charlas de formación? Ha sido una putada que la doctora McKenna no se presentase. ¿Ya sabes lo que le ha ocurrido?

—¡Me dan igual las putas charlas de formación, joder! —interrumpo con un ladrido, alzando la voz mucho más de lo que sería conveniente.

La enfermera alza las manos como si quisiera indicarme que no pretende discutir y abandona el despacho sin decir una palabra, aunque la sorpresa en su rostro es palpable y deja muy claro que no se ha quedado convencida.

Justo cuando va a cerrar la puerta, Sofía entra en el despacho y Gabriela se le queda mirando con un extraño gesto.

—Sofi —susurro dejando escapar un suspiro, incapaz de retener las lágrimas que brotan

de mis ojos.

—La doctora McKenna ha autorizado a que comparta su historia médica contigo — anuncia la oncóloga entregándome una carpeta marrón—. Debo advertirte que en el caso de tu novia te debo tratar como a la familiar de un paciente y no como una cirujana. La oncóloga soy yo y lo mejor es que no te pongas a investigar por tu cuenta ni te metas en mi trabajo. Lo siento mucho, Laura, pero así es como va a funcionar esto, lo quieras o no —me advierte con el rostro muy serio.

—Lo comprendo, Sofi, yo tan solo quiero ayudar —le aseguro mirando los últimos análisis de Daniela.

—La mejor manera de ayudar a tu novia es estar ahí para ella. Será duro, las cosas se van a poner feas, aunque le vendrá muy bien tener a alguien que la apoye. Necesita a su lado a una persona que la quiera y le ayude a mantener alta la moral y no venirse abajo. Es una mujer muy fuerte y positiva, pero en su estado hay veces que tener cerca el apoyo de alguien que te quiere es lo fundamental y, si te soy sincera, cuando llegó a nosotros y nos dijo que estaría sola, me preocupé bastante —confiesa Sofía.

—Gracias, Sofi —agradezco con una sincera sonrisa, agitando en el aire la carpeta marrón que me acaba de entregar.

La oncóloga me devuelve la sonrisa y asiente con la cabeza al tiempo que abre la puerta para marcharse. La sigo con la mirada y mientras observo su silueta perderse por el largo pasillo, me rompo por dentro como si un millón de cuchillos me estuviesen cortando sin piedad en trozos diminutos.

—Entiendo que sois amigas, pero ¿qué hace Sofía fuera de oncología? —pregunta Gabriela tras llamar a la puerta de mi despacho para preparar la siguiente cirugía.

No necesito contestar porque mis ojos llorosos e hinchados lo hacen por mí.

—Oh, joder, vaya putada. Esa es la razón por la que no ha acudido a la charla de formación, ¿verdad? —inquire Gabriela, aunque más que una pregunta es una afirmación.

Asiento con la cabeza mordiendo mi labio inferior con fuerza como si eso pudiese aliviar mi dolor y aparto la mirada para esconder mi desesperación. Gabriela vadea la mesa de despacho y se acerca a mí, rodeando mi cuerpo con sus brazos y apretándolo con fuerza en un sincero abrazo.

—Ya verás cómo todo va a salir bien —me asegura entre susurros mientras retira con el reverso de su mano las lágrimas que ruedan por mi mejilla—. No te preocupes por la siguiente cirugía, Arya está libre, prepararé el papeleo para que se encargue ella.

—Gracias, Gabi —respondo consciente de que mi cabeza no está en estos momentos para entrar en un quirófano.

—¿Está muy mal? —pregunta la enfermera jefa con miedo.

—Sí —susurro con un hilo de voz apenas audible.

Capítulo 16

Esa misma semana, Dani comienza con las sesiones de quimioterapia. Su cáncer es bastante agresivo y se encuentra en un estado avanzado, por lo que serán sesiones largas y tendrá que recibir varios ciclos de quimio.

Convenimos junto a Sofía que Daniela se traslade a vivir a mi casa de manera que pueda estar más cómoda. Las tres sabemos que si se pueden evitar las estancias largas en el hospital es mucho mejor.

Por regla general, los pacientes se encuentran desorientados ante su primera sesión de quimio; sienten que les falta información sobre el tratamiento en sí, sobre los posibles efectos secundarios o lo que pueden esperar. En nuestro caso, es todo lo contrario y eso nos da más miedo aún. Daniela aburre cada día a preguntas a Sofía y ya se está convirtiendo casi en una experta en oncología, absorbe la información como una auténtica esponja. Yo, por mi parte, trato de leer en los ratos libres todo el material de consulta que encuentro en el hospital.

Lo malo de saber con lo que te puedes encontrar es que tiendes a ponerte en lo peor. La ignorancia a veces es una bendición para este tipo de cosas, porque nosotras sabemos que cualquier complicación puede ser muy grave, letal.

Llegamos a la sala con tiempo, bien preparadas con una manta por si Dani sintiese frío, agua, caramelos, bálsamo labial y una Tablet con la que pasar el tiempo. Tanto que cualquiera que nos viera y no supiese a lo que venimos pensaría que estamos de vacaciones. Gabriela ha obrado auténticos milagros para conseguir liberar mi día de manera que pueda acompañar a Dani y la pobre Arya tendrá que hacer turno doble para cubrir dos de mis cirugías.

La luz de la sala es tenue. Las paredes y el techo pintados de un blanco opaco consiguen que el propio aire de la habitación se vuelva pesado, como si la gravedad hubiese aumentado por el mero hecho de estar allí. Huele a desinfectante y a medicina.

Las tres personas que hay en la sala, además de Daniela, están demasiado calladas, apoltronadas en sus sillones como si estuviesen esperando que el tiempo pase y este se hubiese negado a escucharlos. Congelados como estatuas en un museo.

Retiro la mirada cuando la enfermera introduce de manera casi reverencial la aguja en el vial de Dani, lucho para que las lágrimas no se escapen de mis ojos, intento parecer fuerte para ella, aunque no lo consigo.

—No pasa nada, cariño —susurra ella cogiendo mi mano.

En su rostro no hay vacilación. No hay miedo, ni dolor, ni ira, ni siquiera un suspiro. Nada. Es irónico que sea Daniela la que me esté dando ánimos a mí cuando debería ser yo quien lo hiciese.

La sesión se hace eterna. Juro que el tiempo parece haberse detenido, el reloj se ha vuelto perezoso y los minutos se resisten a avanzar.

—Menuda acompañante de mierda te has traído, Daniela, no hace más que llorar —bromea Arya, que ha pasado a visitarnos entre cirugía y cirugía, al ver que mis ojos están llenos de lágrimas.

Sofía insiste en que debe abandonar la sala al no estar autorizada a permanecer allí, pero Arya se resiste en una actitud muy típica de ella.

—No me seas rompehuevos, Sofi —bromea entre susurros—Daniela es como si fuese mi cuñada, somos casi familia.

Al terminar la sesión, dejamos a Dani descansando un rato en el despacho de Sofía antes de llevarla a mi apartamento. Ha perdido las ganas de comer, pero, aun así, le dejo a mano algunos dulces y me tumbo a su lado sin decir nada, tan solo apretando su mano y llorando hasta que se duerme de puro agotamiento.

Durante las siguientes semanas la fatiga es recurrente en Daniela, se encuentra todo el día exhausta. Las náuseas se mantienen solamente durante los primeros días, pero el dolor muscular y de cabeza son continuos y el pelo se le ha empezado a caer.

Ha perdido el apetito, yo creo que esa es la parte que más está echando de menos porque es una persona que disfrutaba de la comida, y me asegura que en cuanto se ponga bien tendremos tanto sexo que no podré caminar. Algunos días son bastante buenos, hace prácticamente una vida normal. Otros, en cambio, son horribles; Dani se encierra en la habitación y no quiere hablar con nadie. Trato de respetar su soledad, pero me rompe por dentro verla así y no poder hacer nada por ayudarla, tan solo estar ahí, por si me necesita.

—Tía, necesitas unas jodidas vacaciones o la vas a palmar —suelta Arya meneando la cabeza al ver las bolsas negras bajo mis ojos.

—Va en serio, Laura. A este paso vas a tener una crisis nerviosa y eso no va a ser bueno para nadie. No podrás ayudar ni a tu novia ni al resto de los pacientes —añade Gabriela saliendo en su apoyo.

—No puedo —afirmo negando con la cabeza entre susurros—. No puedo permitirme dejar de moverme, dejar de trabajar. Si me detengo, mi mente se llena de pensamientos horribles, de todo lo que está sucediendo con Dani. No puedo pensar en ello —admito.

Esas palabras bastan para que se me salten las lágrimas una vez más. Es algo bastante común estos días. Reconozco que siempre he sido un poco llorona, pero ahora es algo continuo.

Todo el día es una auténtica mierda, una tortura. Mis nervios se sienten como heridas abiertas en carne viva y cualquier pequeño contratiempo me descoloca. Solo me dejo llevar lo mejor que puedo, intentando mantenerme lo más ocupada posible para que pasen las horas, deseando volver a ver a Daniela de nuevo. Aun así, hay días que quisiera borrar de mi memoria. Ayer, al rapar la cabeza de Daniela para despojarla por completo de su cabello debilitado por la quimio, creí morir. Observar sus ojos azules humedecidos por las lágrimas mientras su pelo caía a nuestros pies fue más de lo que puedo soportar.

Al salir del quirófano tras la última cirugía me dejo caer sobre el sillón de mi despacho con la mirada perdida. No sé el tiempo que paso llorando, mirando a la pantalla del ordenador como si me hubiese vuelto loca, tan solo sé que, por alguna extraña razón, necesito hablar con mi madre.

Saco el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y mis dedos tiemblan al buscar el contacto de mi madre, sorprendiéndome de todo el tiempo que llevamos sin una sola llamada.

—Hola, mamá —saludo apesadumbrada.

—¿Estás bien? ¡Qué raro para ti llamar! ¿Ya te han dado el puesto definitivo de jefa de cirugía? —pregunta mi madre sin darme ni siquiera una oportunidad para tomar la palabra.

—He conocido a alguien —interrumpo.

—¿Habéis roto ya? Porque no pareces muy contenta —espeta mi madre en una actitud

muy característica. Y luego se queja de que la llamo poco por teléfono.

—Joder, mamá —protesto con un bufido.

—Perdona, ¿cómo se llama?

—Dani —respondo y simplemente escuchar esas dos sílabas consiguen que se dibuje una sonrisa en mi rostro mientras me quedo sin aliento.

—¿Por fin un hombre? —chilla mi madre.

—Dani de Daniela. Daniela McKenna —me apresuro a aclarar.

—Me suena ese nombre, ¿no habías salido ya con ella? Ya sabes que las segundas oportunidades rara vez funcionan —me recrimina interrumpiéndome de nuevo.

—Fue mi profesora en la escuela de medicina de Harvard. La doctora McKenna.

—Oh, la famosa doctora que salió por la tele. He oído que está escribiendo un libro o algo así.

—Sí, algo así.

—Os veréis poco, tiene pinta de ser una persona muy ocupada —apunta con un pequeño bufido, como si estuviese a punto de advertirme de que no va a funcionar.

—Tiene cáncer —dejo escapar entre susurros estremeciéndome al pronunciar esa palabra.

La línea se queda en silencio durante lo que parece una eternidad. Sé que mi madre sigue ahí porque la escucho respirar, pero no dice nada. Sus comentarios mordaces parecen haber huido de pronto y las palabras se niegan a salir de su garganta.

—Lo siento mucho, cariño —responde por fin— parece muy especial para ti.

—Lo es —reconozco secándome las lágrimas— nunca encontraré a nadie como ella, no sé qué haré si no sobrevive —añado con la voz quebrada.

En ese momento, las palabras de Dani vuelven a mi memoria. A veces, decir lo que ocurre en alto hace que se vuelva más real y eso duele. Duele un montón, es devastador.

—Es que no sé qué hacer, mamá —admito lloriqueando como cuando era una niña y me quejaba a mi madre de que se habían metido conmigo en el colegio—. Intento ser fuerte por Dani, sé lo que está sufriendo. Soy consciente de que necesita que esté a su lado y que sea positiva, precisa que la apoye, pero no consigo dejar de pensar en que puedo perderla para siempre. Si muere sé que mi vida se acaba, seré incapaz de ejercer la medicina, no serviré para nada.

—Laura —interrumpe mi madre con voz al mismo tiempo autoritaria y dulce—. Sirves para mucho como persona, independientemente de que seas o no una doctora. Tu padre y yo siempre te hemos empujado a hacer más, es cierto que te hemos presionado mucho, quizá demasiado. Estoy tremendamente orgullosa de ti, aunque te lo diga poco, y tu padre también lo estaba.

—Gracias, mamá —respondo con las lágrimas descontroladas al escuchar esas palabras.

—Piensa que tan solo tienes veintisiete años. No pasa nada por tomarte un descanso, el mundo no se va a acabar si no consigues la plaza de directora del área de cirugía. Ya tendrás más oportunidades. Si has encontrado a la que crees que es la mujer de tu vida, lucha por ella. Pasa con esa mujer todo el tiempo que puedas. Siento decírtelo y no quisiera ser cruel, pero si no sobrevive te arrepentirás de no haberlo hecho cada día que pase. Si sale adelante, será un tiempo que recordaréis para siempre —agrega mi madre bajando el tono de voz.

—Gracias, de verdad.

—Es normal que te sientas triste y estresada, serías una auténtica sociópata si no lo estuvieses. No tienes que ser fuerte y perfecta todo el tiempo, ni siquiera delante de Daniela. Y no pasa nada por llorar delante de ella, llorar no te hace más débil, siempre has sido una

de las personas más valientes que he conocido. Tú nunca te rindes, no lo hagas ahora. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, mamá —le aseguro entre sollozos y con las lágrimas rodando por mis mejillas, aunque con una ligera sonrisa en los labios.

Capítulo 17

Las palabras de mi madre revolotean en mi cabeza como una plaga. Paso la noche meditando sobre ellas sin ser capaz de pegar ojo. Mientras Daniela duerme plácidamente a mi lado, con ligeros ronquidos, soy plenamente consciente de todo lo que ya significa para mí.

Dani es la mujer con la que quiero pasar el resto de mis días, o de los suyos. Ese último pensamiento me asusta, pero si existen las almas gemelas, Daniela McKenna tiene que ser la mía, de eso estoy completamente segura. Mientras la observo dormir en paz, ajena a los dolores y al cansancio que la persiguen durante el día, tengo claro que debo hacer todo lo posible para que sea feliz.

A la mañana siguiente, entro en el hospital sin ni siquiera saludar y corro directamente hacia el despacho de Andrew, el director del centro, que me mira sorprendido por encima de sus gafas de pasta al escuchar mis palabras.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo, Laura? —insiste una vez más como si fuese incapaz de creer la frase que acabo de soltar.

—Totalmente segura, Andrew. No he estado más segura de nada en toda mi vida. Renuncio a la jefatura de cirugía. No la quiero —expongo con rotundidad.

—¿Es por un problema con alguno de tus compañeros? —inquieta confuso.

—No, simplemente mis prioridades han dado un giro de ciento ochenta grados y ya no me interesa. Eso es todo. Te recomiendo a la doctora Arya Kumari para el puesto interino. Estoy segura de que no os defraudará ni a ti ni al consejo de administración —le aseguro alzando las cejas.

—La doctora Kumari es peor cirujana que tú y no tiene el mismo currículum.

—Es mucho mejor líder, y eso es más importante —interrumpo—. Además, no quiero el puesto. Por mí, como si nombras al doctor Smith —anuncio encogiéndome de hombros.

Andrew pone los ojos en blanco al escuchar ese nombre, es una auténtica lacra para el hospital, un cirujano que posiblemente lleva sin hacer un esfuerzo por formarse desde que se sacó la carrera hace muchos años.

—¿Hay algo que pueda hacer para que cambies de opinión? —pregunta el director del centro en un último esfuerzo.

Arqueo las cejas y niego lentamente con la cabeza, consciente de que por mucho que me proponga o me ofrezca, Dani está por encima.

—¡Ven aquí, cacho zorra! —chilla Arya que me está esperando a la salida del quirófano.

Algunas de las enfermeras que no la conocen bien nos miran con cara de espanto, pero a ella le da igual y cogiéndome por la muñeca, me mete en los vestuarios.

—Arya, estoy llena de sangre —indico señalando la bata que he usado durante la cirugía.

—Ya sabes que me pone la sangre —bromea entre susurros.

Me llevo una mano a la frente y pongo los ojos en blanco mientras me desprendo de la bata sin apartar la mirada de Arya, que se muere por empezar a hablar.

—¿Por qué coño me has recomendado para el puesto de jefa del área de cirugía? —pregunta con los brazos en jarra.

—Jefa interina —puntualizo.

—¡Contesta, capulla! —insiste mi amiga.

—¿No lo quieres?

—Yo no he dicho eso, pero ¿y tú? —pregunta confusa.

—Quiero pasar todo el tiempo posible con Dani, tanto si es un mes como si son cien años. Toda esta situación ha conseguido que me plantee mis prioridades y ahora lo tengo muy claro —confieso bajando el tono de voz.

Arya apoya sus manos en mi cintura y me clava la mirada durante lo que me parece una eternidad. Sus profundos ojos negros muestran un manojo de emociones entremezcladas hasta que de pronto...

—No te acostumbres que tienes novia —bromea tras plantarme un beso en los labios.

—Joder, Arya, ¿hemos pasado de repente a un nivel superior en lo de los mimos? —pregunto entre risas.

—Muchas gracias, pedazo de capulla. Y ahora a trabajar, que soy tu jefa —ordena con un guiño de ojo.

Le saco la lengua a modo de burla y me quedo durante unos instantes frente al espejo una vez que Arya abandona el vestuario. El reflejo me devuelve la imagen de una mujer cansada, con evidentes manchas negras en los ojos, pero también de una mujer feliz, quizá por primera vez en mucho tiempo y a pesar de los interrogantes sobre la salud de Dani. Es la imagen de una mujer que está convencida de que ha tomado la decisión correcta. Y eso ya es mucho.

Al primer rato libre del que dispongo, entro en una web de rutas de montaña en busca de algo que pueda adaptarse a lo que necesito. Soy consciente de que Daniela no se encuentra en condiciones de hacer una ruta, pero antes de conocer su enfermedad habíamos discutido varias veces la posibilidad de visitar las montañas que rodean la ciudad de Los Ángeles.

Ahora me arrepiento de haber sido yo la que siempre se negó a hacerlo. Nunca he sido de salir de la ciudad y me aterran los bichos por pequeños que sean, pero ojalá hubiese sabido entonces lo que le pasaba a Dani.

La ruta de Canyon Falls, en el lado oeste de las Montañas de San Gabriel, cerca de Los Ángeles, aparece como moderada o fácil, dependiendo de la web en la que la busques. Sin embargo, pronto Dani y yo nos empezamos a acordar de toda la familia de los que han escrito en esas webs, sin comprender qué entienden ellos por moderado o fácil.

Empezamos caminando por una pista de tierra más que un sendero, aunque pronto entramos en algo más estrecho y con más vegetación. Y menos mal, porque ambas estamos sudando profusamente y a punto de desfallecer, así que aprovechamos la vegetación para hacer una parada y reponer fuerzas antes de continuar, más por necesidad que por ninguna otra cosa.

—¡Joder! —grito colocándome detrás de Daniela al ver una colorida serpiente.

Menos mal que la ruta está llena de gente, y de perros, y de niños pequeños con sus padres...y varias personas nos indican entre risas que es una serpiente inofensiva porque mi corazón está a punto de detenerse.

—¿Te has puesto detrás para que me ataque a mí primero? —bromea Daniela sorprendida al ver que todavía estoy temblando tras ella.

—Odio los bichos, Dani —me disculpo.

—Hace un momento habría deseado que me picase alguno venenoso, porque no podía más —reconoce ella limpiándose el sudor de la frente.

No puedo hacer otra cosa que pedirle perdón, porque me he dejado llevar por la emoción. Está pasando por un descanso entre ciclos de quimio y se encuentra bastante bien, pero quizá todavía no esté preparada para este tipo de esfuerzos.

Por fin llegamos casi al final de la ruta, desde donde se observa claramente una bella cascada. Decidimos no seguir adelante y llegar a la zona de abajo porque nos parece que podría llegar a ser peligroso, aunque desde la parte en la que estamos tenemos unas vistas excelentes.

Simplemente, nos quedamos sentadas en una roca a la sombra, en silencio, rodeadas de vegetación. Durante un buen rato en el que el resto de los senderistas nos dejan a solas, parece no haber ningún sonido en el cañón, tan solo el correr del agua del arroyo en la cascada y el suave susurro de los árboles.

—Quieres acabar conmigo antes de la cuenta —bromea Daniela apoyando su cabeza sobre mi hombro.

—He sido demasiado optimista —reconozco entre susurros.

—Ha merecido la pena —confiesa ella—echaba de menos una vida normal, aunque quizá me tengas que llevar en cuello a la vuelta.

Tras decir esas palabras besa mis labios y me parece el beso más maravilloso que he recibido. Es un beso tierno, suave, casi como una caricia, pero que transmite tanto amor que te hace estremecer. Es un beso dulce, como las rosas o la miel. Más que un beso es una promesa de felicidad futura. Uno de esos extraños momentos en los que tan solo necesitas la presencia de la persona a quien amas para ser plenamente feliz.

—Me he perdido tantas cosas por mi trabajo... —reconoce Daniela cuando por fin reúne el valor para hablar.

Simplemente, sonrío y tomo una de sus manos entre las mías, acariciando su reverso con mi dedo pulgar. No necesitamos hablar porque ella sabe que entiendo perfectamente lo que quiere decir. Yo llevaba exactamente el mismo camino hasta esta misma semana.

Capítulo 18

Me gustaría poder decir que ese día el camino de vuelta fue una maravilla, que disfrutamos de las vistas, luego fuimos a comer y más tarde pasamos el resto de la jornada en el sofá viendo Netflix bajo una manta y cubriéndonos de mimos. Pero no fue así.

El camino de vuelta se convierte en un auténtico calvario para Dani. Su cuerpo se resiste a seguir avanzando y el cansancio se apodera de ella como si quisiese vengarse. Al llegar a casa, palpo su frente y está ardiendo, le ha subido la fiebre por el esfuerzo y dudo sobre si está lo suficientemente mal como para llevarla directamente al hospital.

El resto de la jornada no lo pasamos viendo Netflix bajo una manta. Transcurre con Daniela sucumbiendo a la fiebre y postrada en la cama mientras yo hago todo lo posible por bajar su temperatura y maldigo una y otra vez el momento en que se me ocurrió llevarla de ruta.

—Sofi, hay que buscar otro tipo de tratamiento porque Dani no mejora —me quejo abriendo la puerta sin ni siquiera dar los buenos días.

He optado por ir directamente a la planta de oncología sin pasar por mi despacho y mi amiga me mira preocupada, posiblemente observando las manchas negras que han regresado bajo mis ojos.

—Supongo que no habéis hablado sobre ello —responde Sofía de manera críptica.

—¿Hablar de qué?

—La doctora McKenna me dijo que lo comentaría contigo. La quimioterapia ha funcionado bien, pero como sabes, tiene sus límites. El siguiente paso es la cirugía —explica con calma.

—¿Por qué no está programada ya la operación entonces? ¿Es complicada? Puedo hablar con Arya para que le dé prioridad y...

Mi mente entra en ebullición y ni siquiera reparo en que Daniela no ha querido comentarme nada del siguiente paso de su tratamiento. Traslado inconscientemente, en cambio, toda la culpa hacia el departamento de oncología, el de cirugía o el propio hospital sin conocer los más mínimos detalles de lo que ha ocurrido.

Sofía niega con la cabeza y pone los ojos en blanco al observar mi reacción.

—No se trata de la dificultad o de que no tengamos huecos en el quirófano. Lo único que falta es que tu novia se decida de una vez a dar el paso. Y te aseguro que empieza a correr mucha prisa —explica sin perder la calma.

Su respuesta es un jarro de agua fría. No, es mucho más que eso, es como si me tirasen toda la jodida agua del Ártico por encima sin dejarme un solo momento de descanso. No comprendo nada, mi mente se niega siquiera a procesarlo. Tan solo sé que debo volver a casa a hablar con Daniela y que no puedo esperar a esta tarde.

Dedico una última mirada a Sofía antes de echar a correr por los pasillos en dirección al despacho de Arya. Es una mirada que pide perdón, una mirada que da las gracias. Una mirada que espero que entienda, porque no tengo las suficientes palabras para expresar mis sentimientos.

—Por favor, tengo que salir. Es súper importante —suplico nada más entrar en el despacho de Arya.

Ella me mira y creo que comprende de inmediato lo que ocurre. Deja escapar un largo suspiro y cierra los ojos antes de contestar.

—¡Lárgate, capulla! Y no le digas a nadie que te he dado permiso —añade señalando hacia la puerta con la barbilla.

De camino a mi casa repaso una y mil veces en mi cabeza cómo voy a enfocar la conversación. Seguramente Daniela conoce algún detalle de la cirugía que está haciendo que dude si someterse a ella. Es posible que esté buscando un cirujano de renombre en un gran hospital y no nos haya querido decir nada para no ofendernos. Seguramente sea eso, sería bastante típico de Dani. Debo enfocar el tema con el mayor tacto posible.

—¿Por qué coño no te quieres operar? Es que no lo entiendo, joder —chillo nada más abrir la puerta perdiendo la compostura.

Juro que no era lo que tenía pensado, pero algo en mi interior se apodera de mí y las palabras salen solas.

—Sabes perfectamente que la quimio ha cumplido su labor, pero solamente la cirugía puede salvarte. Si no lo haces cuanto antes empezarás a empeorar. Esa operación puede salvarte, Dani, ¿por qué la estás retrasando? —pregunto nerviosa.

Daniela se me queda mirando y su rostro es difícil de descifrar. Una parte de mí espera que me diga que ya tiene fecha para la operación, que la hará en Boston, o en Nueva York, o en Londres. Que ha contactado con un cirujano que es el mejor del mundo justo en ese tipo de cirugía y que ya han revisado su caso.

Otra parte de mí esperaba la respuesta que recibo.

—No lo voy a hacer, Laura —responde tajante.

—Por favor, no puedes rendirte ahora. Te necesito, no puedes dejarme, Dani —suplico apartando con el reverso de mi mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Daniela se queda callada durante unos instantes, respira hondo, clava su mirada en la mía y apaga la televisión con el mando a distancia de manera casi ceremonial. Sus profundos ojos azules han envejecido en estas últimas semanas, pero sigue siendo hermosa.

—Necesito que lo hagas, Dani. No te rindas, por favor —suplico de nuevo.

Daniela borra con pequeños pasos la distancia que nos separa y coge mis manos entre las suyas. Sus manos temblorosas y los ojos acuosos antes de hablar de nuevo.

—He abierto a demasiadas personas sobre una mesa de quirófano, Laura. Eso es todo lo que viene a mi mente cada vez que pienso en la cirugía; tan solo seré un cuerpo inerte sobre una mesa de operaciones, expuesto, con la carne abierta. Completamente vulnerable.

—Dani, hay mucha gente que tiene miedo de una cirugía con anestesia general. Temen entrar en el quirófano y no volver a despertar —le explico como si estuviese hablando con uno de mis pacientes, olvidando por unos instantes que me dirijo a una cirujana de prestigio.

—No es eso, Laura. La operación en sí, sin ser fácil, tampoco es complicada. Mi cabeza la ha repasado un millón de veces durante estos días. Ojalá pudiese operarme a mí misma, podría hacerlo con los ojos cerrados de tanto visualizarla. Es el hecho de estar inconsciente sobre la mesa de operaciones mientras otra persona me abre y accede al interior de mi cuerpo. Es difícil de explicar. Estaré poniendo todo lo que soy en las manos de un extraño —confiesa Daniela dejando escapar un largo suspiro.

—¿Me puedes mostrar la cirugía con detalle? —pregunto en un intento por convencerla.

Durante la siguiente media hora, Daniela me explica con todo detalle los pormenores de la cirugía a la que debe someterse. No bromeaba cuando decía que lo había repasado hasta la saciedad en su cabeza, la ha memorizado y la comenta con esa facilidad para la enseñanza

que solo ella tiene.

—Haré yo la operación —suelto de pronto sin ser consciente de lo que estoy diciendo.

Daniela abre los ojos como platos y frunce el ceño. Sus dedos tamborilean sobre la mesa de madera mientras medita su respuesta.

—Podrías tener un conflicto con el hospital —responde con sequedad.

—Legalmente, no hay nada que me prohíba hacerlo —me apresuro a contestar—. Nadie te cuidaría o te trataría con más respeto en el quirófano que yo.

—Va contra muchas recomendaciones de buenas prácticas médicas y podría afectar a tu capacidad de emitir juicios objetivos si la cirugía se complica —explica apretando mis manos.

Todo lo que me está contando me lo sé de memoria y ella es consciente de ello. Es una temeridad por mi parte, confío plenamente en mis capacidades, pero si algo se tuerce durante la operación voy a tener problemas. Por otro lado, si pierdo a Daniela, me importa un bledo cualquier tipo de sanción por parte del hospital o mi trabajo. Mi vida se irá a la mierda de golpe, así que cualquier repercusión moral o incluso legal será el menor de mis problemas.

Ambas somos conscientes también de que Daniela no me lo puede pedir, al menos con palabras, pero sus preciosos ojos azules son lo bastante expresivos como para no necesitar hablar. El problema será convencer a Arya y a Gabriela para que me dejen programar la cirugía.

—Hola, eres Andrea, ¿verdad? —pregunto a una enfermera recién transferida al área de cirugía asegurándome de que nadie me escucha.

La chica abre los ojos como platos y asiente con la cabeza, sorprendida de que haya venido directamente a hablar con ella y seguramente esperando algún tipo de queja o reprimenda.

—¿Podrías hacerme un favor? —pregunto sintiendo una punzada de remordimiento en el estómago por aprovecharme de la enfermera nueva.

—Por supuesto, doctora Park, lo que necesite —responde ella solícita, deseando complacer y encajar lo antes posible en el área de cirugía.

—Tengo una paciente que ha recibido varios ciclos de quimioterapia y necesita que programemos una cirugía cuanto antes. ¿Podrías hacerlo por mí? —inquiero forzando en el rostro mi mejor sonrisa, aunque estoy temblando de miedo y vergüenza.

La chica parece sorprendida, seguramente preguntándose por qué no lo estoy hablando con Gabriela que es quien programa todas mis operaciones quirúrgicas. Y doblemente sorprendida cuando le aseguro que no hace falta que se ponga en contacto con oncología porque ya me he encargado yo de todos los detalles.

—¿Cómo se llama la paciente? —pregunta sentándose frente al ordenador y abriendo una solicitud para el quirófano.

—Daniela McKenna.

—¿Vendría bien para esta misma tarde a las cuatro o prefiere otro día, doctora Park? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla.

—Esta tarde a las cuatro sería perfecto —respondo temblando de la cabeza a los pies.

Dejo escapar un largo suspiro al separarme de la nueva enfermera y aprovecho a llamar a Daniela mirando alrededor para asegurarme de que nadie nos escucha. Ya es oficial. Esta misma tarde operaré a Dani, en unas pocas horas tendré literalmente en mis manos la vida

de la mujer a la que amo por encima de todas las cosas.

Capítulo 19

—¿No es un poco pronto para llevarme al quirófano, doctora? —me pregunta Dani cuando entro en la habitación que le han asignado antes de la operación.

—Prefiero encargarme yo de todo el proceso —respondo sin dejar de apuntar los datos en el historial médico.

—¿Te han dado problemas para llevar tú la cirugía?

—Ninguno.

Realmente no estoy mintiendo porque ni siquiera he preguntado, pero me pongo tan colorada que siento el calor en las puntas de mis orejas.

—Me gustaría comentarte una cosa en caso de que no volvamos a tener la oportunidad de hablar —expone Daniela con tranquilidad.

Mis ojos abandonan la carpeta para clavarse en Dani.

—Por favor, no digas eso ni en broma —le recrimino con un hilo de voz casi inaudible.

—Ven, siéntate a mi lado —insiste con pequeños golpecitos con la palma de su mano sobre el colchón.

Me siento junto a ella y su rostro se vuelve muy serio, como si fuese a decirme algo muy importante.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué era tan distante contigo en la facultad de medicina? —pregunta de pronto rodeando mi cintura con uno de sus brazos.

Me quedo pensativa durante unos instantes. Lo cierto es que sí que me lo he preguntado, lo he hecho en innumerables ocasiones, más de las que puedo recordar. Sobre todo cuando era una estudiante y hacía todo lo posible para llamar la atención de aquella profesora que me arrancaba suspiros al pasar a mi lado, pero que me ignoraba por completo.

—Por aquel entonces me imaginaba que simplemente eras así, no sé, distante e inalcanzable —respondo encogiéndome de hombros—pero luego empecé a ver lo amable que eras con los otros estudiantes, lo mucho que les ayudabas, y asumí que no te caía bien por algún motivo. Aunque teniendo en cuenta que apenas hablabas conmigo, tampoco entendía por qué —admito.

—Era todo lo contrario. Lo cierto es que he sido muy mala profesora para ti porque estaba muy asustada —confiesa Dani apretando mi cintura y acercándose a ella para besar mi sien.

—¿Y eso?

—Eras preciosa, inteligente, tenías una pasión por la medicina que me recordaba a la que yo misma sentía. Para rematarlo, sabía que te gustaban las mujeres porque por aquel entonces estabas metida en algunos grupos de la universidad. Tan solo se me ocurrió separarme de ti lo más posible.

—¿Cómo? ¿Ignorándome y dándome por el saco cada vez que tenías la oportunidad? Porque me hiciste llorar muchas veces en aquellos años, eras horrible conmigo —reconozco clavándole la mirada.

—Lo siento, pero fue la única manera que se me ocurrió de evitar cualquier tipo de tentaciones. Me atraías mucho y no era apropiado, era tu profesora y no podía cruzar esa línea —admite dejando escapar un suspiro.

—¿Te sentías atraída por mí? —pregunto incrédula.

—Muchísimo.

—Joder, pues podías haberme dicho algo cuando terminé la facultad y ya no era tu alumna —me quejo— porque yo estaba colada por ti ya por aquel entonces. Prefiero no contarte las fantasías que tenía contigo.

—Mira que eres tonta, Laura —bromea Dani llevándose una mano a la frente y poniendo los ojos en blanco—. Cuando terminaste la facultad el problema era de otro tipo, y también me asustaba.

—¿Estabas con alguien?

—No, no era eso. Mi vida era el trabajo, no sabes la de años que he desperdiciado por centrarme exclusivamente en mi carrera. Incluso cuando me diagnosticaron el cáncer pensé que me recuperaría pronto con algo de quimio y volvería a trabajar enseguida. He tenido que mirar a la muerte a los ojos para darme cuenta de que no tiene sentido —expone alzando las cejas.

—Has sido como una supernova. Aún eres muy joven y tu trabajo está reconocido en todas las facultades de medicina.

—No creo que merezca la pena. Si salgo de esta mi vida va a cambiar mucho. Me tomaré las cosas con más calma, seguiré trabajando como cirujana, y posiblemente continuaré como profesora, pero marcaré mis horarios y disfrutaré de las vacaciones para viajar y ver el mundo —apunta con brillo en su mirada.

—Pues vete haciendo una lista con los países que quieres visitar, porque no voy a dejar que te quedes en ese quirófano —le aseguro con un susurro antes de besar su mejilla.

—Te lo digo porque me gustaría que tú formases parte de esos planes. Cuando me recupere, si lo hago, quiero que vayamos muy en serio, no me podría plantear la vida sin ti —añade Daniela con la mirada llena de esperanza.

Guardo silencio durante unos instantes para saborear las palabras que acabo de escuchar, mirando a Dani fijamente a los ojos y apretando sus manos quizá algo más de la cuenta.

—Es posible que me esté precipitando un poco —se disculpa—no puedo pedirte que sacrifiques una parte de tu trabajo para estar a mi lado. Lo siento.

—Dani —susurro—no puedes decirme esas cosas antes de una cirugía. Estas semanas junto a ti me han enseñado que existen cosas más importantes que llegar muy arriba en el trabajo. La misión de mi vida es salvar vidas, pero puedo seguir haciéndolo y disfrutar a tu lado —confieso sintiendo cómo mis ojos empiezan a humedecerse.

Cuando el celador viene a por Daniela, mi cuerpo se estremece al verla salir de la habitación.

Todavía temblando, cojo uno de los ascensores camino del área de cirugía, dispuesta a salvarle la vida a la persona con la que quiero pasar el resto de mis días, empezando a ser consciente del nivel de tensión que estoy soportando.

Capítulo 20

Recuerdo la luz. Demasiada luz. Más tarde el dolor. Luz y dolor por todas partes. Y el olor, el puro olor antiséptico de la sala de operaciones. Ese olor pastoso que casi puedes saborear.

Dani está tumbada sobre la mesa del quirófano, inerte, vulnerable. Conectada a las vías intravenosas y a esas horribles máquinas que sisean y pitan hoy con más fuerza que nunca. La luz es deslumbrante y cegadora, siento el sabor del miedo en mi boca.

Sudo. Noto mis manos húmedas por debajo de los guantes de látex. Mi corazón late con tanta fuerza que temo me rompa las costillas. Pum-pum, pum-pum, pum-pum. Cada pulsación martilleando en mi sien.

La ropa se pega a mi piel, sudorosa y húmeda. Fría. Respiro con dificultad, pero cierro los ojos e inicio la rutina que he realizado cientos de veces.

—Bisturí —demando, pero mi voz no es firme, sino quebrada, aturdida, aterrada, doliente.

Siento el frío metal en la palma de mi mano, incluso a través del guante y lo rodeo con los dedos antes de que caiga al suelo con un tintineo que rechina en mis oídos y me hace estremecer. Los ojos de las enfermeras y el anestesta están clavados en mí, pero no soy capaz de reaccionar. Solo veo la luz, demasiada luz. Y el cuerpo de Dani inerte sobre la mesa de operaciones, indefensa.

La puerta se abre y alguien se acerca a mí.

—Sal del puto quirófano, por favor —exclama una voz junto a mi oído.

—¿Qué haces? —inquiero más por un acto reflejo que por que necesite saberlo.

—Salvarte de tu propia gilipollez, capulla —responde Arya poniendo los ojos en blanco y sacudiendo la cabeza.

—Doctora Park, por favor.

Una de las enfermeras me coge por el brazo y me dirige hacia la puerta. Camino sin ser consciente de lo que hago, arrastrando los pies, la mirada fija en el cuerpo inerte de Dani, la mujer a la que amo, aquella a la que debo salvar la vida, ahora tumbada sobre la mesa de operaciones. Aquella a la que ni siquiera puedo ayudar.

Me estremezco, exhalo un aliento tembloroso por debajo de la mascarilla, trago saliva con fuerza intentando en vano que las lágrimas no broten de mis ojos mientras veo la mano firme de Arya abrir el cuerpo de Daniela.

Apenas puedo mantenerme en pie. Lloro abrazada a la enfermera sin ni siquiera reconocer su rostro. Si no fuera Dani, si fuese un desconocido, no habría tenido ningún problema para hacerlo. Asumo que podría fracasar, que el paciente podría perder la vida, pero yo lo habría hecho lo mejor que hubiese podido. Puedo incluso enfrentarme a sus seres queridos, intentar consolarles en su dolor. Estoy preparada para ello, y, en cambio, no para salvar la vida a la persona que amo.

Un rostro conocido le dice a la enfermera que se retire y me coge por el brazo para llevarme al vestuario. Me ayuda a quitarme la ropa, me abraza, acaricia mi pelo mientras trata de calmarme.

—Joder, menos mal que nos enteramos a tiempo —susurra Sofía apretando mi cuerpo en un fuerte abrazo—¿En qué estabas pensando?

Sus ojos están humedecidos, llenos de lágrimas. Vuelvo a abrazarme a ella y siento su mejilla mojada sobre la mía, las lágrimas de ambas entremezcladas dejando un gusto salado en mis labios.

—Pensé que estaba preparada —confieso entre sollozos.

—Puede que seas la mejor cirujana del hospital, pero no eres un jodido cyborg. Tienes sentimientos, Laura.

—Podía haber matado a Dani —confieso temblando, y esas palabras pesan como una enorme losa sobre mi pecho.

—Ya está, no pienses en ello. Ahora solo nos queda esperar a que Arya termine con la operación. Ya verás cómo todo va a salir bien —me asegura la oncóloga.

Me conduce a una pequeña sala cercana al quirófano y de pronto me asalta el peor de los presentimientos.

—Arya no ha tenido tiempo de preparar la intervención —protesto—debo entrar con ella.

Sofía rodea mi cintura con sus brazos y me retiene. Me asegura que se han enterado hace casi una hora y que Arya tiene muy claro lo que debe hacer.

—Te vas a cagar cuando salga —me advierte—está súper enfadada contigo. Ha sido una temeridad. Además, ha roto con la instructora de yoga, así que está el doble de cabreada.

Tan solo puedo pedir perdón. Una y otra vez, como si fuese un mantra. Mi mente es incapaz de razonar, está paralizada por el miedo. No puedo perder a Dani, no podría vivir sin ella. La necesito en mi vida.

Me dejo caer sobre una silla, mi mirada ausente, mi mente aturdida hasta que un tiempo más tarde alguien se coloca frente a mí y me ofrece una taza de té verde.

—Todo ha salido bien, capulla —anuncia Arya tendiéndome la taza, todavía con la ropa de quirófano.

Capítulo 21

Observo a Daniela postrada en una cama en la sala de reanimación y pienso en que no es justo. No es justa esta cruel enfermedad, nadie debería sufrirla, y no es justo que le haya pasado a Dani. Ha sido extubada sin problema, pero yace con un aspecto tan frágil y delicado que asusta, es como si le hubiesen privado de una gran parte de su energía vital. Inconsciente tras la operación, presenta un aspecto quebradizo.

No sé el tiempo que permanezco a su lado esperando pacientemente a que se despierte, pero a mí me parecen varias eternidades juntas. Sofía y Arya permanecen a mi lado, y menos mal, porque sin ellas me habría vuelto loca.

De pronto, Daniela respira hondo y abre con lentitud los ojos retorciéndose ligeramente.

—¿Cómo te sientes? —me apresuro a preguntar levantándome de la silla como un resorte.

—No estoy muerta, ¿no? —inquire ella como respuesta.

Sonrí, y justo cuando voy a contestarle, Arya rodea mi cintura con los brazos y me separa de la cama.

—Tenemos que seguir los protocolos —susurra—¿Sabes cómo te llamas?

—No metas mano a mi novia, Arya —bromea Dani con voz quebradiza.

—Yo diría que se está recuperando bien de la anestesia —admite la cirujana sacudiendo la cabeza y separándose para que me pueda acercar de nuevo a la cama.

Me siento a su lado sobre la cama y en cuanto cojo una de sus manos entre las mías, rompo a llorar. Dani pregunta alarmada por la cirugía, pensando que ese es el motivo de mis lágrimas, hasta que Arya le da todos los detalles de la operación y se queda tranquila.

—No he podido hacerlo, Dani, lo siento —me disculpo entre sollozos.

—No se lo he permitido —interrumpe Arya cortando mi explicación—. Tú tienes que haber perdido la cabeza para ponerte en sus manos en un quirófano. ¿Sabes la mierda de suturas que hace tu novia? —bromea Arya para no darle ninguna explicación—yo te he dejado unos puntos mucho mejores.

Daniela intenta sonreír, aunque unos repentinos tosidos se lo impiden.

—Ha hecho un gran trabajo —admito.

Un celador entra en la sala de reanimación para llevarse a Daniela a planta e interrumpe nuestra conversación. Al despedirme de ella, las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos, pero esta vez por distinto motivo. Son lágrimas de felicidad.

—Vuelvo a la carrera por la jefatura de cirugía general. Se lo comunicaré más tarde a Andrew, solo quería que lo supieses por mí —anuncio cogiendo a Arya por el codo para que se detenga y llevándola a una esquina.

—¿No querías tener más tiempo libre para disfrutar de la vida junto a tu novia? —pregunta Arya confusa.

—Estoy segura de que lo entenderá. Tengo veintisiete años y toda la vida he soñado con ser una cirujana de éxito. No puedo conseguirlo sin dejarme el alma en mi trabajo —expongo encogiéndome de hombros ante la mirada atónita de mi amiga.

—Todo depende de cómo definas el éxito —responde Arya de manera críptica—. Es posible que Daniela lo entienda después de uno o dos años, al fin y al cabo ella ha pasado por lo mismo. Que lo haga ahora lo dudo. Ten en cuenta que ha visto su vida desmoronarse de un plumazo y eso le ha hecho girar sus prioridades por completo. Mi opinión es que estás cometiendo una gran equivocación y que vas a perder a la mujer a la que amas. Daniela no va a estar esperando a que tú te retires para pasar más tiempo contigo —añade.

—Tienes que sacar el tema de la diferencia de edad en todo, ¿verdad? —me quejo molesta.

—No lo decía por eso, no te pongas a la defensiva, Laura.

—No es por nada, pero no es que tú estés para dar consejos sobre relaciones sentimentales en vista de los resultados obtenidos —ladro arrepintiéndome de inmediato de haber atacado a Arya sin motivo.

—Si te dan a ti el puesto de jefa del área de cirugía, estaré igual de contenta que si me lo dan a mí —interrumpe mi amiga antes de que me pueda disculpar.

—Gracias, ojalá pudiese decir lo mismo, pero te estaría mintiendo —confieso algo nerviosa.

—Te voy a hacer la vida imposible de igual modo, capulla —bromea girando sobre los talones y dirigiéndose hacia su despacho.

—Arya, espera —grito intentando que se detenga.

—Tengo prisa —responde sin ni siquiera darse la vuelta para contestar.

Mientras veo su silueta alejarse por el pasillo me arrepiento enormemente de haberla atacado de ese modo. Me he puesto a la defensiva y la he pagado con Arya cuando ella solamente trataba de ayudarme. Ha intentado disfrazarlo como una de sus típicas bromas, pero la conozco lo suficientemente bien como para saber que está dolida conmigo. Mi comentario sobre sus relaciones ha sido cruel, sé lo mucho que sufre con cada ruptura y acaba de tener una.

Solo espero que no tenga razón. Sé que no será como dice Arya. Lo mejor es que Dani abandone su puesto como profesora en la facultad de medicina de Harvard y se traslade a vivir conmigo a Los Ángeles. Aquí podría encontrar algún puesto a tiempo parcial y nos veríamos los fines de semana que yo tenga libres y las noches que no haga guardias.

Lo de los viajes habría que dejarlo para dentro de unos años. Si me dan el puesto de jefa del área de cirugía no puedo abandonar el hospital tantos días, tengo un plan con todas las cosas que quiero cambiar y serán muchas horas trabajando

sin descanso.

Dani lo entenderá.

Sin duda lo entenderá.

Capítulo 22

Con un fuerte golpe sobre el volante, maldigo mi mala suerte mientras me salto un semáforo en rojo para girar a la izquierda en Burbank Boulevard. Ya llego con bastante retraso y espero que la policía no me pare por el camino, eso solamente conseguiría retrasarme aún más.

Había planeado salir diez minutos antes, pero como de costumbre, me fui entreteniendo y ahora estoy parada en el atasco típico de la hora punta en esta ciudad. Dejando escapar un largo suspiro de resignación, me inclino para coger el termo que descansa en el portavasos a mi derecha y tomar un sorbo de café solo.

Esta mañana necesito una sobredosis de cafeína como el mismo aire que respiro. Con varios años de experiencia como cirujana, debería saber lo importante que es una buena noche de descanso antes de las maratónicas jornadas de trabajo. Aun así, esta noche ha sido diferente, un duermevela continuo, dando vueltas sobre mí misma sin poder conciliar el sueño.

Hace semanas que no dormía sola. Me había acostumbrado a tener el cálido cuerpo de Daniela a mi lado y, sin ella, la cama parece un páramo yermo, carente por completo de vida. Mi apartamento se ha vuelto frío, inhabitable, inhóspito. Todavía me sorprende a mí misma buscando su figura por la casa, intentando abrazar su cuerpo por las noches mientras encuentro solamente un colchón vacío donde ella solía estar. Ayer quise compartir con Dani uno de esos memes de gatos que tanta gracia le hacen sin darme cuenta de que ya no estamos juntas. Sin percatarme de que ya han pasado seis meses sin ella.

Supongo que Dani se había formado demasiadas esperanzas en cuanto a nuestra relación. Yo me debo a mi carrera profesional y a las interminables horas en el hospital. Ella más que nadie debería saberlo, pero observar las pequeñas lágrimas escapando de sus ojos al despedirnos me rompió el corazón. Era raro verla llorar, pero aquel día no le importó hacerlo.

Al llegar al hospital con poco más de veinte minutos de retraso, hago una pequeña parada a por otro café y me dirijo directamente a mi despacho. La carrera con Arya para ser nombrada jefa del departamento de cirugía está en su punto más alto, el consejo de administración anunciará en dos semanas su decisión y llegar tarde por culpa de los atascos no me ayuda.

—He oído que el ayuntamiento busca una solución para aligerar el tráfico del Burbank Boulevard, todo para que una tal doctora Park llegue a tiempo a su trabajo —bromea Gabriela mientras me entrega las historias médicas de los pacientes que me corresponden esta mañana.

Sonrío mientras echo un rápido vistazo a las operaciones que debo efectuar, sorprendiéndome un día más de que Arya no esté programando las mejores operaciones para ella ahora que está de jefa interina. Trato de convencerme de que yo también haría lo mismo, pero lo cierto es que una parte muy competitiva de mí me dice que posiblemente no sería así.

—¿Has visto las fotos de Phil en Instagram? —pregunta de pronto Gabriela—le conozco desde hace más de veinte años y nunca le había visto tan feliz—añade.

Sin darme tiempo a responder, desbloquea su teléfono, entra en la aplicación y me

muestra un montón de fotos de mi antiguo jefe junto a su esposa viajando por el mundo. Se les ve haciendo senderismo, bebiendo un daiquiri en una playa paradisíaca o visitando un viñedo en Francia. La pareja sonríe en todas las fotos y de pronto me vienen a la cabeza las palabras que Phil me dijo antes de marcharse de su despacho.

“Solo recuerda que tu trabajo no es tu vida. Tú no eres este hospital, ni tus logros profesionales. Tampoco le debes tu vida a los pacientes por muy importantes que sean para nosotros. Ante todo eres una persona, eres un ser humano y no vivirás para siempre. No sigas mis pasos, Laura. Tendemos a pensar que siempre habrá tiempo de disfrutar cuando nos jubilemos o durante las vacaciones, pero la vida da muchas vueltas y ahora estoy perdiendo a mi esposa” admitió Phil mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

No le he vuelto a ver desde que se marchó. En su caso, la decisión fue aún más radical, abandonó por completo su carrera profesional para estar junto a su esposa. Y ahora parece tan feliz...

¿Cuánto tiempo le quedará hasta que Kat empiece a perder la noción de lo que ocurre en el día a día? ¿Cuánto tardará en llegar el día en que se levante cada mañana pensando que Phil es un extraño? ¿Por cuánto tiempo retendrá en su memoria los bonitos recuerdos de esas fotografías? ¿Es ya demasiado tarde?

¿Y si Dani tiene una recaída? No es algo inusual en pacientes de cáncer. ¿Y si conoce a otra mujer y se enamora de ella? No me va a esperar para siempre. ¿Y si ya no quiere saber nada de mí después de lo que le he hecho?

Daniela se ha acercado lo suficiente a la muerte como para ser consciente de la brevedad de la vida humana. Ha estado tan cerca que se decidió a frenar una carrera profesional mucho más exitosa de la que yo puedo ni tan siquiera soñar. Su prestigio es enorme y, en cambio, ha decidido vivir en vez de acrecentarlo.

En los peores momentos de su tratamiento, creí que la perdería para siempre. En esos instantes estaba convencida de abandonarlo todo para estar a su lado. ¿Qué ha ocurrido desde entonces? ¿De verdad estoy dispuesta a renunciar a ella para siempre? ¿Por un trabajo?

Joder, soy una imbécil.

—Hemos quedado dentro de tres horas para comer, ¿no puedes esperar hasta entonces?
—pregunta sorprendida Sofía al otro lado de la línea telefónica.

—No, es muy importante.

—Dime —concede la oncóloga.

—¿Me puedes decir qué día va a volver Daniela a hacerse una revisión? Y de paso...si sigue todo bien —pregunto con la voz quebrada por el miedo.

—Sabes que ya no estás autorizada a conocer datos sobre su historia médica. Son confidenciales. Por favor, no me pongas en un compromiso —solicita Sofía bajando el tono de voz.

—Sí, claro, lo entiendo, disculpa —añado algo avergonzada.

—Laura.

—Dime.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Es solo curiosidad o cambiaría algo? —pregunta de pronto Sofía.

Hago una larga pausa para llenar de aire mis pulmones y dejarlo escapar poco a poco antes de responder.

—Creo que la he cagado con ella, Sofi. Me gustaría pedirle perdón y decirle que estoy dispuesta a tomar mi trabajo con más calma si todavía me acepta a su lado —confieso con un hilo de voz.

—Entonces deberías hablar directamente con ella, y cuanto antes —aconseja Sofía—. Si yo fuese tú, bajaría a toda prisa a la cafetería, seguramente necesites un café y quizá encuentres allí una sorpresa, pero yo no te he dicho nada.

Cierro los ojos y doy gracias al cielo por tener una amiga como Sofía mientras corro por los pasillos ante las miradas atónitas del personal médico que me observan pasar como si estuviese loca.

Y allí está Dani. Lleva el pelo más corto, su piel ha recuperado el color y ha ganado varios kilos de peso. Joder, está preciosa.

Con pequeños pasos repletos de miedo, me acerco hasta su mesa. Tiemblo mientras la observo saborear un té, rodeando la taza con sus manos, ahora más cuidadas que la última vez que la vi. Repaso en mi cabeza alguna línea inteligente para iniciar la conversación.

—Lo siento mucho, Dani —confieso parándome delante de ella y con el labio inferior temblando.

Mierda, no era lo que iba a decir, pero ahora ya es tarde.

—Siéntate, Laura, no te quedes ahí parada que la gente te está mirando —susurra Daniela separando la silla que se encuentra a su derecha.

—Me importa una mierda que me miren o que me vean llorar, porque me voy a poner a llorar en cualquier momento, que lo sepas. He sido una imbécil y no quiero que mi vida se limite a mi trabajo, no quiero acabar como Phil —reconozco perdiéndome en sus preciosos ojos azules, ahora llenos de vida.

—No sé quién es Phil —responde ella.

—Bueno, eso da igual, lo que quiero decir es que...

Me percató de pronto de que estoy balbuceando entre lágrimas, dejando salir a la superficie todas las emociones que he estado reprimiendo durante estos últimos seis meses. Medio año en el que me he estado engañando a mí misma, asegurándome que el éxito de mi trabajo es más importante que mi felicidad, o que mi felicidad depende de dicho éxito.

—No sé si ya llego tarde, Dani, pero todo lo que me habías dicho de tomarme la vida con más calma, de trabajar menos para poder pasar tiempo juntas... me apunto si tú estás dispuesta —admito con miedo.

—¿Qué ha cambiado para que ahora estés tan segura? ¿Crees que puedes cambiar de idea después de seis meses y que todo vuelve al punto de partida?

De pronto, me falta el aire como si alguien con muy mala leche hubiese colocado una pesada losa sobre mi pecho y me quedo sin palabras.

—Perdón...ni siquiera sé si estás saliendo con alguien...es solo que yo...

—No estoy con nadie, solo quiero conocer qué ha cambiado ahora. Me gustaría estar lo suficientemente segura de que no volverás a variar de opinión la semana que viene —insiste.

Le explico que no le puedo asegurar que lo nuestro vaya a funcionar si ambas damos ese paso, le cuento la historia de Phil, de su advertencia cuando abandonó el hospital. Le juro que estoy completamente convencida y que estoy dispuesta a intentarlo si ella lo está. Doy todo tipo de explicaciones, a veces incoherentes porque es más un sentimiento que algo racional y nunca he sido buena con los sentimientos. Hablo y hablo nerviosa hasta que me quedo sin palabras y hago una larga pausa para escuchar su respuesta. Una respuesta que no

llega.

Lo que sí llega es un beso maravilloso que consigue que el roce de sus labios transmita corrientes eléctricas por todo mi cuerpo. Un beso que me recuerda todo lo que me he estado perdiendo estos últimos seis meses y que borra cualquier atisbo de duda que pudiese quedar en mí.

Un beso que logra que nuevas lágrimas broten de mis ojos, pero ahora son lágrimas de alegría. Atrás han quedado el miedo, las dudas, la tristeza, el arrepentimiento. La felicidad se los ha llevado a todos por delante con la fuerza de un tsunami.

Capítulo 23

—Ya sabrás cuál es tu regalo cuando lo veas, pesada —protesto haciendo caso omiso de las quejas de mi amiga.

—Oye, a mí no me hables así que soy tu jefa, a ver si no te doy más vacaciones, capulla —amenaza Arya en tono de broma.

—Bueno, te dejo, que es nuestro último día en Isla Mauricio y nos quedan algunas cosas por hacer —le comunico al ver que Dani me hace señas desde el jacuzzi de nuestro bungalow.

—¿Ya te ha azotado el culote la profe?

—Eres una guarra, Arya —bromeo colgando el teléfono.

Los rayos de sol se cuelan a través el enorme ventanal del bungalow en el que hemos pasado los últimos quince días. Mientras observo el precioso tono verdoso del océano que rodea una paradisíaca playa de arena blanca, sé que echaré mucho de menos este lugar.

Daniela me espera completamente desnuda en el jacuzzi, con pequeños y rápidos toques en su muñeca como si golpease un imaginario reloj, indicándome que me dé prisa.

Unos cálidos brazos se deslizan alrededor de mi cintura en cuanto entro en el agua y un delicioso escalofrío recorre mi espalda al sentir los besos de Dani a lo largo de mi piel desnuda.

—¿Era Arya? —pregunta Daniela susurrando junto a mi oído.

—Desde que se ha hecho con el puesto definitivo de jefa de cirugía está un poco estresada —bromeo estremeciéndome al sentir las manos de Dani recorriendo mi cuerpo.

Lo cierto es que Arya se ha adaptado al puesto de jefa del área de cirugía a las mil maravillas y debo reconocer que hace un trabajo mucho mejor del que yo hubiese podido hacer. Me considero mejor cirujana, pero ella ha conseguido ganarse el respeto de todos los compañeros, incluso de los que llevan mucho más tiempo que nosotras en el hospital, que han aceptado su liderazgo sin problemas.

Personalmente, el hecho de que mi amiga dirija el departamento me viene muy bien porque me permite una mayor libertad a la hora de elegir los horarios. Menos tiempo trabajando no significa un menor rendimiento como pensaba al principio y estoy mejorando una barbaridad como cirujana. Claro que recibo lecciones y consejos de una de las mejores de manera constante, es lo bueno de vivir con Daniela McKenna.

Lo más difícil es el cuatrimestre que pasa en Boston para seguir dando clases en la facultad de medicina de Harvard. Esos meses se me hacen interminables por mucho que hablemos cada día en largas videoconferencias a través de Skype o que pase de vez en cuando algún fin de semana con ella.

—Creo que por fin vas a dar las charlas que tuvimos que cancelar hace año y medio —expongo dejándome caer sobre su cuerpo para que llene de besos mi cuello.

—Tu amiga puede llegar a ser muy convincente —expone Dani.

—Bueno, estaré deseando escucharte, profesora —susurro, deslizando una de mis manos hacia atrás y colándola entre sus piernas.

—Nunca pensé que me excitaría oírte llamarme así —admite Daniela—por cierto, Arya me ha comentado algo sobre unos azotes en el culo o algo así...

—¡Qué guarra es, joder! —chillo llevándome una mano a la frente sin poder creer que Arya haya tenido el valor de hacerle ese comentario a mi novia.

Mientras las dos nos reímos con fuerza y disfrutamos de nuestras últimas horas de vacaciones en Isla Mauricio, pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida junto a Daniela y, sobre todo, en los años que nos quedan juntas. Ahora sé que es la persona con la que quiero compartir el resto de mis días, a su lado me siento especial, segura, feliz. Una felicidad capaz de romper cualquier obstáculo que se nos presente, por duro que pueda parecer.

Sé que entre nosotras hay dieciséis años de diferencia, que en algún punto en nuestro camino, cuando empecemos a envejecer, esa diferencia de edad quizá pueda notarse más de lo que yo quisiera. Sé incluso que es posible que tenga que sobrevivir a Daniela, pero también sé que el día que eso ocurra guardaré en mi mente tantos recuerdos bonitos que estará para siempre a mi lado. Pase lo que pase, nunca me abandonará.

LIBRO 2
A corazón abierto

Clara Ann Simons

A corazón abierto
Clara Ann Simons

Copyright © 2022 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 12/08/2022 con el número **2208131779972**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)

Capítulo 1

Arya

Ningún paciente está preparado para enfrentarse a una cirugía a corazón abierto. Saber que debes pasar por el bisturí, ser consciente de que pondrás tu vida en manos de un extraño es devastador.

Abrirán tu cuerpo. Romperán tu esternón para acceder al más preciado de los órganos. Tu corazón se detendrá y dependerás de una máquina de circulación extracorpórea para bombear la sangre. Solamente pensar en ello pone los pelos de punta, pero cuando sabes que es la única forma de seguir vivo, debes encontrar la fuerza para seguir adelante.

—¡Joder! Te juro que jamás estaré preparada para este tipo de operaciones —me quejo con un largo suspiro mientras me desprendo de la bata que he utilizado en el quirófano.

Daniela solamente sonríe. Hemos tenido esta conversación en un montón de ocasiones y ya está cansada de decirme que tarde o temprano me acostumbraré.

Lo cierto es que desde que Daniela McKenna se ha casado con mi mejor amiga, nuestro pequeño hospital en Los Ángeles ha cambiado de manera notable. Si alguien me dice hace dos años que ahora haríamos cirugía cardíaca me hubiese reído en su cara.

En cambio, aquí estoy, temblando cada vez que entro en el quirófano junto a Daniela para reemplazar una válvula aórtica a corazón abierto.

—¿Qué tal les ha ido a mis dos cirujanas favoritas? —pregunta Laura acercándose a nosotras antes de besar a Daniela.

—Tu mujer es un puto cibernético, te lo digo en serio. No es humana. Ni siquiera se ha inmutado a la hora de reemplazar la válvula. Con lo feliz que era yo operando ligamentos cruzados antes de que llegase ella —bromeo poniendo los ojos en blanco.

Daniela me asegura que he mejorado mucho y me sigue pareciendo increíble que sea incapaz de distinguir la ironía de las quejas reales. Le estaré eternamente agradecida de que haya decidido ayudarnos con las cirugías cardíacas por un sueldo que es tan solo una fracción de lo que le pagarían en cualquier otro hospital.

Cuando acepté el puesto de jefa de cirugía con tan solo veintiocho años tuve que enfrentarme a muchas críticas, pero gracias a la incorporación de Daniela tengo al director del hospital encantado con mi departamento. Al fin y al cabo, no todos los hospitales de nuestro tamaño pueden presumir de tener a una de las mejores cirujanas del país.

—¿Qué tal lleva su semi retiro? —pregunto a Laura una vez que nos quedamos a solas.

En el hospital había incluso apuestas sobre si una profesional del prestigio de la doctora McKenna sería capaz de renunciar a su extenuante ritmo de vida durante más de un año. Han pasado ya casi dos y las pocas que apostamos a que sí sería capaz de hacerlo, hemos ganado un buen dinero.

Supongo que haber visto de cerca hace dos años los ojos de la muerte con un cáncer muy agresivo te hace reconsiderar tus prioridades. Eso y que Daniela está locamente enamorada de Laura y ahora que van a ser madres mucho más.

—¿Qué tal sigue mini Arya? —pregunto con cara de tonta.

Laura coloca las manos por debajo de su barriga, como si quisiese acunar al futuro bebé,

y me asegura que el embarazo sigue avanzando sin ninguna complicación. Desde que empezamos a ser amigas habíamos bromeado con que sería la madrina de su primer hijo, pero cuando me dijo que sería una niña y que Daniela y ella habían decidido que llevaría mi nombre me puse a llorar como una idiota, y eso que voy de dura por la vida y nunca lloro.

—Sabes que voy a malcriar a mi ahijada, ¿verdad?

—Eso me temo. ¿Vienes a comer a nuestra casa mañana? —inquire Laura tras enterarse de que tengo el día siguiente libre.

—No sé si me despertaré para la hora de comer o si me despertaré sola —admito encogiéndome de hombros.

—¿Sales hoy?

—Llevo dos semanas sin descanso, así que pienso darlo todo esta noche —le aseguro alzando las cejas, aunque ya sé el tipo de charla que vendrá a continuación.

—¿Algún día piensas buscar pareja estable? Al fin y al cabo vas a cumplir treinta años —me recuerda como si yo no lo supiese. Tiene un año menos que yo y a veces parece mi madre.

Me rio sacudiendo la cabeza porque ella también sabe la respuesta que le voy a dar. Estoy muy contenta con que Laura haya encontrado al amor de su vida en Daniela, pero yo ya no creo en las almas gemelas. No es que esté en contra de eso de estar juntas “hasta que la muerte nos separe”, simplemente no es para mí.

Siempre que me he quedado colgada por alguna mujer, me han hecho daño, así que he decidido pasármelo bien y no buscar relaciones a largo plazo. Es más cómodo y no sufro. ¿Tengo miedo a comprometerme? Puede que sí, aunque lo que tengo claro es que no estoy dispuesta a luchar por hacer funcionar una relación cuando puedo cambiar de pareja sin adquirir compromisos. Y sin llevarme disgustos.

Esta noche iré a mi discoteca favorita, bailaré, beberé y me lo pasaré bien. Si surge algo, mucho mejor. Casi siempre surge algo, no me puedo quejar, aunque le dejaré muy claro que es temporal y que no habrá nada serio entre nosotras. A veces me miran como si fuese una paranoica, pero me parece más ético avisar desde el principio. Prefiero que las dos tengamos claras las reglas del juego para que nadie sufra o se engañe.

Capítulo 2

Patricia

—Mamá no me apetece ir con los abuelos, me obligan a comer lentejas —se queja mi hijo Jaime mientras preparamos la maleta.

Este fin de semana he convencido a mis padres para que se queden con él. No es algo de lo que pueda abusar porque ambos son ya un poco mayores y están delicados de salud, pero es un caso especial. Tina y Carrie se han empeñado en venir a buscarme, según ellas necesito urgentemente salir y divertirme. La excusa oficial es que vamos a celebrar que me han hecho un contrato fijo en el colegio donde doy clases, pero la realidad es que intentan que esta noche conozca a alguien. O al menos que eche un polvo, hablando claro.

Con el tiempo y mucho dinero gastado en psicólogos, he conseguido olvidarme de la relación tóxica con mi exmarido y empiezo a abrirme a la idea de encontrar a un hombre que llene mi vida. Hasta me he dejado convencer para abrir un perfil en una app de citas a pesar del miedo que me da conocer a un psicópata.

—Vamos a repasar que lo llevemos todo —exclamo por enésima vez mientras reviso la pequeña maleta de mi hijo.

Me mira desesperado, meneando la cabeza y poniendo los ojos en blanco porque para él, “todo” es acordarse de meter la consola y un buen cargamento de juegos. Supongo que a su edad, esas son tus prioridades.

Jaime pone cara de “mamá, por favor sálvame” mientras su abuela le llena de besos nada más entrar por la puerta. Mi padre, por su parte, le da dos fuertes palmadas en la espalda que le desplazan hacia delante, olvidándose de que no tiene diecisiete años, sino siete.

—Ya verás lo bien que te lo vas a pasar en el pueblo tirando piedras a las ranas. Vas a volver hecho un machote —anuncia mi padre ante la cara de estupor de mi hijo, que es un niño de lo más tranquilo. Joder, es que mi padre y sus amigos del pueblo no han salido todavía de la Edad Media.

—Pásatelo muy bien hija. Me alegro mucho de que vuelvas a salir a divertirme, necesitas a un hombre que os cuide —añade mi madre totalmente convencida.

Dejo escapar un soplo que desplaza un mechón de pelo que cubre mi ojo derecho, aunque prefiero no contestar. Es una batalla perdida. Supongo que es la educación que han recibido, pero a veces me ponen enferma.

—¿No tiene otra camiseta? —pregunta mi padre señalando a Jaime con la barbilla.

—¿Por?

—Es rosa.

—¿Y?

—No puede aparecer por el pueblo con una camiseta rosa, pensarán que es mariquita —protesta mi padre bajando la voz para que el niño no lo escuche.

Por supuesto, el niño lo ha escuchado a la perfección y me mira con los ojos como platos sin entender nada de lo que está pasando.

—Joder, papá, no digas tonterías —me quejo.

—¡Esa lengua! —interrumpe mi madre con su mirada más intimidatoria.

—Mira, la maleta está llena de ropa. Le pones lo que mejor te parezca cuando vayáis a entrar en el pueblo —expongo colocando la maleta de mi hijo en su coche en un intento de

que se vayan de una vez.

Tras los típicos besos y abrazos de rigor antes de despedirnos, el coche de mis padres arranca y se incorpora lentamente a la carretera. En mi cabeza todavía retumban las últimas palabras de Jaime... “Mamá, diles que no me pongan lentejas”.

Mi hijo Jaime es todo mi mundo. Daría mi vida por él un millón de veces si fuese necesario, pero puedo contar con los dedos de la mano los días que he tenido para mí sola en los últimos siete años y todavía me sobran dedos. Este fin de semana será épico.

Poco más de una hora más tarde suena el timbre de la puerta y me encuentro cara a cara con mis amigas, ya completamente vestidas para una noche de fiesta.

—¡Esta noche vas a follar! —espeta Tina, siempre la más lanzada de las tres.

—Por mí pedíamos pizza y nos quedábamos viendo la tele —respondo encogiéndome de hombros— de verdad, no sabéis lo que es ser madre soltera. Más que follar necesito un descanso.

Como era de esperar, mi tímida sugerencia cae en saco roto y mis dos amigas no hacen ni caso. Todo lo contrario, porque Tina coge mi teléfono móvil y se dedica a trastear con mi cuenta de la app de citas asegurándose que muy pronto no voy a poder ni caminar.

—No me siento cómoda poniendo mi perfil en esa app. ¿Qué pasa si es un psicópata? —me quejo expresando una vez más la preocupación por mi seguridad.

—No puede ser más psicópata que tu exmarido —corta Tina sin dejar el teléfono móvil.

Y eso es lo que me preocupa. Bastante mal salió ya mi última relación y eso que no fue a través de una app de citas sino en modo tradicional. Quizá me he puesto muy paranoica con todo el tema de mi ex, pero fue tan tóxico para mí, destrozó tanto mi vida, que me es imposible no preocuparme.

A continuación la toman con mi armario, tirando gran parte de mi ropa sobre la cama y quejándose de que solo tengo prendas aburridas, lo cual reconozco que es muy probable.

Carrie me hace un rápido arreglo con una blusa que muestra mucho más escote del que me siento cómoda enseñando y se empeña en que me embuta en unos pantalones vaqueros de cuando tenía diez años menos. Añade un poco de maquillaje cuando no lo llevo nunca y el resultado es que apenas reconozco a la mujer que muestra el espejo.

—¡Joder, pareces otra! —exclama Tina asombrada mientras me mira de arriba abajo.

—Te habrás depilado entera, ¿no? —añade Carrie muy seria.

Prefiero no contestar para no seguirles la corriente. La verdad es que las posibilidades de que hoy me acueste con alguien son nulas porque no es lo que busco. Tan solo quiero pasar una noche con mis mejores amigas como hacía antes de que el hijo de puta de mi exmarido entrase en mi vida y me la arruinase. Nada más que eso.

—Esta noche vas a triunfar —insiste Tina alzando las cejas y mordiéndose el labio inferior.

Me llevo una mano a la frente y dejo escapar un largo suspiro. Lo que posiblemente acabará pasando es que Tina se liará con el primero que le diga unas palabras bonitas, bailarán y acabarán haciéndolo en los baños de la discoteca como si tuviésemos dieciocho años. Mientras tanto, Carrie y yo estaremos apalancadas en la barra, bebiendo alguna cerveza y espantando a los moscones que intenten ligar con nosotras, sobre todo si van borrachos. Eso ha sido así desde que éramos unas adolescentes y no creo que vaya a cambiar ahora.

—¿Estás lista? —pregunta Carrie colocando sus manos en mi cintura.

Asiento con la cabeza y cogemos un taxi en dirección a una de las discotecas más de

moda en Los Ángeles. Tina ha decidido que lo mejor es no conducir porque es probable que ninguna de las tres estemos en condiciones de hacerlo a la vuelta.

En el taxi, siento un nerviosismo extraño, como las primeras veces que salía hace ya muchos años. Sé que no va a ocurrir nada, pero hace ya tanto tiempo que no me divierto...

Nada más llegar, la música que sale de los altavoces retumba en tus oídos. El local es enorme, las luces estroboscópicas parpadean en el techo distorsionando la realidad. En el centro se abre una gran pista de baile donde multitud de cuerpos bailan al son de la música. Mueven las caderas, agitan los brazos, sacuden la cabeza como si estuviesen en trance. Huele a sudor y perfume.

El ritmo es rápido y poderoso, la música no solo se escucha sino que se siente. Te sacude y hace vibrar el ambiente llenándote de energía, empujándote en un frenesí primario envuelto en un caleidoscopio de colores.

Respiro hondo, llenando de aire mis pulmones y dejándolo salir poco a poco mientras sigo a mis amigas hasta una de las barras. Mis latidos se aceleran al ritmo de la música y empiezo a sentir una sensación de libertad olvidada hace ya demasiado tiempo.

Capítulo 3

Arya

Un DJ con el pelo largo y rizado pincha un ritmo electrizante envuelto en luces de tonos rosados. En la pista de baile principal no cabe ni un alfiler, más de un centenar de personas se agolpa para mover su cuerpo al son de la música. Oteo el ambiente en busca de alguna mirada al tiempo que me deshago del último gilipollas que intenta ligar conmigo con actitud de macho alfa.

Amelia, una de las bailarinas principales contratadas por el local para animar el ambiente, me hace una seña indicándome que podemos quedar más tarde si me apetece. Sonrío y me aparto de inmediato, dirigiéndome a la zona secundaria de la discoteca. Es mucho más tranquila, un lugar donde incluso puedes mantener una conversación si te pegas lo suficiente a la otra persona, lo que viene muy bien a la hora de ligar.

No es que tenga nada en contra de Amelia, desde luego es una buena chica y no se puede negar que tiene un cuerpo de escándalo. El sexo con ella es realmente bueno. Es posible que sea un poco superficial y que se le note demasiado que busca a alguien con un buen sueldo para que la saque para siempre de este sitio. No se lo reprocho. Me cae bien, es la típica tía que nunca te pegará una puñalada por la espalda.

¿Por qué huyo de ella últimamente? Ni yo misma lo sé. Me lo he preguntado en más de una ocasión y sigo sin encontrar la respuesta. Quizá ya hemos superado la fase de sexo ocasional y tan solo queda adentrarse en aguas más profundas. O quizá yo misma tenga miedo de que las últimas veces que estuve con ella no me la podía quitar de la cabeza a la siguiente semana.

Creo que pasar tanto tiempo con Laura y Daniela está consiguiendo que se me ablande el cerebro. La parejita feliz desprende unicornios rosas cada vez que se mira y está consiguiendo que empiece a dudar de mis ideas más profundas. Y pensar que yo estaba segura de que Laura estaba en el espectro asexual antes de que apareciese Daniela. Al final terminaré creyendo en la chorrada esa de las almas gemelas.

La discoteca está llena de chicas guapas, aunque por desgracia, la mayor parte de ellas están bien acompañadas, así que decido acercarme a la barra y pedir un gin tonic para ir entrando en calor. A los quince minutos, una preciosidad de pelo rubio y ojos color miel se acerca a mí, más interesada en adivinar hasta dónde deja ver mi escote que en la conversación. Al segundo gin tonic empiezo a pensar que la chica del pelo rubio puede no estar mal para una noche.

Se acerca a mi cuerpo sin recato en cuanto tiene la menor excusa. Acaricia mi brazo izquierdo al hablar y desliza de manera disimulada la yema de sus dedos por la parte trasera de mi mano, haciendo que empiece a sentir un cosquilleo entre las piernas. Creo que tengo plan para esta noche.

—Tengo que ir al baño urgentemente, no te muevas de aquí, por favor, vuelvo enseguida—suplica la chica del pelo rubio que aún no me ha dicho su nombre haciendo un gesto como que ya no aguanta más.

Dudo si acompañarla al baño, pero estoy un poco cansada del sexo con prisas en un espacio pequeño entre sudor y malos olores. Sobre todo cuando varias mujeres muy cabreadas aporrean tu puerta para que acabes rápido, así que opto por quedarme en el bar y

pedir un tercer gin tonic a Malena, la preciosa camarera pelirroja que atiende la barra.

Una lástima que no solo sea totalmente hetero, sino que le atraigan los tíos más gilipollas que cruzan el local. No solo es una mujer espectacular, sino que da gusto hablar con ella sobre cualquier tema. Su atracción por los hombres que van de malotes le terminará creando problemas y ella lo sabe, aunque no es capaz de reprimirlo. Tan solo espero que entre tanta gente que visita el local cada fin de semana, algún hombre decente se acerque a ella y llegue a su corazón, porque se lo merece.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —pregunto a Malena al ver que me mira un poco raro mientras me sirve el gin tonic.

—Sabe que eres médica. Lleva dos semanas buscando a gente con un buen sueldo y le da igual hombres que mujeres —suelta alzando las cejas.

—Yo solo quiero follar —respondo encogiéndome de hombros.

—Únicamente te aviso.

Malena me guiña un ojo y me regala esa sonrisa maravillosa que podría derretir el Polo Norte. Le devuelvo la sonrisa mientras pienso lo injusta que es la vida y lo complicado que es el amor. Nos entendemos a la perfección desde que empecé a venir a este local hace ya años. Si un día estuviese dispuesta de nuevo a iniciar una relación con alguna mujer, cosa que no estoy, sería con ella.

En cambio, eso jamás sucederá. Le seguirán atrayendo los hombres más capullos que se crucen en su camino, esos que le harán daño y llorará sobre mi hombro mientras me relata su mala suerte en el amor. Es extraño cómo funciona la mente humana, en esos momentos yo desearé estar con ella más que nunca sabiendo que jamás lo conseguiré. Y Malena jamás se fijará en mí aunque su mente le diga que la trataría mejor que cualquiera de los macarras con los que sale.

—¿Qué sabes de la tipa esa? —pregunto antes de que mi acompañante vuelva del baño.

—Lo típico, aspirante a actriz. Se pasa la vida asistiendo a castings y mientras tanto trabaja como camarera en una hamburguesería cerca de la playa de Santa Mónica. Si alguien le da una vuelta por Sunset Boulevard o le compra un modelito, no tiene reparos en hacer lo que sea. No te conviene, de verdad, Arya —me advierte Malena.

Justo cuando voy a contestarle, mi acompañante aspirante a actriz regresa del baño y pone su mejor sonrisa al acercarse a la barra. Le dedico a la camarera una mirada de complicidad, agradeciendo sus comentarios, y mi atención regresa a la mujer de melena rubia que tengo ante mí y que me coge de la mano para llevarme a la pista de baile.

Me dejo arrastrar sorprendida una vez más por toda la información que puede llegar a tus oídos cuando trabajas en un local de moda como este. En cuanto los clientes se toman un par de copas de más, le acaban contando a Malena su vida y la de sus amigos.

Ya en medio de la pista de baile, mi acompañante de la que sigo sin saber el nombre, mueve su cuerpo con una sensualidad sublime; baila alzando los brazos por encima de la cabeza, se pega a mi cuerpo con un ritmo que fluye con tal perfección que no parece hecha de carne y hueso, sino de algún tipo de aleación semilíquida. En ese momento tengo muy claro que voy a olvidarme temporalmente de los consejos de Malena y sonrío sabiendo que ya tengo plan para esta noche.

Se coloca detrás de mí, rodeando mi cintura y pegando su sexo a mis nalgas mientras besa mi cuello, acelerando mi corazón. Giro la cabeza buscando sus labios y el roce de la punta de su lengua me transporta al paraíso.

—¡Un momento! —chilla separándose de mí.

Me quedo como un pasmarote en medio de la pista de baile mientras mi guapa acompañante de melena rubia se tira literalmente a los brazos de un hombre de unos cincuenta años que le planta un beso en los labios y se la lleva hacia una zona más tranquila.

¡Joder! ¡Me cago en la puta! Esta tía es gilipollas. O quizá la gilipollas soy yo, porque soy la que se ha quedado en el medio de la pista de baile como si fuese una estatua que han colocado en el lugar equivocado.

—Ya sé que me habías avisado, capulla. No necesito que me lo recuerdes —espeto al regresar a la barra y recuperar mi gin tonic.

—Es productor de cine —deja caer Malena con naturalidad—ha echado sus cálculos y supone que le conviene más que una médica.

—¡Soy gilipollas, joder! —admito algo avergonzada.

—Las dos somos un poco gilipollas, Arya, no aprendemos de los errores —confiesa Malena tomando un trago de mi gin tonic sin ni siquiera pedir permiso.

Capítulo 4

Arya

La noche en la discoteca va pasando sin pena ni gloria hasta que diviso a una mujer con el pelo castaño que por algún motivo llama mi atención. Quizá sea la forma en que se ruboriza cuando nuestros ojos se encuentran o el hecho de que me vuelva a mirar a pesar de que sabe que la estoy observando. No lleva anillo de compromiso, lo que también es buena señal, hay ciertos límites que no estoy dispuesta a cruzar.

Una de sus amigas mira hacia donde estoy y las tres ríen algo nerviosas. Desde luego, lo de disimular no es lo suyo. Ha vuelto a ruborizarse. Buena señal de nuevo.

Ahora es la otra amiga la que me observa, esta vez con mucho más recato, simulando estar pidiendo algo en la barra. Nuevas risas nerviosas. La chica de la melena castaña tiene un culo espectacular y la blusa que lleva puesta se abre en un escote que me gustaría mirar más de cerca.

Un grupo de tres chicos bastante jóvenes se acerca a ellas. Mierda.

Respiro aliviada al ver que solo una de sus amigas se ha ido a bailar con ellos, mientras que la de la sonrisa tímida y el culo de infarto permanece en la barra con la otra.

—¿La conoces de algo? —pregunto a Malena señalando con la barbilla mientras pido otro gin tonic y pienso que me estoy pasando.

—Su amiga, la rubia que se ha ido a la pista de baile suele venir a menudo, es profesora en un colegio —responde la camarera.

—No, joder, esa es claramente hetero. La del pelo castaño y los pantalones ajustados —aclaro.

—Ni idea, es la primera vez que la veo por aquí —se disculpa mi amiga.

Una nueva mirada, media sonrisa, baja los ojos por unos instantes como si estuviese nerviosa, pero vuelve a dirigirlos a mí y ahora se queda unos segundos observándome. Perfecto.

Miro la hora y empieza a hacerse tarde, así que decido acercarme hasta donde está y entablar conversación. Parece maja.

Patricia

He perdido ya la cuenta de la cantidad de gilipollas que han venido a intentar ligar conmigo esta noche. La mitad de los hombres de esta discoteca parece estar buscando sexo de manera desesperada y por mucho que Tina me anime, no estoy preparada para eso. Al menos esta noche.

—Tienes que soltarte un poco más —grita Tina por encima de la música.

—Ya estoy suelta, ¿no me ves?

—Con los tíos. No te van a comer, bueno, a menos que les dejes —bromea mi amiga.

—Paso.

—Joder, Patri, ¿cuánto llevas sin follar? ¿Cinco años? Te juro que no sé cómo no te vuelves loca.

Le recuerdo que he tenido un marido psicópata que ha estado a punto de arruinar mi vida para siempre y al que por suerte no veo desde hace cinco años. Tina se disculpa de inmediato. He llorado tantas veces en su hombro que no sé ni cómo me aguanta.

Conocí a mi exmarido al poco tiempo de terminar la universidad y por aquel entonces me pareció encantador. No solamente era muy guapo, sino que era atento y detallista, con un gran sentido del humor. Meses más tarde, me quedé embarazada y tras algunas dudas iniciales, accedió a que nos casáramos. Poco podía esperar por aquel entonces que mi vida se convertiría en una auténtica pesadilla.

Todo cambió en los últimos meses de embarazo. Yo estaba muy cansada y no me apetecía hacer el amor con la frecuencia que él quería. Un mal día, una amiga me confesó que sabía que se estaba acostando con otra mujer.

Me juró que no significaba nada, que había sido un desliz y que jamás se repetiría. Me trajo flores y bombones. Le creí... y aquello fue el peor error de mi vida. Al poco tiempo de nacer mi hijo, se quedó sin trabajo y nuestra vida comenzó a girar en una espiral de destrucción que casi acaba con mi vida y la de nuestro hijo.

Bebía, se gastaba mi sueldo en droga, pidió créditos al banco a través de la cuenta conjunta. Un auténtico desastre. A partir de un cierto momento ya ni siquiera me molestaba que se fuese con otras mujeres. Eran mucho peor los golpes que recibía cuando no me apetecía hacer el amor.

En algún momento aprendí a aceptarlo y simplemente me quedaba quieta mientras él me usaba de muñeca hinchable. Recuerdo el dolor y la humillación de esos días y lo cierto es que cuando pienso en el sexo con un hombre lo único que viene a mi cabeza es ese martirio. Por suerte, no le he vuelto a ver desde hace cinco años y mi vida ha empezado a recuperarse de nuevo.

Desde entonces, mi vida es mi hijo.

Por suerte, salimos de la zona principal de la discoteca y nos detenemos a tomar algo en una barra que está algo recluida. La música sigue estando demasiado alta para mi gusto, pero al menos se puede hablar sin necesidad de dejar la garganta en el intento.

Mientras hablamos, me fijo en una chica de piel bastante morena al otro lado de la barra. Tiene unos ojos preciosos, unos ojos que de pronto se cruzan con los míos y me ponen muy nerviosa. Demasiado.

—Te acabas de poner colorada —anuncia Carrie sorprendida.

—Son imaginaciones tuyas, será la luz de los focos —contesto tratando de disimular.

Vuelvo a fijarme en la chica de la piel morena por encima del hombro de Carrie. Tiene un punto de exotismo que llama la atención, no son solamente sus ojos, sino todos sus rasgos. Habla animadamente con la camarera como si viniese por aquí de manera habitual. Dirige de nuevo su mirada hacia nosotras y vuelve a pillarme mirando, ahora la vergüenza que siento es mucho mayor y bajo los ojos como si quisiese hacer un agujero en el suelo.

—¿Estabas mirando a la tipa esa? —pregunta Tina sin disimulo.

—¡No, joder!

—Sí que lo estabas, y te has puesto roja —insiste mi amiga —tenemos que cambiar tu perfil en la app de ligues a bisexual, te estabas perdiendo la mitad del mercado.

—¡Qué burra eres, Tina! No hay ningún mercado, las personas no son trozos de carne y quiero que borres mi perfil de esa app —protesto.

—¿Por qué no hablas con ella? —esta vez es Carrie la que se la queda mirando y a la chica de piel morena parece estar haciéndole mucha gracia.

—No quiero hablar con nadie y además tiene un poco pinta de macarra.

—¡Eres una clasista!

—Y una pija —añade Tina.

—Y vosotras dos sois gilipollas —me quejo enfadada.

Por suerte, cuando Tina iba a contestar, tres chicos se acercan a nosotras para invitarnos a bailar. Como era de esperar, Tina se va con ellos, dejándonos a Carrie y a mí plantadas. Nada ha cambiado desde que éramos unas adolescentes.

—¿Te apetece bailar? —escucho decir a una voz de mujer justo detrás de mí.

Me quedo sin palabras y estoy segura de que debo parecer una imbécil abriendo la boca sin poder hablar. La chica que me lanzaba miradas desde el otro lado de la barra, la de los ojazos negros y la piel oscura está frente a mí sonriendo y esperando mi respuesta.

—Justo en estos momentos me estaba diciendo que le encantaría bailar contigo. No te preocupes, es un poco tímida, pero luego sabe hablar —bromea Carrie sin poder frenar una carcajada.

La chica de los enormes ojos negros me coge de la mano y tira de mí hacia la zona de baile y juro que al sentir el tacto de su piel sobre la mía siento una especie de corriente eléctrica que me deja descolocada.

Su mano es muy suave, sus dedos largos y finos. Por su ropa, pensé que se dedicaría a algún trabajo manual, quizá en alguna fábrica, pero su piel es demasiado suave. Aprieta mi mano levemente mientras buscamos un sitio en el que bailar dentro de la concurrida pista, acariciando de manera distraída el reverso de mi mano con su dedo pulgar.

—Me llamo Arya, ¿y tú? —pregunta con una sonrisa por la que se podría morir.

—Patricia —respondo con timidez.

Muevo mi cuerpo con la gracia de un ganso mientras ella parece fluir al ritmo de la música. Por suerte, con este nivel de ruido no tiene mucho sentido mantener una conversación porque no podría escucharla, pero cuando coloca su mano derecha en mi cintura me da un vuelco el corazón.

—Cierra los ojos y déjate llevar por la música —chilla a mi oído pegándose a mí para que pueda oírla.

Sonrío, pero el roce de su mejilla sobre la mía me ha puesto demasiado nerviosa. El corazón se me acelera y no creo que sea por el esfuerzo físico. Una parte de mí quiere volver a la barra corriendo, a la seguridad junto a mi amiga Carrie. Otra parte de mí, a la que apenas puedo reconocer y no sé de dónde ha salido, suplica que pegue mi cuerpo al de la chica de los ojazos negros y me deje llevar.

Para mi desgracia, esa segunda parte de mí sale ganando y antes de que me quiera dar cuenta, coloco las manos en sus hombros y bailo pegada a su cuerpo. Cuando sus pechos rozan los míos, siento un estallido de calor que no tengo claro que sea por la temperatura de la sala de baile.

Arya me da la vuelta y rodea mi cintura con los brazos, pegando su cuerpo al mío y llevándome al son de la música. Instintivamente, dejo caer la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, la apoyo en el hueco de su cuello. Me pego por completo a ella, entrelazando mis dedos con los suyos y sintiendo cómo mi corazón se acelera cuando sus labios rozan mi cuello con un ligerísimo beso.

—Me tengo que ir, lo siento —me disculpo separándome de ella y corriendo hacia la barra.

Por el rabillo del ojo veo la figura de Arya en medio de la pista de baile. Se ha quedado parada, sorprendida, posiblemente preguntándose si soy gilipollas o algo peor.

—Vamos al baño. ¡Ya! —decreto en cuanto llego a la barra.

Mis dos amigas me miran con los ojos como platos, pero se encogen de hombros y me

siguen. Asegurándome de que no nos escucha nadie, quiero empezar a contarles lo que ha ocurrido cuando Tina me interrumpe.

—¿Te ha hecho algo? —inquire sorprendida.

—¡No, joder!

—¿Entonces?

—Me he excitado —admito dejando escapar un largo suspiro.

Como era de esperar, tanto Carrie como Tina me bombardean a preguntas, atónitas por la confesión que acaban de escuchar. Ante su presión, reconozco que cuando Arya se colocó a mi espalda y pegó su cuerpo al mío, me dejé llevar echando la cabeza hacia atrás. En el momento en que sus labios rozaron mi cuello, estaba ya tan excitada que lo que de verdad quería era quitarle la ropa en el baño y perder la cabeza con ella.

—Joder, que a Patricia le gustan las mujeres —susurra Carrie tapándose la boca con la mano.

—Tengo treinta y ocho años y nunca he mirado a una mujer —me quejo.

—Siempre hay una primera vez —alega Tina arqueando las cejas.

Prefiero dar por zanjada la conversación y tras llamar gilipollas a mis dos mejores amigas, abandono el baño a grandes zancadas dispuesta a salir de esa discoteca. Y claro, con mi mala suerte, allí está la morena de los ojazos negros apoyada en una columna nada más salir del baño.

Nos quedamos paradas y las tres intercambiamos miradas antes de que Arya nos interrumpa.

—¿Se encuentra bien? —dirige la pregunta hacia Tina, seguramente debido a la cara de imbécil que se nos ha quedado tanto a Carrie como a mí.

—Es mejor que te lo explique ella —tercia mi amiga, llevándose a toda prisa a Carrie de la mano y dejándome a solas con esa mujer que consigue que mis rodillas tiemblen.

De nuevo, ante mi falta de palabras, Arya decide tomar la iniciativa, y vaya si la toma.

—Quizá sea un poco precipitado, pero mi apartamento está muy cerca de aquí y me gustaría invitarte a tomar algo para poder charlar tranquilas —suelta de repente haciéndome temblar.

—Un momento —es todo lo que puedo decir tras hacer un gesto con el dedo índice y salir corriendo de nuevo hacia la barra.

—Joder, ¿qué te pasa ahora? —protesta Tina al verme llegar.

—Me acaba de invitar a su apartamento, dice que está cerca de aquí —admito encogiéndome de hombros.

—¡Qué fuerte! —exclama Carrie con la boca abierta.

—¡Vete!

—¡Ni de coña! —baluceo negando con la cabeza.

—Esa tía te pone. Tómallo como una noche loca —insiste Tina.

—¿Y si quiere robarme o hacerme algo? Es un barrio un poco chungo y ella tiene pinta de macarra —me quejo sin saber qué excusa poner.

—Nos quedamos en la zona y te juro que no nos marchamos hasta que nos digas que es seguro —añade Carrie que ahora apoya el plan de Tina.

Con un subidón de adrenalina difícil de ignorar, tiemblo como una adolescente antes de su primera cita. No sé lo que estoy haciendo, pero antes de que me quiera dar cuenta, estoy saliendo de la discoteca con la chica de los ojos negros hacia lo que seguramente será mi

primera experiencia con una mujer, para regocijo de mis amigas que hacen gestos obscenos sobre lo que debo hacer en cuanto lleguemos al apartamento.

Capítulo 5

Patricia

Arya me coge de la mano y me conduce por las oscuras calles hacia su apartamento. El frío aire de la noche corta mi rostro en cuanto salgo de la discoteca, contrastando con el calor del local y el que corre por mi propio cuerpo.

Nubes oscuras cubren la luna llena dando a la noche una iluminación extraña, como de película de terror. Y yo sigo sin saber qué estoy haciendo, acompañando a una perfecta desconocida a su apartamento.

Es la primera vez que camino por la calle de la mano con una mujer, tampoco es que nos pueda ver mucha gente a estas horas y por este barrio, pero debo reconocer que se siente muy bien. Arya gira la cabeza de vez en cuando para sonreírme o aprieta mi mano como intentando tranquilizarme. ¿Se me nota tanto?

—No has estado nunca con una mujer, ¿verdad? —pregunta de pronto.

Respiro hondo, ponderando mis palabras antes de contestar. Una parte de mí quiere decirle que tengo mucha experiencia, pero de todos modos no creo que vayamos a su apartamento a charlar o a jugar a las cartas, así que supongo que me lo va a notar.

—No, nunca —reconozco casi como un suspiro.

—¿Estás nerviosa?

—¿Tanto se me nota?

—La verdad es que sí —bromea ella con una preciosa sonrisa—. No te preocupes, si te sientes incómoda en algún momento no tienes más que decírmelo y paramos.

Me quedo sorprendida por lo que me acaba de decir. Apenas tengo experiencia en el sexo, del tipo que sea, si exceptuamos lo que tuve en mi matrimonio, que prefiero no recordar. Mi vida universitaria fue bastante tranquila y mi exmarido me dejó muy marcada, pero no recuerdo que ninguna de mis parejas me hubiese dicho nunca algo similar.

—¿No te sentirías decepcionada? —pregunto algo extrañada.

Arya me mira tan sorprendida como yo lo estoy y se detiene.

—Yo no sé con qué gente has estado antes, pero no quiero que hagas nada que no quieras hacer. Ni siquiera me lo planteo —me asegura con una voz suave mientras rodea mi cintura con su brazo.

A los pocos minutos llegamos a su apartamento. Es un edificio bastante antiguo, casi todos en esta zona lo son, y al detenernos frente al portal mi corazón late con tanta fuerza que parece querer salirse de mi pecho.

—Aquí estamos. Si no estás segura te llamo un taxi y no pasa nada —susurra clavándome sus enormes ojos negros.

—Estoy segura —afirmo, más para mí misma que para ella.

En ese instante, Arya cuela su mano derecha por debajo de mi cinturón y me atrae hacia su cuerpo. Tiemblo sin saber lo que hacer cuando observo que sus labios se acercan a mí y dejo escapar un largo suspiro al sentir sobre mi frente el beso más tierno que soy capaz de recordar.

Sonrío de manera instintiva, quizá mi primera sonrisa sincera en la última media hora, y algo me lleva a abrazar su cuerpo antes de entrar en el portal.

Esta noche seguiré adelante. Nunca me había planteado estar con una mujer, pero Arya

me atrae por algún motivo que desconozco. La química entre nosotras es indudable, por mucho que mi mente racional se empeñe en negarlo. Y me da confianza. Algo en ella hace que me sienta segura a su lado.

Será una noche loca como dice Tina y me siento un poco culpable utilizándola para experimentar lo que se siente al estar con una mujer. Aun así, pase lo que pase esta noche, mañana será tan solo un recuerdo y volveré a mi vida de profesora y madre soltera.

Su apartamento está sorprendentemente bien decorado, parece haber sido renovado hace poco tiempo y de alguna manera no encaja con el propio edificio.

—¿Quieres algo de beber?

—No es necesario —susurro perdida en la profundidad de sus ojos negros.

Antes de que me pueda dar cuenta, Arya me empuja ligeramente contra la pared, sus manos en mi cintura. Acerca su cuerpo de manera lenta y deliberada, como si quisiese que cada centímetro de distancia que va borrando marcase una diferencia. Mi respiración se acelera, algo en mi pecho no me permite respirar con naturalidad y siento una presión en el bajo vientre que hacía años que no experimentaba.

Cuando sus pechos rozan los míos y empiezo a sentir el calor de su cuerpo, mi mano derecha rodea su cuello, acariciando su mejilla con mi dedo pulgar y con mi boca buscando sus labios. La beso como si fuese mi primer beso, con miedo y ternura. Es simplemente una caricia, un aleteo, pero lo suficiente como para que el corazón se me dispare y mis hormonas se revolucionen.

—Siento que me suden las manos, estoy algo nerviosa —me disculpo entre susurros.

Arya no responde y en su lugar presiona ligeramente mi cuerpo contra la pared volviéndome a besar. La punta de su lengua recorre el contorno de mis labios haciendo que mis rodillas tiemblen como si estuviesen hechas de arcilla. Pronto es mi lengua la que busca la suya en un beso mucho más profundo. Joder, ya no me acordaba de lo bien que se sentía un buen beso.

Una oleada de calor recorre mi cuerpo al sentir una de sus manos en mis costillas, justo debajo de mi pecho izquierdo. Un calor que no es nada en comparación al que experimento cuando esa misma mano acaricia con suavidad mis senos. Suspiro sin poder evitarlo y antes de que me quiera dar cuenta, mis manos se cuelan por debajo de sus pantalones buscando su trasero. El suspiro se convierte en un pequeño gemido al acariciar la suave piel de sus nalgas y en ese momento sé que ya no hay vuelta atrás.

Arya abre un pequeño hueco entre nosotras para desabrochar mis pantalones vaqueros y comienza a tirar de ellos hacia abajo.

—Joder, ¿cómo has conseguido meterte en estos pantalones? —bromea al ver lo ajustados que están.

—No fue mi elección —reconozco mientras le ayudo a bajarlos ligeramente.

Ahora es ella la que cuela una de sus manos por debajo de mis bragas para acariciar mis nalgas y juro que me transporta a otra dimensión. Atrás quedan los miedos y las reservas, lejos quedan las preocupaciones de hace tan solo unos instantes. Sin romper nuestro beso, mis manos abandonan su culo para tirar hacia arriba de su camiseta que pronto cae a nuestros pies al igual que lo hace poco más tarde su sujetador.

—Joder, son perfectos —reconozco al dejar libres unos pechos por los que se podría matar.

Clavo la mirada en sus ojos negros y acaricio con algo de miedo el contorno de su pecho izquierdo. Mi pulgar busca un maravilloso pezón oscuro que se ha puesto duro de inmediato

y llama mi atención como si me hubiese hipnotizado.

—Puf... —dejo escapar al reconocer en mi interior lo mucho que estoy disfrutando mientras acaricio su piel desnuda.

Sus manos no pierden el tiempo y comienzan a desabrochar cada uno de los botones de mi blusa con una lentitud embriagadora. Un nuevo suspiro al deslizar el tirante de mi sujetador sobre mi hombro antes de que caiga al suelo a lado del suyo.

Me dejo arrullar en un tierno abrazo. Mi piel, siempre demasiado pálida, contrasta con su tono más oscuro, mis pezones rozan los suyos como si estuviesen envueltos en un baile lleno de sensualidad y todo parece desaparecer a nuestro alrededor. Ya solo queda la sensación de acariciar su suave piel desnuda, el olor de su pelo al besar su cuello, sus duros pezones entre mis dedos, la humedad de mi sexo al sentir una de sus manos colarse entre mis piernas.

Ni siquiera somos capaces de llegar a la cama. Arya se coloca de rodillas y ambas nos afanamos por deshacernos de mis pantalones vaqueros y mi ropa interior, dejándome completamente desnuda.

Tan pronto como mi espalda toca el frío suelo de madera, se coloca sobre mí y rodea uno de mis pezones con sus labios, lamiéndolo con su lengua como jamás me lo habían hecho.

No sé el tiempo que Arya estaría jugando con mis pechos, pero de lo que sí estoy segura es de que nunca, nadie, le había dedicado ni la mitad de tiempo. Los acaricia con suavidad, casi con veneración, nada que ver con lo que hacía mi exmarido, que debía pensar que era una vaca a la que había que ordeñar.

Gimo de placer al sentir su cálida lengua alternando entre mis pezones o sus labios, regalándoles pequeños y suaves mordiscos hasta que siento una punzada de dolor.

—¡Joder! —grito retirando la pierna derecha en un rápido movimiento.

Arya se detiene y me mira con miedo y confusión a partes iguales, sin tener ni idea de lo que me ocurre.

—¡Tu gato me acaba de morder los dedos del pie! —me quejo mientras un gato persa nos observa con curiosidad a cierta distancia.

Lo que sigue es una escena dantesca con Arya persiguiendo al gato por todo el salón hasta que logra darle caza y lo encierra en la cocina. Mientras tanto, les observo sentada en el suelo desnuda, preguntándome si el sexo lésbico incluye de manera habitual este tipo de interrupciones.

—Vamos a mi dormitorio —propone Arya desprendiéndose de la ropa que le queda y tendiéndome la mano para que me levante—. En mi habitación tengo pestillo, no durará mucho encerrado en la cocina porque sabe abrir las puertas —añade encogiéndose de hombros.

Camino tras ella hacia su dormitorio, completamente hipnotizada por el movimiento del culo más perfecto que he visto en mi vida, hasta que cierra la puerta y me tumba sobre la cama.

—Siento el mordisco de Darío —apunta haciendo una mueca—se pone nervioso cuando alguien a quien no conoce llega a casa.

Antes de que quiera responder, tira de mis tobillos, dejándome al borde del colchón, y se coloca de rodillas entre mis piernas. Temblando, las abro instintivamente para ella y en cuanto empieza a acercar sus labios a mi sexo, cierro los ojos y respiro hondo anticipando el contacto con nerviosismo.

Lo que sigue es sencillamente espectacular. Esta mujer sabe perfectamente cómo

volverme loca y eso que ni siquiera nos conocemos. Me recorre con la lengua, presionando un poco más en los sitios justos. Al principio muy lentamente, como si estuviese degustando un helado, para luego centrarse en la entrada de mi vagina y más tarde en mi clítoris. Lo lame alternando ritmo y movimientos, succionándolo entre sus labios, haciendo círculos sobre él con la punta de la lengua y cuando introduce dos de sus dedos en mi sexo, siento que estoy a punto de morir de placer.

Me penetra a un ritmo constante, cambiando el ángulo de sus dedos sin que su lengua abandone mi clítoris, hasta que los curva hacia arriba presionando un punto que consigue hacerme gritar de deseo.

—Es tu móvil —comenta en voz calmada mientras se separa un momento y se limpia mi excitación de los labios con el reverso de su mano.

—¡Joder, no pares! —grito como respuesta.

—Son las tres de la mañana, si alguien te está mandando mensajes sin parar es posible que sea algo importante —replica Arya como si sufrir interrupciones fuese lo más natural del mundo.

Con un bufido, me incorporo y miro el mensaje, respondiendo lo más rápido que puedo antes de volver a colocarme en la misma posición en la que estaba, abriendo las piernas y haciendo una seña con el dedo hacia mi sexo.

—Eran mis amigas, lo siento —le explico—. Les había prometido que les enviaría un mensaje para que pudiesen volver a casa si la situación era segura.

—¿Tenías miedo de mí? —pregunta Arya entornando los ojos divertida.

—No es eso —me apresuro a contestar.

—No, está bien —me asegura—es bueno tener amigas que se preocupan por ti.

Por fortuna, no sufrimos más interrupciones y pronto recupero el punto de excitación anterior. La lengua de Arya vuelve a hacer maravillas sobre mi clítoris, mientras que sus dedos recobran su posición, curvados hacia arriba sobre la pequeña zona en la que estaban antes, consiguiendo que me deshaga entre gemidos y jadeos.

Pronto, empiezo a sentir un orgasmo formarse en mi interior. Mi vientre se contrae, mis piernas tiemblan ligeramente al tiempo que Arya sigue con su lengua en mi clítoris y sus dedos en mi interior. Cuando añade el dedo meñique, esta vez por la parte trasera, el festival de terminaciones nerviosas que estimula al mismo tiempo es mucho más de lo que puedo soportar y me dejo caer sobre el colchón con un fuerte grito, liberando un orgasmo que rompe como una ola sobre las rocas.

—¡Joder! —grito llevándome las manos a la cabeza sin poder creer el placer que me acaba de regalar.

Arya se tumba junto a mí y coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja. Su barbilla brilla aún con mi excitación. Su sonrisa es tan hermosa que te apetece recordarla para siempre.

—¿Te ha gustado? —pregunta besando la punta de mi nariz.

—Ha sido increíble, te lo juro —confieso todavía con la respiración entrecortada.

Permanecemos tumbadas una junto a la otra, regalándonos ocasionales besos y caricias. Arya besa mis hombros mientras yo recorro con la punta de mis dedos su costado, llegando hasta el contorno de sus bonitos pechos.

—¿Quieres probar tú? —pregunta de pronto.

Y en ese momento mi mundo se derrumba. Estoy aterrada solo de pensarlo. En mi casa siempre ha sido un tema tabú, he crecido pensando que el sexo de una mujer era algo sucio,

que nuestra única función era satisfacer a nuestro marido y que nuestro placer era algo secundario, casi prohibido.

Esto está absolutamente fuera de mis límites. Ahora entiendo que todas mis relaciones sexuales anteriores han sido una mierda, algo rápido para que mi pareja se corriese sin importarle si yo disfrutaba o no. Arya se centró exclusivamente en darme placer durante casi una hora desde que llegamos a su casa y no es justo para ella.

También soy consciente de lo que sucederá si mis padres llegan a enterarse algún día de esto, sobre todo si llegásemos a algo. Mi hijo Jaime está ya creciendo sin un padre y no puedo correr el riesgo de que deba crecer también sin abuelos. Él está por encima de mí. Lo es todo. Mi felicidad es secundaria.

—Si no quieres no pasa nada —me asegura al darse cuenta de mis dudas.

—¿Queda muy mal si no lo hago? —pregunto con miedo.

—Tranquila, es tu primera vez con una mujer, es lógico que tengas dudas. No todo el mundo reacciona del mismo modo, hay gente a la que no le cuesta trabajo y a otras más. La próxima vez será mucho más fácil —me asegura Arya sin saber que jamás habrá una próxima vez.

Capítulo 6

Patricia. Tres meses más tarde.

—Tranquilo cariño, mamá está aquí contigo y no va a dejar que te pase nada —le aseguro a mi hijo Jaime cogiendo su mano y haciendo un esfuerzo titánico para que no me vea llorar.

No le di importancia cuando estos meses se quejaba de que se sentía muy cansado. En la clase de educación física del colegio tuvo que parar porque se quedaba sin aire. Siempre lo achaqué a que no era un niño fuerte. Come poco y es pequeño para su edad.

Esta mañana, mientras desayunaba antes de ir a clase, empezó a ponerse pálido y un sudor frío cubrió su frente. De pronto, perdió el conocimiento y se desmayó sobre la mesa de la cocina. Por suerte estaba allí junto a él y la ambulancia tardó menos de diez minutos en llegar, pero cuando me dijeron que tenían que llevarle urgentemente al hospital, el tiempo se detuvo a mi alrededor.

Jaime es lo único que tengo en la vida y si le pasa algo malo prefiero no seguir viviendo. Verle postrado en una cama en el ala de pediatría del hospital, sin saber todavía lo que le ocurre me parte el corazón. Llevamos toda la mañana de pruebas y aún no sé nada mientras apenas soy capaz de manejar la tensión que se apodera de mí cada minuto que pasa. Trato de mantenerme fuerte por él, no quiero preocuparle, pero no sé cuánto más podré aguantar.

Mi hijo se queja constantemente, ahora se encuentra bien y no ve motivo para estar aquí. Está aburrido y los libros que han colocado junto a su cama le parecen demasiado infantiles. Toda la habitación en sí es demasiado infantil. Está decorada en tonos azules, tiene una gran jirafa pintada en la pared y un globo verde atado a uno de los extremos de la cama, que golpea el techo con cada mínima ráfaga de aire.

Lo único que puedo hacer es coger su mano e intentar distraerle, Asegurarle que mientras su madre esté con él no puede pasarle nada, aunque sepa muy bien que no depende de mí... aunque esté aterrorizada.

—¿Se sabe algo? —pregunto a una enfermera que entra en la habitación para tomarle la temperatura.

—Ahora mismo vendrá la jefa de cirugía para explicarle el estado de su hijo —responde ella en modo críptico.

¿Jefa de cirugía?

Trago saliva al borde de un ataque de nervios, apretando la mano de mi hijo Jaime y forzando una sonrisa que no llega a dibujarse en mi rostro. Esto no puede ser nada bueno.

La espera se me hace interminable. El “ahora mismo” de la enfermera debe tener un significado distinto para ella, porque ya ha pasado media hora y juro que me va a dar algo en cualquier momento. Mi madre ha llamado por teléfono para ver si quería que viniese a ayudar, pero prefiero estar sola con Jaime. No quiero que me ponga aún más nerviosa de lo que ya estoy.

—Vamos a ver, muchachote, ¿qué tal te encuentras? —pregunta una mujer vestida con una bata blanca que imagino que es la jefa de cirugía.

Jaime sonríe y le asegura que se encuentra perfectamente y que lo único que quiere es marcharse a casa. La doctora meneaba la cabeza al bromear con mi hijo y una larga melena de un color muy negro se mueve sobre sus hombros.

—Ahora voy a llevarme a tu mamá un momento para hablar con ella, ¿vale? —anuncia. Y cuando se da la vuelta y me encuentro frente a frente con esos profundos ojos negros mis pulmones se quedan sin aire.

Ella se queda parada durante apenas un segundo, seguramente tratando de averiguar si me ha visto con anterioridad, sin recordar que su lengua ha estado buceando en mi sexo hace ahora tres meses.

Para mí, su rostro es imposible de olvidar. Tampoco su cuerpo o la sensación de excitación que me produjo su cálida piel desnuda sobre la mía. Al fin y al cabo, ella ha sido mi primera y única experiencia lésbica.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con miedo en cuanto nos quedamos a solas en su despacho.

—Trabajo aquí —responde sin levantar la vista de la historia médica de mi hijo.

Inmediatamente, me doy cuenta de que mi pregunta ha sido una estupidez. No es que hablásemos demasiado aquella noche, para mí siempre será inolvidable, pero no precisamente por nuestra conversación. Por otro lado, no tengo nada claro que ella me haya reconocido, es posible que yo simplemente haya sido un ligue más para esa mujer y ya no se acuerde ni de que existo.

—¿Es grave? —pregunto temblando, aunque no sé si quiero conocer la respuesta.

—No quiero mentirte. ¿Supongo que puedo tratarte de tú, ¿verdad Patricia? —mierda, sí se acuerda de mí. O quizá simplemente ha leído mi nombre en la historia médica. Espero que sea eso.

—Por supuesto —susurro.

—Jaime tiene una cardiopatía congénita. Es raro que nadie la haya detectado con anterioridad porque los síntomas deberían estar bastante claros. Es muy pequeño para su edad y estoy segura de que se cansa muy pronto cuando hace deporte —añade mientras sus dedos juegan con un bolígrafo.

—Pero ¿es grave o no? —insisto en un tono un poco borde.

Arya saca de la historia médica los resultados de una de las pruebas y me los enseña.

—Jaime tiene una cardiopatía que le produce una obstrucción en el flujo sanguíneo —explica señalando con la punta de su bolígrafo—. Sus arterias tienen problemas bastante serios para llevar al corazón la sangre, los nutrientes y el oxígeno. A consecuencia de eso, cada vez que hace ejercicio sufre fatiga y falta de aire e incluso podría causarle un ataque cardíaco —añade.

—Su médico de cabecera me dijo que era asmático —replico encogiéndome de hombros.

Arya se detiene y me mira fijamente como diciendo “tu médico de cabecera es gilipollas” antes de seguir hablando.

—Mi recomendación es operar cuanto antes. Debemos solucionarlo para evitar cualquier riesgo de un ataque al corazón —indica en tono calmado.

En esos momentos me rompo. No puedo más. La tensión acumulada durante la mañana ha sido demasiada y sus palabras son el detonante que hace que todo explote. Escondo el rostro entre las manos y lloro desconsolada, temiendo perder a mi hijo Jaime para siempre.

Para mi sorpresa, Arya se levanta de su silla y rodea la mesa, colocándose a mi lado y acariciando mi espalda con delicadeza.

—Es una cirugía poco invasiva. La realizaremos con un cateterismo —me explica—. Hemos hecho varias con muy buenos resultados, pero este mes tenemos con nosotros a la

doctora Daniela McKenna de la Escuela de Medicina de Harvard, que es una de las mejores especialistas del mundo en cirugía cardíaca. Tu hijo está en las mejores manos —me asegura besando mi cabeza.

Entre sollozos, escucho cómo introducirán un catéter a través de la ingle de mi hijo guiado por rayos X. Una inyección de contraste les ayudará a identificar cualquier anomalía en sus arterias. A continuación, realizarán una angioplastia que agrandará y limpiará la arteria de Jaime para garantizar que el flujo de sangre sea normal.

—¿La operación es complicada? —balbuceo mientras trato de secarme las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—No está exenta de riesgos, pero no debería darnos problemas. Jaime es un niño que presenta buena salud, salvo su pequeña cardiopatía congénita, con lo que el riesgo disminuye. El catéter que introduciremos es más o menos del grosor de un espagueti, para que te hagas una idea, y luego la recuperación es bastante rápida. Si todo sale bien el pequeño podrá hacer vida normal muy pronto —asegura acariciando de nuevo mi espalda.

Capítulo 7

Arya

—Me follé a la madre del niño de la angioplastia, el de la 101 de pediatría —espeto de golpe en medio de la comida y toda la mesa se queda de pronto en silencio mientras me mira con los ojos como platos.

—No quiero escucharlo —exclama Daniela negando con la cabeza y tapándose los oídos.

—¡Tú estás loca, joder! Te van a quitar la licencia, no puedes acostarte con la madre de uno de tus pacientes —me recrimina Laura, que parece casi a punto de darme un tortazo.

—Fue hace tres meses. No sabía que el crío iba a ser mi paciente —explico con naturalidad—. No sé por qué siempre os ponéis en lo peor conmigo.

La tensión se relaja en cuanto expongo que ha sido simplemente casualidad y no mientras el niño era un paciente, lo que hubiese creado todo tipo de conflictos éticos y con el centro hospitalario.

—Al principio me costó un poco darme cuenta de quién era, sabía que la conocía de algo, pero no recordaba de qué. Pronto empecé a darme cuenta de que estaba muy incómoda y cuando me preguntó qué hacía en el hospital me percaté de cómo nos habíamos conocido.

—Puedes ahorrarte los detalles, de verdad —solicita Sofía.

—No hubo muchos detalles. Era su primera vez con una mujer, se asustó un poco cuando le tocó a ella y nos quedamos dormidas. Cuando me desperté al día siguiente ya no estaba. Ni siquiera una nota me dejó la muy perra —me quejo haciendo una mueca de disgusto.

—Eso es justo lo que tú quieres, ¿no?

—Yo no quiero nada serio —me apresuro a aclarar— pero al menos podía haberse despedido. No sé, por educación, al menos, porque me empleé a fondo con ella —bromeo.

Lo cierto es que no entiendo muy bien lo que me ocurrió con esa mujer. Me molestó muchísimo que se marchase de mi apartamento sin despedirse y estuve más de un mes sin poder sacarla de mi cabeza. Cada vez que regresaba a la discoteca en la que la conocí la buscaba inconscientemente con la mirada, incluso puede que haya preguntado por ella más de una vez a Malena. Ahora que no era más que un recuerdo, reaparece en las peores circunstancias posibles.

—¿Tenéis preparada la cirugía del nene? —inquire Gabi, la enfermera jefa del área de cirugía.

Justo cuando Daniela está a punto de responder, tanto Sofía como su esposa Laura le ruegan cambiar de tema. Ambas están ahora muy sensibles con cualquier cosa que les ocurra a los niños. Sofía lo ha estado siempre, a la oncóloga se le parte el corazón cada vez que tiene que tratar a un pequeño. Laura ha sido madre recientemente y si escucha cualquier enfermedad grave de un niño se pone de los nervios.

Casi nos hacen un favor porque no hay cosa que más le guste a Daniela que hablar de las operaciones dando todo tipo de detalles que van mucho más allá de lo necesario. Se nota a la legua que aunque haya reducido su carga de trabajo desde que superó el cáncer y se casó con Laura, la cirugía es su pasión.

La operación del niño no debería ser complicada en cualquier caso, y tener a Daniela junto a mí en el quirófano es toda una garantía de que las cosas saldrán bien.

—Bueno, ¿qué tal mi ahijada? —pregunto para desviar la conversación hacia un tema

mucho más alegre.

Como era de esperar, una sonrisa se forma en la boca de todas las allí presentes, sobre todo en la de Laura y Daniela. Las orgullosas madres me relatan con todo detalle lo bien que ha comido esa mañana o que creen que ya ha dicho algo parecido a “mamá”.

—No sé mucho de bebés —alego—pero me parece que con tres meses de edad es muy pronto para empezar a hablar.

Mi comentario es ignorado y pronto estoy pidiendo que me pasen al móvil las últimas fotos que le han hecho a la pequeña.

—No sabes las ganas que tengo de llevarla de compras y ejercer de madrina. Va a ser la niña más malcriada del universo —les advierto alzando las cejas.

Creo que nunca tendré hijos, pero coger a la pequeña Arya entre mis brazos para dormirla o darle el biberón me derrite por completo.

—¿Es eso una lagrimita en tu ojo? —bromea Laura señalando con el dedo.

—No, joder. Estoy fatal de la alergia estos días. ¡Mira que eres gilipollas! —niego enfadada ante la mirada de complicidad de mis amigas.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me asalta Patricia cuando estoy saliendo de la cafetería.

Entorno los ojos al ver las risitas de mis compañeras mientras se despiden. Últimamente, buscarme una novia que dure más de una semana parece la misión de su vida.

—Claro, siéntate y tomamos un café si quieres —le indico señalando una de las mesas con la barbilla.

—Prometo que no te quitaré mucho tiempo, Arya... doctora... ni siquiera sé cómo debo llamarte —indica bajando la mirada.

—Quizá sea mejor doctora Kumari —respondo todavía dolida por haberse marchado sin ni siquiera despedirse.

—Tan solo quería agradecerte lo que estás haciendo por mi hijo y explicarte lo que ocurrió aquella noche hace unos tres meses —explica nerviosa.

—Estudié medicina para salvar vidas. Haré por tu hijo o por cualquiera de mis pacientes todo lo que pueda. En cuanto a lo de hace tres meses, creo que tengo bastante claro lo que ocurrió, te asustaste y ya está, aunque al menos podrías haberte despedido —le recrimino mirándola fijamente a los ojos.

—No me gustan las mujeres —interrumpe—. Fue maravilloso, lo reconozco. Me regalaste un orgasmo increíble, pero no podía seguir. Para mí ha quedado en el pasado y espero que para ti ocurra lo mismo —añade con mirada triste.

—No te preocupes, lo tengo más que olvidado —espeto aun sabiendo que no es cierto—. Ahora, si me disculpas, debo ir a preparar una cirugía. No tengas miedo por tu hijo Jaime, todo va a salir bien —le aseguro.

Patricia fuerza una sonrisa, sus ojos humedecidos, y debo luchar contra mis deseos de abrazarla y limpiar sus lágrimas. En cambio, me doy media vuelta y abandono la cafetería con paso firme tratando de no mirar atrás, luchando para mantener mi dignidad lo más alta posible.

Capítulo 8

Patricia

—¡Todo va a salir muy bien con el peque, ya lo verás! —me asegura mi amiga Carrie acariciando mi brazo izquierdo.

Se han llevado a mi hijo Jaime al quirófano hace algo más de media hora y estoy de los nervios. No he podido pegar ojo en toda la noche. Intento estar tranquila para él, que no me vea llorar, pero apenas lo consigo. En cuanto se lo llevaron, me rompí, no pude aguantar más. Menos mal que Tina y Carrie han pedido el día libre para estar conmigo porque estoy a punto de volverme loca. Cada minuto que pasa sin noticias me parece una eternidad.

—Si la doctora esa es tan buena en el quirófano como en la cama, no vas a tener problema —añade Tina con el poco tacto que la caracteriza.

No entiendo cómo sigue pensando siempre en lo mismo, pero al menos ha conseguido arrancarme una sonrisa, que ya es mucho. No tenía que haberles contado lo de mi noche loca con Arya, al menos no haber dado detalles. Lo único que he conseguido con ello es que Tina me persiga diciéndome que tengo que abrir mi perfil en la app de ligues a mujeres.

—Ya es coincidencia que te acuestes con una mujer y vaya a ser la cirujana de tu hijo Jaime —se maravilla Carrie arqueando las cejas.

—¿No sientes nada cuando entra en la habitación? —inquieta Tina.

—Mi prioridad absoluta es mi hijo —respondo con sequedad.

—Aun así, ¿no sientes nada?

—Lo jodido es que sí —admito bajando la mirada.

—¿Entonces?

—No puedo —insisto.

—Tienes treinta y ocho años y vivimos en Los Ángeles. No le veo el problema. Las dos sois mujeres adultas. No te digo que le pidas matrimonio, tan solo te digo que termines lo que empezaste aquel día —comenta Tina.

—Lo que ella empezó —puntualizo.

—Da igual quién lo haya empezado, Patri. El caso es que ella te folló, tú te pusiste nerviosa y la dejaste a medias. Y el problema es que por lo que cuentas, te gustaría seguir adelante con la doctora esa. La verdad, no lo entiendo —insiste mi amiga, incapaz de dar el tema por cerrado.

—Pues está muy claro —indico algo enfadada—. Mi hijo no tiene padre, no quiero que también se quede sin abuelos. Si algo me pasase, necesito que alguien se haga cargo de él. Ahora mismo es mi prioridad absoluta, muy por encima de mi felicidad. Vosotras dos no lo entendéis porque no tenéis niños —añado esa coletilla porque suele zanjar cualquier discusión sobre los hijos.

—¿De verdad crees que tus padres romperían cualquier relación contigo si sales con una mujer?

—Estoy segura de ello, no es que lo crea. Mi madre quizá lo acabaría entendiendo, pero mi padre imposible. Está chapado a la antigua, debes entender que ha crecido en un pueblo muy pequeño y excesivamente conservador. Ni siquiera permite que Jaime lleve nada de color rosa por si se vuelve “mariquita” como él dice. Vive en otra época, pero son la única

familia que tengo —explico con un suspiro de resignación.

Lo cierto es que mientras escucho las palabras que salen de mi boca, se me rompe el corazón en mil pedazos. Admitir no solo que mis padres son unos homófobos, sino que a mis treinta y ocho años no me atrevo a enfrentarme a ellos es muy doloroso. En otras circunstancias quizá las cosas serían muy diferentes, pero el desastre de matrimonio que me tocó vivir acabó con mi autoestima y me da auténtico pavor que mi hijo acabe perdiendo a sus abuelos por culpa de mi orientación sexual.

Y es que esa noche con Arya me ha hecho dudar por completo de todas mis ideas. Bueno, dudas ya no me quedan demasiadas. Nunca había sentido ningún deseo por una mujer, podía sentir cierta curiosidad a veces, pero nunca deseo. Arya cambió todo eso. No he dejado de pensar en ella durante los últimos tres meses y me arrepiento enormemente de haberme asustado aquella noche. He fantaseado con lo que podría haber ocurrido en infinidad de ocasiones cuando mi hijo se duerme y me quedo sola en mi cama.

Volver a encontrarla en este hospital ha sido una sorpresa muy agradable, aunque las circunstancias no sean las mejores. Ella es lo único positivo que tengo cada día, lo que mi corazón anhela. Cada vez que entra en la habitación de mi hijo, me pongo nerviosa y siento un cosquilleo en la parte baja del vientre imposible de ignorar.

Y a pesar de todo, si pudiese borrar esa noche de mi memoria, lo haría. Si por algún tipo de magia pudiese volver atrás en el tiempo, jamás habría acompañado a Arya aquella noche a su apartamento. El problema es que hay veces que la verdad duele más que vivir en la ignorancia y estar con ella me ha recordado lo cobarde que soy en ocasiones.

Debí enfrentarme a mi marido cuando todavía era posible, antes de llegar a un punto en el que yo no importaba nada para él. Debí hacerle frente mucho antes de que simplemente fuese una persona que cocinaba y limpiaba la casa para él, le daba dinero para sus cervezas y a la que se podía follar en contra de su voluntad cada vez que se quedaba sin plan con alguna amiga.

Ahora no me atrevo a hacer frente a mis padres. Mi mente racional tiene muy claras las razones, pero mi corazón se rompe de tristeza cada vez que lo piensa.

Una enfermera entra en la habitación justo en esos instantes y me saca de mis pensamientos de manera abrupta. Me da un vuelco al corazón cuando me dice que la operación de mi hijo Jaime se demorará más de la cuenta debido a unas ligeras complicaciones que no me quiere explicar. Quizá ni siquiera sabe lo que ocurre y simplemente repite lo que le han mandado comunicar, pero a mí me deja por los suelos. Si algo le pasa a mi hijo mi vida carece de sentido. Prefiero no seguir viviendo sin él.

Y ahora, su vida está en las manos de la mujer de la que estoy enamorada en secreto.

Capítulo 9

Arya

El pequeño Jaime se encuentra tumbado sobre la camilla de la sala de hemodinámica totalmente sedado. Tras una breve discusión, decidí junto con Daniela realizar la operación con anestesia general. No suele ser necesario para este tipo de cirugías, pero el niño se estaba poniendo muy nervioso y decidimos no correr riesgos. Retrasará el tiempo total, ya que no podremos subirle a planta hasta que esté recuperado de la anestesia, pero ya he enviado a una enfermera para que avise a su madre.

Pincho con cuidado su ingle, accediendo a la arteria femoral bajo la atenta mirada de Daniela y coloco el introductor que me permitirá maniobrar con el catéter. Lo introduzco con sumo cuidado, sintiendo cada milímetro que avanza por la arteria del niño, guiada por los monitores de rayos X hasta que llegamos a la zona en la que se encuentra el problema.

Jaime sufre de una cardiopatía congénita por la que una de sus arterias no lleva la suficiente sangre al corazón y eso le está causando todo tipo de complicaciones, desde un desarrollo físico inadecuado para su edad hasta cansancio o falta de aire cada vez que realiza actividades físicas. Si no se trata podría acabar provocándole un infarto y sigo sin entender por qué no lo han visto con anterioridad.

Lo bueno de utilizar una coronografía es que además de conocer exactamente la zona de su arteria en la que se encuentra el problema, podemos utilizar la misma operación quirúrgica para repararlo por medio de una angioplastia que nos permitirá ensanchar la arteria del pequeño y solucionar sus problemas de corazón.

En poco menos de una hora, Daniela asiente con la cabeza y levanta el pulgar mientras me guiña un ojo.

—Perfecto, Arya. Te estás convirtiendo en toda una experta en este tipo de operaciones —añade con orgullo.

Solamente dejo escapar un suspiro mientras asiento yo también con la cabeza agradeciendo sus palabras. Las angioplastias nada tienen que ver con las operaciones a corazón abierto y llevamos ya realizadas un buen número de ellas desde que Daniela colabora con nosotros y conseguimos financiar la sala de hemodinámica. Aun así, tener a un pequeño tumbado en la mesa de operaciones mete mucha más presión que tener a una persona adulta. Y saber que es el hijo de Patricia, mucho más.

—Hemos terminado —indico dejando paso a las enfermeras para que presionen el punto de incisión hasta que deje de sangrar y coloquen un vendaje compresivo.

En unos pocos minutos, el pequeño Jaime se despertará en la sala de reanimación. Una vez comprobado que se ha recuperado bien de la anestesia, será llevado de nuevo a su habitación, junto a su madre. Pronto estará como nuevo salvo que se presenten complicaciones de algún tipo.

—¿Un café para celebrarlo? —propone Daniela indicando con la cabeza que la siga.

—Uno cortito, me gustaría informar a su madre sobre la cirugía.

—¿Estás un poco pillada por ella, o es cosa mía? —inquire Daniela con un poco de mala leche.

—Sabes que siempre lo hago con todos los pacientes, no me toques los ovarios, Dani —respondo algo borde para que no siga con ese tema.

Daniela levanta las manos en señal de que no quiere discutir y nos dirigimos hacia la cafetería. No me conoce tanto como su esposa y es muy educada. Si fuese su mujer estaría insistiendo en que le contase con todo detalle mi motivación para ir a ver a la madre del niño con tanta prisa.

—¿Cómo está el niño? —grita Patricia levantándose de la silla como un resorte.

Me mira con el gesto descompuesto, su tez privada de color, un ligero temblor apoderándose de sus manos.

—Ha salido todo muy bien —le aseguro con una sonrisa—le subirán a la habitación dentro de muy poco.

Nada más escuchar mis palabras, Patricia rompe a llorar y me abraza con fuerza. Estoy relativamente acostumbrada a este tipo de reacciones, no es algo inusual que los familiares de un paciente te abracen tras darles una buena noticia. Es algo natural, en esos momentos están agradecidos, abrumados. La espera se hace eterna y su cuerpo reacciona de ese modo.

Lo que sí es inusual es la manera en la que yo estoy reaccionando. Normalmente no siento absolutamente nada, es simplemente una expresión de su agradecimiento. Con Patricia, en cambio, me siento de maravilla. Su mejilla pegada a la mía, sus lágrimas resbalando hasta llegar a mis labios, dejando un gusto salado que desearía recordar para siempre.

Algo me lleva a acariciar su espalda con suavidad y nuestro abrazo parece detener el tiempo.

—El peque va a estar como nuevo, ya verás —susurro a su oído mientras limpio una de sus lágrimas con mi dedo pulgar.

Patricia se separa ligeramente y asiente con la cabeza, mordiendo su labio inferior entre suspiros.

—Muchas gracias, Arya —balbucea cogiendo mis manos entre las suyas.

Estamos tan cerca que por momentos debo combatir el deseo de besar sus labios y eso me preocupa. No solo no sería ético, sino que pensaba que la había dejado atrás. Por fortuna, en esos instantes un celador entra en la habitación con el pequeño Jaime, al que se le ilumina la cara al ver a su madre. Cuando besa su frente aliviada, es una imagen de tanta ternura que no puedo evitar dejar escapar un suspiro.

—¿Qué tal te encuentras, campeón? —pregunto sentándome al lado del niño en la cama.

El crío sonrío y me asegura que está muy bien. Todavía sigue ligeramente bajo los efectos de la anestesia y habla con dificultad, como si hubiese ingerido una buena cantidad de alcohol, pero ha recuperado el color.

—Tendrá que estar aquí unos días en observación para descartar cualquier complicación. No esperamos ninguna, pero es mejor estar seguros. Yo pasaré por aquí a diario —le aseguro—si tienes cualquier duda o pregunta, o si le ocurre algo te voy a dejar mi número personal. No se lo des a nadie más.

¿Por qué he hecho eso? Nunca le había dejado mi número personal a un familiar de un paciente. Quiero tener mi vida privada lo más separada posible de mi trabajo. Lo último que necesito es que me empiecen a llamar por teléfono con dudas o porque el crío ha tosido un par de veces. Bastantes horas paso ya en el hospital cada día.

Aun así, ni siquiera lo he pensado. Ha sido una reacción automática, me pareció totalmente lógico en ese momento, algo natural.

De pronto, me viene a la memoria nuestra noche juntas. Por algún motivo, el cabreo que

tenía porque me dejase a medias o se marchase sin despedirse ha desaparecido. Tan solo conservo buenos recuerdos y me sorprende preguntándome a mí misma si ella lo recordará de igual modo, como algo bonito.

Mierda, Arya. Algo tiene esta mujer que te pone el corazón un poco blandito.

Capítulo 10

Patricia

—¿Quieres jugar una partida al ajedrez? —pregunta Arya a mi hijo Jaime con un pequeño tablero plegable en la mano.

Ayer le comenté que Jaime, pese a su corta edad, era todo un fanático del ajedrez y es un detalle que no solo se haya acordado, sino que haya traído un tablero para distraerle un poco.

—Te advierto que de niña era muy buena jugando —bromea Arya colocando las piezas sobre el tablero.

A mi hijo se le encienden los ojos e incluso parece que el color ha vuelto a sus mejillas. Tanto Arya como la doctora McKenna me han dicho que la operación ha sido un éxito y que con casi total seguridad Jaime empezará a hacer una vida normal en cuanto le den el alta. Y lo cierto es que Arya se está portando de maravilla con nosotros. Quiero suponer que lo hace con todos sus pacientes, pero nos visita varias veces al día y me deja el corazón muy blandito cada vez que habla con mi pequeño. Le trata con tanta ternura que me derrite. Será una madre maravillosa cuando tenga hijos.

—Te dejo las piezas blancas para darte un poco de ventaja, ¿estás listo? —pregunta Arya.

Jaime simplemente asiente con la cabeza y sonrío, moviendo su peón de rey dos casillas hacia delante a e4 como suele hacer. Arya le responde cerrando el centro con su peón en e5 y Jaime saca su alfil por la casilla c4 como le enseñó su profesor.

—Te voy a hacer una defensa Philidor, que seguro que no te la sabes —advierte Arya colocando su peón en d6.

Mi hijo se encoge de hombros, moviendo su caballo en f3 sin inmutarse demasiado por la defensa esa que Arya pretende hacer que no sé si la conoce o no.

—A ver qué haces con ese caballo ahora, creo que te lo he dejado un poco clavado —comenta Arya sacando su alfil a g4.

Jaime no levanta la vista del tablero, su rostro es pura concentración mientras sigue con su desarrollo normal y saca el otro caballo a c3.

—¿Sabes lo que es un fianchetto? —pregunta Arya avanzando una casilla su peón de g hasta g6.

De pronto, Jaime sonrío, como si se le hubiese encendido una bombilla en su pequeña cabecita y se queda mirando el tablero y luego a Arya.

—Uy, acabas de perder a tu reina. ¿Quieres volver atrás y hacer otro movimiento? —pregunta la doctora al ver que mi hijo se ha comido el peón de e5 con su caballo.

—Arya, Jaime tiene solo siete años y acaba de salir de una operación de corazón. No te pases —protesto.

Sin embargo, antes de que me quiera dar cuenta, observo que Jaime está muerto de risa y se lleva la mano a la frente. Al menos no se ha tomado a mal su derrota, porque suele tener muy mal perder, es demasiado competitivo.

—Se llama dama, no reina —corrige Jaime—y tú has perdido la partida, solo que todavía no lo sabes—añade con cierta arrogancia.

Arya me mira sorprendida y se come la dama de mi hijo sin más miramientos.

—No sé para qué sigues —insiste Jaime con chulería—. Ahora es mate en dos. Me como

el peón de f7 con el alfil, tienes que mover tu rey a e7 porque estás en jaque y te hago jaque mate con mi caballo en d5 —explica orgulloso.

—¡Joder con el chiquillo! —susurra Arya mirando con asombro la posición de sus piezas de ajedrez y dándose cuenta de que mi hijo tiene razón.

—De verdad, es increíble que hayas caído en un truco tan tonto —se maravilla Jaime muerto de risa—. ¿Nunca te explicaron el mate de Legal?

—No, pero ya veo que a ti sí y que has prestado mucha atención cuando lo hicieron —suspira Arya volviendo a colocar las piezas en el tablero—. Por cierto, quiero la revancha, así que te voy a dejar el tablero aquí hasta que te den de alta.

En esos momentos, mis padres entran en la habitación con unos juguetes para su nieto y Arya me sorprende invitándome a un café rápido.

—Tienes que aprovechar ahora que están tus padres para salir algo de la habitación —me advierte arqueando las cejas—. Entiendo que quieras estar todo el tiempo posible con tu hijo porque te has llevado un buen susto con lo de la cardiopatía. Aun así, no es bueno para ti que pases las veinticuatro horas del día ahí metida, tienes que oxigenarte un poco.

Me dejo caer sobre una silla en la cafetería del hospital con un largo suspiro mientras Arya se dirige a por dos cafés y algo de comer. Lo cierto es que estoy agotada. Supongo que el cansancio mental es superior al físico y este tema de la operación de mi hijo se ha llevado toda mi energía.

Rodeo la taza de café entre mis manos, contándole a Arya diversas anécdotas de mi hijo y sus clases de ajedrez y devorando por el medio el pincho de tortilla que me ha traído. Echaba mucho de menos unos momentos de relax.

Pronto, empezamos a hablar de todo un poco. Arya es una gran conversadora y sobre todo sabe escuchar. Por algún motivo consigue que me sienta muy a gusto con ella y antes de que me quiera dar cuenta, me sorprende a mí misma perdida en la intensidad de esos enormes ojos negros que me observan casi sin pestañear.

—¿En qué piensas? —pregunto al ver que no me quita ojo.

—Sabes que eso no se le puede preguntar nunca a una mujer, ¿verdad? —bromea.

—Me miras raro.

—Pensaba en lo extraño que es nuestra situación teniendo en cuenta la forma en que nos conocimos y que ahora estemos sentadas tomando un café en este hospital —reconoce Arya con esa sonrisa que me hace temblar.

Tan solo puedo cerrar los ojos y asentir con la cabeza, seguramente con una sonrisa tonta en mis labios mientras mi mente vuela a aquella noche loca en la que tuve mi primera y última experiencia con una mujer. Mi imaginación se dispara y no puedo evitar dejar escapar un suspiro al darme cuenta de que si mis padres fuesen un poco más normales me encantaría conocer mejor a Arya y quizá, quién sabe, tener una relación con ella.

—¿Te ocurre algo? —pregunta la doctora al ver que me limpio unas pequeñas lágrimas que comienzan a asomar por mis ojos.

—Nada, tan solo es que llevo unos días con demasiado estrés —miento mientras me doy cuenta de que jamás podré llegar a algo con ella.

—¿Esa es la doctora que ha operado a tu hijo? —pregunta mi padre una vez que llego a la habitación de Jaime.

—Sí, una de ellas, fueron dos —respondo algo seca, mis pensamientos todavía junto a Arya.

—Espero que la otra fuese de aquí.

—Papá, la doctora Kumari nació en Los Ángeles y aunque no fuese así, es una gran cirujana y ha conseguido ya muchísimo a su edad —ladro alzando la voz ante el comentario racista de mi padre.

Él no continúa hablando, pero se me queda mirando un poco raro y de pronto me entra un escalofrío pensando en si se me notará que siento algo por ella.

—Has visto que lleva una pulserita de esas del arco iris, ¿verdad? —ahora es mi madre la que vuelve a la carga.

—¿Qué tiene eso que ver?

—¿Es lesbiana? —pregunta mi padre mirándome por encima de sus gafas de pasta.

—Ni lo sé ni me importa, papá —vuelvo a mentir—. Lo único que me interesa es que cure a Jaime, y te recuerdo que tu nieto está delante. No me parece que la homofobia y la xenofobia sean los mejores ejemplos para un niño de siete años.

Mi padre deja escapar un largo suspiro, pero por fortuna no continúa con la conversación. Sé de sobra lo pesado que puede llegar a ponerse con ese tema y lo último que necesito es que mi hijo escuche una conversación de ese tipo. Una conversación en la que cada vez tengo más claro que no podré callarme.

Capítulo 11

Arya

—¿Me estás hablando de alguna persona en particular o es algo hipotético? —pregunta Laura clavándome su mirada a través del vapor que desprende la taza de té verde.

—Digamos que es un caso en concreto, pero que no puedo dar muchos más detalles —me disculpo.

—Bien. Recapitulemos. La chica esa es lesbiana, aunque no puede salir del armario por culpa de que sus padres son unos homófobos.

—Y unos racistas —añado.

—Está bien, y unos racistas —repite Laura—. ¿Qué edad tiene? Joder, Arya no te habrás acostado con una menor.

—¡Vete a la mierda, capulla! No sé para qué coño te pregunto nada. No es una menor, es una mujer adulta, mayor que nosotras —alego enfadada.

—¿Y vive con sus padres?

—No, no vive con sus padres —aclaro—vive sola y tiene un trabajo estable y bien pagado.

—Sigo sin entenderlo, Arya. Si todo esto ya lo has hablado con ella, ¿qué razón te ha dado? —insiste Laura tomando su taza de té verde entre las manos.

—No lo he hablado con ella.

—Ahora lo entiendo todavía menos. ¿Son suposiciones tuyas? —inquieta mi amiga frunciendo el ceño.

—He escuchado una conversación con sus padres.

—Espera, ¿es la madre del niño de la angioplastia! —anuncia Laura en un tono triunfante, quizá algo más alto de la cuenta.

—¡Quieres bajar la voz, joder!

—Sí que te ha dado fuerte.

—No me ha dado fuerte, es solo que me gustaría ayudarla. Nada más. No es por mí, es por ella —replico encogiéndome de hombros.

—Habla con ella. Es el mejor consejo que te puedo dar. No estás segura de que las cosas sean como dices. Tienes una gran intuición, pero ya sabes que en temas de amores no andas tan fina. Si tienes razón, hablando con ella quizá puedas ayudarla. Ojalá pudiese decirte algo más —se disculpa Laura haciendo una seña a su esposa para que se siente con nosotras.

Durante el rato que pasamos tomando el café antes de volver al trabajo, permanezco un poco ausente. Laura tiene razón, lo mejor sería hablar con Patricia. Estoy casi convencida de que es por la actitud de sus padres que son unos gilipollas de las cavernas. El problema es contarle cómo me he enterado yo de eso.

—¿Has escuchado una conversación privada con mis padres? —increpa Patricia alzando la voz.

—Shh, vas a despertar al crío —susurro haciendo una seña para que hable más bajo.

Cuando llegué a su habitación para la ronda de reconocimiento de mis pacientes, me encontré a Jaime durmiendo y a Patricia sentada en una silla leyendo un libro. En vez de

despertar al niño, me pareció mucho más productivo aprovechar ese momento para hablar con la madre, pero está claro que tenía que haber elegido mejor mis palabras.

—Pero ¿nos has estado espiando o no? Es que me parece increíble —expone Patricia muy enfadada.

—Yo no estuve espiando a nadie —me defiendo—. Simplemente, iba a entrar de nuevo a la habitación para ver a tu hijo cuando escuché por casualidad los comentarios de tu padre. Como iban dirigidos a mí puede que me haya quedado un poco más de tiempo cerca de la puerta, pero era porque dudaba sobre si debía entrar o no.

—Pues ya sabes lo que mis padres piensan de ti —espeta Patricia con una mueca de resignación.

—Lo que tus padres piensen sobre mí me importa una mierda. Lo que me interesa saber es si tú opinas lo mismo —confieso acariciando de manera disimulada su brazo izquierdo.

Patricia deja escapar un largo suspiro, cierra los ojos por unos instantes, como meditando las palabras que saldrán de su boca, y hace una seña para que me siente junto a ella al lado de la ventana.

—Siempre me encantaron las vistas desde esta habitación —bromeo para romper el hielo, observando que tan solo se puede ver el aparcamiento del hospital.

Patricia dibuja una ligera sonrisa en su boca. Se sienta de manera casi ceremonial en su silla frente a mí y coge mis manos entre las suyas antes de comenzar a hablar.

—Aquella noche hace tres meses conseguiste que me replanteara mis preferencias sexuales —admite apretando mis manos.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé, Arya. A veces es mejor vivir en la ignorancia —confiesa con un gesto de sufrimiento—. Ya has visto cómo son mis padres. Proviene de un pequeño pueblo en el que todas las familias son extremadamente conservadoras. Para mi padre, la labor de la mujer es básicamente estar con su marido y darle hijos. Yo no soy así, pero es lo que hay.

—Ya eres mayorcita para que no te influya lo que piensan tus padres. A ver, entiendo que te importe, mis propios padres odian que a mí me gusten las mujeres, pero mi vida y mi felicidad está por encima de sus ideas —le explico recordando que a mi padre casi le da un infarto la primera vez que le dije que estaba saliendo con una chica.

—Ojalá fuese tan fácil, Arya —responde con un suspiro—. Soy madre soltera, mis padres son lo único que le queda a Jaime si a mí me pasa algo. No puedo permitir que pierda a su padre y a sus abuelos. Mi hijo está muy por encima de mi vida o de mi felicidad —explica bajando la mirada.

Durante unos instantes, observo su rostro en silencio. Puedo ver el sufrimiento por el que está pasando. Es difícil meterse en su cabeza, yo no tengo niños, pero imagino que para una madre tienen que ser lo más importante. Joder, yo haría cualquier cosa por mi ahijada y es la hija de Laura y Daniela.

—Patri, entiendo lo que dices, pero ¿no crees que para tu hijo sería importante ver que su madre es feliz? —pregunto acariciando el reverso de su mano con mi dedo pulgar.

—Supongo que sí, aunque no estoy muy segura de que para mis padres fuese igual —confiesa entre susurros.

—Yo lo pasé fatal con los míos, de verdad. Vienen de una pequeña aldea de la India, emigraron a los Estados Unidos sin nada. Lo dejaron todo atrás para que yo pudiese tener las oportunidades que ellos no tuvieron. Como te puedes imaginar, para ellos fue muy raro saber que su hija estaba enamorada de otra chica en el instituto, cuando lo único que debería

estar haciendo era estudiar para sacar las mejores notas.

—¿Lo acabaron aceptando? —pregunta Patricia con cierto brillo en los ojos.

—Posiblemente, no del todo, pero ven que soy feliz así y para unos padres eso es importante —le explico.

—Tus padres tienen que estar muy orgullosos de ti. Mira todo lo que has conseguido —apunta sonriendo por primera vez desde que empezamos a hablar.

—Y los tuyos de ti. Tienes un hijo precioso y muy inteligente. Ya has visto la paliza que me ha dado con el ajedrez. Además, siempre me pareció que las profesoras tenéis un mérito grandísimo —agrego devolviéndole la sonrisa.

Patricia aprieta de nuevo mis manos, mucho más relajada. Desde que he entrado en la habitación de Jaime es la primera vez que la veo sin tanta tensión y la luz que entra por la ventana le da a su rostro un tono de piel hermoso.

—¿Puedo preguntar qué ocurrió con tu marido? —inquiero arrepintiéndome de inmediato al observar lo tensa que se ha puesto al escuchar mis palabras.

Capítulo 12

Patricia

Y tiene que hacer justo la pregunta que no quiero que me hagan. Esa pregunta que me pone los pelos de punta y consigue que se tense cada uno de los músculos de mi cuerpo al escucharla. Es solo pensar en el imbécil de mi exmarido, ya me entran ganas de vomitar. Tiemblo todavía como si estuviese delante de mí, amenazándome, y estoy aterrada de que un día pueda entrar en la vida de mi hijo solo por joderme.

Mira que me estaba sintiendo a gusto junto a ella, había conseguido que hablase abiertamente de la homofobia de mis padres y de cómo me siento con respecto a ese tema. Sin embargo, lo de mi exmarido lleva demasiada carga emocional. Solamente Tina, Carrie, mis padres y mi abogada lo conocen.

—Lo siento, creo que te he hecho una pregunta demasiado personal —se disculpa Arya, seguramente observando que me he puesto nerviosa.

—Todavía me cuesta mucho hablar de ello. Fue una época muy dura de mi vida —reconozco bajando la mirada y apretando nerviosamente los dedos de mi mano izquierda.

—No te lo tendría que haber preguntado. Asumo que estáis separados y que tuvo que haber sido bastante traumático porque ni siquiera le he visto por aquí —explica la cirujana—. Perdona, es que me estaba sintiendo tan cómoda hablando contigo que te hice la pregunta sin pensar —añade.

Cerrando los ojos, deajo escapar un largo suspiro. Lo cierto es que escuchar que ella también se estaba sintiendo muy cómoda hablando conmigo me deja el corazón un poco blandito. Me resulta muy difícil ignorar la química que existe con esta mujer, y eso me gusta y me aterroriza a partes iguales.

—Es una historia demasiado larga y todavía demasiado dura para mí. No sé si algún día podré superarla mentalmente —confieso bajando el tono de voz.

—¿Por eso huyes de las relaciones? —pregunta de pronto.

—¿Por qué piensas que lo hago?

—Porque soy una experta en huir de las relaciones y puedo reconocer a otra como yo —responde Arya cogiendo una de mis manos.

—Ya te he explicado el motivo —respondo con más sequedad de la necesaria.

—Me has explicado el motivo por el que no quieres estar con una mujer y lo entiendo hasta cierto punto. Pero creo que hay algo más, mucho más —corrige alzando las cejas.

—Ni siquiera sé si me gustan las mujeres —tercio en un intento por cambiar de tema y de que se olvide de mi exmarido.

—¿Me vas a decir que no te gusto? —bromea Arya con una sonrisa capaz de derretir todo el hielo del planeta.

—Te lo tienes un poco creído, ¿no?

—No, pero sé que te gusto. Y tú me gustas a mí. Mucho. Y ambas estamos muy cómodas la una con la otra, no puedes negar que hay una conexión especial entre nosotras. Otra cosa muy distinta es el miedo que las dos tenemos a las relaciones —reconoce la cirujana con un suspiro.

—¿Y eso?

—En mi caso también es una larga historia y triste. Bueno, si es que la teoría de Laura es

cierta, algo de lo que no estoy del todo convencida —responde Arya sin dar más detalles.

Las dos nos quedamos calladas durante unos instantes y me pregunto si alguien ha puesto pegamento a la piel de nuestras manos porque ninguna parecemos dispuesta a soltarnos. No quiero reconocerlo, me cuesta hacerlo, pero Arya tiene razón. No se puede negar la química que hay entre nosotras y eso me aterra porque sé que no daré el siguiente paso.

Qué mierda. Creo que no había sentido un vínculo tan grande en tan poco tiempo con nadie. Hace mucho que no creo en el amor. A mí tan solo me ha traído problemas y dolor, pero si creyese en él, diría que Arya es la persona con la que debería estar. Me siento tan bien junto a ella que no lo comprendo, como si hubiésemos nacido para encontrarnos y eso me empieza a causar algo de ansiedad. Es como si el corazón y la razón luchasen dentro de mí en una encarnizada batalla.

—Vamos a hacer una cosa —exclama de pronto rompiendo mis pensamientos—. Yo te cuento la teoría de Laura por la que me da miedo comprometerme y tú me cuentas algo de tu historia. Lo que te sientas cómoda compartiendo conmigo.

Dejo escapar un largo suspiro indicándole que empiece cuando quiera mientras repaso a toda velocidad en mi mente qué partes de la mierda de relación que he tenido estoy dispuesta a contar, porque lo cierto es que ninguna de ellas me apetece.

—Bien —dice Arya—. Laura Park es mi mejor amiga y según ella tengo pánico a comprometerme en una relación. Esa parte es cierta, lo reconozco, pero luego ha elaborado una teoría que puede tener su parte de verdad, aunque no lo sé —explica dando rodeos sin que parezca que tiene muchas ganas de relatar esa teoría.

—¿Me lo vas a contar? —bromeo alzando las cejas, aunque en el fondo me gustaría que no lo hiciera para poder hacer yo lo mismo.

—De acuerdo —concede la cirujana con un largo suspiro de resignación—. Cuando tenía unos seis años, tuve leucemia. Yo recuerdo solamente trozos inconexos de esa época; el dolor, el sufrimiento de mis padres, pero sobre todo la impresión que dejaron en mí los médicos que me trataron y esa es la razón por la que he estudiado medicina —explica.

—Tuvo que haber sido muy duro, tanto para ti como para tu familia. Eras solamente una niña pequeña, un año menos que mi hijo Jaime. No lo quiero ni imaginar, pero no sigo tu razonamiento. ¿Qué tiene eso que ver con tu miedo a comprometerte? —pregunto confusa.

—Es que me has interrumpido —alega sacudiendo la cabeza—. Para mí, lo más duro de esa época no fue la propia enfermedad, aunque te parezca raro. Sufrí mucho y fue muy dolorosa, pero mi mente parece haberlo borrado casi por completo. Lo que conservo en la memoria con la misma nitidez que si estuviese pasando ahora mismo son las discusiones de mis padres. La enfermedad tuvo un impacto económico muy grande en mi familia. Nuestro seguro cubría muy pocas cosas y ya sabes lo cara que es la medicina en este país. Supongo que fue una mezcla de varios factores; el tema económico, el miedo, el sufrimiento por tu hija, el estrés y la ansiedad... El caso es que mis padres discutían de continuo y yo nunca había visto eso en mi casa. Por primera vez empecé a escuchar gritos e insultos y estaba muy asustada. Tras algo más de un año se separaron y siempre me culpé por ello.

Apretando su mano entre las mías, le aseguro que eso no tiene nada que ver. Ella era solamente una niña y bastante tuvo con sufrir esa horrible enfermedad. Le explico que la tensión y los problemas rompieron el matrimonio de sus padres, pero eso no indica que hubiese funcionado a largo plazo. Quizá solamente fue el detonante que lo aceleró.

—Lo sé. Al menos lo sé a un nivel racional como mujer adulta —confiesa Arya clavando sus enormes ojos negros en los míos—. Otra cosa muy diferente es la idea que se ha

formado en mi subconsciente. Laura piensa que eso me ha influido tanto que me aterra comprometerme en una relación. Además, las veces que me he comprometido tengo la mala costumbre de tirarme de cabeza en la relación y luego me hacen mucho daño cuando las cosas no funcionan. Supongo que he acabado optando por un mecanismo de defensa para que no me duela —admite.

—Quizá es que no habías encontrado a la persona adecuada —respondo sin pensar.

—Eso es lo que quiero creer —concede Arya—. No es que tenga nada en contra de las relaciones a largo plazo. Me encantaría tener algo como lo que tienen Laura y Daniela, pero es que esas dos nacieron para estar juntas.

—¿Crees en eso de las almas gemelas? —pregunto acariciando la suave piel de su muñeca.

—Lo malo es que sí creo en ello. Pienso que en algún lugar, ahí fuera, hay una mujer que me hará feliz, una mujer con la que podría pasar el resto de mi vida. Alguien en quien confiar, con quien compartir cada minuto, cada experiencia. Alguien con quien no me importase envejecer a su lado.

—¿Entonces?

—Es como buscar una aguja en un pajar —responde Arya encogiéndose de hombros— las probabilidades son muy pequeñas y la posibilidad de que me hagan daño por el camino muy grande —reconoce.

—Es un poco triste que pienses así a tu edad, pero yo no soy la persona más adecuada para dar consejos con ese tema porque estoy incluso peor que tú. En mi caso, ni relaciones a largo plazo ni a corto —admito cerrando los ojos y negando con la cabeza.

—Pues ahora tendrás que contarme cuál es tu excusa —propone acariciando mi mejilla con el reverso de su mano y consiguiendo que mi cuerpo tiemble.

Capítulo 13

Patricia

Mi “excusa” como Arya dice, preferiría no contarla. La razón por la que me ha resultado imposible comprometerme en estos últimos años, ni siquiera intentarlo, es todavía demasiado dolorosa. Aun así, sus suaves caricias en mi mejilla, casi como si fuesen hechas con una pluma, me derriten demasiado y mis barreras empiezan a ceder, dejándome vulnerable.

—No sé por dónde empezar, Arya —reconozco dejando escapar un suspiro de resignación.

—Empieza por el principio —susurra.

Una nueva sonrisa, una nueva caricia, esos ojazos negros clavados en los míos y doy gracias por estar en la habitación de un hospital con mi hijo durmiendo en la cama a unos metros de nosotras, porque no sé muy bien lo que haría si esta mujer insiste.

—Conocí a mi exmarido al poco tiempo de terminar la universidad. Me lo presentó mi padre que estaba encantado con que empezase a salir con él. Compartía sus ideas y era un “partidazo”, según sus propias palabras.

—Joder, odio eso de un partidazo —interrumpe Arya con un bufido.

—Ya, dímelo a mí —admito—. El caso es que al principio era un hombre encantador: guapo, atento, detallista. Me hacía reír, me sentía muy bien a su lado. Por supuesto, más tarde me di cuenta de que solamente era una fachada bien estudiada para seducir a las mujeres.

—A las mujeres idiotas —vuelve a interrumpir la cirujana.

—Sí, vale, a las mujeres idiotas como yo —reconozco.

—No quise decir eso —se disculpa de inmediato levantando sus manos.

—Es que en parte tienes razón. Es un embaucador. Ahora, desde la distancia, es fácil verlo, pero en esos momentos estaba enamoradísima de él. El caso es que me quedé embarazada a los pocos meses, porque al señorito le gustaba más hacerlo sin preservativo y yo como una imbécil le dejaba. Accedió a casarse, yo creo que más por la insistencia de mi padre que porque estuviese convencido y ahí empezó mi vida a irse a la mierda —reconozco recordando cómo todo comenzó a torcerse demasiado rápido.

—¿Y eso? —inquieta Arya inclinándose ligeramente hacia delante.

—Fue un poco de todo. Durante el embarazo yo estaba muy cansada y no me apetecía hacer el amor, lo que siempre terminaba en discusiones con mi exmarido y haciéndolo igualmente. Más tarde me enteré por una amiga de que se estaba acostando con otra. Cuando se lo pregunté, me lo negó, pero ante las pruebas que tenía acabó reconociéndolo y me juró una y otra vez que no significaba nada, que había sido tan solo un desliz por la tensión a la que estaba sometido en el trabajo.

—¡Qué pedazo de hijo de puta! —exclama Arya —no me puedo creer que lo hiciera mientras estabas embarazada.

—Pues todavía no has escuchado nada, pero como no pares de interrumpirme se despertará Jaime y te quedarás sin saberlo —bromeo divertida, sorprendiéndome a mí misma de lo relativamente fácil que está resultando relatar mi antigua situación.

Arya se apresura a asegurar que no va a volver a interrumpirme, pero lo hace mientras

coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja, con lo que consigue ponerme tan nerviosa que debo sujetar las manos para que no me vea temblar.

—Durante un tiempo estuvo bien. Me traía bombones y flores, el nacimiento de Jaime le ilusionó mucho porque él quería un niño para enseñarle a jugar al fútbol. Sin embargo, al poco tiempo, perdió su empleo por la crisis y nuestra vida inició una espiral de destrucción que casi acaba conmigo.

Ante su cara de asombro, le explico que a partir de ese momento mi exmarido comenzó a beber más de la cuenta, incluso a consumir drogas. Volvía a casa en unas condiciones lamentables y eso cuando volvía, porque había noches en que ni siquiera lo hacía. Gastaba todo mi dinero y más. Fui tan tonta de hacer cuentas conjuntas en el banco y pidió créditos y una ampliación de la hipoteca que aún sigo pagando. Y todo para gastarlo en alcohol, droga, fiestas y mujeres.

—Joder, ¿por qué no le echaste de casa en cuanto empezó? —inquire Arya confusa.

—Porque es como la rana esa que metes en agua y la vas calentando poco a poco. Ni siquiera se da cuenta hasta que es demasiado tarde. Lo mismo me ocurrió a mí; eso y que soy tonta. Pero el caso es que me iba dando cuenta de cosas aisladas y las iba dejando pasar hasta que llegó un punto en el que nuestra relación era tan tóxica que estaba aterrada —confieso y mis ojos se humedecen al recordarlo.

—¿Y tus padres? —pregunta la doctora.

—Mis padres me decían que una mujer debe tener paciencia y aguantar. Insistían en que era normal que un hombre se emborrachase o no volviese algunos días por las noches. Según ellos, lo que yo tenía que hacer era esforzarme por mantenerle más contento para que no hiciese esas cosas.

—No me lo puedo creer —se asombra Arya llevándose las manos a la cabeza.

—Pues créetelo, porque con los meses ya ni siquiera me importaba que se fuese con otras mujeres, al menos a mí me dejaba en paz. Era mucho peor recibir un tortazo por negarme a hacer el amor. Llegó un punto en que me sentía violada cada vez que teníamos sexo. Aprendí a aceptarlo, apretaba los dientes y me quedaba quieta y luego lloraba durante horas. Tan solo mi hijo Jaime conseguía mantenerme a flote, solo vivía para él —confieso cerrando los ojos y mordiendo mi labio inferior al recordar ese sufrimiento.

—Pero ahora has conseguido deshacerte de él, eso es lo importante —susurra Arya secando con sus labios una lágrima que rueda por mi mejilla.

—Ni siquiera tuve nunca el valor de enfrentarme a ese monstruo, Arya. Un día se metió él solo en problemas porque le robó cocaína a un traficante y no solamente recibió una paliza, sino que acabó en la cárcel porque pensaron que él estaba metido. Renunció a la patria potestad del niño y accedió al divorcio a cambio de que mis padres le pagasen un abogado de prestigio para reducir su condena. Por suerte llevo cinco años sin verle y empiezo a recuperar mi vida —admito abrazándome a ella y escondiendo mi cara en el hueco de su cuello.

—Ahora las cosas tan solo pueden mejorar —susurra Arya a mi oído mientras acaricia mi espalda sin romper nuestro abrazo.

—Eso espero, aunque temo el día en que salga de prisión. Anhele con todo mi corazón que se haya olvidado de mí y que siga su vida, pero es una persona tan mala que es capaz de volver solo por hacerme daño —reconozco temblando.

—Tus motivos son más válidos que los míos —admite Arya besando mi frente mientras seca mis lágrimas con el reverso de su mano.

—No es una competición, pero sí. Fue muy traumático y me ha impedido no solo entrar en una relación, sino también tener sexo. Cuando estuvimos juntas llevaba unos cinco años sin estar con nadie y no he vuelto a hacerlo —confieso abrazándola con fuerza.

Arya simplemente me devuelve el abrazo para luego acariciar mi espalda con suavidad. Cada una de sus caricias, cada nuevo beso en la mejilla, consigue que empiece a calmarme. Me dejo llevar y me sorprende a mí misma al darme cuenta de que es la primera vez en mucho tiempo que me siento segura entre los brazos de otra persona. Y me sorprende doblemente admitiendo en mi interior que si fuese un poco más valiente me gustaría iniciar algo con esta mujer, convencida de que es la persona con la que quiero estar, aunque eso no ocurrirá jamás. Necesito a mis padres, no puedo perderles también y mi hijo les adora. No voy a arriesgar todo eso por darme el lujo de escuchar a mi corazón y amar a una mujer.

Capítulo 14

Arya

No sé qué me pasa con Patricia, pero no es normal la conversación que acabamos de tener sin casi conocernos. De todos mis compañeros de trabajo, solamente Laura conoce mi historia y se la acabo de soltar así por las buenas. Claro que lo que ella me ha contado me dejó los pelos de punta.

Mierda, no hay manera de negar la química que tenemos entre nosotras y cada minuto que paso con ella tengo más ganas de terminar lo que empezamos en aquella noche. Hoy, en la habitación de su hijo, he estado a punto de besarla y solamente la repentina interrupción del pequeño Jaime despertándose de su sueño impidió que lo hiciese.

Es la historia de mi vida, joder, cuanto más me repite que no quiere meterse en una relación y mucho menos con una mujer, más me apetece estar con ella. Debo ser masoquista. Tengo que volver a mi dinámica de rollos de una noche y olvidarme de estas cosas. Mi corazón ya se ha llevado demasiados palos por hacerme ilusiones.

Al salir del hospital, decido darme una ducha, enfundarme una ropa más seductora e ir directamente a la discoteca. Mañana es mi día libre y necesito un polvo que me haga olvidarme de Patricia. Por crudo que parezca decirlo, no conozco mejor manera para distraer la mente.

—¿Lo de siempre? —pregunta Malena alzando las cejas, aunque ya ha empezado a prepararlo incluso antes de que responda.

Asiento con la cabeza y oteo el ambiente. Muchas caras conocidas, con algunas de ellas, no tendría problema para repetir, aunque preferiría buscar a alguien diferente. No quiero añadir dramas ni responder preguntas incómodas de por qué no he vuelto a llamar.

—Estás perdiendo facultades, Arya. Creo que empiezas a estar mayor —bromea la camarera cuando una hora más tarde le pido que me sirva otro gin tonic y todavía ni siquiera he bailado con ninguna mujer.

—¡Vete a la mierda, Malena! —gruño apurando las últimas gotas que quedan en el vaso antes de que me sirva el nuevo. Es ya más hielo derretido que gin tonic, pero sigue teniendo un ligero regusto a ginebra.

Mierda, al tercer gin tonic me sorprende a mí misma contándole a Malena que he vuelto a ver a Patricia en el hospital. Por supuesto, la camarera no recuerda en absoluto quién demonios es la tal Patricia y acabo dando un montón de detalles inconexos que no le sacan de dudas.

—¿Seguro que estás bien? —insiste Malena mientras limpia con una bayeta unas manchas de cerveza que ha dejado uno de los clientes.

Me encojo de hombros y dejo escapar un largo soplo. Me gustaría contestar algo inteligente, o al menos gracioso, pero ni yo misma sé lo que me ocurre. Creo que hace mucho tiempo que no me sentía así, hace demasiado que no me llama la atención ninguna mujer en las casi tres horas que llevo en este local.

Me siento intranquila, mi mente volviendo a la conversación con Patricia, al tacto de sus manos, a las pecas de su nariz, al sabor de las lágrimas que rodaban por sus mejillas cuando me relató su historia. ¡Joder! Sé perfectamente hacia dónde me lleva esto porque he estado allí varias veces y no me gusta. No me gusta lo más mínimo porque soy consciente de que

seguramente acabaré sufriendo para nada.

—¡Qué puta mierda, joder! —balbuceo mientras pago los gin tonics y me despido de Malena para dirigirme a mi apartamento.

La camarera me guiña un ojo y se despide de mí moviendo la mano casi como si apartase una mosca. Creo que ni siquiera tengo que explicarle lo que sucede porque me ha visto más de una vez así, aunque hacía mucho tiempo que no me ocurría.

En cuanto cruzo la puerta de mi casa me desprendo torpemente y con prisa de los pantalones y la ropa interior, dejándome caer sobre el sofá sin esperar ni siquiera a llegar a mi dormitorio. Cerrando los ojos, un largo suspiro de resignación abandona mis pulmones y abro las piernas deslizando la mano derecha por mi sexo, que sigue empapado desde el mismo momento en el que decidí irme de la disco.

Respiro hondo, abandonada al placer que me producen los dedos resbalando entre mis labios, aunque en mi imaginación sea Patricia la que presiona la entrada de mi vagina mientras me besa con pasión. Mi mente recrea aquella noche de hace tres meses en una mezcla de recuerdos e imaginación que consigue hacerme temblar.

Los dejo entrar en mi interior con lentitud, la mano izquierda jugando con mis pezones. Mis gemidos, los suspiros y el húmedo sonido de mis dedos rompen el ensordecedor silencio de la noche.

Muerdo mi labio inferior mientras acaricio mis pezones, dibujando círculos alrededor de la areola. Los pellizco tensando los músculos de la espalda al doblar mis dedos hacia arriba. Mis pulmones buscan aire al tiempo que imagino que es Patri la que me está follando, cada vez más rápido, cada vez más fuerte.

Saco los dedos y haciendo una “V”, coloco mis labios entre ellos, presionando hacia abajo para frotarlos, gimiendo cada vez que la palma de mi mano roza mi clítoris.

Nuevos gemidos al dibujar suaves círculos sobre él; en mi mente, Patricia colocada detrás de mí, pegada a mi cuerpo, sus pechos en mi espalda mientras apoyo mi peso sobre ella. Casi puedo sentir sus duros pezones resbalando sobre mi piel, sus dedos acariciando mi clítoris al tiempo que besa mi cuello o mis hombros.

Sin poder aguantar por más tiempo, cierro los ojos, imaginando que sus dedos vuelven a penetrarme, pensando en sus gemidos junto a mi oído, entremezclados con los míos, en sus besos en mi cuello. Mis piernas tiemblan, los dedos de mis pies se curvan de placer mientras siento cómo se va formando un orgasmo en mi interior que se libera con un fuerte grito al tiempo que me dejo caer sobre el sofá. Relajada, jadeando, satisfecha.

Por algún extraño motivo, trato de imaginar qué es lo que estará haciendo Patricia en este mismo instante. Seguramente estará dormida en el sofá junto a su hijo Jaime. Sin saberlo, sin ni siquiera sospecharlo, me acaba de regalar uno de los orgasmos más intensos de mi vida.

Me quedo un buen rato tumbada sobre el sofá, imaginando que es su cuerpo sobre el que me apoyo. Nuestras piernas juntas mientras acaricio sus tobillos. Sus brazos rodean mi cintura, su cálida piel sobre la mía en un sentimiento de intimidad difícil de expresar. Un sentimiento que espero poder experimentar pronto o me volveré loca.

¡Joder! Esa mujer va a ser mi perdición. Vuelvo a estar colgada y es justamente lo que no quería. La vida es mucho más sencilla con rollos esporádicos, con relaciones de una o dos noches repletas de fogosidad. No creo que haya nacido para tener una relación a largo plazo y encima sé que con Patricia no hay posibilidad. Me lo ha dejado bien claro. Su divorcio fue realmente traumático y será difícil que vuelva a comprometerse. Por si fuese poco, ella

jamás lo haría con una mujer por culpa de sus padres. Lo mejor será sacarla de mi mente cuanto antes o se convertirá en un problema.

Si al menos fuese sencillo hacerlo...

Capítulo 15

Patricia

—Si todo sigue así, mañana te damos el alta y te puedes ir para casa. ¿Tienes ganas de volver al cole? —pregunta Arya que ha venido acompañada de la doctora McKenna.

Jaime asiente con la cabeza y sus ojos se llenan de brillo. Su cara tiene ya otro color y estos dos últimos días no para quieto, se nota que se encuentra mucho mejor.

—No tengo ganas de volver al cole, pero sí de ver a mis amigos —asegura a las doctoras con una sonrisa de oreja a oreja.

En el tiempo que hemos estado aquí se le ha caído uno de los dientes de delante y el otro le estaba todavía creciendo, con lo que su ausencia de “paletos” deja un hueco en su boca muy simpático al sonreír.

A mí el tiempo se me hace eterno, solo las ocasionales visitas de Arya parecen llenar mis días y no me vendrá nada mal salir del hospital y recuperar la normalidad. Su sola presencia me llena de alegría y espero con nerviosismo la hora de su ronda matutina de cada día. Ojalá pudiese decirle lo que siento por ella, pero complicaría tanto las cosas que no merece la pena. Lo mejor será olvidarme de la doctora.

—Jaime, ¿qué te parece si dejas a mamá salir un rato a tomar un café con nosotras y vuelve enseguida? —pregunta Arya de pronto, sacándome de mis pensamientos.

Jaime asiente, su abuelo le ha traído un nuevo libro con ejercicios tácticos de ajedrez y está enfrascado resolviendo los mates en dos y tres movimientos con un lápiz.

—¿Te animas? —insiste—será solo un café rápido y te presento a varias de mis compañeras. Son todas muy simpáticas, menos Daniela, que como es famosa y escribe libros, es más seca y antipática —bromea causando que la doctora McKenna se lleve una mano a la frente ante su comentario.

—¿Seguro que no os importa? ¿No queda un poco raro que vaya con vosotras? Quizá tenéis cosas de que hablar relacionadas con el trabajo o algo —me disculpo dudando sobre si debo aceptar su invitación.

Ahora es la doctora McKenna la que insiste, con lo que me resulta muy complicado decirle que no y las sigo por el largo pasillo de pediatría hasta los ascensores que llevan a la zona de la cafetería.

Las dos médicas y una enfermera que hay ya sentadas en la mesa cuando llegamos se miran entre ellas y luego le dedican una mirada a Arya que me deja un poco nerviosa. Desde luego, disimular no saben, sobre todo una de ellas, la que está casada con la doctora McKenna, que hasta se ha puesto colorada.

Durante la conversación me entero de que Arya es la madrina de su hija y que le han puesto su mismo nombre. Al parecer, la doctora McKenna tuvo un cáncer muy agresivo hace un par de años y Arya fue la encargada de la cirugía o algo así.

Me encanta observar cómo interactúa Arya con el resto de sus compañeras. Se la nota muy relajada, bromeando constantemente y se ve a la legua que el resto la adora. Solo espero que no les haya contado nada sobre mí, porque las miradas que me dedica la doctora Park son muy extrañas.

Arya

—¿Qué encuentras tan especial en una relación a largo plazo? —pregunto en cuanto me quedo a solas con Laura.

—¿Qué?

—Me gustaría entender ese vínculo que habéis creado en el que Daniela pasa a ser más importante que tú misma —insisto ante su mirada de sorpresa.

—¿Lo dices por la madre del niño de la angioplastia? ¿Te estás planteando salir con ella? —inquieta Laura que me mira como si acabase de aparecer un marciano detrás de mí.

—No, joder, no seas gilipollas. Tan solo quiero comprenderlo —miento —es que nunca me ha ocurrido.

Esa última parte es cierta, lo que me asusta es que ahora sí podría estar dispuesta a comprometerme en una relación a largo plazo y es algo nuevo para mí. Algo aterrador. Al menos me gustaría saber qué lo hace tan especial como para que Laura y Daniela estén todo el día lanzándose corazoncitos con la mirada. Sé que tengo pocas oportunidades de convencerla, me ha dejado muy claro que no hay nada que hacer entre nosotras, pero si hago el esfuerzo, al menos que merezca la pena.

—Le vais a dar de alta mañana, ¿no?

—Sí.

—¿Y ya estás haciendo planes con la madre? —pregunta con sorpresa.

—¡Vete a la mierda, Laura! No sé ni para qué te pregunto. Tanto amor te está volviendo gilipollas —añado con un bufido de disgusto.

—No es una sola cosa, sino multitud de pequeños detalles —responde Laura tras meditarlo durante unos instantes—. Es la manera en que me acaricia el pelo, el modo que tiene de cerrar los ojos cuando beso su cuello. Es cuando me da los buenos días al despertarnos o besa mi frente antes de acostarnos. Cuando se ríe con mis historias aunque sean malas o me cuenta ilusionada la última novela que está leyendo. Son pequeños palitos que vas echando al fuego cada día para que no se apague nunca y que consiguen que cada vez sea más fuerte —añade encogiéndose de hombros.

Y mientras regreso a mi despacho en el área de cirugía me viene a la cabeza la manera en que Patricia recoge el pelo detrás de su oreja cuando está nerviosa. Mi mente vuela a las pecas alrededor de su nariz, a los lunares en sus pechos y su vientre que me gustaría memorizar para siempre. Regresa a su sonrisa, al amor que siente por su hijo Jaime.

Joder, creo que esto empieza a ser bastante peor de lo que pensaba.

Capítulo 16

Arya

Nada hace más feliz a un cirujano que dar de alta a uno de sus pacientes. Si es un niño, la felicidad es doble, aunque he de reconocer que cuando hoy el pequeño Jaime abandone el hospital, voy a echar mucho de menos a su madre. Me había acostumbrado a vernos varias veces al día y nuestras pequeñas charlas me llenaban de energía.

Poco a poco, me he ido sorprendiendo a mí misma, esperando con ansia mi ronda de consultas o incluso buscando cualquier excusa tonta que me permitiese pasar por la habitación de su hijo.

Quizá ahora que no volveré a verla, las cosas vuelvan a ser como antes. Es posible que el tiempo cumpla su labor y me vaya olvidando de esa mujer. Pero hoy no va a ser ese día y siento una estúpida opresión en el pecho como si alguien se hubiese sentado sobre él.

Mierda, me cuesta admitirlo, pero incluso he fantaseado con un futuro juntas. ¡Qué estupidez! Me ha dejado muy claro que eso jamás pasaría, ni siquiera en un universo paralelo, pero, aun así...me siento tan bien con Patricia...

¿Qué podría yo ofrecerle? Tampoco es que mis relaciones hayan funcionado nunca, ni siquiera las veces que lo he intentado. Ella tiene al pequeño Jaime en su vida y para una madre, su hijo es lo más importante. Supongo que es lógico que no quiera poner en peligro la relación del crío con sus abuelos por salir con una mujer.

Joder, toda esta situación me está desquiciando. Me hace sentir vulnerable, incluso asustada y son dos sentimientos que odio y desprecio. He llegado hasta aquí saliendo de uno de los barrios más chungos de Los Ángeles, luchando contra la discriminación de pertenecer a una minoría étnica. Juré que no temería a nada y ahora empiezo a sentirme como un conejito asustado al que han acorralado en una esquina.

—Bueno, chavalote, hoy es el gran día. ¿Tienes ganas de irte a casa? —pregunto tras respirar hondo antes de entrar en la habitación del pequeño Jaime.

—Tengo ganas de comer comida de verdad —exclama haciendo una mueca de asco.

Patricia le regaña, aunque no puedo evitar que se me escape la risa al escuchar la sinceridad del niño. La comida que el hospital ofrece a los pacientes ha mejorado mucho, pero hay días en que yo también preferiría no comerla.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunta el crío con esa sonrisa sin dientes que he empezado a adorar.

Ni siquiera tengo que contestarle, porque dejando una pequeña mochila sobre la cama, corre hacia mí y rodea mi cintura con sus pequeños brazos, apretándome con fuerza contra su cuerpo. Acaricio su pelo al tiempo que desvío la mirada hacia Patricia que muerde su labio inferior emocionada y se encoge de hombros dibujando una sonrisa en su boca por la que se podría matar.

—¿Sabes si hay helados en la cafetería del hospital? Mamá siempre me lleva a tomar un helado cuando hago algo bien, supongo que esto cuenta —expone el niño con mirada esperanzada.

—Hay helados —respondo con una sonrisa —pero a dos calles de aquí tienen una tienda de Ben & Jerry's y yo tengo media hora libre. ¿Te gustan esos helados?

—¡Me encantan! —chilla el pequeño—sobre todo el de chocolate con brownies.

—Joder, ¡como a mí! ¡Choca esas cinco! —exclamo extendiendo mi mano para que le dé una palmada.

Al salir por la puerta hacia la heladería, observo que el niño sonríe a su madre lleno de picardía y Patricia entorna los ojos.

—¿Sabes hacer frases sin la palabra “joder”? Al menos inténtalo delante del niño, no es tan difícil —susurra Patri pegándose a mi cuerpo.

—Es que es mi forma de hablar, joder —bromeo dándole un ligero golpe con el codo.

—Por favor —insiste con una sonrisa.

—Lo intentaré —le aseguro llamando al ascensor que nos llevará a la entrada del hospital.

El pequeño Jaime devora su tarrina de helado de chocolate con brownies como si no hubiese comido en meses. Ha pedido un extra de chocolate derretido por encima y le he tenido que asegurar a su madre que una sobredosis de dulce no afectará a su salud mientras sea algo ocasional.

Observar la ternura con la que Patricia mira a su hijo me derrite. Nunca me habían gustado los niños, quizá era simplemente un mecanismo de defensa al saber que por mi tratamiento contra la leucemia nunca podré tenerlos. Aun así, desde que Laura y Daniela tuvieron a la pequeña Arya, cada vez que la cojo en cuello me deshago por dentro y se me cae la baba. Sé que voy a malcriar a mi ahijada en cuanto sea lo suficientemente mayor para llevármela de compras y que sus madres me odiarán por ello.

Con Jaime me empieza a pasar un poco de lo mismo. Es una tontería porque posiblemente en cuanto terminemos estos helados no volveré a verle ni a él ni a su madre, pero no puedo evitarlo, es superior a mis fuerzas.

La conversación con Patricia vuelve a ser muy fácil, en cuanto se relaja es encantadora y a veces me viene a la mente que quizá podríamos llegar a algo si las dos estamos dispuestas a hacer un esfuerzo.

Sacudo la cabeza en un intento de descartar esa idea y la opresión en el pecho regresa cada vez que observo que las agujas del reloj hacen su trabajo, avanzando de manera inexorable hacia la hora en la que debo regresar al hospital. Una opresión que me recuerda que nuestras vidas se separan aquí para siempre.

—¿Debes irte? —pregunta Patricia casi como un susurro al ver que miro el reloj con insistencia.

Juraría que su rostro ha cambiado y su hermosa sonrisa ha desaparecido. Se ha puesto seria de repente, como melancólica.

—Lo siento, pero se me hace tarde. Tengo que volver al hospital para preparar una cirugía —me disculpo tragando saliva.

El pequeño Jaime se levanta de la mesa y vuelve a abrazarme con la misma fuerza con la que lo había hecho en su habitación del hospital. Esta vez, en cambio, deja un obsequio en forma de chocolate sobre mis mejillas tras besarme con unos labios congelados.

—Deja que te limpie —propone Patricia cogiendo una servilleta y frotando mi mejilla antes de soltar un beso sobre ella que casi consigue que sufra un infarto.

¿Son lágrimas eso que veo en sus ojos? Creo que sí, porque yo tengo que luchar con todas mis fuerzas para que no me ocurra lo mismo y eso nunca me pasa.

—Te echaremos de menos —susurra cogiendo mi mano entre las suyas e inclinándose

para darme un nuevo beso en la mejilla que quiero recordar durante toda mi vida.

—Yo también a vosotros, te lo digo de corazón —le aseguro apretando su mano antes de salir por la puerta.

—¡Arya! —grita el pequeño haciendo que me gire hacia ellos—¡Gracias por curarme!

Ahora sí tengo que respirar hondo y secar con mi dedo índice una solitaria lágrima que amenaza con escaparse. Haciendo un esfuerzo para que a esa lágrima no le sigan otras, me acerco a ellos y acaricio el pelo del niño asegurándole que ha sido muy valiente y que estoy muy orgullosa de él.

—Patri, tienes mi teléfono y me gustaría volver a verte —susurro acariciando su brazo izquierdo antes de abandonar definitivamente la heladería de camino al hospital.

No ha respondido. Simplemente, se ha quedado en silencio, observándome con los ojos acuosos y la mirada triste. Una mirada que suena a despedida.

A despedida para siempre.

Capítulo 17

Patricia

—¡Tengo al hombre perfecto para ti! —anuncia mi amiga Tina tras dar un largo sorbo a su cerveza.

—No me interesa.

—Ni siquiera te he empezado a contar de qué se trata —insiste ella.

—Da igual, ya te he dicho que no me interesa —respondo con sequedad, haciendo un gesto de desinterés con la mano como si estuviese apartando a una mosca.

Lo último que necesito en estos momentos es una cita a ciegas, y menos preparada por Tina. Bastante cacao tengo ya en mi cabeza. Pero claro, mi amiga no se rinde fácilmente.

—Tú escúchame. Tienes que conocerle —repite—. Está como un tren. Más o menos de nuestra edad; alto, cuerpo de gimnasio, divorciado, sin hijos y con contrato indefinido en el instituto en el que trabaja. Se lo están rifando todas las solteras y alguna que no lo está —aclara.

—Joder, Tina —me quejo un poco borde.

—Ni joder ni nada, Patri. Lo que necesitas es echar un polvo, que llevas mucho tiempo sin ello. Este tío es muy bueno en la cama y ya te digo que está muy bien dotado, además.

—¿Eso lo sabes de primera mano? —interrumpe Carrie alzando las cejas.

—No lo voy a negar —confiesa Tina—. Le voy a dar tu número de teléfono, verás lo bien que te lo vas a pasar.

—No me parece buena idea liar a Patri con un casanova de tu trabajo en estos momentos —protesta Carrie que siempre tuvo más sentido común.

—Precisamente es lo que necesita ahora mismo. Tiene que dar una alegría al cuerpo, que la autosatisfacción tiene sus límites y ya lleva mucho sin un tío —añade.

—¿Quieres dejarme en paz, joder? —ladro de pronto ante el asombro de mis dos amigas que no están acostumbradas a verme enfadada.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado para estar así? Solo quiero que te lo pases bien —se defiende Tina visiblemente molesta.

Mis manos tiemblan por el enfado, mi corazón se acelera mientras rebusco en mi cabeza la mejor manera de contarles lo que de verdad me ocurre. Por fortuna, Carrie es una persona muy intuitiva y me facilita la labor.

—Quizá no quiera un hombre en estos instantes —interrumpe.

—Bueno, ya sé que está todavía un poco traumatizada por lo del psicópata de su exmarido, y es para estarlo, y que su hijo acaba de salir del hospital y todo eso. Aun así, tiene que empezar a pasárselo bien de una puñetera vez —se defiende Tina abriendo las manos.

—No me refería precisamente a eso —replica Carrie.

Me muevo incómoda sobre la silla, mi pierna derecha dando pequeños saltitos como si tuviese vida propia, hasta que ya no puedo más.

—¡Carrie tiene razón! —estallo llamando la atención de mis dos amigas que me miran con los ojos como platos—. No quiero conocer a ningún hombre. Lo que me gustaría es poder salir con una persona en concreto. Y es una mujer —admito con el corazón a punto de estallar.

Un silencio ensordecedor se forma de pronto en nuestra mesa. Trago saliva al darme cuenta de lo que acabo de reconocer y ahora ya son ambas piernas las que empiezan a dar saltos por debajo de la mesa.

—¿Es la doctora esa? —pregunta Carrie con miedo.

—Sí —reconozco con un hilo de voz que apenas puede escucharse.

Tina abre los ojos como platos mientras se lleva una mano a la boca al tiempo que la mandíbula de Carrie cuelga como si fuese una escena de dibujos animados.

—Lo que de verdad me gustaría es tener una cita con Arya, no con un tío al que no conozco de nada por muy bueno que sea en la cama o muy grande que la tenga —espeto reconociendo lo que siento.

—¿Ella no está interesada? —pregunta Tina tras unos minutos de silencio en los que tratan de procesar lo que acaban de escuchar.

—Por lo que hemos hablado, sí lo está. No sé si estaría dispuesta a algo más serio, pero sé que querría una cita. Además, digamos que se nos quedó algo pendiente —admito mientras siento que hasta las orejas se me ponen rojas.

Carrie alterna una mirada de asombro entre mis ojos y los de Tina, que ha tenido un pequeño ataque de risa ante mi confesión.

—¿Qué te impide entonces llamarla por teléfono y quedar con ella? —pregunta antes de atacar un pincho de tortilla que nos acaban de poner en la mesa.

—¿Tú conoces a mis padres?

—¿Qué coño tienen que ver tus padres en esto? Joder, ni que tuvieses quince años. Vale que son homófobos, xenófobos y todos los “fobos” que existen, pero eres una mujer adulta e independiente —protesta Tina con una mueca de disgusto.

—Pues que si saben que tengo una cita con una mujer les da un infarto a los dos y mi hijo se queda sin abuelos —explico en modo exagerado.

—Ni que te fueses a casar con ella —interviene Carrie—. Llámala por teléfono, sal a tomar algo o a cenar y si surge algo genial. Simplemente, no lo fuerces y diviértete. Ya te preocuparás de tus padres más adelante, si las cosas funcionan entre vosotras, ahora no tienen por qué saberlo.

—Además de que eres mayorcita. Si no les gusta, que se vayan adaptando a los tiempos —añade Tina con un nuevo sorbo a su cerveza.

En mi apartamento, tras leer un rato un libro de fantasía a mi hijo Jaime, me dirijo a la cocina una vez que se queda dormido. Mi cabeza no ha cesado de dar vueltas desde la conversación de esta mañana con Tina y Carrie. En parte tienen razón, es solamente una cita y no tengo por qué esconderme. Arya misma me ha confesado que no quiere comprometerse a largo plazo y a mí me aterra. No hay ninguna posibilidad de que surja algo más entre nosotras, pero necesito quedar con ella como el mismo aire que respiro, y creo que a Arya también le gustaría.

Tumbada sobre el sofá del salón, con una copa de vino algo más grande de lo habitual, respiro hondo y busco el contacto de Arya Kumari en mi teléfono móvil.

Mis dedos tiemblan mientras se deslizan por la pantalla y el corazón late desbocado dentro de mi pecho, pero ya no hay vuelta atrás. El número está marcado y si la llamo a las diez de la noche tiene que ser para algo.

Estoy aterrada, cada tono de llamada sin contestar es una punzada en mi corazón y cada décima de segundo que transcurre me apetece colgar el teléfono.

—¿Patricia? ¿Ocurre algo con Jaime? —se inquieta la doctora al otro lado de la línea.

—Perdona que te moleste a estas horas. Quizá no tenía que haberlo hecho. No es nada de Jaime, el crío está genial —me disculpo quedándome sin palabras.

—Joder, ¡qué susto me has dado! —reconoce Arya con un susurro— ¿Necesitas algo?

—Es que...me gustaría... bueno, te llamo para...

—¿Quieres que quedemos un día para tomar algo? —pregunta de pronto, seguramente al ver que soy incapaz de hilar las palabras en una frase coherente.

—Sí.

—¿Qué te parece mañana? ¿Te recojo sobre las nueve? Podríamos cenar algo informal si consigues a alguien que se quede con Jaime —propone haciendo que mi corazón se salte varios latidos—. Yo debo volver pronto porque tengo dos cirugías al día siguiente y a partir de ahí vemos cómo seguimos.

Dejo escapar un largo suspiro porque la propuesta de Arya me facilita mucho las cosas. No solo ha salido de ella, sino que yo también prefiero algo corto e informal por si no me siento con fuerzas. Tiemblo solo de pensarlo y es mejor ir ganando confianza con pequeños pasos.

—Vale, por mí perfecto mañana a las nueve. Tenemos una cita. Bueno, quiero decir...

—Sí, es una cita, aunque sea cortita. Hasta mañana, buenas noches —susurra Arya en lo que me parece la voz más sensual que he escuchado nunca.

Dejo caer mi cuerpo de golpe sobre el sofá, todavía nerviosa y sin acabar de creer lo que ha ocurrido. Temblando más aún, pero esta vez de alegría, marco el teléfono de Carrie rogando que lo coja cuanto antes y que esté libre para quedarse con mi hijo al día siguiente, porque si no encuentro a alguien de confianza que lo haga y no puedo acudir a mi cita con Arya, me va a dar algo.

Capítulo 18

Patricia

—¿Qué ha pasado? —pregunta Carrie alarmada en cuanto responde al teléfono.

Estaba tan ansiosa de saber si se puede quedar con Jaime mañana, que no me he percatado de que son las diez y media y no esperaba mi llamada.

—Nada, es que tengo que contarte algo y pedirte un favor súper importante —respondo tratando de tranquilizarla.

—Empieza por lo segundo.

—Necesito que mañana por la noche te quedes con Jaime, no será hasta muy tarde, es que tengo una cita —suelto del tirón y al borde de un ataque de nervios.

—¡Joder! ¿Con la doctora? ¿Seguro que no quieres que me quede con el crío toda la noche? —pregunta Carrie sin apenas permitirme hablar.

—No seas burra. Además, Arya tiene que trabajar al día siguiente y no me parece buena idea plantarse en el quirófano de doblote —explico sintiendo mariposas en el estómago cada vez que pronuncio su nombre.

—Sin problema. Cuenta conmigo. Me alegro muchísimo por ti, Patri, y espero que te salga de maravilla —añade.

—Yo también lo espero —susurro como una tonta.

Tras colgar el teléfono, siento un nerviosismo que ya no recordaba. Esa pequeña ansiedad de las primeras citas cuando apenas era una adolescente. Ese miedo a si le gustaré de verdad, los infinitos interrogantes, la presión en el pecho y las mariposas en el estómago. Me siento tan viva que casi no me lo creo.

Doy vueltas en la cama sin poder dormir, rodando sobre mí misma en un estado de tensión permanente hasta que, casi sin darme cuenta, cojo mi teléfono móvil y escribo un mensaje.

YO: ¿Qué tal la guardia?

ARYA: Son las doce y media, ¿qué haces despierta?

YO: No puedo dormir

ARYA: ¿Nerviosa por mañana?

YO: Eres mala

ARYA: No sabes cuánto

YO: Tengo ganas de verte

Joder, no me puedo creer que le haya dicho eso. Arya lee el mensaje pero la respuesta no llega.

ARYA: Yo también. Ojalá poder estar ahora mismo contigo para dormirte a besos

Mi corazón a punto de explotar al leer sus palabras.

YO: No me digas esas cosas que me pongo más nerviosa

Mierda, mi respiración empieza a acelerarse y antes de que me quiera dar cuenta me sorprende a mí misma acariciando uno de mis pezones mientras espero la respuesta de Arya.

ARYA: Acaba de entrar una emergencia. Lo siento

¡Mierda! ¡Joder!

Con la mitad de mis prendas tiradas sobre la cama o el suelo, me resulta casi imposible decidirme. Quiero llevar algo que llame su atención, pero al mismo tiempo que no parezca que estoy demasiado necesitada. Espero que no se note que lo estoy.

Carrie está a mi lado muerta de risa, tratando de decidir por mí, aunque no me gusta nada de lo que elige.

—Tienes que llevar algo escotado. Esos lunares que tienes en los pechos debes explotarlos, a mucha gente le pone —insiste una vez más.

Me miro al espejo y parezco otra persona. Carrie elige una blusa en tonos rosados que deja ver demasiado escote para mi gusto, pero que combina a la perfección con mis vaqueros. Elegir el sujetador es una tortura. Carrie insiste en que debo llevar uno sexy, por más que le repita que no hay posibilidad alguna de que Arya lo vaya a ver esta noche, lo mismo que las bragas de encaje negras que ha insistido en que me ponga.

—Es importante que tú te sientas sexy, aunque ella no las llegue a ver —me asegura.

—Joder, ¡qué nervios, Carrie! Me tiemblan las piernas, voy a parecer imbécil —confieso mordiendo mi labio inferior.

—Pero si ya te has acostado con ella, ¿no?

—Más bien ella conmigo, pero no te voy a dar los detalles —respondo ante la mirada confusa de Carrie—. Además, ese día llevaba alguna copa de más. Esto es una cita de verdad y llevo casi ocho años sin tener una.

Por suerte para Carrie, antes de que termine volviéndola loca con mis inseguridades, recibo un mensaje de Arya en mi teléfono móvil anunciando que ya está frente a mi casa.

—Pórtate bien y obedece a Carrie —le recuerdo a mi hijo Jaime antes de irme.

Al franquear la puerta de mi casa, me detengo en seco y tengo que hacer una profunda respiración para que mis piernas sujeten el peso de mi cuerpo. Arya me espera de pie, apoyada en un precioso BMW descapotable negro que cuesta más de lo que yo gano en un año. Está preciosa con una camisa blanca que resalta el tono tostado de su piel y unos vaqueros negros que le hacen unas piernas de infarto.

Por el rabillo del ojo veo que Carrie acaba de correr de manera disimulada una de las cortinas del salón y nos observa medio escondida. Solo espero que haya mantenido a Jaime lejos de las ventanas como le he dicho, no estoy preparada para darle todavía ese tipo de explicaciones.

—¿Nos está espiando tu amiga? —pregunta Arya divertida.

—Es una cotilla.

—¿Tienes que enviarle un mensaje al móvil para que sepa que estás bien o ya os fiais de mí? —bromea con un guiño de ojo.

—Eres tonta, Arya —me defiende entornando los ojos—. No te conocíamos de nada y si te digo la verdad me parecías un poco macarra.

—Por eso hoy he venido disfrazada de pija.

—La zona donde vives tampoco me daba mucha confianza, tiene fama de peligrosa. No me puedo creer que seas cirujana —añado sin saber por qué.

—Tenías que ver el barrio en el que vivía de pequeña —responde ella encogiéndose de hombros—. Ese sí que era peligroso. Donde vivo ahora es bastante tranquilo, la gente es humilde, pero noble, de la que a mí me gusta. Hay una comunidad grande de inmigrantes de la India y me queda cerca del trabajo y mi discoteca favorita.

—¿Dónde me llevas? —pregunto antes de que pueda meter más la pata.

—Es una sorpresa —susurra mientras se incorpora a la carretera—Estás preciosa. Me encanta cómo te queda esa blusa rosa.

Aunque pueda jugar en mi contra, le explico que más que preciosa estoy cagada de miedo: llevo demasiado tiempo, varios años, sin una primera cita. En cuanto a la blusa, he de reconocer que Carrie ha acertado, los ojos de Arya parecían querer adivinar cuántos lunares podían contar a través del escote.

Arya me lleva hasta una de las playas a las afueras de la ciudad donde me asegura que hacen las mejores gambas a la plancha del país.

—Espero que te gusten —añade—quizá debería haberte preguntado antes.

—¿No existe una especie de regla en la que no se puede llevar a tu primera cita a ningún sitio donde se coma con los dedos o donde se pueda manchar la ropa?

—Es que me encantaría chupar tus dedos cuando acabes de comer las gambas —responde Arya sin inmutarse.

Joder, creo que me acabo de quedar pálida porque Arya empieza a reírse entornando los ojos.

—Era broma —susurra—eso lo hago más adelante, no en la primera cita.

Y ya no sé si me lo dice en serio o está bromeando de nuevo, pero me ha puesto muy nerviosa. No puedo quitarme la imagen de Arya chupando mis dedos uno a uno y el corazón se me ha acelerado demasiado.

El ambiente es una maravilla. El pequeño restaurante está pegado a la playa y el sonido de las olas rompiendo en la orilla le da un toque de romanticismo sublime.

—¿Te fías de mí para elegir la comida? —pregunta con una sonrisa tan increíble que podría pedirme cualquier cosa y se lo daría.

—Te he confiado la vida de mi hijo, fíjate si me fío de ti.

Arya no contesta, pero me dedica una mirada que me derrite.

No mentía al asegurar que las gambas a la plancha eran las mejores, al menos yo no las he comido tan buenas en ningún otro lugar.

La conversación entre nosotras fluye con la misma facilidad con que lo había hecho las veces que estuvimos a solas en el hospital. Es como si fuésemos amigas de toda la vida, podemos hablar de cualquier cosa y todo surge de manera natural. Aun así, la manera en que a veces me devora con la mirada me sigue poniendo demasiado nerviosa.

Los postres que el camarero deja sobre la mesa son un auténtico festín para mis ojos y me temo que tendré que contar calorías durante toda la semana para compensar el *coulant* de chocolate que Arya ha pedido para mí.

—Está muy bueno —me asegura abriéndolo lentamente para que el chocolate derretido salga poco a poco y llevando un trozo con su cucharilla hasta mi boca.

—Sí, lo está —reconozco entre suspiros, aunque no sé si esos suspiros son por el exquisito postre o al observar que Arya saborea los restos de la cucharilla que antes ha estado en mi boca con una sensualidad que me hace temblar.

Mierda, a este paso acabaré dejando un charco en la silla.

—Me alegro mucho de que hayas llamado ayer —susurra cogiendo mi mano y logrando que mi corazón haga un salto mortal.

El suave tacto de su piel y la intensidad de sus enormes ojos negros clavados en mí comienza a hacerme perder la cabeza.

—Me encantan tus pecas —añade con un seductor guiño de ojo que consigue que me derrita.

Simplemente, sonrío sin saber qué decir, apretando su mano y bajando ligeramente la mirada mientras permito que una pequeña corriente eléctrica recorra mi cuerpo. Empiezo a tener claro que esto no se va a quedar en una primera cita.

El resto de la cena lo pasamos de manera extraña. Nuestros dedos entrelazados sin que ninguna de las dos quiera soltar a la otra, lo que da lugar a algunas situaciones pintorescas a la hora de terminar nuestros postres. El sonido de las olas del mar y el olor de la brisa marina ponen la guinda a una primera cita maravillosa.

Dejándome caer de nuevo sobre el cómodo asiento de cuero de su BMW de regreso a mi casa, no puedo evitar pensar en que quiero volver a verla y en cómo se lo voy a contar a mis padres o a mi hijo.

En el instante en que el coche se detiene ante mi apartamento, se me forma un nudo en la garganta. Hubiese dado algo porque el viaje fuese mucho más largo porque no quiero separarme de esta mujer.

Arya se gira hacia mí, con su mirada clavada en la mía, y tiemblo al sentir su mano acariciando la desnuda piel de mi cuello. De pronto, sin previo aviso, mi mente me traiciona recordándome el daño sufrido en mi matrimonio y me bloqueo.

No es justo; ni para Arya ni para mí. Debo tratar de pasar página cuanto antes, olvidar de una vez al psicópata de mi exmarido y el daño que me ha hecho.

El sonido de la puerta del coche al abrirse me devuelve a la realidad, forzando a mis pulmones a respirar.

Tiemblo al salir del coche y observar a Arya acercarse a mí con paso decidido. Mi corazón se salta varios latidos al sentir sus manos en mi cintura, sus pechos rozando los míos al presionar mi espalda contra la puerta del coche hasta que apoya su frente sobre la mía. Cierro los ojos y respiro su perfume mientras siento su respiración y la punta de su nariz roza la mía al acercarse aún más.

El leve encuentro de sus labios con los míos es un momento mágico. Es un beso suave, como el aleteo de un pájaro, como la caricia de una pluma. Cálido y tierno. Perfecto.

Rodeo su cuello con mis brazos y exploro el contorno de sus labios con la punta de mi lengua, apagando ligeros gemidos en su boca. Mi cuerpo entero arde de deseo. Quiero volver a sentir su piel desnuda, cubrirla con la mía, pero esta vez no como una aventura o un experimento. Ahora lo necesito de verdad.

—Para, por favor —exclamo empujando ligeramente su cuerpo.

Arya me mira extrañada, sin decir nada.

—Lo siento, Arya, de verdad. Lo siento mucho. No es que no me gustes, estoy genial contigo. Eres realmente adictiva. Pero no esta noche, sé que si seguimos no voy a poder parar y mi hijo y Carrie están en casa —me disculpo odiándome a mí misma por romper la magia del momento.

—No pasa nada, el próximo día entonces —concede Arya acariciando mi mejilla con su dedo pulgar antes de darme un pequeño beso en los labios.

—Lo siento —susurro a punto de darme la vuelta.

—Buenas noches —se despidе para meterse en su coche y perderse en la carretera, dejando en mí un torrente de emociones difícil de manejar.

Permanezco quieta, observando las luces de su vehículo desaparecer en la lejanía y con el corazón en un puño. Mi mente es un avispero de ideas que no acierto a manejar; deseo, miedo, esperanza.

Joder, esa mujer va a ser mi perdición.

Capítulo 19

Patricia

—¡Cuéntamelo todo, por favor! —suplica Carrie en cuanto entro por la puerta.

—¿Está Jaime dormido? —susurro.

—Sí, ahora cuenta. ¿Qué tal tu cita? —insiste mi amiga.

Dejo escapar un largo suspiro, pero la sonrisa de tonta que se me queda mientras pienso lo que quiero decir habla por mí mejor que un millón de palabras.

—Uy...esa carita de enamorada... —bromea Carrie—hacía demasiados años que no te veía así —añade.

Y debo reconocer que es cierto porque separarme de Arya hace unos instantes ha dejado un vacío en mi interior que no tiene mucho sentido habida cuenta de que era nuestra primera cita. Parezco una adolescente tonta con un millón de mariposas revoloteando en mi estómago cuando pienso en ella.

—La cita muy bien —reconozco entornando los ojos—pero tengo miedo haberla cagado al final.

—¿Y eso?

—Me puse demasiado nerviosa cuando me dejó en casa. Comenzamos a besarnos y le pedí que parase, me entró el pánico —admito con un suspiro de resignación.

—Era vuestra primera cita y ella sabe lo de tu exmarido, ¿verdad? Entenderá que no puede ser fácil para ti. Además, no estás acostumbrada a salir con mujeres, es normal que haya ocurrido —añade Carrie—. Si yo fuese tú, le enviaría un mensaje rápido diciendo que te lo has pasado muy bien y que te gustaría repetir —sugiere arqueando las cejas.

Antes de contestarle, mis dedos vuelan por la pantalla del teléfono móvil buscando el contacto de Arya y escribiendo un rápido mensaje.

YO: gracias por una cita maravillosa.

ARYA: yo también me lo he pasado muy bien.

YO: siento haberme puesto nerviosa al final.

ARYA: no pasa nada. Lo entiendo. ¿Te gustaría volver a quedar?

Mi corazón se acelera tanto al leer esa última frase que me cuesta escribir la respuesta.

YO: me encantaría.

Arya: no he dejado de pensar en ti de camino a mi casa.

Mierda, me va a dar un ataque de nervios.

YO: no me digas esas cosas.

Arya: es la verdad, me has pillado con los pantalones del pijama bajados y la mano entre las piernas.

El suspiro que acabo de soltar pone en alerta a Carrie que se acerca lo suficiente para leer el mensaje.

—¡Joder con la doctora! —exclama llevándose una mano a la boca.

—Son mensajes íntimos, Carrie —protesto.

—Dile que te estás tocando —suelta de pronto.

—No seas cerda, joder, Carrie. No pienso entrar en una conversación de ese tipo y menos contigo delante —le advierto.

Arya: ¿sigues ahí? No te ha molestado que te dijese eso, ¿verdad?

YO: no.

Arya: ¿te ha excitado?

Miro nerviosa a Carrie y dejo el móvil sobre el sofá para llevarme ambas manos a la boca con un largo suspiro, momento en el que mi amiga aprovecha para coger mi teléfono.

YO: mucho.

—Joder, Carrie, ¡eres gilipollas! —chillo en un tono mucho más alto del que debiera.

—Venga ya, Patri. Si yo no estuviese aquí contigo sabes muy bien lo que estarías haciendo ahora, así que no me vengas con cuentos —interrumpe Carrie abriendo las manos y devolviéndome el teléfono móvil.

Arya: te pediría que pusieses la cámara o al menos el micrófono, pero puede que sea demasiado en estos momentos.

YO: creo que sí. Lo siento.

—No seas tonta, que yo me aparto para que no me vea —sugiere Carrie muerta de risa.

—Eres una cerda, Carrie. Lo entendería si fueses Tina, pero no lo esperaba de ti —replico algo enfadada.

Arya: bueno, te dejo. Mañana madrugo y ahora estoy ocupada con lo que ya te imaginas. Un beso. Tenemos que repetir.

Carrie abre los ojos como platos y parece estar disfrutando de toda esta situación. Yo, por mi parte, estoy temblando. Mi corazón parece querer salirse de mi pecho y el hecho de que Carrie haya leído toda la conversación me pone muy nerviosa.

—Carrie, por el amor del cielo, no puedes comentar esto con nadie, y mucho menos con Tina. Es una conversación íntima que no tendrías que haber leído —le advierto.

—¿Dónde han quedado los tiempos en que nos lo contábamos todo?

—Esto es diferente. Por favor, Carrie —insisto.

—Soy una tumba, no te preocupes —me asegura—. Esa tía me gusta mucho para ti —añade antes de irse a su casa.

Una vez que mi amiga abandona mi apartamento, me pongo el pijama y me dejo caer sobre la cama. Como una idiota, leo una y otra vez nuestra breve conversación, excitándome al pensar en que Arya se pudiese estar masturbando mientras pensaba en mí.

No puedo ser tan imbécil. Joder, que tengo treinta y ocho años y estoy temblando como una quinceañera. Apenas la conozco, no tiene sentido estar así de pillada por ella. Si tuviese veinte años menos podría pensar en que Arya es mi alma gemela, pero ahora sé que eso de las almas gemelas son cuentos para adolescentes. La última vez que pensé que la había encontrado acabé envuelta en un auténtico infierno. Debo rebajar mis expectativas y no hacerme tantas ilusiones. No tiene sentido.

Va a ser muy complicado sacarme a esta mujer de la cabeza, aunque lo cierto es que ya no recuerdo la última vez que me he sentido tan viva, ha conseguido despertar en mí sentimientos que creía olvidados. Estaban encerrados bajo siete llaves y han salido a la superficie con la fuerza de un ciclón.

Y eso me asusta. Me asusta demasiado porque ahora mismo tan solo deseo volver a quedar con ella y si lo nuestro no funciona mi corazón quedará roto en mil pedazos. Si funciona, ni siquiera sé cómo empezar a contárselo a mi hijo y a mis padres. No sé cuál de las dos opciones será más dura.

Cinco días más tarde, Arya vuelve a tener un día libre y decidimos hacer una cena en mi

casa. Me asegura que es una buena cocinera y que me preparará platos típicos de la India que se han transmitido en su familia por generaciones. Para mí, cualquier excusa será buena con tal de poder pasar la noche juntas, así que si quema la comida y tenemos que pedir unas pizzas tampoco me importará demasiado.

Jaime está encantado de que le deje quedarse a dormir en casa de un amigo en un día de colegio. La madre del niño me hace un gran favor, simplemente le he dicho que tengo una cita y está encantada de que por fin haya conocido a un hombre...si ella supiera.

—¿Estás segura de que tienes que poner todas esas especias en la carne? —pregunto asombrada ante la variedad y colorido de todo lo que Arya está echando sobre el cordero.

—Te vas a chupar los dedos de lo buena que va a quedar la salsa —me asegura.

—Pensaba que de eso te encargabas tú —bromeo.

—¿Eh?

—De chupar los dedos. ¿No decías que tras la primera cita te gustaba chupar los dedos de tu novia uno a uno?

Arya sonríe con picardía, y se acerca a mí con pequeños pasos metiendo su mano derecha por debajo de mi cinturón y acercándose a ella.

—Date la vuelta —susurra.

—¿Qué?

—Hazlo —insiste.

Hago lo que me dice y giro mi cuerpo. Arya se coloca detrás de mí y me empuja contra la pared, presionando mi cuerpo con el suyo mientras pega su boca a mi oído.

—¿Eres mi novia? —susurra en la voz más sensual que he escuchado jamás.

—No lo sé —reconozco con las rodillas temblando.

Por unos momentos me deja totalmente descolocada. Realmente no había pensado en qué estado se puede encontrar nuestra relación, simplemente esa frase me salió sin pensar. Tampoco lo hemos hablado. Pero es que su cuerpo presionando el mío contra la pared y su sexo frotándose en mis nalgas mientras besa mi cuello no permite que pueda pensar con claridad.

—¿Lo soy? —pregunto bajando el tono y sintiendo las frías baldosas de la pared en mi mejilla mientras me besa.

—Me gustaría pensar que sí —susurra de nuevo y el largo suspiro que se escapa de mis labios habla claramente de cómo me encuentro.

Esto es una locura. En nada de tiempo esta mujer ha entrado en mi vida como un huracán poniendo todo patas arriba. Pero es una locura maravillosa. A veces, me sorprende a mí misma pensando en una pequeña familia junto a Arya. Llevando felices a mi hijo Jaime al parque o viéndole jugar al fútbol. Sin necesidad de esconderme, dispuesta a enfrentarme a mis padres por ella y por mi felicidad si hiciese falta. Pero de momento es solo un pensamiento y no sé si seré capaz de dar ese paso cuando tenga que hacerlo.

Arya no mentía cuando me aseguraba que era una gran cocinera. Un punto a su favor porque la cocina no es lo mío. Los platos típicos de la India que ha preparado son deliciosos y mojamos la salsa con el pan naan como si no hubiese mañana.

Tras la cena, me tumbo en el sofá arrullada en sus brazos e intentamos ver una película en la televisión entre mimos y caricias sin demasiado éxito.

—¿Estás excitada? —susurra tras recorrer con la punta de su lengua mi yugular.

—Creo que sí —respondo sin querer confesar que estoy empapada.

—¿Lo crees?

Solamente me encojo de hombros sintiendo que me estoy poniendo roja como un tomate. Siempre he sido bastante tímida y llevo demasiado tiempo sin citas como para que me pregunten estas cosas.

—Compruébalo y me lo dices —susurra de nuevo.

—No.

—¿Por qué?

Vuelvo a encogerme de hombros sin atreverme a responder.

—No te voy a ver nada y no te estoy pidiendo que te masturbes delante de mí. Solo que me digas cómo estás —insiste Arya en ese seductor tono de voz que pone cuando quiere conseguir algo.

Dejando escapar un suspiro, meneo la cabeza y accedo a deslizar una mano por debajo de mis pantalones empujándola hasta que uno de mis dedos se cuela entre mis piernas.

—¿Lo estás? —insiste Arya.

—Ya sabes que sí —respondo entornando los ojos.

—Dame tu mano —ordena bajando el tono de voz.

Cierro los ojos y no puedo evitar que se me escape un gemido al sentir que Arya coge el dedo que ha estado en mi sexo y se lo mete en la boca, chupándolo como si fuese un manjar.

—Joder, Arya, voy a tener un orgasmo si sigues así —reconozco con la respiración acelerada mientras siento su cálida lengua rodeando la yema de mi dedo.

—Pues imagina cuando haga eso en tu clítoris —responde con el mismo tono de voz.

Un nuevo suspiro, pero ahora es un suspiro de rendición. Si ya estaba dispuesta a dejarme ir esta noche, ahora ya no tengo ninguna duda, han quedado todas en el olvido.

Antes de que me quiera dar cuenta estoy completamente desnuda sobre el sofá, con Arya entre mis piernas deslizando su dedo pulgar por mi sexo, jugando con mi clítoris antes de volver a bajarlo y presionar con él la entrada de mi vagina haciéndome gritar.

Ha colocado unas gotas de aceite de oliva que, mezcladas con mi excitación natural, consiguen aumentar mi placer, sobre todo cuando siento su lengua sobre mi clítoris al tiempo que dos de sus dedos entran una y otra vez en mi interior. Gimo, jadeo, suspiro sin importarme que algún vecino me pueda escuchar, disfrutando del placer infinito que esta mujer me está regalando.

—¡Joder, no pares, Arya! —protesto al observar que se ha detenido de pronto.

Ella no contesta, simplemente pone su dedo índice en mi boca haciéndome callar. Puedo oler en él mi excitación y eso hace que la espera se vuelva aún más dolorosa.

Arya golpea varias veces con la mano abierta sobre mi clítoris, antes de volver a acariciarlo con suaves círculos entre sus dedos, creando de nuevo un nivel de excitación en mí indescriptible.

El proceso se repite dos veces más. Se detiene justo cuando ve que puedo estar llegando al orgasmo, me deja descansar unos instantes, da unos pequeños golpecitos en mi clítoris con su mano abierta y vuelve a la carga. Cada vez que reanuda su excitación, el placer es mucho mayor, estoy mucho más sensible, hasta que ya no puedo más y dejo escapar un potentísimo orgasmo que me deja casi sin respiración.

—Joder —suspiro—te juro que ha sido increíble.

Me dejo caer sobre el sofá, mis piernas aún temblando, mis pulmones buscando aire mientras Arya besa mis hombros o mi cuello, peinando mi melena entre sus dedos con una delicadeza maravillosa. Y en esos momentos de intimidad, mientras me llena de mimos y

caricias, sé que quiero estar con ella para siempre.

Capítulo 20

Patricia

La luz de la mañana se cuela perezosa entre las cortinas y la sensación de despertarme entre los brazos de Arya es indescriptible. Cerrando de nuevo los ojos, estiro mi cuello hacia la derecha y froto mi mejilla en su hombro, buscando el contacto con su suave piel, dejando escapar un involuntario suspiro en el proceso.

Junto a mi oído, escucho la respiración pausada de Arya, abrazando mi cuerpo desde atrás, con su brazo derecho rodeando mi vientre y no puedo evitar que acuda a mi memoria la noche anterior.

Jamás pensé que sería tan fácil. Reconozco que tenía algo de miedo. En aquella noche loca hace ya más de tres meses, simplemente me dejé llevar. Mi cuerpo sucumbió al placer que Arya le proporcionaba sin pensar en las consecuencias, pero luego me asusté y no pude seguir adelante. Quizá por ser la primera vez con una mujer, quizá porque llevaba demasiado tiempo sin una relación íntima o porque las últimas que había tenido con el psicópata de mi exmarido fueron casi más una violación que hacer el amor.

Sea lo que sea, el caso es que aquella noche la razón pudo más que el corazón y no me sentí con fuerzas para continuar. Sentía el deseo en mi cuerpo, pero apenas presenté batalla contra mi mente racional. Ayer por la noche, en cambio, todo fue muy diferente. Es como si todo mi ser hubiese admitido que empiezo a estar enamorada de Arya y me sentí muy cómoda junto a ella.

Esta vez no tuve problemas para explorar o para cumplir todas las fantasías que había imaginado durante las últimas semanas. Anoche me dejé llevar y fue maravilloso, mucho mejor de lo que jamás hubiese pensado. Nuestro sexo ayer fue más largo, mucho más íntimo, más intenso. Por primera vez en mi vida, mi pareja estaba pensando en mí más que en su propio placer y mi cuerpo respondió con una facilidad para los orgasmos que yo misma desconocía.

En la intimidad de mi apartamento ya no me quedan dudas. Otra cosa muy diferente será admitirlo frente a mis padres o explicarle la situación a mi hijo Jaime.

Arya

Siento un movimiento en la cama e instintivamente muevo mi mano para acariciar el vientre desnudo de Patricia. A través de la ventana puedo observar que el sol comienza a estar alto en el horizonte, con lo que hemos debido dormir como dos bebés.

Patri gira el cuello y me sonríe antes de frotar su mejilla con mi hombro derecho y besarlo. Dejando escapar un suspiro, cubro de besos su cuello, deteniéndome más tarde en jugar con el lóbulo de su oreja entre mis labios para luego...

—¡Qué asco, joder! —grito al sentir una lengua áspera en mi oreja.

Patricia ríe sin cesar intentando que su Golden Retriever abandone la cama o al menos deje de chupar mi oreja y no puedo evitar pensar que tiene una risa maravillosa.

—¿Es así todas las mañanas? —pregunto secando sus babas con la mano.

—En tu apartamento, tu gato me mordió los dedos de los pies, así que no te quejes —bromea ella.

El perro se tumba de espaldas entre nosotras y dobla las patas como esperando a que

alguien le haga cosquillas. Patri sonríe mientras acaricia la barriga de su mascota, la sábana cubriendo solamente las piernas y dejando al descubierto su torso desnudo. Joder, se la ve tan feliz en estos momentos.

—¿Qué pasa? —pregunta al ver que me he quedado mirándola fijamente.

—Nada, es solo que deberías sonreír más —susurro colocando un mechón de su melena castaña detrás de su oreja.

—Lo sé. Es posible que ahora empiece a tener más motivos para sonreír —responde cogiendo mi mano para besar mis nudillos.

La ducha va más rápida de lo que hubiese deseado, pero Patri me asegura que si no sacamos al perro a pasear hará sus necesidades por toda la casa y me tocará a mí limpiarlas.

—Esta noche podemos volver a ducharnos juntas y te lavaré la cabeza —susurra para convencerme.

Durante las siguientes dos semanas nuestra relación va mejor de lo previsto. Mis horarios no me permiten quedar demasiado a menudo con Patricia, pero me sorprende a mí misma corriendo a mirar el teléfono móvil cada vez que recibo un mensaje como si fuese una adolescente.

Cuando acuesta a su hijo siempre nos llamamos por Skype, a veces simplemente para darnos las buenas noches, otras, si estamos a solas, nuestro deseo se dispara y acabamos con sesiones muy subidas de tono. Aunque parezca raro, una de esas sesiones de videollamada, la primera vez que Patri se masturbó para mí, la guardaré para siempre en mi memoria. Fue de una intimidad y un erotismo tan sublime que podría competir con el mejor sexo.

Otras veces quedamos en el hospital para tomar un café o un sándwich rápido. Se ha acostumbrado a las continuas preguntas de Laura o Gabriela y ahora es una más a la mesa con nosotras.

—No sé cómo decírselo a Jaime —susurra de pronto bajando la mirada como si estuviese avergonzada.

Durante estas dos semanas, su hijo Jaime ha sido el mayor escollo en nuestra relación, claro que vamos paso a paso y todavía no hemos llegado a los Neandertales de sus padres.

Patri no tiene ningún problema en caminar de la mano por la calle junto a mí o en besarme en el hospital delante de mi grupo de amigas. Sin embargo, ha estado dando vueltas de continuo a cómo anunciar a su hijo que está saliendo con una mujer.

—Es verdad eso que dices que no hay una salida del armario, sino que hay varias —reconoce.

—Los niños suelen tener la mente mucho más abierta de lo que pensamos —le aseguro como si yo tuviese alguna idea de cómo se comportan los niños.

No negaré que a mí también me asusta la parte de Jaime, mucho más que la de sus padres. Me importa un bleto lo que piensen los trogloditas esos, la relación es con Patricia, no con ellos. Jaime es muy diferente, si su hijo no me acepta por algún motivo será muy difícil llegar a algo más serio porque sé que Patri le pondrá por delante de todo, incluida su propia vida.

Incluso si me acepta desde el principio, ¿qué pasará si tengo que regañarle porque ha hecho algo malo? ¿Irà a quejarse a su madre y creará un problema entre nosotras? Si seguimos adelante, ¿me aceptará como a una madre algún día o solo como a alguien que vive en su casa? Demasiados interrogantes...y luego soy yo la que le digo que tenemos que ir paso a paso.

—Podemos llevarle al parque un día y decírselo mientras comemos un helado o algo así. Quizá en un ambiente divertido y haciendo algo que le gusta lo aceptará mejor, aunque sigo pensando que no habrá ningún problema —insisto.

—Odio estar deshaciéndome de él cada vez que tienes una noche libre —expone entornando los ojos y mordiendo su labio inferior.

—No habrá ningún problema —le aseguro— ¿Qué tal si se lo decimos este fin de semana? ¿El sábado tras su partido de fútbol? Podríamos llevarle al parque que hay a dos calles del colegio y decírselo allí. Si todo sale bien lo podemos celebrar en un Burger King con su hamburguesa favorita y si sale muy bien puedo quedarme en tu casa esa noche —propongo.

—Me encanta que seas tan optimista —sonríe antes de regalarme un tierno beso en la mejilla.

Permanecemos en silencio durante unos instantes. Yo pensando como una tonta en pasar el fin de semana con Patri y su hijo como una pequeña familia. ¡Quién me ha visto y quién me ve...! Patricia, seguramente asustada por cómo reaccionará su hijo y rezando porque lo acepte bien.

—¿Sigues preocupada? —inquiero al ver su cara de agobio.

—Sabes que no es solo mi hijo, ¿verdad? Luego vienen mis padres —anuncia dejando escapar una gran cantidad de aire.

La verdad es que es la parte que menos me preocupa porque por mí ya les pueden dar mucho por el culo, pero eso no se lo puedo decir. Al fin y al cabo son sus padres y tendré que comportarme con ellos por mucho que me vayan a odiar doblemente; por lesbiana y por ser de una raza diferente.

—Odio admitirlo, pero de algún modo tus padres han conseguido criar a una mujer maravillosa y valiente. Eres una madre increíble para Jaime y estoy muy orgullosa de ti. Estoy segura de que ellos querrán verte feliz, eso es lo que de verdad importa para cualquier padre —le aseguro.

Patri sonríe y aprieta mi mano con fuerza, como dejando asentar mis palabras en su mente. Lo malo es que ni yo misma estoy convencida de la última parte de lo que le he dicho. Lo normal sería que quisieran la felicidad de su hija por encima de sus opiniones o creencias, pero en el caso de los padres de Patricia no las tengo todas conmigo, sobre todo con su padre. Y Patri parece demasiado condicionada todavía por lo que ellos puedan pensar.

Capítulo 21

Patricia

Observo junto a Arya el partido de fútbol de Jaime atrayendo las miradas de más de una madre del colegio. No es que nos hayamos besado en ningún momento, ni siquiera nos hemos cogido de la mano, pero como dice Carrie, hay tanta química entre nosotras que lo vamos anunciando sin querer.

No puedo decir que Jaime vaya a ser algún día jugador profesional, porque sigue siendo bastante patoso. Aun así, desde la operación ha mejorado notablemente, ya no se cansa tanto ni se queda sin respiración tras hacer un esfuerzo y eso le ha dado más seguridad en sí mismo. Lo pasa genial jugando al fútbol y se lleva muy bien con el resto del equipo, así que para mí, eso es lo importante.

Decir que estoy nerviosa ante lo que ocurrirá más tarde es quedarse muy corta. Estoy aterrada. Me muero de miedo pensando en cómo será la reacción de mi hijo cuando le digamos que estoy saliendo con una mujer, pero no voy a aplazarlo más.

No quiero esconderme por más tiempo, quiero admitir abiertamente que empiezo a estar enamorada de Arya. Mi hijo debe saber que yo soy así y que no hay nada de malo en ello. Le he educado para tener una mente abierta y estoy completamente segura de que aceptará que el amor es igual de válido sin importar el sexo. No quiero seguir mintiendo por más tiempo a la persona que más quiero en este mundo... ni seguir mintiéndome a mí misma.

El partido acaba con un empate que el equipo celebra como una auténtica victoria. Esperaban llevar una buena paliza y ver cómo se abraza con sus compañeros repleto de felicidad llena mi corazón. No puedo evitar sonreír a Arya al pensar que hace tan solo unas semanas, Jaime estaba en la mesa de operaciones de un quirófano y yo llorando desconsolada en su habitación del hospital.

—¿Por qué sonríes así? —pregunta Arya, seguramente extrañada ante la cara de tonta que debo tener en estos momentos.

—Pensaba en lo que ha cambiado mi vida gracias a ti. Soy una mujer nueva —admito.

—Eres la misma mujer, un ser maravilloso, solo que ahora no te escondes y sonríes más. Eso es liberador —anuncia y estoy segura de que está haciendo el mismo esfuerzo que yo para no besarnos.

—Tan solo espero que Jaime lo acepte —susurro acariciando con disimulo su mano con mi dedo meñique.

Por fortuna, ninguna de las madres pregunta nada sobre nosotras, porque no sabría qué decir. Habíamos acordado no hacer ningún gesto que pudiese delatarnos hasta que hablásemos con Jaime, pero no pensé en cuál sería nuestra respuesta “oficial” si alguna de las madres hacía la incómoda pregunta. Visto lo cotillas que son muchas de ellas, es un milagro que no haya ocurrido.

—¿Va a venir la doctora Arya al parque con nosotros? —pregunta Jaime, emocionado tras darse una ducha con el resto de su equipo.

—Y más tarde a tomar un helado de esos que os gustan tanto a los dos, y a comer una hamburguesa —le aseguro, callando la parte en la que espero que, más tarde aún, venga a casa con nosotros y pase la noche en mi cama.

Jaime mira hacia Arya y coge su mano sin soltar la mía. Mientras caminamos por la calle

con el niño entre nosotras, los tres cogidos de la mano, creo que estoy a un paso de morir de amor. Él no lo sabe aún, pero eso es precisamente a lo que aspiro, ese sería mi sueño, mi fantasía. Poder formar una familia junto a Arya y que Jaime la acepte como a una segunda madre. Por si acaso, sonrío como una boba y trato de mantener este instante para siempre en mi memoria. Ojalá sea tan fácil.

—Jaime, hay una cosa que tenemos que contarte —digo tragando saliva mientras llamo al pequeño e interrumpo sus juegos.

Mis manos se cubren de una fina capa de sudor y mi respiración se acelera al tiempo que mi hijo se acerca y nos mira con una expresión extraña, seguramente preguntándose por qué le he interrumpido.

—Respira —susurra Arya cogiéndome de la mano por primera vez en toda la mañana y apretándola para darme fuerza.

—¿Me vas a decir lo que ocurre? No nos marcharemos ya, ¿no? Acaba de llegar Javi, un niño de mi clase, y ha traído un balón de fútbol —insiste mi hijo inquieto.

—Solo será un momento, chavalote —tercia Arya al ver que me he quedado temporalmente sin palabras y estoy a punto de decirle que se vaya a jugar.

Suspiro y la miro. Rebusco en la intensidad de sus enormes ojos negros el valor necesario para continuar, cuando Arya vuelve de nuevo al rescate.

—Mamá y yo tenemos una cosa muy importante que decirte. Luego te puedes ir a jugar al fútbol con tu amiguito, ¿vale? —anuncia cogiendo las manos de Jaime y guiñándole el ojo.

A continuación, me mira fijamente, arqueando las cejas, como diciéndome que me corresponde a mí tomar la iniciativa como madre.

—Jaime, ¿te acuerdas del libro aquel en el que había un oso que vivía con otro oso y los dos se querían mucho? —pregunto recordando un libro de cuentos que le leí hace un par de años.

—Mamá, era un bebé cuando me leíste ese libro —se queja el niño.

—Bueno, el caso es que... verás... al igual que pasaba en esa historia... mamá y Arya...

—Mamá y Arya están saliendo juntas y se quieren mucho —suelta Arya de pronto ante la sorpresa de mi hijo Jaime, que abre los ojos como platos.

Una ola de calor se apodera de todo mi cuerpo mientras trato de descifrar la mirada del pequeño. Tiemblo, sudo, mi pierna derecha bota tan rápido que podría salir disparada en cualquier instante al tiempo que rebusco en mi cabeza las palabras justas sin encontrarlas.

—¡Mola! —dice Jaime de pronto encogiéndose de hombros.

—Solo quería que lo supieses. Si quieres hablar de ello o te molesta algo me lo dices —titubeo con miedo.

—¿Por qué me iba a molestar que salgas con una doctora que salva a la gente? Ella cura a los niños y tú les enseñas, son mis dos profesiones favoritas. ¿La doctora Arya va a ser mi nueva madre ahora? ¿Puedo ir ya a jugar al fútbol? —inquieta el niño en una rápida sucesión de preguntas, aparentemente más preocupado por volver con su amigo que en su nueva situación familiar.

—Se lo ha tomado muy bien —susurro asombrada en cuanto se marcha.

—Ya te lo dije. El problema son los adultos, al menos algunos de ellos. Con los niños no hay problema, su mente es más abierta, no está envenenada por ideas arcaicas —responde Arya antes de inclinarse hacia mí y regalarme un maravilloso beso en los labios.

Es solo un beso cariñoso, nada que pueda llamar la atención, pero juro que en esos momentos me parece el mejor beso que me hayan dado jamás. Soy tan feliz, me he quitado un peso tan grande de encima, que creo estar flotando entre las nubes en vez de sentada en un banco del parque.

—¡Dios mío, me va a dar un infarto! —grita una voz de mujer a nuestra derecha.

Y a la que le va a dar un infarto es a mí al descubrir a mis padres mirándonos horrorizados de pie frente a nosotras.

Capítulo 22

Arya

A falta de una palabra mejor para definirlo, la mañana está resultando perfecta. Asisto al partido de fútbol del pequeño Jaime, casi con el orgullo propio de una madre, viéndole disfrutar junto a sus compañeros de equipo.

Sé que es muy pronto para ello, pero llevarle de la mano por la calle me deja el corazón muy blandito y cuando en el parque asume con naturalidad que su madre y yo estamos saliendo, tiemblo de emoción.

Me giro para besar a Patricia, que suspira sabiendo que se ha quitado un gran peso de encima. Sonríe y me devuelve una sonrisa tonta hasta que escucho unos gritos de mujer justo a nuestro lado.

—¡Dios mío, me va a dar un infarto!

Patri da un salto sobre el banco, literalmente. Se ha tensado cada músculo de su cuerpo y tiembla con los ojos humedecidos mientras se gira hacia dos personas mayores que nos observan con cara de muy mala leche.

—¿Qué...qué hacéis aquí? —titubea con miedo.

—¡No tienes vergüenza! —grita un hombre llamando la atención de buena parte de las personas que se encuentran en el parque que se giran para observarnos—. No solo lo haces en un lugar público sino delante de tu hijo.

La cara del hombre está roja y la vena de su cuello hinchada. Tan solo espero que no le dé un ataque cardíaco y sea yo la que tenga que encargarse de él.

Justo cuando estoy a punto de decirle que si no le gusta puede meterse sus opiniones por el culo o bien sacarse los ojos con una cuchara para no vernos, la mujer toma la palabra.

—Hija, no te educamos de esta manera —balbucea su madre llevándose ambas manos a la boca.

Joder, ahora sí entiendo la reacción de Patri. Estos dos pirados deben de ser sus padres. Me levanto y me coloco junto a ella, cogiendo su mano para darle fuerzas, porque en estos momentos las necesita más que el mismo aire que respira.

—¡Apártate de mi hija, zorra! ¡Tú tienes la culpa de todo, ella era normal hasta que te conoció! —chilla el hombre en mi dirección y su cara se pone cada vez más roja. Joder, como tenga algún problema en la arteria carótida, esto va a ser un desastre.

—Va a ser que no —respondo con calma, moviendo lentamente la cabeza de lado a lado.

Me he criado de niña en un barrio lo suficientemente chungo como para dejarme intimidar ahora por un abueleto troglodita.

—Papá, por favor, nos está mirando todo el mundo. Vamos a hablarlo en otra parte —susurra Patricia casi suplicando.

Pienso para mí que no hay nada de qué hablar con gente así. Lo que tendría que hacer es decirle que se vaya a tomar por el culo y que regrese cuando se le pasen sus ideas arcaicas. Aun así, entiendo que son sus padres y que está muy nerviosa.

Vuelvo a apretar su mano con fuerza. Con cada palabra despectiva de sus padres, Patricia se va haciendo más pequeña, se encoge. Les escucha sin decir nada, sin un mínimo intento de enfrentarse a ellos y el dolor que siento al observarlo me rompe por dentro.

La rabia es inmensa, infinita, pero es aún peor la decepción y el dolor. Lo habíamos

hablado, habíamos repasado ese momento un montón de veces. Patri se había atrevido a decírselo a su hijo y se lo tomó fenomenal. Esa era la parte importante, o al menos eso pensaba yo. Nunca me imaginé que sus padres le pudieran condicionar tanto con sus ideas anticuadas, pero ahora temo que esto se lleve por delante nuestra relación.

Jaime observa la escena desde lejos, con los ojos abiertos como platos, sin ni siquiera atreverse a acercarse a nosotras. La madre del niño con el que estaba jugando se acerca a él y le dice algo, le abraza, pero el chiquillo ni siquiera contesta, como si estuviese en un estado de shock.

—Papá, por favor, déjalo ya —suplica de nuevo Patricia ante una nueva andanada de insultos por parte de su padre, que ahora más que rojo ha empezado a ponerse morado.

—¡Ya está bien! —interrumpo tratando de mantener la calma todo lo mejor que soy capaz.

—Tú no te metas —responde el hombre—si endureciesen las leyes de inmigración ni siquiera estarías aquí.

Me llevo una mano a la frente y meneo incrédula la cabeza, intentando no cruzarle la cara de un tortazo. Por el rabillo del ojo observo a una chica que viene hacia nosotros para intervenir, pero el que parece ser su novio la detiene y le dice que no se meta.

—Yo no voy a permitir que nadie hable así a mi novia, ni siquiera su padre —contesto calmada, mordiéndome la lengua para no insultarle.

Una nueva ronda de insultos sin sentido. Su madre llora desconsolada, no sé si por el lamentable espectáculo que están montando o porque es gilipollas. Quizá ambas cosas.

—No voy a discutir esto con vosotros en medio de un parque y menos a gritos —anuncia de pronto Patricia clavándome las uñas en el reverso de mi mano mientras habla.

—Podemos hablar con un psicólogo, cariño —tercia su madre con una nueva gilipollez.

—Voy a seguir con Arya. Es la persona que me hace feliz y ese es el fin de la discusión —zanja Patri con cierta dificultad para hablar por la tensión—. Me gustaría que lo aceptaseis, de verdad espero que un día lo hagáis, pero mientras tanto no voy a aguantar más insultos ni hacia mí ni hacia mi novia.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa de orgullo, creo que he crecido varios centímetros al escuchar sus palabras. Me acerco más a ella para darle un beso en la mejilla y decirle lo orgullosa que estoy. Un grupo de chicas jóvenes aplauden e increpan a los padres de Patricia para que se marchen, mientras que su madre se lleva el reverso de su mano a la frente en un gesto exagerado como si se fuese a desmayar.

Por fortuna, abandonan el parque, no sin antes dedicarme un par de insultos, culpándome de nuevo por llevar a su hija por el mal camino.

El pequeño Jaime se acerca corriendo a nosotras una vez que sus abuelos se han alejado y nos abraza con fuerza. El pobre crío tiembla asustado, ningún niño tendría que pasar por algo así, han sido emociones demasiado fuertes para él.

—Joder, que estamos en Los Ángeles en el siglo XXI —me quejo sorprendida.

—Te dije que sería nuestro principal escollo —me recuerda—mis padres vienen de un pequeño pueblo y son demasiado conservadores.

—¿Demasiado?

—Casi me da algo, de verdad —susurra Patricia cogiendo mi brazo mientras caminamos.

—Has manejado muy bien la situación —le aseguro—. Te has enfrentado a ellos y no era nada fácil. Quiero que sepas que lo valoro mucho, aunque me hayas atravesado la mano con tus uñas —bromeo enseñando la marca que ha dejado en el reverso de mi mano.

Patricia deja escapar un suspiro y cubre de pequeños besos la marca de sus uñas en mi piel mientras el aire acondicionado de la heladería favorita de Jaime nos golpea en la cara al entrar.

—Estaba muerta de miedo —reconoce Patri encogiéndose de hombros —pero tú me diste el valor suficiente para enfrentarme a ellos. Espero que recapaciten, pero lo he pensado mucho y no voy a sacrificar mi felicidad ni la de mi hijo por las ideas de mis padres. Bastante he sufrido ya con mi matrimonio. No quiero volver a pasar por ello —me asegura.

—Creo que hoy me he enamorado mucho más de ti —reconozco—. Por cierto, entiendo que mi piel sea un poco oscura, pero quizá deberías explicar a tu padre que además de que nací en Los Ángeles, la India queda muy lejos de México —río abrazando su cuerpo mientras decidimos los helados que vamos a pedir.

Capítulo 23

Patricia

—Siento mucho lo que ha ocurrido en el parque —me disculpo, peinando el pelo de mi hijo entre mis dedos.

Ha permanecido callado todo este tiempo, como no queriendo interrumpir nuestras conversaciones, pero le conozco bien y está sufriendo. Nada más llegar a nuestra casa, se ha tumbado en el sofá junto a mí, con la cabeza apoyada en mi muslo como si fuese una almohada. Simplemente, se ha quedado así, en silencio, abrazando ocasionalmente mi pierna, pero sin preguntar.

—No pasa nada, mamá —responde— a mí no me gustan las cosas que el abuelo dice de ti.

—¿A qué te refieres? —pregunto con miedo.

—A veces, cuando me quedo en su casa y creen que estoy dormido, hablan sobre ti. Ya sabes que el abuelo está un poco sordo y habla a gritos, así que les escucho desde mi habitación, no es que quiera espiarles —se apresura a explicar Jaime.

—¿Y qué dicen? —inquiero, aunque estoy muy segura de que no me gustará la respuesta.

—El abuelo dice que papá se marchó por tu culpa, dice que no le dabas lo que necesitaba —responde bajando el tono y abriendo una herida en mi corazón.

Me gustaría explicarle a mi hijo que su padre, además de ser un psicópata impresentable, es un delincuente. Quisiera contarle todo lo que me hizo pasar, lo miserable que me sentí durante esos años en los que cada día de mi vida fue un infierno y tan solo él me mantenía con vida. Quizá algún día se lo cuente, merece conocer la verdad sobre su padre. Ahora es todavía un niño; a los siete años no debe saber ciertas cosas. Es su padre, al fin y al cabo, prefiero que piense que se ha ido por mi culpa a decirle que está en la cárcel y que me trataba peor que a un objeto.

Arya se revuelve en el sofá frente a nosotros. Muerde su labio inferior y mira hacia algún sitio indeterminado del techo haciendo un esfuerzo por no contarle la verdad.

—Yo no me lo creo —añade Jaime de pronto— para mí eres la mejor madre del mundo. Siempre me has cuidado. Me haces reír y me enseñas muchas cosas, y si Arya va a vivir con nosotros será aún mejor. ¿Vivirás con mamá y conmigo? —pregunta dirigiéndose a Arya que dibuja una sonrisa tonta en sus labios.

Nunca la había visto tan vulnerable, hasta incluso diría que está haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas. Mientras tanto, Jaime parece tener la mirada fija en sus profundos ojos negros y a mí se me va a parar el corazón esperando su respuesta.

—Por supuesto que me encantaría venir a vivir con vosotros —responde Arya consiguiendo que se me detenga la respiración— si tu mamá y tú queréis, claro.

—Mamá, ¿puede? —pregunta el pequeño girando la cabeza hacia mí.

Tan solo consigo asentir con la cabeza mientras limpio con el reverso de mi mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Jaime me observa extrañado, pero es que el día está siendo una auténtica montaña rusa de emociones y mis nervios están a flor de piel.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le pregunto a Arya bajando la voz una vez que el pequeño se ha quedado dormido.

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida —responde encogiéndose de hombros.

—¿Dónde ha quedado Arya la dura? ¿Esa que solo quería relaciones esporádicas y nada de compromiso a largo plazo? —bromeo.

—Lo mismo podría decir yo de ti. ¿Dónde está la señorita “no puedo enfrentarme a mis padres saliendo con una mujer”? Porque hoy te he visto muy segura y valiente —reconoce Arya acercándose a mí y colocando su frente sobre la mía.

—Creo que hay cierta doctora que está consiguiendo que cambie —susurro.

—Esa cierta doctora es muy feliz a tu lado. Y ahora te voy a llevar a la cama porque llevo todo el día deseando hacer el amor contigo —añade colando sus manos por debajo de mis pantalones y colocándolas en mis nalgas.

—Recuerda que esta noche está Jaime —le advierto.

Y menos mal que mi hijo tiene el sueño profundo y que su dormitorio está separado, porque Arya no mentía cuando me dijo que llevaba todo el día deseando hacerme el amor. Lo hacemos con la pasión de la primera vez, como si no hubiese un mañana. Dando y recibiendo placer hasta que ya no podemos más y el sueño empieza a acunarnos entre sus brazos.

Capítulo 24

Arya

—¡Palas! —chillo al ver que el paciente no reacciona.

El quirófano se convierte en un avispero de actividad tratando de que siga con nosotros. Ha llegado hace un rato de urgencia con una fibrilación ventricular, una arritmia mortal que amenaza su vida.

Observo el monitor mientras una de las enfermeras de quirófano prepara el desfibrilador y los datos que veo parecen una pesadilla. Una vez, Daniela McKenna me dijo que los monitores nos permitían adivinar el futuro más probable y al hombre que tengo inerte sobre la mesa de operaciones apenas le veo algún futuro.

En esos momentos de tensión máxima, tus sentidos se agudizan hasta un punto en el que no pareces humano. El ritmo robótico de la máquina que mantiene con vida al paciente retumba en mi cabeza como un martillo de percusión.

Es en esos instantes cuando el cirujano siente el sabor del miedo. Lo sientes en la lengua, en los labios, y te deja un regusto metálico, como si estuvieses chupando una moneda. Es el sabor de la vida y el sabor de la muerte.

El miedo no tiene por qué ser ruidoso. Es un silencio que susurra como un vendaval, un viento mortal que detiene toda la vida a su alrededor. Es una sensación de hormigueo en las palmas de las manos, no un sudor frío sino algo familiar, algo que no puedes ubicar.

Coloco las palas del desfibrilador sobre el tórax del paciente buscando un milagro. Una a la derecha de la parte superior del esternón, por debajo de la clavícula, la segunda a la izquierda del pezón, en la línea media axilar izquierda, centrada en el quinto espacio intercostal.

—¡Fuera! —grito.

El cuerpo del paciente salta sobre la mesa de operaciones al recibir la descarga eléctrica, pero el monitor no arroja ninguna señal de que la situación haya mejorado.

—¡Otra vez! —insisto nerviosa.

Una nueva descarga. Nada. Su cuerpo vuelve a saltar, mañana, si se despierta, se sentirá dolorido, aunque cada vez tengo menos esperanza de que eso ocurra.

Le metimos en el quirófano a toda prisa, casi sin preparación, no había tiempo. Tras una primera reanimación en la ambulancia llegó despierto, pero completamente desubicado. Intentaba comprender por qué le llevaban por un largo pasillo de color verde en una camilla con ruedas en vez de caminando por sus propios pies.

—¡Otra vez! ¡Hay que seguir intentándolo! —vocifero con desesperación aplicando una nueva corriente eléctrica sobre el tórax inerte del paciente.

De nuevo no sirve de nada.

—¡Mierda, joder! —me quejo —¡una vez más!

—Doctora Kumari, se ha ido. No hay nada que hacer —anuncia una de las enfermeras apretando mi brazo derecho.

Le entrego las palas y alzo los ojos al techo del quirófano. Son los momentos así los que te destrazan, los que te hacen dudar de tu profesión. Esos momentos en los que desearías haberte dedicado a cualquier otra cosa.

—Hora de la muerte, diez y doce minutos de la noche —anuncio de manera mecánica.

Arrastro los pies por el largo pasillo hasta el vestuario para quitarme la bata y asearme un poco antes de hablar con su familia. Ese es el instante más duro, pocas veces he tenido que hacerlo y Sofía me ha dado buenos consejos sobre cómo afrontarlo. Ella tiene una buena dosis de experiencia en el área de oncología.

Entro en la sala de espera y observo a su esposa. Tiene los ojos hinchados de llorar, rojos, aprieta con fuerza un pañuelo entre sus manos y parece estar rezando. Era un hombre todavía joven, de cuarenta y cinco años, deja dos hijos; un niño de trece y una niña de diez. Su vida cambiará para siempre por una mierda de día y su madre tendrá que luchar por sacarles adelante en solitario.

Las luces fluorescentes proyectan un resplandor espeluznante contra la fría y estéril baldosa. Al ver que se acerca un médico se levanta de su asiento como un resorte. Sus ojos me observan suplicando buenas noticias, pero mi rostro le deja muy claro que no se las puedo dar.

La mujer me abraza con fuerza, llora pegada a mí y el sabor salado de sus lágrimas llega hasta mis labios. Tan solo puedo asegurarle que hicimos todo lo que pudimos y ofrecerle palabras de ánimo en su sufrimiento. Supongo que muy poco más se puede hacer en un momento como este.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta Laura una vez que llego a la sala de descanso donde me está esperando.

Hoy ha tenido que hacer una guardia, su madre se ha quedado al cuidado de la niña porque Daniela ha vuelto a Boston para el cuatrimestre que enseña en Harvard. Son meses muy duros para ella cada vez que se separa de su esposa, y ahora que he empezado a vivir con Patricia me hago una mejor idea.

—Quizá si Daniela hubiese estado en el quirófano conmigo, ese hombre seguiría con vida —me lamento dando un fuerte manotazo sobre la mesa.

—No digas bobadas. No puedes culparte —me asegura—. Eres una cirujana excelente, pero eres humana. Todo tiene sus límites. La vida es a veces injusta y a ese hombre le tocó hoy. No había nada más que tú pudieses hacer.

Dejo escapar un largo suspiro y me derrumbo entre sus brazos.

—Vamos a hablarlo —susurra haciendo un gesto con la mano indicando que me tumbe en una pequeña cama que tenemos para descansar durante las guardias.

—Creo que prefiero irme a casa. Patri me está esperando —respondo encogiéndome de hombros.

Laura me mira extrañada y de pronto me percató de que nuestra rutina durante los últimos dos años ha sido contarnos nuestros problemas o preocupaciones mientras nos tumbamos en esa pequeña cama.

—¿Te ha molestado? —pregunto con un hilo de voz.

—Me ha encantado —susurra. Es la señal más clara de que has cambiado. Patricia realmente ha llegado a tu corazón —añade.

Simplemente, sonrío mientras me doy cuenta de que es cierto. Patri ha llegado a mi corazón y se ha apropiado de él. Poco a poco empiezo a no poder imaginar la vida sin ella y lejos de asustarme como habría hecho hace meses, me hace muy feliz.

Llego a casa agotada. Consumida física y mentalmente. El trayecto en coche se me ha hecho eterno, y eso que a estas horas de la noche hay menos tráfico por las calles. Tan solo

pienso en tumbarme en la cama junto a Patricia y dejar que acaricie mi melena mientras besos sus hombros.

—Vaya carita que traes. ¿Un día duro? —pregunta al verme, aunque estoy más que segura que mi rostro de cansancio y desesperación responde por mí mejor que miles de palabras.

—No te lo puedes ni imaginar —admito dejando escapar un largo suspiro.

—Ven aquí, tumbate a mi lado —sugiere golpeando el colchón con la palma de su mano.

Ni siquiera me quito la ropa para estar algo más cómoda. Estoy destrozada, rota. No es la primera vez que ocurre y necesitaré un tiempo hasta reponerme.

Me acuesto junto a Patri y apoyo la cabeza en su pecho. Ella quita con delicadeza la goma que sujeta mi cola de caballo y deshace mi melena para peinarla entre sus dedos. Sabe que es lo que más me relaja. Eso y que me enjabone el pelo en la bañera, pero eso tendrá que ser mañana.

Sin darme apenas cuenta, comienzo a relatarle lo ocurrido en el quirófano. No sé si puede llegar a entender con plenitud el miedo y la desesperación que sientes al ver que perderás a uno de tus pacientes. El momento exacto en el que la mirada esperanzada de sus familiares muta a la desesperación más absoluta. Es horrible. Es un infierno.

—Piensa en todas las vidas que salvas con tu trabajo —susurra Patri besando mi frente.

Esbozo una pequeña sonrisa mientras dibujo con la punta de uno de mis dedos la línea de su clavícula. Cuando ella me abraza con fuerza antes de darme un nuevo beso, me sorprendo a mí misma de lo extraño que resulta ser vulnerable con Patricia. Siempre he odiado ese sentimiento. Yo era Arya, la dura y orgullosa. Y Arya no llora ni se siente vulnerable. Ahora, junto a Patri, ya no me importa. En el poco tiempo que llevamos juntas me ha enseñado que no hay nada de malo en ello, que se siente bien.

Antes de conocer a Patricia habría salido a acostarme con la primera mujer que me dijese algo bonito para intentar olvidarme, aunque no solía funcionar nada más que de manera temporal. Como mucho, habría hablado con Laura toda la noche en la sala de descanso del hospital, tumbadas en la cama mientras nos quejábamos de lo jodida que es la vida de los médicos.

Con Patricia es diferente. Consigue calmarme con la primera caricia, me relaja, me cuida. Me siento tan bien a su lado que jamás creí que fuese posible. Yo que siempre tuve mala suerte en el amor, yo que evitaba las relaciones a largo plazo para que no me hiciesen daño, ahora no sabría vivir sin ella.

Capítulo 25

Patricia

Los rayos de luz se abren paso entre las nubes y llenan el campo de sombras moteadas que bailan y fluyen con el viento. El tiempo junto a Arya ha pasado tan rápido que la primavera me sorprende con su llegada.

Caminamos de la mano por una amplia zona verde a las afueras de Los Ángeles, el aire huele fresco y limpio y está lleno del aroma de las lilas en flor. A unos metros de nosotras, Jaime juega con nuestro Golden Retriever lanzándole palos o corriendo tras él.

Aprieto la mano de Arya y le sonrío antes de besar sus labios. Es un día perfecto; la luz del sol se cuela entre los árboles, los pétalos de las flores brillan, la hierba es ya de un verde intenso.

Es el día de mi cumpleaños y todo parece darnos la bienvenida, el canto de un pájaro, el viento en las hojas, el chapoteo del agua en la orilla del lago. O quizá es que junto a Arya empiezo a apreciar la belleza de las cosas. Seguramente toda esta maravilla siempre ha estado ahí, pero llevo demasiados años sin darme cuenta.

Cuando nos acercamos a una de las áreas de descanso, Arya me detiene y saca un pañuelo de seda de su bolsillo que insiste en colocar sobre mis ojos. Mi hijo Jaime ríe divertido y no tengo más remedio que encoger los hombros y aceptar que seguramente han preparado alguna sorpresa de cumpleaños.

Tras unos cuantos pasos y varios tropezones con las raíces de los árboles, escucho los susurros de algunas personas hablando. Distingo la voz de mi amiga Tina, incapaz de mantener un tono de voz bajo y sonrío para mis adentros. En cuanto me tapó los ojos esperaba algo así, aunque haré todo lo posible para disimular y parecer sorprendida.

—¡Sorpreesa! —gritan al unísono varias personas en cuanto Arya retira la venda de mis ojos.

Pestaño varias veces para acomodarme a la luz del sol y no necesito hacerme la sorprendida. Como mucho esperaba a Tina y Carrie, pero han venido también una buena parte de las compañeras de Arya del hospital. Laura, junto a su esposa Daniela y su hija, Sofía Wilson, la oncóloga, Gabriela, la enfermera jefa y otras dos doctoras de las que no recuerdo el nombre. Junto a Carrie se encuentra también Marlo, que había sido nuestra amiga inseparable antes de mudarse a la Costa Este hace ya casi diez años.

—No me lo puedo creer, te mato, Arya —susurro antes de besar sus labios, tratando de contener las lágrimas.

Jaime lucha con nuestro perro para que se acerque a mí.

—¡Vamos a darle un abrazo a mamá! —grita, aunque el perro no parece hacerle demasiado caso y sigue moviendo la cola contento y saludando a toda la gente que ha visto de repente.

—Lo vas a estropear todo, perro idiota —grita Jaime enfadado.

—¡Lucas! ¡Ven aquí! —llamo para facilitar las cosas a mi hijo que empieza a estar desesperado.

El perro se da la vuelta, me mira durante unos instantes y corre hacia mí, moviendo la cola con Jaime, intentando seguirle de cerca. Mi hijo se ha empeñado en bañarle esta mañana antes de salir, por más que le dije que en el parque se ensuciaría. Ahora huele a una

mezcla entre pelo de perro mojado y champú de perro mal aclarado.

Me pongo de cuclillas para acariciar a Lucas mientras retiro varias hojas que se han quedado pegadas a su pelo.

—Mamá, eres tonta —ríe Jaime llevándose una mano a la frente y negando con la cabeza mientras mira a Arya que se encoge de hombros con una mirada extraña.

—Aquí pasa algo entre vosotros dos, ¿verdad? —pregunto al ver la mirada de complicidad entre ambos.

A Jaime le entra un ataque de risa, esa risa que me vuelve loca, esa que apenas puede parar una vez que empieza y que se te contagia al escucharla. De pronto, noto un pequeño paquete enganchado a la correa del perro y mi hijo abre los ojos como platos llevándose las manos a la boca antes de mirar a Arya.

—¿Qué es esto? —pregunto soltando el paquete y empezando a quitar el papel de regalo que lo cubre.

Al abrir la caja, me quedo sin palabras. Mi sonrisa se torna en incredulidad, la pequeña caja tiembla entre mis manos mientras me pierdo en los enormes ojos de Arya.

—¿Quieres casarte conmigo? —susurra.

Mis manos se cubren de una ligera capa de sudor, mi mirada alterna entre Arya, mi hijo y el precioso anillo de compromiso que tengo entre las manos y ya no puedo evitar que las lágrimas rueden por mis mejillas.

—Eres idiota, Arya —susurro—claro que quiero pero te voy a matar por hacer esto en público.

El abrazo de mi hijo Jaime al escuchar mis palabras me colma de alegría. Arya se acerca a nosotros con pequeños pasos y coloca sus dedos en mi barbilla para elevarla y darme un beso tan tierno que pienso que me voy a morir de amor.

Lo que creía que sería una celebración perfecta para un cumpleaños, rodeada de amigas junto a Arya y mi hijo, se convierte en el mejor día de mi vida. Lloro de felicidad mientras abrazo a cada una de las personas que han venido a acompañarnos en un día tan especial, disculpándome por estar haciendo el ridículo con tanta lágrima.

Mientras lo hago, pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida desde que aquella mujer de piel oscura y enormes ojos negros se acercó a mí en una discoteca. Lo que iba a ser simplemente una noche loca que pretendía olvidar cuanto antes, se convirtió en algo sin lo que no podría vivir. Cada día con Arya, cada beso, cada caricia, es una promesa de amor eterno, la esperanza de miles de amaneceres a su lado, de millones de besos, de innumerables noches de pasión.

—Es tu madre —anuncia Arya en tono bajo acercándose su teléfono.

Ni siquiera pienso en por qué mi madre llama al teléfono de Arya, tampoco me planteo por qué tiene su número. En mi mente solo hay una idea, que no me amargue el mejor día de mi vida, porque sé que está a punto de hacerlo.

Pero si hace unos instantes estaba llorando, cuando mi madre admite que ha tenido una larga conversación con Arya y se disculpa por lo que me ha dicho, cuando reconoce que lo único que quiere es verme feliz y que está segura de que Arya es la persona que lo conseguirá, las lágrimas se escapan a borbotones de mis ojos.

—A tu padre le llevará un poco más de tiempo aceptarlo, pero estamos en ello —confiesa mientras dice que me quiere y me asegura que no se perderá mi boda con o sin mi padre.

Es el día más intenso y feliz que puedo recordar, aunque espero que le sigan otros muchos más porque las ideas para nuestra boda ya revolotean en mi cabeza.

Al volver a casa, mientras me voy quedando dormida entre los brazos de la que ahora es mi prometida, pienso en los últimos meses. Aquella noche Arya abrió mis ojos a una experiencia nueva, algo que no había ni siquiera osado valorar.

Quizá fue el destino, quizá una burda aunque maravillosa casualidad la que nos unió en las circunstancias más extrañas, pero Arya me ha demostrado que otro tipo de amor es posible; un amor que llena cada uno de mis días y de mis noches. Un amor por el que estoy dispuesta a luchar contra viento y marea. Contra todos si hace falta, porque no permitiré que nada ni nadie se interponga entre nosotras, nadie arrebatará a Arya de mi lado.

LIBRO 3
Doctora Wilson

Clara Ann Simons

Doctora Wilson
Clara Ann Simons

Copyright © 2022 por Clara Ann Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Registrado el 1/11/2022 con el número **2211012543098**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Epílogo](#)
[Otros libros de la autora](#)

Capítulo 1

Siena

—No voy a declararme culpable —protesto cruzando los brazos sobre mi pecho.

Desde que tengo uso de razón, mis padres han condicionado toda mi vida y ya estoy harta. Ser la oveja negra de la familia solo me acarrea disgustos, pero yo no soy como ellos. Por más que me esfuerce, nunca seré la hija que pretenden que sea.

—Harás lo que yo te diga —ladra mi padre enfadado, buscando la ayuda de su abogado con la mirada.

—Siena, declararse culpable es solamente un formalismo que te permitirá salir de esta situación de la mejor manera posible —explica el letrado—. Ya lo he negociado con el fiscal y te libras simplemente con una multa económica y tres meses de servicios a la comunidad. No te conviene ir a juicio, te lo aseguro —añade arqueando sus pobladas cejas.

Dejo escapar un fuerte bufido de desaprobación mientras mi mirada se pierde en el horizonte que se vislumbra a través de la ventana. No me importa hacer tres meses de servicios a la comunidad, de hecho es lo que me gustaría estar haciendo de manera habitual, colaborar en alguna ONG.

No tiene sentido seguir suspendiendo cursos en la escuela de medicina solo porque mi padre se empeña en que debo obtener el título. Yo nunca dirigiré las empresas de la familia. Ni me interesa, ni sirvo para ello. Tengo claro que mi título previo de administración de empresas y el de medicina que estoy haciendo ahora serán papel mojado. Inútiles por completo.

—Está bien —concedo entornando los ojos y negando con la cabeza.

Mi actitud dibuja una sonrisa de triunfo tanto en mi padre como en su abogado.

Es la primera vez que entro en un juzgado y lo cierto es que impresiona bastante. Incluso sabiendo de antemano que ya se ha alcanzado un acuerdo con la fiscalía y que es solamente un trámite, me tiemblan las manos. El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que mi abogado puede oírlo.

—En pie. Caso doscientos quince, el estado de California contra la señorita Siena Collins. Preside la sesión el honorable juez McGrath —anuncia un señor con el rostro muy serio mientras mi abogado me hace una seña para que me levante del asiento.

John McGrath me dedica una mirada de desaprobación y pone los ojos en blanco al verme sentada en el banquillo de los acusados. He coincidido con él en más de una gala benéfica de esas que organiza mi familia para limpiar nuestro apellido y sabe perfectamente quién soy y quién es mi padre. Posiblemente ni siquiera sea del todo ético que esté ahora mismo juzgando mi caso.

La sala se queda en el más absoluto de los silencios. Un silencio ensordecedor, de esos que te permiten escuchar con claridad la respiración de la persona que está a tu lado o incluso el murmullo de las conversaciones en el exterior de la sala.

Tras comprobar de mala gana unos papeles que descansan sobre su mesa, el juez McGrath levanta la mirada. Sus ojos atraviesan el silencio como dos puñales que se detienen sobre mí.

—¿Conoce la acusada los cargos que se le imputan? —pregunta.

—Sí —respondo con un suspiro apenas audible.

—¿Cómo se declara la acusada?

Por unos instantes estoy a punto de contestar que me declaro inocente. No he hecho nada, se me acusa de un delito que no he cometido, pero la mirada asesina de mi abogado me recuerda lo que debo hacer.

—Culpable, su señoría —respondo con rabia, mordiendo mi labio inferior hasta que siento el sabor de mi propia sangre.

—Dado que la fiscalía y la defensa han llegado ya a un acuerdo satisfactorio para ambas partes, condeno a la acusada a una multa de cinco mil dólares y tres meses de servicios a la comunidad. Se advierte a la acusada que un incumplimiento de la pena impuesta por este juzgado implicaría el ingreso en prisión —indica el juez McGrath con una voz que resuena en toda la sala—. Los tres meses de servicio a la comunidad deben cumplirse en el Hospital Collins Memorial de la ciudad de Los Ángeles —añade haciendo que mi corazón se detenga.

¡Pedazo de hijo de puta! No me puedo creer que mi padre me esté haciendo esto.

—Señoría —interrumpo aun sabiendo que no estoy autorizada a tomar la palabra.

El juez McGrath me mira con sorpresa y a continuación dirige la mirada al abogado que ha contratado mi padre. Seguramente a él le parezca muy buena idea que haga el servicio a la comunidad en el hospital de mi familia, incluso es casi seguro que lo haya pactado con mi padre. En cambio, yo juré que jamás pisaría ese jodido hospital, por mucho que lo haya fundado mi abuelo.

—Con todo respeto, su señoría, solicito cumplir el servicio a la comunidad en cualquier otro lugar. No me importan las condiciones, cualquier sitio menos en el Hospital Collins Memorial.

—Señorita Collins —expone el juez McGrath mirándome con curiosidad por encima de sus gafas—ya he tomado una decisión. Le recuerdo que el incumplimiento de la pena impuesta por este juzgado significaría su ingreso en prisión, espero que no lleguemos a esos extremos. Ahora, si nos disculpa, tengo otros casos que juzgar además del suyo —añade con desdén.

Se me cae el alma a los pies. Dirijo mi mirada hacia los bancos de atrás donde se encuentra mi padre. Sabe que ha ganado la batalla y una gran sonrisa se dibuja en sus labios. Si las miradas pudiesen matar, se estaría retorciendo de dolor en el suelo. Puede que también le haya dedicado un gesto obsceno con el dedo medio de mi mano derecha, pero el shock de la sentencia que acabo de escuchar no me permite pensar con claridad.

Al final, mi padre lo ha conseguido; se ha salido con la suya como es habitual en él. No está acostumbrado a perder, lo hace todo bien. Todo menos ser un buen padre. Eso nunca ha sido lo suyo. Quizá mi abuelo era igual que él y por eso se comporta así. Lo único que sé es que desde que tengo uso de razón, piensa que el dinero puede sustituir al cariño. Él y todos sus amigos, porque la mitad de mis compañeras del colegio privado en el que estudié estamos igual de jodidas. Salimos adelante a base de sesiones con el psiquiatra y de alcohol.

Capítulo 2

Sofía

—¡Eso te pasa por salir con hombres! —bromea Arya con el poco tacto que la caracteriza.

Por más que le explico que no tiene nada que ver, no hay manera de que entre en razón. Incluso Laura y Daniela se ponen de mi parte, pero ella sigue en sus trece.

—El problema soy yo, no son mis parejas —reconozco—. Mis relaciones sentimentales no duran porque me paso muchas horas en el hospital y parezco una montaña rusa emocional dependiendo de si mis pacientes se curan o no. Paul era estupendo, simplemente no pudo aguantar más.

Y según escucho mis propias palabras, me doy cuenta una vez más de lo mucho que tengo que cambiar mi vida si quiero que un día mis relaciones funcionen. El problema no son ya las horas que me paso en el hospital. Arya pasa las mismas horas que yo o más y tras dos años casada con Patricia están igual de bien que el primer día.

El principal escollo es lo mucho que me afectan mis pacientes, sobre todo los niños. Soy una persona muy empática y sufro continuos altibajos según su evolución. Cada vez que doy el alta a un paciente libre de cáncer me paso varios días flotando en las nubes, llena de felicidad. Por el contrario, en las ocasiones en que pierdo a uno de ellos, me deprimó y desciendo a los infiernos. Pensé que con el tiempo se me iría pasando o al menos me iría acostumbrando para que no me afectase tanto. En cambio, a mis treinta y seis años me afecta tanto como el primer día.

—Me estoy planteando muy seriamente cambiar de especialidad —anuncio ante la sorpresa de mis compañeras.

—Eres una de las mejores oncólogas que conozco, Sofía —me asegura Daniela McKenna mirándome por encima de sus gafas de pasta.

He tenido una buena cantidad de charlas con ella sobre este tema. Al fin y al cabo, Daniela es la que más experiencia tiene en cuanto a complicaciones con los pacientes. Durante muchos años realizó las cirugías cardiacas más complicadas del país mientras vivía en Boston y ella misma sobrevivió a un cáncer muy agresivo hace poco más de cuatro años.

Superar esa enfermedad cambió su vida y ahora es mucho más feliz trabajando menos horas y dejando de perseguir el éxito y el prestigio de manera obsesiva.

Claro que se la ve tan enamorada de Laura que eso lo hace más fácil. Hace tres semanas nos invitaron a cenar en su casa y verlas a las dos juntas en un ambiente relajado junto a su hija pequeña, era suficiente para derretir incluso el duro corazón de Arya.

—¡Eres una capulla, joder! —protesta Arya con la boca llena tras morder un pincho de tortilla— ¿Cómo vas a cambiar de especialidad? Lo que necesitas es que te presente a una buena novia, a ver si te pasamos a nuestro bando —bromea.

Meneo la cabeza divertida ante sus palabras. Ha intentado presentarme a posibles novias más veces de las que puedo recordar sin importarle que yo sea totalmente hetero.

—¿Qué tal los internos de este año? —pregunta Laura en un intento de cambiar de tema al darse cuenta de que empiezo a estar algo incómoda.

—Un puto desastre, como siempre —se queja Arya.

—¿Ya no te acuerdas de cuando tú eras uno de ellos? —pregunta Daniela.

—Es imposible que estuviese tan perdida, es como si no hubiesen pasado por la facultad de medicina —insiste la cirujana.

—Tú eras insoportable, Arya —interrumpe Gabriela, la enfermera jefa de cirugía, causando una carcajada en toda la mesa—. No escuchabas a nadie y encima intentabas ligar con cualquier persona que tuviese tetas.

No la conocí en esos años, pero me puedo imaginar a una Arya mucho más joven, con esa seguridad en sí misma que la caracteriza, discutiendo con los cirujanos más expertos e intentando ligar con el resto de las internas. Creo que toda la mesa estamos pensando en lo mismo, a juzgar por la sonrisa que se nos ha quedado a todas.

—¡Sois gilipollas, joder! —protesta entornando los ojos.

—Los internos de mi departamento no están mal, tienen muchas ganas de aprender —reconozco asintiendo con la cabeza—. Lo que me extraña mucho es que el director médico me ha llamado a su despacho y me ha dicho que mañana se incorpora una chica que está en la facultad de medicina, pero que no ha acabado la carrera. Dice que es algo temporal. ¿Os ha pasado alguna vez algo así?

—Si no tiene el título, no puede tocar a ningún paciente. Eso es súper raro. ¿Y tienes que ocuparte de ella? —pregunta Daniela extrañada.

—Sí, eso mismo he pensado yo. La chica no me va a servir para nada si no puede interactuar con los pacientes. Simplemente, la tendré pegada a mí todo el día, va a ser un estorbo —me quejo.

—Andrew es un gilipollas —es toda la respuesta que recibo de Arya—. Seguramente será la hija de algún amigo. ¡Putá enchufada!

Me llevo la mano a la frente ante lo intensa que está hoy mi amiga e intercambio una rápida mirada con Laura que meneaba la cabeza.

—Siempre ha sido así, pero la queremos igual —bromea encogiéndose de hombros resignada y señalando a la cirujana con la barbilla.

Lo cierto es que en el fondo, Arya es un cacho de pan. Cuando no la conoces parece una macarra, se ha criado en uno de los peores barrios de Los Ángeles y ha luchado mucho hasta convertirse en la jefa de cirugía de nuestro hospital. En cuanto te ganas su confianza, en cambio, es la mejor amiga que puedes tener. De esas que sabes que estarán siempre disponibles, de las que permanecerán a tu lado sin importar las circunstancias. De esas que harán cualquier cosa por ti.

—¿No te han dado ninguna explicación? —se sorprende Laura.

—Ninguna. Solamente me ha dicho que será algo temporal y que no es negociable. Posiblemente, sea lo que Arya dice, la hija de algún amigo que estará en el último curso de la carrera y quieren que conozca las distintas áreas del hospital —admito.

—Aun así, no deberían hacer eso hasta que tenga el título —insiste Daniela, que parece estar menos de acuerdo que yo misma con la noticia.

—Míralo de este modo —interrumpe Arya—. Si no trabaja para el hospital te puedes enrollar con ella. No incumples ninguna norma de esas inútiles que nos ponen los recursos humanos —añade abriendo sus manos.

—Si te escucha tu mujer, hoy duermes en el sofá —le recrimino.

—Patricia sabe que lo digo en broma y que solo tengo ojitos para ella —reconoce Arya con una sonrisa de adolescente.

Y es que desde que ha conocido a su esposa apenas la reconocemos, está totalmente enamorada e incluso se ha vuelto hogareña. Atrás queda la Arya que cerraba los locales de

moda de Los Ángeles. Bueno, a veces todavía lo hace, pero ya menos.

Capítulo 3

Siena

“Debes aprender lo que significa la auténtica tristeza”

Esas fueron las palabras de mi padre cuando le pregunté si había algún motivo por el que haría los tres meses de servicio a la comunidad en el área de oncología.

Dentro de las pocas ganas que tengo de estar en este maldito hospital, al menos pensaba que me pasaría los tres meses rotando de departamento en departamento. De ese modo, al menos podría haber aprendido algo y sobre todo, no le daría tiempo a la gente a odiarme más de lo necesario.

En cuanto se abren las puertas del ascensor, tomo una gran bocanada de aire y lo expulso lentamente, como si pretendiese anclarme a la seguridad del pasado. Me detengo unos segundos para mirar a mi alrededor. Pese a ser el mismo hospital, es como entrar en un mundo diferente. El área de oncología es más silenciosa, el personal parece susurrar. Solo el sonido de los monitores y el golpe seco de los zapatos de las enfermeras sobre el suelo rompen el silencio.

Parece una cámara helada de paredes blancas; fría y estéril. Hasta las luces son tristes, adormecedoras, desprovistas de todo color. El olor es extraño, como un recordatorio constante de que aquí habita la muerte.

—Buenos días, soy Siena Collins. Me dijeron que me presentase a la enfermera jefa —saludo con educación, intentando dibujar mi mejor sonrisa en los labios aunque no tenga ninguna gana de estar aquí.

La enfermera a la que me acabo de dirigir desvía la vista unos segundos del monitor de su ordenador y entorna los ojos.

—Llegas tarde. Todos los internos han empezado hace una hora —expone volviendo a teclear.

—No soy una interna. Andrew, quiero decir, el director médico me dijo que me presentase aquí y hablase con la enfermera jefa de oncología —le explico bajando el tono de voz.

La enfermera cierra los ojos y niega con la cabeza, hace una mueca como si mi sola presencia la estuviese molestando y llama a otra enfermera un poco mayor que ella que se encuentra al otro lado de la sala.

—¿Sabes algo de esto? —pregunta señalándome con la barbilla como si fuese un feo objeto al que acaban de depositar frente a su mostrador.

—Hola, me llamo Siena Collins —repito a la nueva enfermera —me dijeron que...

—Sí, sí, Cristina me ha dejado una nota. Tengo que buscarte algo que hacer hasta que venga ella y no puedes interactuar con ningún paciente o algo así, ¿cierto?

—Supongo —susurro encogiéndome de hombros.

—Empieza trayéndonos dos cafés, uno solo y otro con leche. Y rapidito que no tenemos todo el día. Una de nuestras compañeras se ha puesto de baja y los ratas de la dirección no se han molestado en meter a nadie para cubrirla. ¡Venga! ¡Espabila, guapita! ¿A qué estás esperando? —insiste la enfermera de muy malos modos.

Esta mujer o es gilipollas perdida o no sabe quién es mi padre. No es la primera vez que me obligan a pasar un tiempo en algún negocio de mi familia y siempre me molesta que me

traten como a una princesa. Aun así, existe un término medio. Yo quiero que me traten como a una persona normal y lo de esta enfermera me parece un poco excesivo.

Prefiero no entrar en una discusión en mi primer día, así que asiento con la cabeza y me dirijo a la cafetería en busca de los dos cafés. Casi me alegro de que Andrew no haya avisado de que este hospital fue fundado por mi abuelo y aún pertenece a mi familia. Por una vez me gustaría ser una persona más, alguien anónimo. Prefiero ganarme su respeto por mí misma y librarme de la fama de niñata consentida que me persigue desde que tengo uso de razón.

Mientras regreso a la planta de oncología con los humeantes cafés, medito sobre las palabras de la enfermera borde que me atendió; “los ratas de la dirección no se han molestado en meter a nadie para cubrir la baja”. Típico de los negocios de mi padre. Lo importante son los resultados, el resto es secundario. Eso incluye a los empleados y posiblemente a los pacientes.

Meneo la cabeza asqueada y avanzo con una gran zancada hacia delante en cuanto se abre la puerta del ascensor hasta que ...

—¡Joder! —chilla una mujer con bata blanca cuando le tiro los dos cafés por encima.

Me tapo la boca con las manos temblorosas observando el estropicio. La enorme mancha marrón que se extiende por el blanco impoluto de la bata es testigo de mi torpeza. Iba distraída pensando en lo cabrón que puede llegar a ser mi padre y he bañado en café a la pobre mujer.

—Lo siento... lo siento muchísimo, de verdad —me disculpo casi con ganas de llorar.

Esto es lo último que necesitaba para empezar con mal pie mi estancia en el hospital. Tan solo espero no volver a ver a la doctora esta.

—No pasa nada, déjalo, ha sido un accidente —me asegura la doctora. Al menos no me ha gritado.

—Lo siento, iba un poco distraída y con prisa —me disculpo de nuevo. Con un rápido vistazo, leo la chapa de plástico con su nombre en la bata para dirigirme a ella—. Doctora Wilson, puedo dejarle mi número de teléfono y me puede pasar cualquier gasto de la lavandería —le aseguro todavía temblando.

La doctora hace una pausa y se me queda mirando. Tiene unos ojos preciosos. Unos ojos que transmiten confianza, incluso juraría que una minúscula sonrisa se dibuja en su boca. ¡Y qué boca, joder! Si no fuese porque las circunstancias son una mierda, le pediría una cita ahora mismo.

—Lo siento, de verdad —susurro avergonzada antes de regresar a la cafetería en busca de dos nuevos cafés.

—¡Ya era hora! —protesta la enfermera que me había encargado las bebidas.

—Perdón, es que cuando venía hacia aquí...

—No te he pedido explicaciones —interrumpe incluso más borde que antes.

—Cristina no ha venido todavía, está aún con los internos. Quédate en ese cuarto y procura no molestar —ordena la otra enfermera señalando un pequeño cuarto que tienen para descansar pegado a su zona de trabajo.

—¿No hay nada en lo que os pueda ayudar? —me ofrezco deseando arreglar lo mal que está saliendo mi primer día.

—Puedes ayudar no molestando. Bastante trabajo tenemos por culpa de los gilipollas de la dirección del hospital, así que, por favor, entra ahí y déjanos hacer nuestro trabajo —

insiste señalando la sala.

Levanto las manos en señal de que no quiero discutir y me meto en el pequeño cuarto que me ha indicado a la espera de que llegue la enfermera jefa. Sentada en una de las sillas, me quedo asombrada ante el comportamiento de esta mujer. Entiendo que esté estresada por la cantidad de trabajo, pero no es motivo para tratarme de ese modo. La primera que no quiere estar aquí soy yo misma.

Menuda mierda de comienzo. Dos de las enfermeras con las que tendré que trabajar cada día me odian sin motivo alguno y en cuanto sepan quién soy me odiarán mucho más. Para rematar la faena, le tiro dos cafés por encima a una de las doctoras. Odio estar en este jodido sitio.

—Cristina, hay una tal Siena esperando por ti en el cuarto de descanso —escucho media hora más tarde.

—¿Por qué no le habéis dicho que espere en la cafetería? —pregunta la que supongo que es la enfermera jefa.

—La hemos mandado a la cafetería a por dos cafés y encima nos los ha traído mal y tarde —protesta la otra enfermera.

—¿Le habéis pedido que os traiga dos cafés? —pregunta la enfermera jefa con un tono de voz entre el asombro y el pavor.

—Sí, y los ha traído tarde y mal.

De pronto se hace un silencio incómodo y escucho de nuevo la conversación, esta vez entre susurros.

—¿El apellido Collins os dice algo? —suspira la enfermera jefa.

—Se apellida como este puto hospital —responde la que me encargó los cafés en tono molesto.

—Se apellida como este hospital porque lo fundó su abuelo y porque su padre es el dueño —masculla la enfermera jefa en un intento de que nadie más la escuche—. Y la habéis mandado a por cafés.

—Ay, joder —murmura una de las enfermeras.

—No la dejes aquí con nosotras, por favor, Cristina —suplica la otra.

—Pásasela a la doctora Wilson, que se encargue ella, que tiene mucha paciencia —proponen.

—Buena idea —concluye la enfermera jefa llamando a la tal doctora Wilson e indicándole que estará en su despacho en diez minutos.

Y es escuchar ese nombre y se me cae el alma a los pies. No puede ser la misma doctora. Sin duda, es posible que haya varias doctoras Wilson en este hospital, es un apellido bastante común. Por favor, que no sea la misma doctora Wilson a la que acabo de bañar en café.

Mierda de vida. ¡Qué ganas tengo de que se acaben estos tres meses!

Capítulo 4

Sofía

Todavía tengo el olor a café impregnado en mi piel a pesar de haberme cambiado de ropa. Llevo ocho años trabajando en este hospital y hago el recorrido desde oncología a la cafetería y vuelta varias veces al día. Eso son varios miles de veces desde que estoy aquí y es la primera vez que me tiran dos cafés por encima.

Por suerte, cayó en mi ropa y no sobre la piel porque estaban hirviendo. Le tengo dicho un montón de veces a Luka que no hace falta que prepare los cafés tan calientes.

Lo curioso es que no consigo quitarme de la cabeza a la chica del ascensor. ¿De dónde ha salido? Es la primera vez que la veo en el hospital. Al principio, pensé que podría tratarse de una de las residentes, estos días han inundado el centro con la nueva generación y están muy perdidos. Sin embargo, no creo que ninguno de los médicos utilizase a una de las residentes para traerle un café. Me parecería muy extraño.

Tendría que estar enfadada con ella, pero esa carita de terror que ha puesto al derramar los cafés sobre mi ropa me llegó al alma. Parecía sentirlo de verdad. Me gustaría saber de dónde sale esa chica.

—Dime, Cris —respondo al descolgar el teléfono.

—Buenos días, doctora Wilson. Voy a enviar a su despacho a Siena Collins, creo que Andrew ya le ha comentado que vendría —anuncia la enfermera jefa de oncología al otro lado de la línea.

Se me encoge el estómago al escuchar sus palabras. Ya ni siquiera me acordaba de que el director médico me había dicho que tendría una especie de becaria en el departamento, “un caso especial” fueron sus palabras exactas.

—¿Siena Collins? ¿Se llama igual que el hospital? —pregunto temiéndome lo peor.

—Correcto. Es la heredera de la fortuna Collins. No tengo ni idea de lo que hace en oncología, ni me han comunicado el tiempo que estará con nosotros —reconoce la enfermera jefa.

—¿Qué se supone que debo hacer con ella? Andrew no me ha dado ninguna instrucción al respecto —me quejo entornando los ojos.

—Ese es el problema —confiesa Cristina, —la chica no puede hacer nada porque no tiene ningún título. No podemos permitir que interactúe con ningún paciente o podríamos tener una demanda enorme si ocurre algo —añade con un chasquido de disgusto.

Hago una breve pausa tratando de poner en orden mis pensamientos antes de seguir hablando. No le veo ningún sentido a lo de esta chica.

—Entonces, ¿qué quieres que haga con ella? ¿La siento en mi despacho con una revista de cotilleos? —pregunto en tono borde.

—Son órdenes de arriba, lo siento —se disculpa la enfermera jefa en un tono que en realidad parece decir “ahora es tu problema, te aguantas”.

—Joder, Cris. Mi trabajo es salvar a enfermos de cáncer, no hacer de niñera a una mocosa malcriada. ¿Tú sabes la cantidad de líos en los que se ha metido esa chica?

—Órdenes de arriba, doctora Wilson. Lo siento mucho —repite la enfermera antes de colgar el teléfono.

¡Mierda! No me puedo creer lo que me está pasando. Cuando el director médico me dijo

que tendría a una becaria no pensé que sería la hija del gran jefe. Solo me dijo que era un caso especial. Esto es mucho peor de lo que imaginaba, esa chica tiene una reputación de crear auténticos desastres allá por donde pasa. Por lo que tengo entendido, sus padres están desesperados con ella, tan solo le importan las fiestas, el sexo y posiblemente las drogas. Y la meten en el área de oncología de un hospital. ¿En qué coño están pensando? Joder, es que nuestro director médico no tiene dos dedos de frente.

Mi animado monólogo interior me conduce solamente a una espiral en la que cada vez me voy cabreando mucho más, hasta que el sonido de unos nudillos sobre la puerta me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad.

—¡Adelante! —indico dejando escapar una gran cantidad de aire.

—Doctora Wilson, ¿puedo pasar? —pregunta una voz femenina de manera tímida —mi nombre es Siena Collins y me han mandado a hablar con usted —continúa y a mí se me cae el alma a los pies al reconocer a la chica que me ha tirado los cafés en el ascensor.

Por unos instantes me pregunto si se puede estar tratando de algún programa de esos con cámara oculta porque no es normal lo que está ocurriendo. No puede ser que la misteriosa chica que me ha puesto perdida de café esta mañana, cuyo recuerdo aún llevo en el cuerpo en forma de aroma, sea nada más y nada menos que la hija del dueño del hospital. Y que encima sea yo la que se tiene que ocupar de ella.

—¡Ay, joder...! —murmura al verme mi nueva becaria mientras se lleva ambas manos a la boca.

—Entra, no te quedes ahí parada —le indico.

—Siento mucho lo de antes, doctora Wilson. De verdad, yo correré con todos los gastos de la lavandería y...

—No pasa nada. Siempre tengo ropa limpia disponible, nunca se sabe lo que puede ocurrir en un hospital —expongo señalando a mi ropa.

—Gracias —susurra.

Nos quedamos unos instantes sumidas en un incómodo silencio y no puedo dejar de pensar en que esa chica de aire tímido que tengo delante dista mucho de cómo me hubiese imaginado a la temible Siena Collins. He oído tantas cosas malas de ella que me la imaginaba muy diferente. En cambio, en pie frente a mí, parece casi vulnerable.

—Bueno, Siena. Si te soy sincera no sé muy bien lo que debo hacer contigo. Andrew me dijo que vendría alguien al área de oncología, pero no me indicó que fueses tú o lo que debías hacer —confieso alzando las cejas.

—Si yo te soy sincera, estoy aquí totalmente obligada y no tengo ninguna gana de estar en este hospital. Mucho menos en un ala de oncología —reconoce encogiéndose de hombros con naturalidad.

Vaya. Acaba de destrozar la buena imagen que empezaba a tener de ella. Comenzamos con mal pie ahora que me estaba cayendo bien.

—Si no me equivoco, no tienes ningún título que te permita tratar con los pacientes, ¿es correcto? Ni enfermería, ni medicina...

—Nada. Estoy en la facultad de medicina, pero las cosas no van demasiado bien —reconoce sin darle importancia.

Trato de dibujar una sonrisa en los labios, pero lo cierto es que me gustaría darle un puñetazo en la nariz. La gente se deja la piel para entrar en la facultad de medicina y esta chica, que puede heredar todo un jodido hospital, además de otras empresas relacionadas, no le da importancia alguna.

—Pues tú me dirás lo que quieres hacer —propongo quedándome sin ideas.

Siena Collins hace una mueca como de disgusto y justo cuando va a comenzar a hablar, recibo una llamada de teléfono.

—¡Sígueme! Tenemos una emergencia —le indico haciendo una seña con la mano—. No toques nada, ni siquiera hables —añado.

Siena

Tengo la impresión de que en este sitio tienen menos ganas de que esté aquí que yo misma de estar. Las enfermeras, en cuanto supieron quién soy, me han quitado del medio y me han enviado con una de las médicas. Supongo que con ella volverá a ocurrir lo mismo y acabaré sentada en una mesa vacía viendo Netflix durante los tres meses de servicios comunitarios.

—Doctora Wilson, ¿puedo pasar? —pregunto bajando la voz tras llamar a la puerta del despacho de la directora de oncología —mi nombre es Siena Collins y me han mandado a hablar con usted.

Joder, lo que me faltaba.

En cuanto abro la puerta, me quedo petrificada al ver frente a mí nada menos que a la pobre doctora a la que he bañado de café hace un rato en el ascensor. Tenía un mal presentimiento cuando me enviaron a cumplir el servicio a la comunidad a este lugar, pero la realidad empieza a superar a mi imaginación.

Por suerte, la doctora actúa con naturalidad y me pide que me siente frente a su mesa, indicando que tenía ropa limpia y que el incidente del café está completamente olvidado.

La situación es demasiado incómoda para mi gusto. No solo porque hemos empezado con muy mal pie, sino porque la pobre doctora no parece saber qué hacer conmigo.

—Si yo te soy sincera, estoy aquí totalmente obligada y no tengo ninguna gana de estar en este hospital. Mucho menos en un ala de oncología —reconozco cuando me indica que sus opciones para darme algo de utilidad que hacer son limitadas.

Le cambia la cara al escuchar mis palabras y de pronto me doy cuenta de que ha sonado muy mal. Querría explicarle que preferiría cumplir mi servicio a la comunidad haciendo voluntariado con personas sin techo. Al menos, en cualquier lugar que no tuviese nada que ver con mi familia. Odio el trato de favor por haber nacido con el apellido Collins. Querría explicarle que lo de venir al ala de oncología ha sido idea de mi padre que es gilipollas. No quiero ser un estorbo en ningún sitio, pero estoy segura de que el hospital tiene departamentos en los que sería mucho menos peligroso meter la pata que en un ala de oncología.

Querría decirle muchas cosas, pero por algún motivo me quedo callada. Esta mujer tiene algo que me pone bastante nerviosa. Por suerte, antes de que ninguna de las dos se vea obligada a decir más palabras, se produce una emergencia y la doctora me pide que la siga.

Capítulo 5

Siena

Llevo una semana cumpliendo mi pena de servicio a la comunidad en el hospital y cada día que pasa es peor que el anterior. Yo no sé qué les pasa a las enfermeras de esta especialidad, pero no me pueden ni ver. Al menos, ahora que saben quién soy, ya no me envían a por cafés, pero me hacen el vacío constantemente, como si no estuviese allí o fuese invisible.

La doctora Wilson es bastante maja conmigo, pero se pasa la jornada de trabajo corriendo de un sitio para otro, tratando de atajar emergencias o estudiando los casos. Su día a día parece una montaña rusa, puede pasar de la felicidad más absoluta al dar de alta a uno de sus pacientes a caer en el abismo de la tristeza si alguno de ellos empeora. No sé cómo lo consigue aguantar.

No creo que nunca ejerza como médico, incluso si logro acabar la carrera de medicina, cosa que está por ver. En cualquier caso, si lo hago, tomo nota mental de no elegir la especialidad de oncología. Es demasiado emocional para mí.

Si mi padre quería que conociese de primera mano el sufrimiento de las personas, desde luego que lo está consiguiendo. Hay días que llego a casa sin energía y eso que yo solamente estoy de observadora porque no puedo intervenir en ninguno de los casos. No le he dicho nada, pero empiezo a admirar mucho el trabajo de la doctora Wilson. Yo no sé si Andrew es capaz de valorar la verdadera labor que hace con sus pacientes.

Lo que más me jode es que todo el mundo en este hospital se cree que soy una princesita mimada, la típica niñata consentida que no quiere hacer nada. Es cierto que he tenido mis épocas de rebeldía, pero no es nada fácil convivir con unos padres que sustituyen constantemente el cariño por dinero. Soy consciente de que peor sería no tener ni uno ni otro, como les ocurre a algunos de los sin techo a los que ayudo con la fundación de mi amiga Marlo, pero, aun así, mi situación es más dura de lo que parece.

Y más duro aún es que nadie te crea nunca. Yo no he tenido nada que ver con toda la mierda esta de las drogas y la policía. Ha sido todo culpa de mi ex, pero claro, ella tiene el don de poner cara de buena y echarle siempre la culpa a la niña rica y mimada.

Ahora que llevo dos meses sin verla, me doy cuenta de que nuestra relación ha sido una clara situación de acoso, tanto físico como psicológico. Poco a poco, me fue anulando mi autoestima hasta el punto de no tener la fuerza ni la voluntad para alejarme de ella.

Es una maestra en el arte de la manipulación, Maquiavelo estaría muy orgulloso de ella. Al principio ni siquiera me daba cuenta, era divertida, guapísima, parecía que me quería con locura... y me lo fui creyendo. En cuanto surgía una dificultad entre nosotras, se hacía la víctima y yo me ablandaba. A cada crisis le seguían unas semanas en las que parecíamos vivir la historia de amor perfecta. El problema es que esas semanas de perfección se fueron haciendo cada vez más cortas y nuestras crisis de pareja más frecuentes.

Fue entonces cuando la que empezó a sufrir fui yo. En ese momento era yo la que había desarrollado dependencia hacia mi ex y llegó un momento en el que mi autoestima era tan baja que me tenía dominada. Simplemente con enfadarse conmigo ya me hacía temblar...y cada vez lo hacía más a menudo.

Mierda, ¡qué fácil es verlo todo echando la vista hacia atrás y en frío! Lo difícil es darse

cuenta mientras ocurre y mi ex era la manipuladora perfecta.

Lo que no comprendo es por qué le llegué a permitir la violencia física. Lógicamente, no era algo continuado, pero tenía la mano demasiado suelta. En nuestras peores discusiones me llevé más de un tortazo. Dos o tres veces me rompió el labio y todavía recuerdo la vez que se me puso un ojo morado y no había manera de disimularlo con maquillaje.

Luego me cubría de besos, me aseguraba que jamás volvería a ocurrir. Me juraba que me quería mucho, que era el amor de su vida. Yo me lo creía y volvía a pasar. Cada vez con más frecuencia. Cada vez peor. Cada vez más doloroso. Sus gritos cortaban como puñales, sus insultos me atravesaban el corazón como si fuesen una daga. A veces lo pienso y toda esta mierda con la policía ha sido, en el fondo, una bendición. Al menos me ha servido para alejarme de Claudia. Lo único que echaré de menos será el sexo. El sexo con mi ex no era de este mundo.

Mis padres no se dan cuenta de lo rota que estoy. No son conscientes de que lo que de verdad necesito es alguien que me comprenda, no que aporte dinero como si no hubiese un mañana. Siguen pensando que simplemente estoy pasando por una fase de rebeldía, creen que lo de ser la oveja negra de la familia, la hija díscola, no durará para siempre.

Ojalá pudiese abandonar la facultad de medicina y trabajar en la fundación de Marlo ayudando a personas que no tienen nada, pero eso no será posible. Al fin y al cabo, mi padre me ha dejado muy claro que si abandono la facultad me corta el grifo para siempre y la fundación de mi amiga Marlo no puede permitirse pagarme un sueldo.

No es que necesite vivir en una mansión o cenar en los mejores restaurantes. Tampoco preciso vestir ropa de marca. Creo que sería feliz con mucho menos. Tan solo quiero cubrir las necesidades básicas, un trabajo que marque la diferencia en la vida de otras personas y una mujer a mi lado que me quiera de verdad. Tampoco pido tanto ni creo que sea tan difícil de conseguir, pero claro, renunciar a todo lo que tengo para intentarlo me asusta demasiado y lo de una mujer a mi lado que me quiera de verdad no sé si lo he tenido alguna vez.

—¿Te apetece venir a tomar un café con nosotras? —la pregunta de la doctora Wilson me saca de mis pensamientos de manera abrupta.

—¿No estorbo? —pregunto con sorpresa.

—En absoluto. Cuando termines de poner en orden esas historias médicas baja a la cafetería, estaré allí —anuncia girando sobre sus talones y abandonando el despacho.

Esta mujer es muy maniática y tiene sus cosas, pero me parece de lo mejor que hay en este hospital. Al menos se preocupa por la gente y me trata como a una persona normal, no parece importarle mi apellido. Eso ya de por sí, es algo de agradecer, aunque la manera en que coloca los bolígrafos por colores y siempre en el mismo orden y posición me pone un poco nerviosa.

Capítulo 6

Sofía

—¿Por qué has invitado a la niñata esa? —pregunta Arya haciendo un gesto de disgusto en cuanto anuncio que más tarde Siena se unirá a nuestra mesa.

—¿Y qué quieres que haga con ella? —inquiero molesta—. Te juro que llega un momento que no sé qué más pedirle que haga. Hasta le he dicho que ordene las mismas historias médicas dos veces para mantenerla ocupada —reconozco negando con la cabeza.

Y es que bastante tengo con mi trabajo en el día a día como para preocuparme de buscar cosas para que Siena no esté todo el tiempo de brazos cruzados. Ojalá se la lleven a otra especialidad pronto.

—Seguro que es tan gilipollas que ni se ha dado cuenta —bromea Arya.

—No lo creo. Me ha mirado con cara de asco, como preguntándose si la estaba vacilando por algún motivo. Solo falta que se queje al director médico de que la estoy acosando o algo así.

—Al menos no te crea problemas, ¿no? Porque tiene una fama de rebelde sin causa que madre mía... —insiste Arya llevándose una mano a la frente.

—Es bastante maja.

—¿En serio?

Ahora es Laura la que me mira con cara de asombro.

—¿Tú sabes los sacrificios económicos que tuve que hacer yo para estudiar medicina? Joder, es que aún sigo pagando los créditos y esa niñata ni siquiera valora la oportunidad que le han dado sus padres —se queja Laura.

Justo cuando le voy a responder, Daniela McKenna nos hace un gesto indicando que Siena se acerca a nosotras para que nos callemos. Lo cierto es que hablar sobre Siena Collins parece ser el tema de moda en el hospital. Ya sabíamos una parte de su vida, incluso sin conocerla. Al fin y al cabo es la hija del gran jefe, pero es que ahora que está trabajando aquí está en boca de todos, no importa a qué especialidad vayas.

—Hola —saluda la futura heredera del hospital con timidez.

—Siena, te presento a Arya Kumari, Laura Park, su esposa Daniela McKenna y a Gabi, la enfermera jefa de cirugía —indico haciendo de anfitriona.

Por suerte, en cuanto se sienta a la mesa con nosotras, la conversación gira hacia temas menos espinosos y nos dedicamos a meternos con Arya y los problemas con sus mascotas. Cuando se mudó a vivir con Patricia y su hijo Jaime se llevó con ella a Darío, su gato. Hasta ahí todo bien, el gato se llevaba bien con Lucas, el Golden retriever de Patricia y convivían más o menos en paz.

El problema es que Arya, siendo Arya, se plantó un día en la casa con dos nuevos gatitos que se encontró cerca de un contenedor de basura. El perro hizo de “madre adoptiva” y su anterior gato simplemente les ignoró, pero eso fue solo mientras eran pequeños. Ahora que ya no son unos bebés, uno de ellos ha resultado ser un trasto. Según Arya, es muy cariñoso, pero tremendamente celoso y tiene amargados a los otros dos gatos. Incluso el Golden retriever está perdiendo pelo por el estrés que le causa.

—¿Tú también estás casada con una mujer? —le pregunta extrañada Siena a Arya.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Eres homófoba?

Mierda, no tenía que haber juntado a estas dos en la misma mesa. Arya no tiene filtros y no se va a cortar un pelo como la chica diga algo que no le guste. Al final vamos a tener todas un lío con la dirección del hospital porque nos pillarán de rebote.

—Para nada. También soy lesbiana —admite Siena con naturalidad.

—¡Choca esas cinco! —exclama Arya colocando la mano abierta frente a la cara de la futura heredera que ahora parece caerle mejor—. Aquí la única hetero es Sofía y así le va —bromea.

Parece haberle hecho mucha gracia porque mira hacia mí y suelta una risita tonta. Al menos, la conversación se vuelve algo más distendida a partir de ese momento y volvemos a temas poco comprometidos como el bebé de Laura y Daniela o más historias sobre perros y gatos.

—Son majas tus amigas —admite Siena una vez que llegamos a mi despacho.

—Parece que les has caído bien —reconozco.

—Pues será a las únicas personas que les caigo bien en este hospital —suelta ella entornando los ojos—. Me voy a ir ya antes de que me mandes ordenar los mismos expedientes por tercera vez —añade mirando su reloj—. Me apuntas las horas igual, ¿no?

¡Mierda! Estaba esperanzada tras lo distendido que había sido el café y ha aprovechado la ocasión para largarse y de paso meterme en un compromiso. Como una tonta asiento con la cabeza y le aseguro que así lo haré. A veces parezco idiota. Ahora que esta chica me estaba cayendo bien, demuestra una vez más que es una niña consentida y una aprovechada.

Se va a saltar dos horas de trabajo con mi complicidad. Vale que en el fondo no haga casi nada de utilidad y que estorbe más que ayuda, pero yo soy su responsable mientras esté en oncología. Lo último que necesito es entrar en su juego.

Siena

Cuando la doctora Wilson me propone tomar un café con ella y sus amigas en la cafetería, mi primera reacción es decirle que no. No necesito más miradas de odio ni más cuchicheos sobre mí. Sé de sobra lo que piensa esta gente; se creen que soy una niña mimada que lo he tenido todo súper fácil y que no he luchado por nada. Pueden tener parte de razón, es cierto que el dinero de mi familia me ha comprado muchas oportunidades que otra gente no tiene, pero la carga psicológica que he soportado es demasiado grande.

Afortunadamente, las amigas de la doctora Wilson parecen muy majas, en especial la morena de los ojos grandes. Arya o algo así creo que se llamaba. Al principio me parecía la típica macarra de barrio, pero hubo momentos en los que me moría de risa con las historias que contaba sobre los animales que tiene en casa. La otra pareja de doctoras parecen ser encantadoras, creo que se llevan unos cuantos años por un comentario que hicieron, pero se las ve tan enamoradas que dan envidia. Ojalá algún día pudiese tener algo así.

Por desgracia, tengo que salir pronto para presentarme ante el funcionario que lleva mi servicio a la comunidad y no me apetece dar explicaciones. Es mejor que nadie sepa que ese es el motivo por el que estoy en este hospital.

—Me voy a ir ya antes de que me mandes ordenar los mismos expedientes por tercera vez. Me apuntas las horas igual, ¿no? —pregunto con timidez esperando que la doctora Wilson no me ponga ningún problema.

Por fortuna, asiento con la cabeza y me permite marcharme asegurándome que me cubrirá esta vez. Por unos instantes me siento tentada a decirle la verdad. Quisiera explicarle el motivo por el que estoy aquí, pero sé que sería mucho peor. En cuanto se corra la voz de

que he tenido un problema con la policía por un asunto de drogas, todo el mundo se pensará que soy una adicta y es lo último que necesito.

A mi padre le daría un infarto si eso se termina sabiendo en el hospital, así que agradezco a la doctora Wilson lo que está haciendo por mí y giro sobre mis talones para abandonar su despacho sintiendo su mirada de decepción atravesar mi alma.

Capítulo 7

Siena

—En cuanto acabes los servicios a la comunidad en el hospital, volverás a la facultad de medicina —anuncia mi padre en su tono severo habitual.

No se trata de una sugerencia o una pregunta. Ni siquiera se molesta en convertirlo en una orden. Lo da por sentado. Se hace lo que él dice y punto. No hay más que hablar. Le importa una mierda que yo tenga veintisiete años o que no quiera dedicarme a la medicina.

—¿Has oído lo que tu padre te acaba de decir? —inquieta mi madre al ver que no respondo.

—Sí.

Ese “sí” se refiere más bien a que he oído lo que mi padre ha dicho, no que piense hacerle caso. Los recientes problemas con la ley y la distancia con mi ex me han hecho reflexionar mucho estas semanas. O quizá es que mi aburrimiento en el hospital es tan grande durante la mayor parte del día que no me queda otro remedio que reflexionar.

El caso es que la actitud rebelde en la que llevo instalada desde que entré en la adolescencia no me está llevando a ningún sitio. Al menos a ningún sitio en el que me interese estar. Al final, me meto en problemas, creo conflictos y acabo haciendo todo lo que dice mi padre, con lo que no soluciono nada.

Creo que lo mejor es negarme en redondo y ya está. Estoy segura de que me amenazarán una vez más con no darme más dinero, siempre lo hace. Espero que no lleguemos a esos extremos si le demuestro que puedo ser una persona responsable sin dedicarme a nada que tenga que ver con las empresas de nuestra familia.

En último extremo, si llegase a cumplir su amenaza, prefiero ganarme la vida como pueda, poniendo copas o como dependienta en una tienda de ropa. Lo que sea. Tengo el título de administración de empresas, así que algo encontraría en algún banco o una consultora. Supongo que tendría que abandonar Los Ángeles, pero tampoco se me ha perdido nada en esta ciudad.

De hecho, no me vendría mal abandonar este sitio. He vuelto a recibir mensajes de mi ex a pesar de que legalmente no puede hacerlo. Lo que más me jode es que parece que no ha pasado nada entre nosotras. Vuelve a ser esa mujer encantadora que siempre terminaba por convencerme de cualquier cosa. Ahora que lo veo desde la distancia, hay días que no sé si vive en una realidad paralela o es completamente bipolar. Alejarme de ella es lo mejor.

—¿Vendrás con nosotros a la gala benéfica la próxima semana? —pregunta mi madre con su mejor sonrisa.

—Puedo ir a la gala, pero no a los actos previos —le explico—coinciden con el horario que tengo en el hospital.

—El hospital es nuestro —replica mi padre haciendo un gesto de desprecio.

—Lo sé, papá.

—¿Entonces?

—Está bien, le diré a la doctora Wilson que debo salir antes el próximo miércoles —admito para no seguir discutiendo.

Me duele pretender dar la imagen de familia perfecta en ese tipo de eventos cuando estamos muy lejos de serlo. Mis padres solamente se hablan para lo estrictamente necesario.

Estoy razonablemente segura de que mi padre se acuesta con una de sus secretarias y sé que mi madre tuvo un escarceo con otro hombre hace años. A mí no me consideran digna de llevar el apellido y ni siquiera se dan cuenta de lo rota que estoy. Pero en esos eventos parecemos la familia perfecta, esa que todo el mundo querría tener. Felices y unidos. Sin problemas. Utilizando nuestro dinero para hacer el bien cuando lo único que hacemos es limpiar el apellido.

—¿Qué tal van las cosas con la doctora Wilson? Andrew dice que es muy buena en su trabajo —interrumpe mi padre sacándome de mis pensamientos.

—Lo es —me apresuro a contestar sin saber por qué un extraño calor ha recorrido mi cuerpo.

—Cualquier problema con ella me lo dices para que Andrew pueda solucionarlo —añade mi padre con su típica prepotencia.

Me limito a forzar una sonrisa más falsa que Judas y asentir con la cabeza. No tengo ninguna queja de Sofía, de hecho es la persona que mejor me trata en el hospital. Aun así, si la tuviese, lo último que necesito es ir corriendo a quejarme a mi padre y al director del hospital como si fuese una niña. En el fondo, parte de los problemas que tengo es que mis padres nunca me dejaron madurar a un ritmo normal, siempre trataron de allanar mi camino con su dinero e influencias, o al menos eso es lo que piensa mi psiquiatra.

Muchas veces lo he hablado con Marlo. Su familia tiene tanto dinero como la mía, pero ella no ha tenido ningún problema en seguir su propio camino. Incluso le han ayudado a montar una fundación para ayudar a personas que viven en la calle. Claro que Marlo tiene dos hermanos mayores que ya han empezado a hacerse cargo de algunos de los negocios de su familia y, en cambio, yo soy hija única. Estoy segura de que a mi padre le hubiese encantado que fuese un niño.

—Ha preguntado por ti James Fernsby, ¿te acuerdas de él? Sigue soltero —apunta mi madre llevando la conversación hacia su tema favorito.

Cuando les dije a mis padres que me gustaban las mujeres, mi padre ignoró mi comentario como si fuese solamente una fase temporal, pero a mi madre casi le da un infarto. No admite ninguna estructura familiar que no sea la tradicional, aunque sea una familia llena de engaños como la nuestra, pero debe ser lo que ella considera tradicional.

El caso es que desde hace años dedica una buena parte de su tiempo a buscarme un novio entre los hijos de sus amigas. Por suerte, en una de esas citas que me lleva preparando desde que tenía dieciséis años, conocí al bueno de James Fernsby. Muchas veces hemos bromeado con la idea de que estamos condenados a casarnos porque él se encuentra en una situación muy parecida a la mía.

Vive en San Francisco con su novio desde que empezó la universidad hace casi diez años. Realmente, es una de las relaciones más estables que conozco y hacen una pareja maravillosa, pero para su madre, James sigue siendo un “soltero de oro” al que hay que buscar una novia de buena familia.

—Está en Los Ángeles esta semana e irá a la gala benéfica el próximo miércoles —añade mi madre orgullosa.

—Genial, estoy deseando volver a verle —admito con mi mejor sonrisa para que se calle de una vez y me dejen cenar en paz.

Capítulo 8

Sofía

Tener a Siena en el ala de oncología está empezando a ser un pequeño problema. No es que la chica me caiga especialmente mal. Realmente, ni bien ni mal; hay días que casi parece un vegetal, simplemente se sienta en una silla o me sigue sin hacer nada como si fuese una sombra.

Otros, en cambio, viene al hospital como revolucionada y pretende ayudar y hacer cosas que sabe que no le están permitidas como interactuar con los pacientes. El hospital podría enfrentarse a una demanda por un importe considerable si Siena interactúa con uno de nuestros pacientes y algo sale mal.

Las enfermeras, en cambio, no la pueden ni ver. Es cierto que a veces es algo prepotente, o más bien actúa como si nada le importase, como si su cuerpo estuviese aquí, pero su mente se encontrase en otro tiempo o lugar. Para complicar más las cosas, cada día, durante la pausa para la comida o el café, debo aguantar las quejas de Arya que la tiene un poco cruzada. Supongo que como mecanismo de defensa por si algún día acaban destinando a Siena al área de cirugía.

Aun así, los días en los que está más comunicativa me parece hasta simpática. Tiene un sentido del humor algo oscuro, pero muy ocurrente y reconozco que su sonrisa es preciosa. A veces me sorprende a mí misma observándola mientras contesta a alguno de sus múltiples mensajes. Me encanta esa manera que tiene de arrugar la nariz al pensar o cómo sus ojos se iluminan cuando se le ocurre algo.

Y hablando del demonio, según me dirijo a la entrada principal del hospital desde el aparcamiento, levanto la vista y la diviso. Camina con despreocupación, ensimismada, con la mirada perdida en su teléfono móvil. Otra manía constante con esa mujer es que parece vivir pendiente de los mensajes que recibe, o de las redes sociales, o vete tú a saber qué. Es posible que simplemente busque citas online. El caso es que se pasa el día mirando la pantalla del móvil y eso no ayuda a que su imagen mejore con el personal del hospital, sobre todo cuando su padre nos hace trabajar a destajo.

Típico en ella, Siena camina por el medio del carril destinado a las ambulancias en vez de por la acera. Seguramente queriendo acortar la distancia hasta la puerta principal y me maravillo de cómo puede enviar mensajes con una mano mientras sostiene un café con la otra.

De nuevo me sorprende a mí misma observándola como una idiota. Está preciosa con un jersey de cuello cisne negro que resalta la melena rubia que cae sobre sus hombros. Lleva esos pantalones vaqueros que tanto me gustan, esos que le hacen un culo espectacular y me pregunto por qué narices me fijo tanto en ella cuando nunca me ha llamado la atención ninguna mujer.

Y de pronto, todo mi mundo se detiene. En las primeras luces del amanecer, el ambiente parece haber adquirido de pronto tonos en blanco y negro. Siena abre los ojos de par en par y sus labios se separan con miedo. Escucho el sonido de la bocina, el chirrido de las ruedas de la ambulancia frenando sobre el asfalto, el olor a goma quemada. El grito desgarrado de Siena que corta la oscuridad como un cuchillo al darse cuenta de que está a punto de ser

atropellada.

Todo parece suceder a cámara lenta, corro suplicando que se aparte. Bajo mis pies, observo las grietas sobre el pavimento, testigos de la huella de cientos de neumáticos que han pasado sobre él. Me abalanzo sobre Siena sin pensar. De nuevo el sonido de la bocina, el sabor del miedo en mi boca, sus ojos azules, los gritos del conductor al pasar a milímetros de nuestros cuerpos.

Siento el dolor en mi mano izquierda, pequeñas trazas de sangre sobre la carretera al deslizarme por el impacto, mi rodilla machacada. Siena permanece bajo mi cuerpo, inmóvil, sus ojos todavía cerrados, como si estuviese convencida de que moriría en este mismo instante.

—¿Te encuentras bien? —susurro con dificultad, mi corazón latiendo con tanta fuerza que me cuesta articular las palabras.

—¡Joder! —es toda la respuesta que recibo.

Permanecemos unos instantes sin movernos y empiezo a ser consciente de la extraña sensación de mi cuerpo sobre el suyo. El calor del café derramado en nuestra ropa, mi mejilla todavía pegada a la de Siena.

—¿Puedes quitarte de encima de mí? —protesta de pronto.

—Casi te atropella una ambulancia.

—Pero no lo ha hecho, ¿verdad? Sigo viva y tú también. Ahora muévete y quítate de encima de mí, estamos llamando la atención y parecemos dos gilipollas —se queja Siena empujando mi cuerpo con brusquedad.

Me aparto y me quedo de rodillas, sorprendida, confusa. Ya ni siquiera siento el dolor en mi mano izquierda o en mi rodilla. Trato de entender lo que pasa por la mente de esa mujer. Se levanta como si le hubiese ofendido que acabase de salvar su vida y abandona las instalaciones del hospital sin ninguna explicación. Sin un gracias ni un adiós. Nada. Simplemente, se va y me deja todavía de rodillas sobre el asfalto como una gilipollas.

Capítulo 9

Siena

Abandono las instalaciones del hospital y deambulo sin rumbo por las calles adyacentes. Mi mente corre a toda velocidad sin poder calmarse. Un torbellino de pensamientos se agolpa en mi cabeza, cada uno más grande que el anterior, aunque no soy capaz de atrapar a ninguno de ellos.

De algún modo, llego a un parque y ceso en mi caminar. Pego mi espalda a un gran árbol y me voy dejando caer hasta sentarme en su imponente sombra. Abrazo mis rodillas temblando, sintiendo que mi pecho se estrecha, el corazón late con tanta fuerza que parece un martillo en mi sien. Es como si quisiera explotar dentro de mi pecho.

Los ataques de ansiedad no son algo obvio como un ataque al corazón. Es algo lento y silencioso, traicionero. Es un lastre alrededor de tu pecho, una lágrima en tus ojos cuando te das cuenta de que te cuesta respirar. Lo reconozco porque me ha ocurrido más veces, somos viejos conocidos.

Pronto, los malos recuerdos regresan a mi mente como si quisieran vengarse. Me inundan acontecimientos de mi infancia que intento sellar bajo llave. El rostro de mi madre con sus labios fruncidos, regañándome por ser una desgracia para nuestra familia, diciéndome que jamás serviré para nada. El de mi padre, implacablemente severo, intratable, duro como una roca de granito.

Tiemblo, abrazo mis rodillas con fuerza en un intento de anclarme al presente, tratando de aferrarme a la realidad y no caer en la trampa de los recuerdos.

Sudor frío, temblor, un maremoto de miedo que se precipita sobre mí sin que pueda hacer nada por evitarlo, tan solo esperar a que pase. No puedo más, quiero que todo acabe. Mi boca seca, las palmas de las manos envueltas en sudor, cada respiración dolorosa.

Me rasco de manera compulsiva la parte interna del codo hasta que mi piel se vuelve roja, en carne viva. Saboreo la humedad salada de las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Solo quiero que cese, por favor. Tan solo quiero que acabe.

—¿Te encuentras bien?

Levanto la mirada con miedo, desubicada, sin saber de quién es la voz de mujer que me habla y que me resulta familiar.

—Siena, ¿estás bien? —insiste la voz.

Se sienta a mi lado y rodea mis hombros con su brazo derecho. Me aprieta contra su cuerpo y se siente bien. Aún estoy temblando, pero percibo una extraña seguridad junto a ella.

—Te ha ocurrido más veces, ¿verdad? —pregunta.

Asiento lentamente con la cabeza, como si me avergonzase admitirlo, con miedo.

—¿Es un ataque de ansiedad?

De nuevo asiento con la cabeza y me dejo abrazar. Escondo mi rostro en su cuello y lloro. Lloro con fuerza, dejando salir a la superficie todo el dolor que me invade, sintiéndome querida por primera vez en mucho tiempo.

—¿Cómo me has encontrado? —balbuceo sin querer soltar el abrazo.

—Supuse que no estabas bien y seguí la dirección que habías tomado. Lo cierto es que te perdí durante un buen rato, hasta que te vi por casualidad sentada bajo este árbol —admite

Sofía mientras acaricia mi espalda con una suavidad que me hace estremecer.

—Gracias —mascullo sin poder articular más palabras.

Quisiera pedirle perdón por lo de antes, agradecer que me haya salvado la vida cuando casi me atropella una ambulancia. Joder, hay tantas cosas que me gustaría decirle que los pensamientos se agolpan en mi mente sin que las palabras abandonen mi garganta.

—Me gustaría que te tomes esta pastilla, te sentará bien —susurra mientras saca de su bolso algún tipo de medicamento y me lo ofrece.

Ni siquiera pregunto de qué se trata, hago un esfuerzo por tragarlo con la garganta seca y vuelvo a llorar en su cuello, a dejarme abrazar como si fuese una niña pequeña que sufre de pesadillas.

Al cabo de un rato, empiezo a sentirme mejor. No sé si es la medicación o el abrazo de Sofía, posiblemente las dos cosas, pero vuelvo a ser yo misma y con ello regresan a mi mente una nueva tanda de preocupaciones.

—Siento muchísimo lo que ha ocurrido, sobre todo haberte gritado. Me has salvado la vida, si no llega a ser por ti, esa ambulancia me habría atropellado. Lo recordaré siempre —admito.

—No pasa nada, un mal día lo tiene cualquiera —me asegura con esa voz que tiene el extraño efecto de calmarte—. Además, mi trabajo consiste en salvar vidas —bromea.

No quiero separarme de su cuello, su piel es suave, huele a canela y sus dedos peinan mi melena con una delicadeza sublime. Sin apenas darme cuenta, acaricio su mejilla con el reverso de mi mano, recorro con la punta de mis dedos sus finos labios hasta que levanto la cabeza acercándome un poco más a ella.

Siento su mejilla pegada a la mía, sus dedos todavía peinando mi melena, mi nariz rozando la suya hasta que nuestros labios se encuentran en un maravilloso beso. Sus labios son suaves como los pétalos de una rosa, Sofía cierra los ojos y abre ligeramente la boca. Su respiración se acelera como si me estuviese suplicando continuar y un suave gemido, casi imperceptible, llega a mis oídos cuando me separo.

—Joder, vaya día que llevo, lo siento. No sé lo que ha pasado —me disculpo.

Sofía me mira en silencio, se ha quedado sin palabras. Su rostro es difícil de leer. No sé si me quiere cruzar la cara de un tortazo o tirarme sobre la hierba para proseguir con nuestro beso.

—Creo que mejor me voy —suspiro todavía temblando.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, de verdad. Ya te he quitado mucho tiempo y tienes pacientes que atender. Muchas gracias por todo, te lo digo de corazón —añado.

—Lo sé —suspira mientras ella también se levanta y sacude sus pantalones para desprenderse de las hojas secas.

Respiro hondo tratando de recomponerme y camino en dirección a mi apartamento con paso vacilante. Son tan solo las nueve de la mañana y ya ha sido uno de los días más intensos de mi vida.

Pero ese beso... ese beso lo recordaré siempre. Fue maravillosamente sensual. Corto, tan solo un roce de nuestros labios, pero con una carga de energía tan increíble que mis rodillas tiemblan todavía.

Tan solo espero que Sofía me siga hablando cuando mañana me presente en el hospital a trabajar.

Capítulo 10

Sofía

—¿Qué dices que has hecho? —inquire Arya abriendo los ojos como platos.

—Lo has escuchado perfectamente, Arya. No me lo hagas repetir que bastante me ha costado contártelo —confieso.

—¿En serio has besado a la heredera?

—Más bien me ha besado ella a mí, pero sí —admito con un suspiro.

—Ostras, ¡qué fuerte! Rompecorazones Wilson te llamaré a partir de ahora —bromea.

—Arya, esto es muy serio —protesto.

—Lo sé. Acabamos de descubrir que te gustan las mujeres, aunque yo siempre he tenido esa sospecha.

—¿Quieres bajar la voz, joder? —me quejo mirando alrededor por si nos pudiese escuchar alguien—. Y no lo decía por eso.

—¿Cómo ha sido? ¡Cuéntame! —insiste.

—¿Eso es todo lo que te interesa?

—No, pero empecemos por ahí —sugiere alzando las cejas divertida.

—Maravilloso —suspiro cerrando los ojos.

—¿Te gusta esa chica?

—No lo sé, Arya —reconozco—. Nunca me lo había ni siquiera planteado. Estoy segura de que es mucho mejor persona de lo que la gente cree. Bajo esa fachada de rebelde sin causa se esconde una mujer tierna. Solo digo que me gustaría conocerla mejor, eso es todo.

—¿Por qué no la invitas a tomar algo con la excusa de hablar de lo que ha pasado? Así sabrás si ella siente lo mismo y puede ser una buena oportunidad para conocerla un poco más en un terreno neutral —propone Arya, que siempre ha estado muy interesada en emparejarme con una mujer.

Siena

A la mañana siguiente entro en el hospital con el corazón en un puño. No sé muy bien lo que puedo esperar de la doctora Wilson. Si tuviese que apostar, me jugaría el cuello a que ese beso le ha gustado tanto como a mí, pero en el tiempo que llevo en este trabajo siempre he escuchado que Sofía es completamente hetero.

Lo que sí sé es que me voy a morir de vergüenza cuando la vea. He actuado como una gilipollas. Joder, no solo me ha salvado la vida impidiendo que me atropellase una ambulancia, sino que más tarde ha conseguido sacarme de un ataque de ansiedad. La caja de bombones que le traigo para agradecersele me parece muy poca cosa.

—Siena, ¿cómo te encuentras esta mañana? —pregunta en cuanto me ve entrar por la puerta, apresurándose a levantarse de su mesa para saludarme.

Le aseguro que estoy mucho mejor, aunque apenas soy capaz de encontrar las palabras adecuadas para disculparme. Mucho menos aquellas que sean capaces de expresar todo el agradecimiento que siento por lo que ha hecho.

—Doctora Wilson, con respecto a lo de ayer...

—Fue un día duro para ti, Siena, entiendo que no hayas regresado al hospital. He cubierto como que has venido a trabajar si eso es lo que te preocupa —interrumpe.

—Gracias, no es solamente eso.

—No te preocupes, mejor lo olvidamos —expone haciendo que se me hiele la sangre.

—Hay cierta cosa que no podré olvidar tan fácilmente y para ser honesta, tampoco la quiero olvidar —tercio armándome de valor y cogiendo su codo para detenerla antes de que se gire.

Observo en su rostro que se ha puesto nerviosa, pero no estoy dispuesta a olvidar tan fácilmente ese beso porque sé que luego me arrepentiré. Me mira fijamente, su pecho alzándose con cada respiración y cierra la puerta del despacho antes de continuar hablando.

—Si te refieres a lo del beso...

—Sí.

Un suspiro, un largo silencio. Acaricia su mentón de manera meticulosa como si estuviese meditando una respuesta.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—¿Te ha molestado que lo hiciese? —pregunto con un hilo de voz.

—No.

—¿Te ha gustado? —espeto sin perder tiempo.

Sofía alza la mirada de golpe y me clava sus ojos color avellana.

—Siena, sabes que soy hetero, ¿verdad? —expone bajando la voz.

—No has respondido a mi pregunta.

De nuevo una larga pausa que a mí se me hace infinita.

—Sí —admite con un suspiro— me ha gustado, pero eso no significa que...

—¿Puedo invitarte a cenar? —interrumpo—. Me gustaría conocerte mejor fuera del ambiente de trabajo y de paso agradecerte lo que has hecho por mí.

—¿Sería solamente eso?

—Depende de ti. Si quieres que sea solamente eso, está bien por mi parte —concedo aunque sé que si ocurre me sentiría muy defraudada.

—Está bien. Miraré mi horario y podemos buscar algún día que nos venga bien a las dos.

—Mañana sería perfecto, al día siguiente tienes descanso —me apresuro a responder sin explicar el porqué he repasado su horario antes de entrar en el despacho.

—Mañana entonces, pero no es una cita.

—Te he traído bombones —añado entregándole la bolsa que llevaba en la mano.

De pronto, los ojos de la doctora Wilson se abren como platos y una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Si pretendes seducirme, los bombones son una buena manera de hacerlo —reconoce aceptando el regalo.

Aprovecho la primera ocasión que tengo para escaquearme y dirigirme al área de cirugía, sabiendo que la doctora Kumari tiene dos horas libres entre sus turnos de quirófano.

—Por favor, dime que no te han destinado a mi departamento, joder —se queja Arya juntando las manos como si estuviese rezando en cuanto me ve entrar a su despacho.

—No, no vengo por eso —susurro todavía desconcertada por su hostil recibimiento.

—¿Qué quieres, heredera?

—Necesitaba hablar contigo de un asunto serio, pero te pediría que no me llames así —me quejo tratando de mantener la calma. Ya he visto en el tiempo que llevo aquí que la doctora Kumari es algo particular.

—¿Princesa entonces? ¿Su alteza quizá?

—Por favor, es un tema serio —protesto.

—¿Qué puede ser tan serio como para que tenga que interrumpir mi rutina de trabajo para escucharte?

—Mañana tengo una cita con la doctora Wilson y tú eres quien mejor la conoce. Me preguntaba si...

—Joder, ¡haber empezado por ahí! —interrumpe Arya Kumari —siéntate, capulla, vamos a hablar. Bueno, lo de capulla te lo digo de forma cariñosa, ya sabes que hablo así —explica con una gran sonrisa.

Su cara parece haber cambiado por completo. Ha pasado del desinterés más absoluto a inclinarse hacia delante dispuesta a conseguir que su amiga tenga la cita perfecta.

—Sabía que a Sofía le gustaban las mujeres. Tanta mala suerte con sus relaciones hetero no podía ser casualidad —anuncia.

Trato de explicarle que técnicamente no es una cita, aunque a mí me gustaría que lo fuera. En teoría solamente vamos a cenar juntas en señal de agradecimiento por lo que ha hecho por mí, pero me gustaría que una cosa llevase a la otra.

—Sofía seguramente espera que la lleves a cenar a algún sitio muy pijo, de esos que frecuenta tu familia, así que debes hacer todo lo contrario —expone abriendo las manos como si resultase obvio.

Asiento con la cabeza, aprovechando para preguntarle por los gustos de la doctora Wilson cuando sus ojos se iluminan como si hubiese tenido una gran idea.

—Te iba a proponer un restaurante cerca de la playa de Santa Mónica en el que preparan las mejores gambas a la plancha del país. Ahí es donde llevé yo a mi mujer en nuestra primera cita, pero luego recordé que Sofía siempre habla de lo bien que se lo pasaba de niña cuando sus padres la llevaban a visitar el parque de atracciones que hay en el muelle de Santa Mónica. Podrías llevarla allí y comer algo por la zona —sugiere.

Le agradezco la idea, porque lo cierto es que a mí también me apetece mucho para nuestra primera cita y antes de que pueda abandonar su despacho vuelve a llamarme.

—No la cagues con Sofía. Le cuesta un poco admitirlo, pero ha disfrutado mucho de vuestro beso ayer en el parque.

—¿Te lo ha contado? —pregunto sorprendida.

—Estaba temblando de emoción, pero yo no te he dicho nada —añade Arya.

—Gracias.

—Si le rompes el corazón a Sofía, te arranco la cabeza, heredera —me advierte con un guiño de ojo y una amplia sonrisa a modo de despedida.

Capítulo 11

Sofía

Llegamos al muelle de Santa Mónica al atardecer y se me encoge el corazón al ver a lo lejos la gran noria. De pronto, regresan a mi mente tantos recuerdos de cuando era una niña que debo luchar para que mis lágrimas no arruinen el maquillaje.

—Ahí es nuestra cita —susurra Siena junto a mi oído señalando el parque de atracciones.

El sol comienza a ponerse en el horizonte, pintando el cielo de un rojo brillante con vetas anaranjadas, como si un pincel sin control hubiese rasgado un lienzo en blanco. La gran noria se refleja en el océano Pacífico. Sus luces bailan sobre las olas del mar y regresan a mi memoria las risas, el algodón de azúcar, los perritos calientes, los coches de choque o el primer peluche que ganó mi padre para mí cuando era una niña pequeña y que todavía conservo.

Todo lo que nos rodea es una auténtica fiesta para los sentidos, el sonido de las risas, las olas del mar rompiendo contra el muelle, las gaviotas haciendo círculos en el cielo mientras buscan los últimos restos de comida. Cierro los ojos y pienso para mí misma que Siena no podría haber elegido un lugar mejor para nuestra primera cita.

—¿Pases VIP? Debí imaginarlo —bromeo al ver que Siena entrega dos pases que nos permiten subir a todas las atracciones sin hacer cola.

—Si debemos esperar una hora para subir a la noria nuestra cita perdería mucho —confiesa encogiéndose de hombros.

—No es una cita —protesto.

—Es verdad. ¿Empezamos por la noria? Hace un montón que no me subo en ella —propone Siena con la sonrisa de una niña.

La enorme noria gira de manera incansable; las más de 174.000 luces LED crean una atmósfera casi mágica y cuando Siena coge mi mano y se acurruca contra mí en el asiento, no puedo evitar dejar escapar un largo suspiro. El calor de su cuerpo en este maravilloso entorno apenas se puede describir con palabras. Aprieta mi mano mientras disfrutamos de las fantásticas vistas de la playa de Santa Mónica y cuando la noria termina de girar, levanta su cabeza para regalarme un suave beso en la mejilla que me transporta directamente al paraíso.

Antes de que me quiera dar cuenta, grito junto a Siena levantando los brazos en la West Coaster, la montaña rusa que atraviesa el parque de lado a lado. Admiro por unos breves instantes las vistas de la bahía antes de caer a una velocidad de vértigo que consigue que el estómago se encoja y agradezcas no haber comido nada antes de montarte.

—Mira qué cara de idiotas tenemos las dos —bromea Siena antes de comprar como recuerdo la foto que nos han hecho en plena caída.

Por más que he insistido en que la foto tiene un precio desorbitado, se ha empeñado en comprar dos copias para guardarlas como recuerdo de nuestra primera cita, una para ella y otra para mí. Sigue empeñada en llamarlo cita... y yo empiezo a pensar que lo es.

—Por favor, no me digas que te vas a poner a jugar al Wac-A-Mole con los niños pequeños —susurro al ver que se detiene ante este juego y pide un martillo.

—También hay padres de niños —expone Siena arqueando las cejas.

—Sí, padres de niños que quieren ganar un peluche para sus hijos —protesto.

—Yo quiero ganar un peluche para ti.

Antes de que pueda decir otra palabra, el juego se pone en marcha y Siena se lía a martillazos contra cualquier cosa que salga por uno de los cinco agujeros del juego, blandiendo el martillo a una velocidad y con una fuerza que dan miedo. Un grupo de niños sonríe y nos mira cuchicheando algo cerca de nosotras, pero nada parece poder distraerla. Cuando el tiempo se acaba, el encargado de la atracción se inclina hacia nosotras para darle un simpático peluche de un tigre ante la mirada de envidia de varios de los críos que se arremolinan a nuestro lado.

—Es para ti —susurra estirando el brazo para regalarme el peluche.

Puedo notar que se me pone roja hasta la punta de las orejas y si no fuese porque estamos rodeadas de un montón de niños, me abalanzaría hacia Siena y le daría el mejor beso de su vida, porque mis rodillas tiemblan en estos momentos y el corazón late a más velocidad que la montaña rusa en la que nos acabamos de montar.

—Ay, el amor —bromea una niña de unos siete años con cara de listilla a la que su madre regaña de inmediato.

—Me encanta cuando te ruborizas —suspira Siena junto a mi oído.

—Te voy a matar por hacerme esto —añado antes de besar su mejilla.

Para compensarme por el mal rato que me ha hecho pasar con el peluche del simpático tigre, Siena me lleva a cenar al Beach Burger donde pedimos un par de hamburguesas de Angus que están deliciosas acompañadas de una cerveza.

Ya más tranquilas durante la cena, tenemos una distendida charla que nada tiene que ver con cualquiera de las conversaciones que hayamos mantenido hasta el momento. En el fondo lo suponía, pero bajo la capa de niña pija y rebelde, hay una mujer maravillosa. Los nervios me hacen hablar algo más de la cuenta, pero Siena me escucha con paciencia, cogiendo mi mano y clavando sus hermosos ojos en los míos. Haciéndome sentir querida y tremendamente a gusto junto a ella. Tan bien, que empiezo a plantearme todas mis ideas iniciales sobre las relaciones.

—No sé a ti, pero a mí me ha parecido una cita de verdad. Y ha sido maravillosa —apunta Siena tras acompañarme hasta el portal de mi apartamento.

Respiro profundamente antes de soltar un largo suspiro.

—A mí también me lo ha parecido y admito que ha sido una pasada —reconozco cerrando los ojos y meneando la cabeza antes de sentir sus suaves labios besando los míos.

Siena me besa con la delicadeza de una pluma, mordiendo ligeramente mi labio inferior, rodeándolo con la punta de su lengua hasta conseguir que mis rodillas tiemblen. Un cosquilleo imposible de ignorar se apodera de la parte baja de mi vientre y admito para mí misma que si me pide pasar la noche en mi apartamento no pondré ninguna excusa para decirle que no.

—Buenas noches, Sofía —susurra con un beso tras el lóbulo de mi oreja que consigue que se me ericen los pelos de la nuca.

—Buenas noches —suspiro quedándome sin palabras.

En el fondo, me gustaría decirle que si quiere subir. Estoy casi segura de que ella lo está esperando, pero mi corazón late con tanta fuerza que las palabras se me escapan y no consigo pensar con claridad.

Solo cuando veo las luces de su coche perderse en la lejanía comprendo que he sido una idiota. Debí haberla invitado. Joder, ya no soy una adolescente, mi cuerpo pedía a gritos pasar una noche con ella y la he dejado marchar.

Y mientras introduzco la llave en la cerradura de la puerta, pienso para mí misma que ni siquiera recuerdo una cita tan maravillosa como la de esta noche y me sorprende al admitir que me estoy quedando colgada de una mujer.

Capítulo 12

Sofía

—¡Cuenta, por favor! Quiero conocer todos los detalles —insiste Arya mientras tomamos un rápido café antes de empezar la jornada.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Especialmente los detalles más escabrosos —bromea.

Me llevo una mano a la frente y niego con la cabeza divertida. Por mucho que ahora esté casada con Patricia y que haya sentado la cabeza, dentro de Arya sigue habitando una adolescente con las hormonas disparadas.

—Reconozco que fue una pasada de cita —admito con un largo suspiro.

—Ay, que Sofía por fin se ha pasado al lado bueno —interrumpe Arya arqueando las cejas.

—Eres idiota. No hay ningún lado bueno o malo. Simplemente, te digo que fue una gran cita. Siena me hizo pasar una tarde maravillosa junto a ella. Lo pasamos genial en el parque de atracciones, incluso ganó un peluche para mí en el Wac-A-Mole y hablamos de todo mientras cenábamos. No sé, fue muy bonito, tierno incluso —confieso encogiéndome de hombros.

—¿Y la noche?

—La noche la pasamos cada una en su cama. Nos despedimos con un beso en mi portal y ya está.

Arya abre los ojos como platos. No sé por qué debía estar esperando que me hubiese acostado con Siena al volver de nuestra cita. Lo cierto es que en cuanto se marchó me arrepentí de no haberlo hecho, pero en ese momento ni siquiera me atreví a invitarla a pasar.

—¿Y ahora? ¿Vais a seguir? —indaga Arya, incapaz de dar el tema por zanjado.

—No lo sé —admito con un suspiro—. No sé lo que quiero ni lo que ella desea —añado bajando la mirada.

Siena

—Creo que sería bueno tener una charla —anuncia Sofía en cuanto entro por la puerta de su despacho.

Joder, ni siquiera ha esperado a que dejase la chaqueta en el perchero. La observo con detenimiento y parece nerviosa, juega insistentemente con un bolígrafo entre sus dedos y su pierna derecha no deja de pegar botes. Espero que no sea una de esas mujeres que se quiere ir a vivir contigo tras la primera cita.

—Tú dirás.

Me siento frente a ella y apoyo los codos en la mesa, reposando mi barbilla en mis dedos entrelazados. La miro fijamente, expectante ante lo que tiene que decir, pero solo el silencio llega a mis oídos.

—Tierra llamando a Sofía —bromeo pasando lentamente la mano abierta por delante de sus ojos al ver que no dice nada.

—Para mí es importante, Siena —me recrimina con el rostro serio.

Me disculpo al observar que se ha puesto muy tensa y le prometo que soy toda oídos, pero al ver que sigue dubitativa, decido pasar a la acción.

—Me lo pasé muy bien en nuestra cita —reconozco dibujando en los labios mi mejor sonrisa.

—Yo también. Precisamente de eso quería hablarte —admite Sofía—. ¿Hacia dónde nos lleva esto? ¿Has pensado algo?

Me empieza a dar mala espina. Esta mujer parece de las típicas que lo deben tener todo planificado y eso no va conmigo. Me gusta mucho, no lo voy a negar, pero ahora mismo no tengo la cabeza ni para una relación seria ni para salir con una paranoica. Si Sofía quiere ir en esa dirección, vamos por mal camino.

—He pensado que me gustaría volver a quedar contigo y ya está —respondo quizá un poco borde.

—Querría ir poco a poco —susurra como si le preocupase que alguien pudiese escucharnos.

Alzo las cejas y pondero unos instantes lo que le quiero contestar. Ha sido simplemente una cita. No veo el motivo para andar dándole vueltas en la cabeza a todo esto, pero no quiero que se enfade y se esfumen las posibilidades de volver a quedar, porque me gustaría llevármela a la cama.

—Sin problema.

Sonríe y asiente con la cabeza. Parece que era la contestación que estaba esperando. Buena señal.

—Dime una cosa —interrumpe de pronto—. Si tras volver de la cena te llego a invitar a mi apartamento, ¿habrías subido?

—¿Quieres saber la verdad?

—Por favor.

—Casi quemo el Satisfyer. No lo hubiese dudado y si no llega a ser porque estoy segura de que te molestaría, ahora mismo cerraría la puerta y me colaría entre tus piernas hasta darte el mejor orgasmo de tu vida —susurro inclinándome hacia ella.

Me hace gracia lo nerviosa que se ha puesto. Todo su escote se ha tornado de un ligero color rojizo súper excitante y mientras muerdo mi labio inferior, Sofía trata de disimular que sus pezones empiezan a marcarse a través de la blusa.

—Has sido tú la que ha preguntado —alego levantando las manos.

Por desgracia, nuestra conversación se ve interrumpida por una emergencia. Han llegado los análisis de uno de sus pacientes y Sofía se disculpa educadamente para salir a toda velocidad de su despacho. Una de las cosas que más me sorprende de ella es que parece vivir en una auténtica montaña rusa en lo que se refiere a su trabajo.

Siempre pensé que los médicos conseguían mantener una distancia con respecto a los diagnósticos de sus pacientes, al menos después de unos años de experiencia. Sofía es capaz de subir a las nubes cada vez que consigue curar a alguien o caer a los infiernos con cada mala noticia. Es una de las personas más empáticas que he conocido y sus pacientes la adoran. Les hace sentirse seguros y especiales. Hago nota mental de si un día dirijo este hospital, cosa que no creo que ocurra, subirle el sueldo.

Capítulo 13

Sofía

Antes de que me pueda dar cuenta, el tiempo cumple su inexorable labor y los días van pasando. La semana que transcurre desde mi primera cita con Siena se pasa sorprendentemente rápido, como si su sola presencia pudiese lograr que las agujas del reloj vayan a mayor velocidad.

Los pocos ratos perdidos que tengo en el área de oncología son mucho más llevaderos junto a ella. Se está convirtiendo en una más en nuestra mesa a la hora del café y a menudo se alía con Arya para meterme en situaciones comprometidas.

Compartir con Siena los buenos momentos de mi profesión es algo maravilloso. Por raro que parezca, parece tan feliz como yo cada vez que uno de mis pacientes consigue vencer al cáncer y recibir el alta. Es difícil de entender, pero a pesar de que llevamos poco tiempo, cada día que paso junto a ella, comienzo a sentir algo más profundo y eso me asusta un poco porque nunca me había ocurrido tan rápido.

—¿Qué te parece pasar la tarde en el Palisades Park? —propone Siena acariciando la parte baja de mi espalda de manera distraída—. Mañana tienes día libre y hay una convención de *food trucks*. Podremos probar un montón de comidas diferentes —añade.

Creo que estamos siendo muy discretas dentro del hospital. Esa ha sido una de las condiciones que le he puesto para salir con ella, al menos hasta que lo tengamos más claro. Nuestra situación es de lo más extraña y no quiero alimentar sospechas o malos pensamientos. Por un lado, ella depende jerárquicamente de mí en estos momentos, así que tendría que avisar al departamento de Recursos Humanos y rellenar uno de esos infinitos formularios.

Por otro lado, que sea la hija del dueño del hospital, se salta por completo toda jerarquía y en ese caso, paso a ser yo la que tiene una posición potencialmente débil. Estoy casi segura de que no tenemos ningún protocolo en Recursos Humanos que indique cómo debemos actuar en caso de salir con un miembro de la familia Collins.

En cualquier caso, a veces me da la impresión de que algunas de las enfermeras sospechan algo. Quizá sean imaginaciones mías, pero me parece que nos dedican unas miradas un poco extrañas. De mi entorno, por supuesto que Arya, Daniela y Laura lo saben, aunque he sido muy cuidadosa en no decírselo a nadie más y estoy segura de que ninguna de ellas lo ha hecho tampoco.

Siena

El día está siendo una auténtica mierda. Desde que abandoné el hospital esta mañana sobre las diez y media nada me ha salido bien y solamente el hecho de que iré a cenar con Sofía me ayuda a que el tiempo pase más rápido.

A las doce tenía una reunión con el Juez McGrath para hacer un seguimiento de mi condena de servicios a la comunidad. Lo llevaba todo bien documentado y no esperaba ningún inconveniente. Mucho menos me esperaba encontrarme con mi padre en el despacho del juez. Lo que iba a ser simplemente una reunión de trámite para asegurarse de que estaba acudiendo todos los días al hospital, se convirtió en un auténtico interrogatorio que se alargó muchísimo más de la cuenta.

Tuve que responder a un aluvión de preguntas sobre Sofía y eso me hizo sentir demasiado incómoda, mucho más de lo que hubiese pensado.

Es extraño, pero cada vez que cuestionaban cómo Sofía enfocaba mi tiempo en el área de oncología lo sentía como un ataque personal y me ponía tensa. Al final, acabé discutiendo con mi padre durante la comida. Pensaba estar de vuelta en el hospital antes de las dos para comer un sándwich rápido con Sofi y vuelvo casi a las seis, estresada y cabreada.

—¿Has visto a la doctora Wilson? —pregunto a una de las enfermeras nada más entrar en oncología.

Falta poco para que termine su jornada de trabajo, pero siempre se queda más tiempo haciendo una última ronda con sus pacientes o estudiando en mayor detalle alguno de los casos.

La enfermera se encoge de hombros y lo mismo hace la siguiente persona a la que pregunto, una residente que lleva casi un mes trabajando con ella. Nadie parece saber dónde se encuentra, es como si se la hubiese tragado la tierra.

—¿Qué pasa, heredera? —responde Arya al otro lado de la línea.

Por más que le he dicho, pedido, rogado y suplicado que deje de llamarme heredera, es inútil. Supongo que es su manera de ser. Empiezo a llevarme muy bien con ella, pero a veces es demasiado intensa y va muy por libre.

—¿Sabes dónde puede estar Sofía? —me apresuro a preguntar—. No la encuentro por ningún sitio.

—¿No encuentras a Wilson? ¿Has probado en la terraza de la azotea?

—No. ¿Por qué iba a estar allí?

—Cuando quiere follar con alguna residente suele ir allí —espetea Arya.

—¿Qué?

—Joder, casi se te para el corazón, ¿a que sí, heredera? —bromea Arya—. Cuando no está bien sube a la terraza de la azotea. Le ayuda estar a solas y reflexionar —explica.

—Eres gilipollas, Arya —protesto—me has dado un susto de muerte.

Tras colgar el teléfono, cojo el ascensor que lleva al último piso y subo los escalones del tramo de escaleras que conduce a la azotea de dos en dos.

Abro la puerta con cuidado y ahí está. Sentada, con la mirada perdida en el horizonte. Concentrada en algún punto inexistente.

—¿Te encuentras bien? —susurro sentándome a su lado.

Sofía se gira hacia mí sorprendida, sus ojos rojos de haber estado llorando y coge mi mano entre las suyas apretándola con fuerza.

—Ya no se puede hacer nada por ella, Siena —solloza—. Deja tres niños pequeños.

Muerde su labio inferior en un gesto de dolor e inmediatamente sé de quién está hablando. Sofi llevaba unos días muy preocupada por una mujer de unos cuarenta años que no estaba respondiendo bien a los tratamientos.

No puedo hacer otra cosa que sentarme a su lado y acariciar lentamente su espalda en un vano intento de que deje atrás lo ocurrido.

—¿Y el tratamiento experimental ese del que me has hablado que aplican en Houston? —pregunto recordando una conversación que hemos tenido hace un par de días.

—Es muy difícil que la admitan y en su estado tendría que volar en un avión medicalizado —explica Sofía bajando la mirada—. Incluso en el caso de que consiguiésemos de algún modo que la admitiesen y que pudiese llegar hasta allí, sería buscar un milagro.

—Los milagros a veces existen —susurro besando su mejilla.

—No me has escuchado, Siena. Es imposible que la admitan y no disponemos de un avión medicalizado para trasladarla —repite bajando la voz.

—¿Me dejas intentarlo? —pregunto sabiendo que me voy a meter en un lío si pido ese favor.

Sofía simplemente se encoge de hombros y me separo de ella para hacer varias llamadas de teléfono. Ni siquiera sé por qué estoy haciendo lo que hago y mi padre me va a matar cuando sepa que he utilizado el dinero de nuestra fundación para alquilar un avión medicalizado, pero veinte minutos más tarde me acerco de nuevo a Sofía con el corazón en un puño.

—Debes ponerte en contacto con el doctor DaPinto en Houston para discutir los detalles del caso. Si lo aprueba tienes un avión disponible a la hora que me digas para llevarla hasta allí —expongo con una sonrisa de orgullo.

Sofía se lleva una mano a la boca y me mira como si acabase de ver a un extraterrestre. Limpia una lágrima que rueda por su mejilla y a continuación me abraza con tanta fuerza que parece que me quiere romper.

—Si esto sale bien, quizá esa mujer pueda salir adelante gracias a ti. No sé cómo te lo puedo pagar —suspira con un beso.

—Habla con ese doctor, no adelantemos acontecimientos —interrumpo acariciando su brazo izquierdo.

Sofi corre hacia su despacho y durante los siguientes cuarenta y cinco minutos mantiene una conversación telefónica con el doctor de Houston en unos términos que no soy capaz de entender a pesar de estar en el último curso de Medicina.

Yo, por mi parte, me siento en su despacho y simplemente la observo con detenimiento. Hay tanta pasión en su voz, tanto conocimiento en su mente, que no puedo evitar sentirme orgullosa de ella. Apenas llevamos nada de tiempo juntas y dudo que lo nuestro llegue a buen puerto. No estoy preparada para una relación a largo plazo con nadie, no hasta que logre vencer a mis demonios internos. Aun así, en estos momentos, mientras discute todos los detalles del caso con su homólogo de Houston, me casaría con ella sin dudarlo.

—Siento haberte arruinado nuestra cita —se disculpa Sofía casi a las doce de la noche—. Ya ni *food trucks* ni nada de nada.

—Ha merecido la pena. Estoy muy orgullosa de ti —le aseguro con un susurro—. ¿Qué te parece si te preparo algo de cenar en mi apartamento y vemos una película tiradas en el sofá? —propongo al ver el cansancio en los ojos de Sofía.

Capítulo 14

Siena

Sofía reposa la cabeza en mi hombro, su respiración suave y acompasada mientras duerme. Me dijo que no estaba acostumbrada a beber alcohol y se ha quedado dormida a mi lado en el sofá. Espero que sea eso, porque ni mi conversación ni la película que estábamos viendo eran tan malas.

Me quedo muy quieta para no despertarla mientras acaricio su pelo con cuidado. Tendría que llevarla a la cama para que descanse, pero está tan bonita, dormida a mi lado que me da pena moverla.

Al cabo de un rato, mueve su cuerpo ligeramente y emite un suave soplo. Su cabeza se apoya ahora sobre mis pechos y por mucho que me empieza a gustar, creo que debería llevarla a la cama. Me hace gracia que todavía le cueste aceptar que puedan gustarle las mujeres. En su caso, creo que es más que no se lo había ni siquiera llegado a plantear, a pesar de que algunas de sus mejores amigas son lesbianas. Y no será porque Arya Kumari haya insistido poco en que el problema con sus relaciones es que está buscando en el sexo equivocado.

—Vamos a la cama, dormilona —le susurro moviéndome ligeramente para que no se dé cuenta de que tiene su boca sobre una de mis tetas.

—¿Qué hora es? —pregunta desubicada.

—Son las dos, pero te has quedado dormida como un tronco. Te voy a llevar a la cama para que descanses, es mejor que esta noche te quedes en mi apartamento —propongo mientras la ayudo a levantarse.

—Creo que he bebido demasiado —admite apoyándose en mi cuerpo de camino al dormitorio.

Con un fuerte bostezo, se sienta en mi cama solo parcialmente despierta al tiempo que voy desabrochando uno a uno los botones de su blusa.

—¿Sabes que es muy excitante que me desnudes? —bromea alargando las sílabas por el alcohol.

—Ahora tienes que dormir, ¿vale? —le susurro colocando el dedo índice sobre su boca.

Y en cuanto la ayudo a quitarse el sujetador y ponerse una de mis camisetas, Sofía se deja caer sobre el colchón y abre la boca, quedándose completamente dormida. Sacudo la cabeza mientras desabrocho sus pantalones vaqueros y le quito los calcetines. Sofía tiene unos pies preciosos, de esos que te apetece masajear en una bañera.

—Levanta el culo, ayúdame un poco —solicito intentando quitarle los pantalones para que esté más cómoda.

Una vez lo consigo, Sofi se da media vuelta y apoyando la cabeza en la almohada, vuelve a quedarse profundamente dormida. Ni siquiera se ha dado cuenta de que compartiremos cama, aunque para mí va a ser un esfuerzo titánico pasar la noche pegada a una persona que me atrae tanto como ella lo hace.

Sofía

Algo me despierta en plena noche. Abro con pereza los ojos para mirar el reloj, son todavía las cuatro de la mañana. Recuerdo haberme quedado dormida durante la película.

Habíamos bebido demasiado y Siena insistió en que me quedase en su apartamento. Me ayudó a quitarme la ropa y me dejó una de sus camisetas para dormir. Supongo que poco más tarde ella también se metió en la cama, pero ni siquiera lo recuerdo.

Aunque estoy girada hacia el lado contrario, siento su cuerpo sobre el colchón, ligeros movimientos, su respiración más agitada que si estuviese durmiendo.

Permanezco muy quieta, intentando aguzar mi oído en la casi absoluta oscuridad que rodea el dormitorio. Escucho un ligero roce con las sábanas, sus piernas se mueven, pequeños suspiros casi inaudibles.

No puede ser. Joder, no.

Intento bloquear ese pensamiento de mi cabeza, pero creo que Siena se está masturbando a mi lado. Trato por todos los medios de sacar ese pensamiento de mi mente y volver a dormir. Seguro que son imaginaciones mías, no se puede estar acariciando justo a mi lado, no mientras compartimos cama, por mucho que crea que estoy dormida.

No consigo conciliar el sueño. Mi mente trata de imaginar a Siena acariciando su sexo y eso me pone demasiado nerviosa. Mis oídos se concentran ahora sobre cualquier mínimo ruido, trato de percibir hasta el más ligero movimiento de su cuerpo. Mi corazón palpita con fuerza y siento mis pezones endurecerse contra la suave tela de la camiseta. Mierda, ayer simplemente nos habíamos besado varias veces, pero no seguimos adelante. No puede ser que me esté excitando de este modo. Quizá sea nada más que una pesadilla, no puede estar haciéndolo.

Sigo quieta sobre la cama, incapaz de moverme, conteniendo la respiración, intentando comprender el grado de excitación que tengo en estos momentos. Una excitación que va en aumento con cada sonido que escucho en el otro lado de la cama.

Ahora ya lo tengo claro. Cierro los ojos y escucho su respiración, el sonido de sus dedos deslizándose por la humedad de su sexo, sus pies rozando las sábanas en cada movimiento.

Siena se acaricia despacio, tratando de no hacer ningún ruido, ajena a todo, sin saber que la estoy escuchando. Seguramente cree que duermo y por unos instantes, pienso que estoy traicionando su confianza. De algún modo estoy casi violando su intimidad al escucharla.

Quizá debería girarme ligeramente para que se detenga. O toser. Hacer cualquier ruido o movimiento que la haga detenerse.

Pero al mismo tiempo es algo bonito, sensual. Es extremadamente excitante saber que se está masturbando a mi lado, ser consciente de que está disfrutando de un momento íntimo a poco más de medio metro de mí.

Esa es la parte que no consigo entender. Al darme cuenta de lo que Siena estaba haciendo pensé que sería muy incómodo para mí, pero es lo más excitante que recuerdo.

Imagino sus dedos acariciando suavemente el clítoris, deslizándose entre su sexo, penetrando su vagina con lentitud, sin apenas hacer el más mínimo ruido. Casi puedo sentir el placer de esos dedos entrando en su interior con una lentitud embriagadora.

O al menos, eso es lo que mi imaginación quiere ver mientras acaricio mi pezón derecho por encima de la tela de la camiseta con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco. Lo siento duro, sensible. Siena se va excitando un poco más, lo noto en su respiración algo más profunda, en el ritmo creciente de sus dedos entrando y saliendo de su sexo.

Trato de imaginar su clítoris mientras lo acaricia. Pienso en los finos dedos de Siena penetrando su vagina hasta los nudillos, en su humedad, en la sensación de esos dedos resbalando en su interior.

Mis piernas comienzan a temblar ligeramente por la excitación. Mis pies se rozan de

manera inconsciente en la oscuridad de la habitación.

Trato de imaginar cómo puede ser su sexo, su olor, su tacto. Lo imagino humedecido, abriéndose para acomodar sus dedos.

Y aquí estoy ahora, escuchando en la oscuridad de la noche cómo Siena se acaricia a las cuatro de la mañana. Imaginando con todo detalle lo que hace, perdida en la idea de que seguramente está pensando. Mejor aún, imaginando que soy yo la que se lo está haciendo, soñando que son mis dedos los que la penetran.

Acaricio mi pubis con lentitud, cuelo la mano por el lateral de mis bragas hasta llegar a mi sexo. Estoy literalmente goteando, abierta, excitada.

Respiro de manera algo más agitada mientras la punta de mi dedo índice se desliza entre mis labios. Siento la tensión en mis músculos al presionar ligeramente la entrada de mi vagina.

Siena abre más las piernas. Su pie izquierdo roza uno de mis pies. Se detiene. Yo también me quedo muy quieta. Inmóvil. Mantengo la respiración. No sé lo que ella habrá sentido, pero ese ligero toque con su pie ha conseguido que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Me ha excitado tanto que ahora mismo me abalanzaría sobre ella y le quitaría la ropa. Joder, no me puedo creer lo que está pasando.

Vuelvo a escuchar su respiración y me relajo un poco más. Cierro los ojos de nuevo para concentrarme en los pequeños suspiros que se escapan de su boca. Con mucho cuidado, bajo ligeramente mis bragas mientras uno de mis dedos se desliza en el interior de mi sexo.

Tenso la espalda intentando no hacer ruido. Escucho de nuevo sus dedos entrando y saliendo de su vagina, ahora con un ritmo más rápido. Se mueve un poco más, un pequeño gemido sale de su boca haciéndome suspirar.

Dios mío, ¡qué gemido! Podría morir ahora mismo tras escuchar ese precioso gemido. Mataría por volver a oírlo, pero se ha detenido de nuevo, consciente de lo que acaba de ocurrir.

Cuando vuelvo a escucharla, mi grado de excitación ya es imposible de esconder. Mis dedos frotan mi clítoris, agarro las sábanas con fuerza intentando no hacer ningún ruido, tratando de mantenerme en silencio. Su respiración es ahora mucho más agitada, pequeños suspiros apagados que se confunden con los míos.

De nuevo su pie rozando mi pie. Tímidamente, Siena acaricia con su empeine mi tobillo y el corazón me late con tanta fuerza que podría salirse de mi pecho.

Tiemblo al notar que se gira y se coloca a mi espalda, con su cuerpo pegado al mío, sus duros pezones rozando mi espalda. Acaricia mi pelo con una suavidad maravillosa apartando mi melena hasta colocar sus labios junto a mi oído.

—Te estabas masturbando —susurra.

—Tú también.

—¿Te he despertado?

—Sí, pero ha merecido la pena —confieso con un suspiro.

—¿Pensabas en mí?

—Te lo tienes muy creído, niña pija —bromeo estremeciéndome al sentir un suave beso tras el lóbulo de mi oreja.

—¿No prefieres sentirlo en vez de imaginarlo? —propone.

—Me estás poniendo demasiado nerviosa —reconozco entrelazando mis dedos con los suyos por encima de mi vientre.

Y a partir de ese momento sobran las palabras porque no sé si he muerto y subido al

paraíso o sigo sobre la tierra. Esa noche hacemos el amor hasta el amanecer, explorando nuestros cuerpos desnudos, devorándonos a besos. No podría esperar más de mi primera experiencia sexual con una mujer, es como si hubiese dejado aflorar de golpe el deseo acumulado durante años. Me siento feliz, completa, libre. Segura junto a Siena.

Capítulo 15

Sofía

Me despierto temprano a pesar de lo poco que hemos dormido. Es lo malo que tiene mi trabajo, madrugo todos los días y mi cuerpo no es capaz de diferenciar entre los días de descanso y los laborables. Siena sigue dormida a mi lado, su respiración es suave y no puedo evitar sonreír al comprobar que emite unos ligerísimos ronquidos.

Salgo de la cama tratando de no hacer ningún ruido en dirección al baño. Ayer, entre el vino y la excitación ni siquiera lo pensé. He de reconocer que el sexo con Siena fue maravilloso, creo que el mejor que he tenido en toda mi vida; desde luego, la chica sabe lo que hace. Pero es que nunca me han atraído las mujeres y no estoy segura de que me atraiga ella tampoco.

Joder, si ni siquiera sé si está con alguna otra persona. Lo último que necesito ahora mismo es haber ayudado a que le ponga los cuernos a su novia. Estoy hecha un lío. Normalmente, tengo siempre las ideas muy claras; desde que era una niña he sabido siempre lo que quería. En cambio, ahora...

Me aferro a los laterales del lavabo y me miro al espejo, como si mi reflejo pudiese arrojar una respuesta. Las ojeras bajo mis ojos y el pelo desmadejado son testigos silenciosos de la noche que hemos pasado.

—Buenos días —susurra Siena colocándose detrás de mí—. ¿Ya te has duchado?

—No te he despertado, ¿verdad? —pregunto forzando una sonrisa a pesar de que me acabo de poner muy nerviosa.

Es como si la luz del día o nuestro reflejo en el espejo lo estuviese haciendo todo más real, como si los orgasmos de la noche anterior hubiesen sido un sueño y ahora debo enfrentarme a la realidad. Una realidad que no sé si me gusta o me asusta. O las dos cosas a la vez porque siento una tensión en el pecho que apenas me deja respirar.

Siena se pega a mi cuerpo y coloca sus manos sobre mis hombros. Es un toque suave y sensual, simplemente las apoya, pero lo suficiente para que se me ponga la piel de gallina. De mis pezones ya ni hablamos, reclaman atención, se muestran orgullosos a través de la fina tela de la camiseta, suplicando las manos o la lengua de Siena sobre ellos.

—Vaya noche, ¿no? Tienes un cuerpo muy bonito —exclama trazando con la yema de sus dedos el camino de mi columna vertebral.

Su boca está pegada a mi oído, siento su cálido aliento en mi cuello, el aroma de su cuerpo con un ligero toque de sudor y sexo de la noche anterior. Cerrando los ojos, dejo escapar un largo suspiro mientras mi cabeza da vueltas a las mil implicaciones de todo esto. Mi corazón me grita que me deje llevar y me abandone a una nueva sesión de sexo con esta mujer. Mi mente racional sujeta las riendas de mi cuerpo e impide que me mueva. Sus dedos se desplazan hacia mis hombros, hace pequeños dibujos sobre ellos antes de bajarlos rozando mis brazos hasta llegar a mi cadera.

Suspiro sin atreverme a abrir los ojos, como si creyese que si no veo su imagen no va a ser real. Aun así, mi respiración se agita cada vez más en cuanto las manos de Siena acarician mi vientre y juegan alrededor de mi ombligo.

Todo parece transcurrir a cámara lenta. Me concentro en las nuevas sensaciones, en las

suaves caricias de sus dedos. No quiero que acabe, deseo que vaya a más. Preferiría no pensar en lo que está ocurriendo porque esas caricias llevan una carga de sensualidad que ignoraba que pudiese existir.

Desde mi vientre, sus manos se deslizan hacia arriba vadeando mis pechos y consiguiendo que se me escape un pequeño gemido.

Recibo un suave beso en el cuello. Un beso cariñoso, solamente dejando sentir sus labios, como si quisiese tranquilizarme. Instintivamente, lo ladeo pidiendo más, suplicando que su boca me llene de esos suaves besos.

Una parte de mí quiere que siga, que no se detenga, entregarme por entero a ella. Pero estoy paralizada, mi mente racional se rebela, no debería estar sintiendo estas sensaciones tan intensas, nunca las había sentido.

Esas suaves caricias, esos pequeños besos, tienen una carga sensual infinita, tremendamente excitante. Sin hacer absolutamente nada, Siena logra excitarme como jamás ningún hombre ha conseguido. Prefiero no pensar en lo que dirá Arya si un día le confieso lo que está ocurriendo.

Mi respiración se hace cada vez más fuerte. Mis pezones suplican endurecerse entre sus dedos. Estoy empapada, temblando, deseando repetir la maravillosa experiencia de anoche.

Sigo concentrada en su cuerpo pegado al mío. En su aroma. En su respiración. ¿Qué estará pensando? ¿Se está dando cuenta de lo excitada que estoy? Intento ignorar que mis bragas grises pueden mostrar lo que realmente deseo.

Siena entrelaza sus dedos con los míos sobre mi vientre y me estrecha entre sus brazos. Siento el calor de su cuerpo pegado al mío, sus pechos en mi espalda, sus labios acariciando mi cuello. Besos cortos, labios suaves. La punta de su lengua rozando mi piel, recorriendo mi yugular con lentitud.

Coloca su mejilla junto a la mía y se mueve ligeramente, como si estuviésemos bailando. Instintivamente, ladeo mi cara buscando su boca, uniendo nuestros labios en un beso delicioso.

—Para, por favor, Siena —susurro.

—¿No te gusta? —pregunta extrañada.

—Sí, me gusta. Me gusta mucho. Ese es el problema —confieso.

—¿El problema? ¿Cómo puede ser eso un problema?

—No lo sé. Quiero seguir, pero al mismo tiempo quiero que pares —admito encogiéndome de hombros.

—¿Sabes que eres un poco rarita? —bromea con una sonrisa encantadora.

Sus dedos juegan con mis pezones que se endurecen de inmediato. Gimo, suspiro, me estremezco entre sus brazos al sentir la punta de sus dedos rozar mi sexo por encima de la ropa interior.

—¿Estás segura de que quieres que pare? —pregunta al sentir mi excitación.

Ni siquiera sé cómo reaccionar, simplemente dejo escapar un suspiro y meneo la cabeza mientras su mano se desliza por debajo de mis bragas acariciando mi pubis.

—¿Sigues queriendo que me detenga? —susurra junto a mi oído.

—No —suspiro.

Tira de mi camiseta hacia arriba y se desprende de la suya. Observo el reflejo de nuestros torsos desnudos en el espejo y es una imagen de un erotismo sublime, tremendamente sensual. Jamás pensé que me excitaría tanto verme en el espejo junto a una mujer desnuda, me está volviendo loca.

—¡Ah! —suspiro al sentir dos de sus dedos deslizarse en el interior de mi sexo.

—¿Te he hecho daño? —pregunta al ver mi reacción.

—No me lo esperaba —confieso—estuvo muy bien.

Y si en estos momentos estoy excitada, en cuanto Siena se lleva esos mismos dedos a la boca para chuparlos, mi corazón se salta varios latidos y mis piernas apenas pueden sostener el peso de mi cuerpo.

—Me encantan tu olor y tu sabor —susurra en la voz más sensual que he escuchado jamás.

Vuelve a introducir sus dedos en mi sexo y esta vez recorre con ellos mi boca al sacarlos. Siento el sabor de mi propia excitación, mi olor en la suavidad de su dedo y ya ni siquiera sé lo que estoy haciendo mientras lo chupo con pasión.

De pronto, Siena coloca las manos en mi cintura y me gira hasta ponerme frente a ella. Apoya su frente en la mía mientras nuestros pechos se rozan y coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja antes de empezar a hablar.

—¿Por qué estás tan tensa esta mañana? —pregunta. Su nariz roza la mía al tiempo que acaricia mi mejilla con el reverso de su mano.

—Estoy hecha un lío —confieso.

—¿Por qué no me cuentas qué te pasa? —propone.

—¿Puedo confesarte algo?

—Claro.

—No se lo vas a decir a nadie, ¿no? —pregunto con algo de miedo.

—¿A quién se lo voy a decir?

—Siempre he tenido muchas dificultades para alcanzar el orgasmo mientras hacía el amor y ayer he tenido varios. Me has llevado a un nivel de excitación increíble —admito mordiendo mi labio inferior.

—Me siento halagada —susurra Siena.

—Ya, pero es que has puesto mi vida patas arriba. Yo lo tenía todo planeado. Soy la directora de oncología, no demuestro inseguridades. Siempre pensé que mis parejas no funcionaban por falta de tiempo, porque yo no ponía lo suficiente de mi parte. Y ahora llegas tú, con esto...

—¿Y qué problema le ves? —pregunta confusa.

—Todo. Joder, se lo veo todo. Para empezar, ni siquiera sé si tienes pareja o le estamos poniendo los cuernos a tu novia. Quizá hasta estás casada. Realmente no sé nada de ti, Siena.

—No tengo pareja y mucho menos estoy casada. ¿Te quedas más tranquila?

—Algo más sí —admito dejando escapar una gran cantidad de aire antes de seguir—. Pero ¿qué quieres que sea para ti? ¿Cómo quieres que esto continúe?

—Joder, Sofía, ¿tienes que planificarlo absolutamente todo? —protesta negando con la cabeza.

—Lo siento, es mi manera de ser.

—¿Tú qué quieres ser para mí?

—No lo sé —reconozco bajando la voz.

—¿Qué te parece si de momento pasamos el día juntas y por la noche te invito a cenar en algún sitio bonito? Prometo no hacerte nada indecente en público —bromea besando la punta de mi nariz—. A partir de ahí vamos viendo lo que ocurre, paso a paso.

—Normalmente, sigo el proceso contrario. Tengo algunas citas y luego sexo.

—¡Eres rara! —bromea entre risas.

—Y tú una idiota —respondo antes de fundirnos en un larguísimo abrazo.

Capítulo 16

Siena – Dos meses más tarde.

A medida que se acerca la fecha del fin de mi servicio a la comunidad, empiezo a sentir una sensación agri dulce. Por un lado, me muero de ganas de dejar este hospital. Tengo ya casi decidido no volver a la carrera de medicina y trabajar en la fundación de Marlo ayudando a la gente. No tengo muy claro cómo se lo voy a plantear a mi familia, pero es lo que de verdad deseo.

El caso de la mujer que conseguimos llevar a Houston me ha hecho ver que el dinero, si se utiliza bien, puede marcar una diferencia en la vida de otras personas. Ver sus lágrimas de felicidad cuando Sofía le dijo que parecía que el tratamiento experimental empezaba a dar resultados, me hizo estremecer.

Lo que tampoco sé es lo que quiero hacer con Sofía. Ella ha sido el único motivo que me ayudaba cada día a levantarme y a acudir al hospital. Al principio pensé que era una sosa que tan solo sabía trabajar. Una mujer que por el mero hecho de tener un título de medicina se creía superior a los demás. La realidad me ha demostrado que Sofi es muy diferente a todo eso.

Me siento muy bien junto a ella, es como si de algún modo pudiese calmar el caos que rodea mi vida y eso es algo que ninguna de mis parejas anteriores había conseguido. No sé si tenemos algún futuro juntas, aunque lo que tengo claro es que en estos momentos no lo veo.

Para empezar, no he sido en ningún momento honesta con ella. En cuanto comenzamos a tener más intimidad entre nosotras, debí decirle el motivo por el que estaba en el hospital. No es que no confíe en ella, Sofía me parece una de las mejores personas que he conocido y sé que no me haría daño, al menos no de manera consciente. Pero es que no me apetece en absoluto que se corra el rumor por el hospital de que he tenido un problema legal de drogas. A mi padre le daría un infarto.

Tampoco quiero que Sofía se piense que soy una delincuente. Bastante problema he tenido ya consiguiendo que no me vea como a una niñata mimada como para decirle que estoy en el hospital cumpliendo una pena de servicio a la comunidad por drogas.

Y lo extraño es que me siento mal por no decirle la verdad. Desde pequeña he aprendido a mentir y lo hago muy bien, supongo que forma parte de la educación que he recibido de mis padres. Ellos mienten constantemente cuando les interesa. En cambio, mantener a Sofía ajena a la verdad me está doliendo.

¿Podríamos llegar a algo algún día? Ojalá nos hubiésemos conocido unos años antes. Ahora mismo estoy demasiado rota, Sofía no se merece a una persona como yo. No quiero hacerle daño y sé que si tenemos una relación se lo voy a hacer. No sé si algún día resolveré toda la mierda que hay en mi cabeza. Si eso ocurre, buscaré a Sofía de nuevo, aunque posiblemente habrá encontrado a una mujer que la haga feliz.

De momento, lo mejor que puedo hacer es desaparecer de su vida en cuanto se acabe mi servicio a la comunidad en el hospital. Sé que le va a doler, pero será un dolor temporal, si comenzamos una relación le haré daño una y otra vez.

Y luego está la psicópata de mi ex. Ha vuelto a enviarme mensajes de nuevo. No volvería con ella por nada de este mundo, no podría soportar más sufrimiento, pero sigue insistiendo

y sé que es capaz de cualquier cosa. En su último mensaje, me ha enviado una foto en la que aparezco junto a Sofía. Debió sacarla a la salida del hospital y ha dibujado una cruz roja tachando la cara de Sofi. Mierda, debo alejarla de la loca de mi ex, ya lidiaré yo con ella como pueda, pero debo mantener a Sofía al margen y a salvo.

Mientras conduzco debo hacer un esfuerzo supremo por no llorar porque no quiero preguntas incómodas. Hoy pasaremos una tarde especial en la playa, nos bañaremos desnudas en el mar y disfrutaremos de la noche. Nuestra última semana juntas será inolvidable, me aseguraré de ello. Luego desapareceré de su vida para siempre.

Sofía

—No conocía esta cala, es preciosa —admito disfrutando de la tranquilidad del entorno.

Entre los millones de habitantes de nuestra ciudad y sus alrededores y el creciente número de turistas que recibimos, cada vez es más raro encontrar una pequeña cala tranquila como esta.

—Tan solo se puede acceder desde una propiedad de mi familia, por eso no hay nadie —responde Siena con naturalidad.

—¿Estamos en un terreno de tu familia?

—No te preocupes, mis padres no van a aparecer de pronto. Y aunque apareciesen, todavía no me han desheredado —bromea mientras coloca una toalla en la arena.

—No he visto ninguna casa —replico extrañada.

—La casa está tras aquellos árboles —explica señalando un frondoso grupo de árboles en lo alto de una colina —las vistas son mejores desde lo alto.

—¿De cuánto terreno hablamos?

—No tengo ni idea. Es bastante grande. Mucho menos que el rancho de Montana, claro, pero es grande. Puedo preguntar, si quieres —se ofrece Siena encogiéndose de hombros.

Me apresuro a indicarle que era solo por curiosidad, aunque pronto me quedo sin palabras y sin respiración en el momento que se desprende de la camiseta y del sujetador, quedándose tan solo con unas preciosas bragas negras.

Sé que varias noches he tenido esos pezones en mi boca, pero verlos con la suave luz del atardecer es como admirar la perfección de una diosa griega.

—Mis ojos están aquí arriba —bromea Siena con una sonrisa por la que se podría matar.

—Lo siento.

—La verdad es que me parecería muy mal si no me mirases las tetas —agrega sin dejar de sonreír.

—¿Cómo se consigue eso? —pregunto señalando sus preciosas nalgas.

—¿El culo o las bragas?

—Las dos cosas, supongo.

—Para las bragas, te acompañaré a la tienda donde las venden en Sunset Boulevard. En cuanto al culo, creo que hay que esforzarse un poco en el gimnasio —responde alzando las cejas.

—Me lo temía —bromeo entornando los ojos.

—¿Te vas a bañar vestida?

—¿No nos puede ver nadie? —inquiero nerviosa mientras dirijo la mirada a nuestro alrededor.

—Es una propiedad privada, salvo por las cámaras que lo graban todo, no nos puede ver nadie.

—¡Joder, Siena! Se me acaba de acelerar el corazón —exclamo llevándome una mano al

pecho.

Aunque en estos momentos, los latidos no solamente se aceleran por su broma, sino por la manera en que sus manos desabrochan mis pantalones y los bajan en un rápido movimiento junto con mi ropa interior.

Es la primera vez que estoy completamente desnuda en una playa y es una sensación extraña. Sé que no hay nadie alrededor que pueda vernos, pero la brisa sobre mis pezones, unida al sonido de las olas o al suave calor del sol que empieza a esconderse por el horizonte, produce un placer difícil de explicar. O quizá es lo excitada que estoy en estos momentos. Seguramente lo segundo.

—¿Puedo quedarme con tus bragas? —pregunta de pronto recogiendo del suelo.

Arqueo las cejas y abro los ojos con cara de no entender nada, causando una pequeña carcajada en Siena.

—Soy un poco fetichista con la ropa interior —susurra— además, así me recordarán a ti cuando no estés —añade acercándolas a su nariz.

—No sé si debo preocuparme —bromeo sacudiendo la cabeza.

Siena no responde y tras tirar mis bragas sobre su toalla, me guiña un ojo girando sobre sus talones para dirigirse hacia el mar. Corre con una elegancia natural que llama la atención y antes de que me quiera dar cuenta, se encuentra ya metida en el agua haciendo una seña con la mano para que la acompañe.

—¡Está buenísima! —grita insistiendo para que me una a ella cuanto antes.

Y lo de buenísima le parecerá a ella. Yo siempre he sido un poco friolera, pero es ya tarde y para mí el agua está muy fría. Los últimos rayos de sol brillan en el océano, dotando a la piel de Siena de un precioso color dorado.

Trato de disimular, sonrío nerviosa, pero ver cómo se acerca a mí, con el agua justo por debajo de sus pechos, con los pezones endurecidos por el frío es más de lo que puedo soportar. Siena se detiene frente a mí sin tocarme, sus ojos fijos en mi rostro, como si quisiera estudiarme y no puedo evitar sentir que se me pone roja hasta la punta de las orejas.

—Me encanta cuando te ruborizas —susurra colocando sus manos en mi cintura y atrayéndome hacia su cuerpo.

Y si estaba nerviosa, sentir sus duros pezones acariciando mis pechos antes de fundirnos en un delicioso beso es suficiente para que mis rodillas tiemblen. Cierro los ojos y dejo que su lengua recorra mis labios con una sensualidad sublime, besos salados al atardecer que recordaré para siempre.

—¿Sigues nerviosa? —pregunta separándose ligeramente de mi cuerpo —de verdad que no nos puede ver nadie.

—Un poco —reconozco bajando la mirada.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mis ojos fijos en el bamboleo de las olas al chocar con nuestros cuerpos desnudos sin atreverme a mirarla a los ojos.

—¿Qué es lo que te ocurre?

—No lo sé, ya te he dicho que me gustaría saber dónde nos lleva todo esto, llevamos algo más de dos meses —le explico abriendo las manos.

—Joder, ¡qué puta manía tienes de planificarlo siempre todo! —se queja Siena alzando la voz—. ¿No puedes disfrutar del momento sin pensar en el futuro? Yo no sé dónde nos lleva. De momento me gustaría follar contigo, pero si te soy sincera no quiero una relación ahora mismo. Mi vida es ya bastante complicada —añade con un bufido mientras aparta la mirada y me rompe el corazón.

Me quedo por unos momentos petrificada, sin saber cómo reaccionar. Quizá tenga razón, es posible que lo que toca en estos instantes es disfrutar del momento, echar un buen polvo como ella dice y mañana volver al hospital como si no hubiese pasado nada.

Puede que para Siena eso sea lo más natural del mundo, pero yo no estoy acostumbrada a ese tipo de cosas. Es probable que me hayan educado de una manera demasiado tradicional y a mis treinta y seis años me apetecería una relación estable. Joder, hasta Arya ha sentado la cabeza.

A ratos, pensaba que Siena podría ser la persona que completaría mi vida. Lo cierto es que me siento mucho mejor junto a ella que con cualquiera de los novios que he tenido hasta el momento, pero está claro que ella no opina lo mismo.

—Vale —suspiro antes de darme la vuelta y caminar hacia la arena.

—¡Sofía! —murmura tirando de mi mano cuando ya casi estoy pisando la orilla—. Lo siento.

—No pasa nada, está bien. Al menos has sido sincera conmigo —reconozco con la mirada perdida en el horizonte.

—Joder, no llores, Sofi, por favor —suplica secando una lágrima que rueda por mi mejilla—. No quise hacerte daño, siento haber sido un poco brusca, pero es que mi vida está llena de problemas. No vivo en ningún cuento de hadas como la gente cree.

Simplemente, asiento con la cabeza, zafándome de su agarre con un pequeño tirón y me tumbo boca abajo sobre la toalla. Solo quiero estar tranquila, no pensar en nada, escuchar el sonido de las olas rompiendo en la orilla y cerrar mi mente.

—¿Estás enfadada? —pregunta con un susurro sentándose a mi lado.

—No.

—¿Decepcionada? —insiste.

—Eso creo que sí, pero no pasa nada. Te agradezco que hayas sido sincera, prefiero saberlo desde el principio que hacerme ilusiones. Quizá después de lo de estos dos meses y el maravilloso día de hoy ya me he hecho demasiadas ilusiones —reconozco con la mirada fija en la toalla.

—Hoy ha sido un día perfecto, siento haberlo jodido de este modo —confiesa Siena recorriendo mis hombros con la punta de sus dedos.

Solamente suspiro sin saber qué decir.

—Cuando he dicho que no quería una relación seria contigo, tan solo me refería a ahora mismo, no que no podamos tenerla en un futuro —explica—. Es pronto para decirlo, pero creo que empiezo a sentir algo por ti, desde luego estoy muy bien contigo. El problema es que ...

—¿Es qué...?

—Por favor, si te cuento esto, no puedes decírselo a nadie. ¿Puedo confiar en ti? —pregunta clavándome la mirada en cuanto me doy la vuelta.

—Puedes confiar en mí. Nunca te haría daño, Siena —le aseguro.

—He estado metida durante demasiado tiempo en una relación horrible, muy tóxica. Una relación que me ha destrozado y me ha hundido la autoestima hasta el subsuelo —reconoce mordiendo el labio inferior con sufrimiento.

La miro con extrañeza, cogiendo una de sus manos y acariciándola con mi dedo pulgar mientras observo el dolor en sus preciosos ojos azules. Es la primera vez que la veo vulnerable, siempre me la había imaginado como la niña rica, despreocupada y caprichosa. Una mujer que ha tenido una vida de cuento de hadas llena de privilegios por la fortuna de

su familia. El jodido hospital donde trabajo lleva su apellido.

Ahora, en cambio, se parece más a un cachorrito abandonado. La imagen de mujer a la que no le importa nada, que se permite vivir por encima del bien y del mal, ha desaparecido. Puede que estemos en su playa privada, pero en estos instantes está tan desvalida que solo me apetece abrazarla.

—¿Quieres hablar de ello? —susurro a su oído mientras acaricio su espalda desnuda.

—Ha sido horrible, Sofía, de verdad —reconoce entre sollozos—. No era capaz de escapar, empezó poco a poco hasta que no supe vivir sin ella. Vivía en una montaña rusa, enganchada a esa mujer sin darme cuenta de lo que me estaba haciendo. Fue un maltrato psicológico en toda regla y a veces incluso físico, porque cuando se enfadaba tenía la mano muy suelta y recibí más de un bofetón. Es extraño todo lo que puedes llegar a hacer para intentar agradar a una persona manipuladora.

—¿Y tus amigas no hicieron nada? —pregunto sorprendida ante la confesión que acabo de escuchar.

—Me fue aislando poco a poco. Intento recuperar antiguas amistades ahora, pero me hizo quedar mal con muchas de mis amigas. Te juro que no sé si tenía un plan trazado o le salía de manera natural, pero es la persona más manipuladora que he conocido.

—¿Y tu familia?

—Mis padres pasan de mí. Lo han hecho siempre. Confunden el dinero con el cariño. Ya sé que muchas personas matarían por tener mis oportunidades, pero lo cambiaría todo por haber tenido unos padres que me quisieran de verdad.

Tras decir esas palabras, Siena se inclina hacia mí para besarme. Un beso suave, delicado, como los pétalos de una rosa. Sus dientes muerden ligeramente mis labios, haciéndome suspirar de placer.

Pronto esos suspiros se convierten en suaves jadeos al sentir la calidez de su piel desnuda sobre la mía, sus manos recorriendo mis costados hasta encontrar mis pechos.

—Tus tetas están saladas —susurra al morder uno de mis pezones.

—Eres tonta —respondo entre gemidos, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás para disfrutar del momento.

Siena me vuelve loca con cada roce, con cada caricia, con cada beso. Sus labios juegan con mis pezones, alternando de uno a otro sin romper el contacto visual, clavándome esos preciosos ojos azules ahora llenos de deseo.

Entre suspiros, muerdo mi dedo índice cuando su boca comienza a bajar por mi cuerpo hasta encontrar mi sexo. Abro las piernas de manera instintiva al sentir su lengua, apagando los gemidos, estremeciéndome de placer con cada lametazo, muriendo de deseo.

Tenso el abdomen disfrutando de esos pequeños golpecitos de sus dedos sobre mi clítoris, como si quisiese despertarlo, a pesar de que ahora mismo todo lo que deseo en la vida es su lengua o la yema de sus dedos sobre él.

Antes de que me quiera dar cuenta lo lame con rápidos movimientos de su lengua, como si fuese un gato sediento ante un cuenco de agua, como si su misma vida dependiese de ello. Mis gemidos ganan en intensidad, grito al sentir dos de sus dedos penetrarme sin que su lengua abandone mi clítoris, un nuevo grito cuando su dedo meñique se cuela en mi culo estimulando tal cantidad de terminaciones nerviosas que todo mi cuerpo tiembla de placer.

Mis manos se hunden en la arena para luego agarrar con fuerza su melena.

—¡Joder! —chillo al dejar escapar un intenso orgasmo que rompe con la fuerza de una ola sobre la orilla—. ¡Increíble! ¡Qué pasada! —es todo lo que soy capaz de decir entre

suspiros.

Me abandono sobre la toalla tratando de recuperar la respiración, mi pecho alzándose cada vez que el aire entra en mis pulmones, mis piernas todavía temblando. La suave brisa marina acaricia mi cuerpo mientras el sonido del océano parece susurrar la más romántica de las melodías. Esta mujer va a acabar conmigo.

Siena se tumba a mi lado acariciando mi mejilla con el reverso de su mano, cubriéndome de besos y mimos. Cierro los ojos girando mi cuerpo hacia la derecha y mientras ella se coloca a mi espalda, pegando su cuerpo desnudo al mío, me maravillo una vez más de cómo una mujer con una vida tan caótica puede transmitir tanta paz.

Pero es que para mí, ahora mismo cada suspiro significa un “te quiero” y cada gemido que se escapa de mi boca durante el sexo, una promesa de amor.

Capítulo 17

Sofía

Cuando llegamos a mi apartamento, Siena enciende las luces del dormitorio, me empuja dentro y cierra la puerta con el pie. Colocando las manos en mi cintura, me presiona contra la pared y mi cuerpo reacciona de inmediato acelerando mi respiración. Empuja su rodilla entre mis muslos, consiguiendo que abra ligeramente las piernas para acomodarla. Roza sus labios con los míos en un beso que es casi una caricia, pero que consigue que mis piernas tiemblen.

—Pon las manos por encima de la cabeza —susurra consiguiendo que se me ericen los pelos de la nuca.

Al hacerlo, me sujeta fuertemente por las muñecas contra la pared con una de sus manos, mientras que la otra trepa por mi nuca hasta enraizarse en mi pelo. Se enreda en un mechón de mi melena como si fuese la garra de un depredador, sacando ese lado dominante que sabe que me excita hasta hacerme temblar. Esa pasión desenfrenada que es una de las razones por la que cada vez estoy más colgada de ella.

Y es que cuando se excita, se deja llevar de tal manera que me hace sentir como una adolescente, con las hormonas burbujeando bajo mi piel, extendiéndose por mis venas y sumiendo mi mente en una especie de bruma en la que pierdo parte de mi voluntad dejándola tomar el control.

A su lado, siento ese suave zumbido que disminuye mis inhibiciones y hace que todo parezca más divertido y excitante.

Continúa con nuestros besos en el modo habitual. A esos primeros roces de labios le sigue una danza cuya coreografía me empieza a resultar familiar. Nuestros labios se acarician suavemente, un roce sutil, el aleteo de un pájaro. A veces, Siena se aparta ligeramente para provocarme, le gusta observar mi cara de excitación. A continuación, roza sus dientes en mi labio inferior, recorre mis labios con la punta de su lengua antes de fundirnos en un beso apasionado.

No tengo una gran experiencia en el amor, pero he consolidado la idea de que no existe la gente que besa bien o mal. Puede que a algunas personas les falte experiencia o lo hagan de una manera que a ti no te guste, pero al final, cada manera de besar es única. No solo para cada persona, sino para cada pareja. Lo que funciona bien con alguien puede no funcionar con otra persona.

En nuestro caso, la química con Siena es innegable, no puede ser ignorada en ningún modo. Esa belleza salvaje despierta en mí un deseo primario que jamás había sentido con anterioridad.

Vuelve a romper nuestro beso y dejo escapar un largo suspiro cuando suelta mis muñecas y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con una suavidad sublime. Es ese contraste entre ternura y pasión lo que consigue que no quiera separarte de ella.

Con la respiración acelerada, me pierdo en sus preciosos ojos azules, en la manera en que sus rizos enmarcan su rostro, en las pecas que cubren su nariz, en su mirada felina. Esa mirada que cuando se excita consigue que mi alma se derrita y mi sexo se humedezca.

—Sofi —susurra mi nombre en un tono gutural, en la voz más sensual que he escuchado

jamás en una mujer. Es como si el mero hecho de escuchar mi propio nombre consiguiese hacerme estremecer y es toda la información que necesito para saber lo excitada que está—. ¿Estás segura de que quieres probarlo? —pregunta.

Trago saliva y asiento tímidamente con la cabeza, el corazón batiendo con tanta fuerza dentro de mi pecho que temo que pueda tener un infarto.

—Me siento segura contigo —mascullo temblando.

Cuando me preguntó si quería probarlo, me pasé toda la semana leyendo en mis ratos libres sobre la cultura BDSM. Las palabras seguridad y respeto parecen ser una constante que se repite mires por donde mires. En cualquier caso, no estoy mintiendo, me siento completamente segura con ella. Sé que jamás me hará daño, ni física ni mentalmente. Bajo esa fachada de niña malcriada y egoísta se esconde una de las mejores personas que he conocido.

Sonríe ante lo que acabo de confesar y acaricia mi mejilla con el reverso de su mano casi como si me estuviese premiando.

—Siéntate en la cama —ordena.

Se me acelera el corazón al escucharla. Siena es una obsesa del control. A veces me pregunto si es por la educación que ha recibido, si es un reflejo del modo en que se comporta su padre o simplemente es que ella es así. Es ella quien dirige en el sexo. A mí no me importa, por supuesto, si me importase no estaría sentada sobre ese colchón sintiendo cómo el calor entre mis muslos crece por momentos.

—Si estás segura, cierra los ojos —susurra mientras cubre mis ojos con una suave tela negra.

Es lo suficientemente gruesa para bloquear casi toda la luz del dormitorio, desde luego, no me permite ver su figura. Aun así, puedo darme cuenta del momento en el que apaga las luces principales de la habitación y enciende unos LED que arrojan un resplandor rosáceo sobre la cama.

—¿Cuál será tu palabra de seguridad? —pregunta junto a mi oído.

Me quedo en blanco por unos instantes. Estoy tan excitada que no me apetece pensar ahora en una palabra de seguridad, no me parece excitante. He leído algo sobre ello esta semana, debe ser una palabra que no usarías de manera habitual mientras haces el amor, por si no te sintieses segura en algún momento.

—Me fío de ti, Siena —reconozco.

—No se trata de confianza, eso ya lo asumo o no estaríamos haciendo esto. Es importante tener una palabra de seguridad siempre, no solo porque cada persona tiene unas preferencias diferentes, sino porque la estimulación podría llegar a ser demasiado intensa —me explica haciéndome temblar al escuchar esa última frase.

—Payasa —respondo dejando escapar un largo suspiro.

No puedo observar la reacción en su rostro, pero transcurren unos dos segundos de silencio desde que he pronunciado la palabra y cada vez me encuentro más nerviosa. Posiblemente, está intentando contener la risa ante la elección de mi palabra de seguridad. En mi defensa, creo que no utilizaría la palabra “payasa” mientras hago el amor con ella, acabaría con el romanticismo, así que supongo que cumple su función como palabra de seguridad.

Por fin, noto el movimiento de Siena a través del colchón, coloca las manos en mis hombros y los aprieta como si quisiera darme ánimos.

—Me parece una buena elección —expone besando mi mejilla.

Y es entonces cuando siento que se inclina hacia mí, cada vez más cerca de mi oreja, hasta que puedo percibir su aliento en mi lóbulo. Su voz es un susurro sensual, apenas audible, me habla tan cerca que las palabras parecen meterse en mis oídos.

—Buena chica —masculla.

Sus palabras hacen que se me ericen los pelos de la nuca mientras siento que una de sus manos se desliza por mi columna vertebral hasta enredarse en mi pelo. Tira de mi melena hacia el lado derecho, obligando a mi cabeza a ladearse y dejar al descubierto la parte izquierda de mi cuello. La punta de su nariz roza mi piel con una delicadeza sublime y de pronto me vienen a la mente las novelas eróticas de vampiros que tanto me gustaba leer en la universidad.

Siena no hunde sus colmillos en mi yugular, pero sí roza los dientes en la suave piel de esa zona y recorre mi cuello con la punta de su lengua. A continuación, se aparta abandonando la cama hasta una zona en la que ya no puedo percibir su presencia.

—¿Está bien un poco de dolor? —pregunta haciéndome temblar.

—Supongo que sí. No estoy segura —confieso indecisa.

—Todo depende de ti, también hay otras cosas que podemos hacer.

Dejo escapar un largo suspiro y siento cómo cada milímetro de mi piel tiembla de deseo y anticipación. Está bien saber que se preocupa por mí a pesar de que he sido yo la que ha pedido probarlo. Aun así, ese “buena chica” que ha susurrado junto a mi oído hace unos instantes, antes de acariciarme como si fuese un premio, me ha excitado tanto que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa que ella me pida.

—Creo que puedo soportar un poco de dolor —reconozco nerviosa—. No va a doler mucho, ¿verdad?

—Intentaré no dejarte marcas permanentes —susurra.

—¡Joder, Siena!

—Es broma, tonta. Para eso tienes tu palabra de seguridad. Va a ser todo muy suave, pero si en algún momento no te gusta algo o quieres que pare no tienes más que decirlo —insiste—. Ahora ponte en pie.

Obedezco de inmediato y me coloco de pie junto a la cama. Siento que Siena juega con el dobladillo de mi camisón durante unos instantes antes de deslizar los tirantes por mis hombros para que caiga al suelo y así dejarme en bragas frente a ella.

Percibo el aire acondicionado sobre mis pezones, supongo que me ha colocado estratégicamente para que eso ocurra. Los noto tan duros que es casi doloroso, ardo de deseo de que Siena los acaricie, que los bese o los lama como solo ella sabe hacer.

En vez de eso, coloca las manos en mi cintura y me gira con delicadeza, colocando a continuación la palma de una de ellas en mi espalda para empujarme hacia delante, con un movimiento lento, suave pero firme. Instintivamente, intento resistirme unos instantes, pero Siena presiona con más fuerza hasta que me apoyo en el colchón y su mano abandona mi espalda para acariciar mis nalgas con delicadeza.

—Más abajo, apoya los antebrazos en la cama —ordena.

—Vale —obedezco. No quiero que el nerviosismo se note demasiado en mi voz, pero creo que sigue ahí, tan claro como el agua.

—A partir de ahora quiero que te refieras a mí como “mistress”, ¿entendido? —susurra.

Simplemente, asiento con la cabeza porque mis piernas comienzan a temblar en el momento en que siento los dedos de Siena colarse por la goma de mis bragas y bajarlas, dejándome completamente desnuda. Es una sensación extraña. Ya he estado muchas veces

desnuda junto a ella, pero hacerlo con los ojos vendados es diferente. Sé que está observando mi cuerpo, siento la punta de sus dedos recorrer mis nalgas hasta llegar a mi sexo, donde hace una pequeña pausa como queriendo comprobar mi nivel de excitación.

—Ponte a cuatro patas sobre la cama —ordena deslizándose uno de sus dedos por mi columna vertebral.

En cuanto lo hago, recibo un azote sobre mi nalga derecha que me descoloca. Mi piel arde en el lugar en el que su mano golpeó mi trasero y la mezcla de calor y ligero dolor que irradia es extrañamente estimulante, un cóctel de emociones que nunca había experimentado.

—Buena chica —masculla mientras acaricia mi nalga derecha con una suavidad que me hace temblar.

Y es que en estos instantes, ese “buena chica” y sus suaves caricias en mi trasero me parecen lo más sexy del universo. Es como si quisiera ganarme la aprobación de Siena. Pienso para mí misma que es una auténtica gilipollez, pero por algún motivo que no acierto a comprender me siento como una niña que busca ganarse sus favores.

“Zas”

Un nuevo azote, esta vez sobre la nalga izquierda, rompe mis pensamientos devolviéndome a la realidad. Ha sido más fuerte que el anterior, pero recibo la misma oleada de placer y dolor que me desconcierta y consigue que la excitación empiece a ser insoportable.

Le sigue otra vez una suave caricia que contrasta con la sensación de dolor antes de recibir otro azote seguido de otra caricia. Puedo notar que mide su fuerza con cada golpe, aumentando gradualmente su intensidad. Siento el cosquilleo en mis nalgas, un calor que se irradia desde la zona que ha recibido el azote, una excitación inaguantable.

“Zas”

Otro azote, pero esta vez no solo me acaricia la zona dolorida como si fuese un premio, sino que desliza sus dedos entre mis nalgas hasta llegar a la entrada de mi vagina haciéndome temblar de placer.

—¡Payasa! —grito sin poder esperar más, abriendo las piernas y suplicando que sus dedos entren en mi interior.

Instintivamente, me preparo para que me penetre, pero en vez de eso se inclina hacia delante y deshace el nudo de mi venda, permitiéndome ver pero dejándome con las ganas. Mi respiración está tan acelerada que parece que acabo de correr una maratón y el corazón late tan fuerte dentro de mi pecho que estoy segura de que Siena puede escucharlo desde su posición.

—Tumbate a mi lado —sugiere golpeando suavemente el colchón con la palma de su mano.

Sonríe mientras me coloco junto a ella y se inclina para besar mis labios con delicadeza.

—¿Te ha gustado?

—Siena, no me puedes dejar así, te lo suplico —reconozco sintiendo un nivel de excitación que no recordaba.

—Ahora debería tocar el cuidado posterior, los momentos en los que te doy mimos tras la sesión —explica.

—El único cuidado que necesito en estos momentos es que me folles —confieso cerrando las piernas y sintiendo mi sexo dolorosamente húmedo.

Siena sonríe y asiente mordiendo su labio inferior con ese gesto tan suyo que me hace

enloquecer. Me besa de nuevo al tiempo que la punta de sus dedos traza la línea de mi clavícula y se cuela hacia abajo entre mis pechos. Un movimiento que sé perfectamente dónde va a terminar mientras cierro los ojos y abro ligeramente las piernas anticipando sus dedos en mi interior.

Mientras los siento deslizarse dentro de mí, hago nota mental de pedirle que repitamos más veces esta experiencia, aunque eso será más tarde. Ahora, mis gemidos impiden cualquier pensamiento racional mientras tiro de su melena con mis dedos enraizados en su pelo, sintiendo esas oleadas de placer que solo ella sabe proporcionarme.

Capítulo 18

Siena

Lloro toda la noche, incapaz de dormir ni un ápice. A mi lado, Sofía descansa plácidamente tras una maravillosa sesión de sexo. Su pelo oscuro se extiende sobre el blanco de la almohada en un hermoso contraste con la primera luz del amanecer. Su piel luce un ligero bronceado resaltando las marcas de su bikini y por primera vez, me fijo en unas diminutas arrugas en la comisura de sus ojos, casi imperceptibles. Antes de quedarse dormida me dijo que teníamos que repetir la experiencia más a menudo. Si ella supiese que será la última vez que nos veremos...

Creo que es mejor así, tiene un brillante futuro como oncóloga y yo solamente sería un lastre para ella. Ni siquiera me entiendo a mí misma, no quiero meter a Sofía en mis altibajos emocionales hasta que tenga claro lo que quiero. Demasiados interrogantes ahora mismo. Demasiadas incógnitas. Ni siquiera sé lo que ha podido ver en mí, yo nunca saldría con alguien como yo.

Claudia, mi ex, se está poniendo muy agresiva, los mensajes han pasado a ser amenazas directas y el último me preocupa mucho. “*Si no eres mía, no serás de nadie*” rezaba su último texto junto a una nueva foto en la que aparezco al lado de Sofía, esta vez las dos estamos tachadas con una gran cruz roja.

Marlo insiste en que lo denuncie a la policía y creo que es lo que haré porque ya empiezo a asustarme. Otra razón más para alejarme de Sofi, no quiero que se ponga en peligro por mi culpa. Mañana recogeré lo básico de mi apartamento y me iré a vivir una temporada con Marlo. También cambiaré mi número de teléfono móvil. Los Ángeles es una ciudad muy grande, espero que eso sea suficiente para que mi ex no me localice, al menos hasta que la policía haga algo al respecto. Eso significará que Sofía tampoco podrá localizarme, pero creo que es lo mejor.

Ojalá haberla conocido hace años, antes de convertirme en una mujer rota. Estoy segura de que habríamos sido felices juntas. Quizá dentro de un tiempo esté preparada para ella, claro que para entonces Sofi no querrá ni verme después de lo que le voy a hacer.

Secando por enésima vez las lágrimas que ruedan por mis mejillas, me debato entre escribir una nota de despedida y dejarla en algún sitio en el que pueda verla, aunque creo que eso le haría aún más daño, así que opto por no hacerlo.

La observo dormida por una última vez, estremeciéndome al escuchar su respiración calmada, ajena a lo que ocurrirá, sin saber que cuando despierte me habré ido de su vida.

—Siempre te llevaré en mi corazón —susurro antes de besar su mejilla y vestirme sin hacer ruido.

Me rompo por dentro al cerrar la puerta de su apartamento, pero ya no hay vuelta atrás. Soy consciente de que le va a doler, posiblemente tanto como me está doliendo a mí en estos instantes. Tan solo le deseo lo mejor, ojalá un día encuentre a una mujer que esté a su altura y no a alguien como yo. Rota, buscando una salida entre los continuos ataques de ansiedad. Tratando de encontrar un rayo de luz en medio del caos.

Capítulo 19

Sofía

La luz que se cuela entre las cortinas ilumina mi rostro. Mantengo los ojos cerrados, apartando la cara, sintiendo el calor del sol en mi piel, sin querer levantarme.

Escucho el continuo sonido del tráfico en el exterior, debí hacer caso a Arya y elegir un apartamento en una zona más tranquila. El zumbido de baja frecuencia del aire acondicionado que mantiene fresco el dormitorio en el calor de Los Ángeles, el ladrido lejano de algún perro.

Con pereza, me siento sobre la cama y estiro los brazos haciéndolos crujir. Echando la cabeza hacia atrás, muevo el torso de lado a lado, percibiendo el aroma de Siena todavía en la habitación.

Siena, solamente pensar en su nombre, dibuja una sonrisa en mis labios. Es extraño que se haya levantado tan pronto. Aunque trata de escondérmelo, sé que toma pastillas para dormir y le cuesta levantarse por las mañanas.

Suspiro al recordar la noche anterior, el tacto de su cálida piel sobre la mía, las suaves caricias de sus manos, sus pechos perfectos, el olor de su sexo. Cada día me siento más cerca de ella. Consigue hacerme feliz con cada palabra, con cada sonrisa. Logra hacerme enloquecer con cada uno de sus besos.

Tras un larguísimo bostezo, me levanto de la cama todavía desnuda y grito su nombre. No obtengo respuesta alguna. Lo vuelvo a intentar y solo escucho el silencio.

De improviso, se me forma un nudo en el estómago. En los últimos días Siena ha formado parte de cada uno de mis pensamientos, de todos y cada uno de mis sueños. De cada recuerdo. No escuchar su voz me llena de angustia. Mi mente racional me dice que seguramente ha salido a por el desayuno. Sería muy típico de ella presentarse con unos cruasanes recién hechos para darme una sorpresa y sonrío al pensarlo.

Deslizo los dedos por la pantalla de mi teléfono móvil para enviarle un mensaje y espero. De nuevo nada. Regresa la angustia. Sin poder evitarlo, marco su número. “Está apagado o fuera de cobertura” responde la operadora. Mierda.

Se forma de pronto un enorme vacío en mi interior. Un vacío que amenaza con tragárselo todo. Hace unos instantes soñaba con ella. Estábamos en una playa, desnudas bajo el sol. Su voz susurraba mi nombre y ahora se ha ido.

Me visto a toda prisa y abandono el apartamento camino del hospital. Ni siquiera me detengo para ducharme. Mi corazón busca inútilmente una respuesta en un lugar en el que sé que no estará. Tiemblo.

Por el camino vuelvo a llamar. Una y otra vez la misma respuesta. “Apagado o fuera de cobertura”. Joder, no entiendo lo que ocurre. ¿Y si le ha ocurrido algo? Una insostenible ansiedad crece dentro de mí y sin saber por qué, me dirijo directamente al despacho de Arya.

—¿Has visto a Siena? —pregunto entrando sin llamar.

—¿No descansas hoy?

—Arya, ¿has visto a Siena? —repito temblando.

—No.

Su respuesta me paraliza. No entiendo nada. Soy incapaz de comprender lo que ocurre.

Ayer estábamos de maravilla, me dormí abrazada a su cintura, sintiendo el calor de su cuerpo desnudo. Y hoy... hoy se ha desvanecido como si hubiese sido solo un sueño.

—Siento tener que ser yo quien te lo diga.

Arya interrumpe mis pensamientos con un largo suspiro y mi corazón se detiene. Ni siquiera tengo que preguntar, el miedo en mis ojos habla por mí mejor que mil palabras.

—Es posible que Siena no haya sido del todo honesta contigo —suelta de pronto bajando la voz.

Y lo primero que se me viene a la cabeza es que con lo burra que es Arya para decir las cosas, debe ser algo muy serio para andarse con cautela.

—Por favor, no me digas que está con otra mujer —susurro muerta de miedo.

—No, joder. ¡Mira que eres capulla! —sonríe Arya llevándose una mano a la frente — bueno, realmente tampoco te puedo asegurar que no lo esté —añade encogiéndose de hombros.

—¡Arya, joder! —protesto.

—Resulta que la princesita no es ninguna santa. No te la colaron en el hospital para ayudar, sino que estaba cumpliendo una condena de servicio a la comunidad por un tema de drogas —espetea mi amiga.

—¿Qué? ¿Cómo coño te has enterado de eso?

—Conozco a su camello, éramos compañeros de clase en el instituto —explica con naturalidad.

Me quedo atónita al escuchar sus palabras. Respiro con dificultad, como si alguien hubiese colocado una losa sobre mi pecho. Muerdo mi labio inferior hasta sentir el dolor, los pensamientos se agolpan en mi mente, ideas inconexas que ni ayudan ni tienen sentido.

¿Ha sido todo una mentira? ¿Qué he sido para Siena? ¿Un juguete? Joder, ¿ha estado jugando conmigo todo este tiempo sin sentir nada por mí? Me asalta la idea de que para ella he sido simplemente un reto. ¿Tenía que acostarse con la doctora hetero tan solo para divertirse, como un jodido pasatiempo?

—¡Putas zorras! —murmuro soltando un manotazo en la mesa que tan solo consigue que me duela la mano.

—Eh, que yo en la facultad de medicina fumaba un montón de maría y no por eso soy una delincuente —se queja Arya —aunque parece ser que a ella no le pasan hierba, sino algo bastante más fuerte —añade.

Ni siquiera presto atención a sus palabras. Nada de lo que dice tiene sentido. Estoy completamente perdida. Confusa.

—Voy a su apartamento —anuncio levantándome de la silla con determinación.

—Espera. Te acompaño.

—Tienes trabajo —protesto señalando con el dedo para que se quede en su sitio— lo que tengo que hacer lo puedo hacer yo sola.

—Prefiero ir contigo, no quiero que te despidan si le partes la cara de un tortazo.

—Si vienes conmigo hay más posibilidades de que nos despidan a las dos.

—Te juro que no le hago nada —me asegura Arya guardando unas carpetas marrones en un archivador y cogiendo el casco de su moto—. Mierda. Mira que esa chica me gustaba para ti —añade negando con la cabeza.

Antes de que me quiera dar cuenta, estoy sentada detrás de Arya en esa horrible motocicleta negra que me da un miedo de espanto. Me sujeto como puedo a su cintura para no perder el equilibrio mientras esquiva los coches a una velocidad de vértigo. Rezando

para no tener un accidente. Suplicando que no nos pare la policía. Rogando encontrar a Siena en su apartamento.

Arya

Conduzco bien pasado el límite de velocidad, sorteando los coches en dirección al apartamento de Siena Collins. Le he prometido a Sofía que no le haré nada, pero juro que le voy a arrancar la cabeza en cuanto la vea.

Zorra malcriada. No le perdonaré nunca que haya jugado con mi amiga de este modo. Sofi es la mejor persona que conozco, es uno de esos raros seres de luz que están entre nosotros para hacer un mundo mejor. No merece que le hagan daño. No a ella. Ya puede tener una buena excusa porque le pienso dar un puñetazo en todos los morros y la voy a dejar sin esos dientes perfectos que tiene.

Y ya es raro que yo me equivoque tanto con una persona. Desde pequeña tengo una especie de sexto sentido para saber en quién puedo confiar y en quién no. Supongo que es lo que tiene crecer en una de las barriadas más peligrosas de Los Ángeles. Es lo que te mantiene con vida. Hubiese jurado que Siena era buena persona, estaba convencida de que por fin Sofía había encontrado a su pareja perfecta. Vale, la heredera tenía sus cosas, pero no esperaba esto. Para nada esperaba esto.

Capítulo 20

Siena

Enciendo el teléfono móvil y no puedo evitar que se me caigan las lágrimas al leer los mensajes de Sofía. Los primeros están llenos de ternura, son mensajes de esos que te sacan una sonrisa aunque estés hundida. Me dice que me quiere y me pregunta dónde estoy. Los últimos son más secos, casi dejan ver la desesperación en su tono. Hay también varias llamadas de teléfono sin responder.

Tomo una gran cantidad de aire y lo dejo salir con lentitud, como si eso pudiese calmarme. Nada puede en estos instantes. ¿Qué coño estoy haciendo? Sofía es una de esas personas que es casi imposible de encontrar. Una persona buena, con todo el significado que conlleva esa palabra. Un ser puro en un mundo de mierda. No se merece haberme encontrado, estaba mejor sin mí y yo nunca debí acercarme tanto a ella. No en el estado mental en el que me encuentro. Tan solo puedo hacerle daño.

Pero es que me atraía tanto que era imposible no hacerlo. No sabría decir que es lo que más valoro en ella, lo que más echaré de menos. Quizá esa sonrisa tan sincera, esa empatía que logra que te abras cuando estás a su lado. Puede que su manera de encontrar las palabras adecuadas para cada situación. Esos besos en la punta de la nariz cuando quiere darte mimos, sus caricias, los suaves gemidos cuando hacemos el amor.

Mierda, la voy a echar de menos mucho más de lo que pensaba. Va a ser demasiado duro y sé que para Sofi también lo será, pero es necesario hacer esto. Debo marcar distancia para no hacerle más daño al final. Todo lo que toco se acaba yendo a la mierda, estoy tan rota por dentro que acabo rompiendo también a las personas a las que quiero.

Pensaré en ella durante mucho tiempo, quizá no seré capaz de olvidarla jamás. Creo que siempre me preguntaré dónde podríamos haber llegado juntas, siempre tendrá un lugar de privilegio en mi corazón.

El seco sonido de la puerta al abrirse interrumpe mis pensamientos y me devuelve a la realidad. Por unos instantes mi corazón se detiene. Mi mente me traiciona imaginando que puede ser Sofía que ha venido a buscarme, pero pronto me doy cuenta de que nunca le he dado la llave de mi apartamento y se me hiela la sangre al comprender quién ha entrado.

—No puedes estar aquí —exclamo al ver a mi ex plantada frente a mí.

—Te necesito —masculla con esa cara de cachorrito abandonado que pone cuando quiere conseguir algo.

Odio esos ojos de pena. Hace unos meses esa mirada era capaz de lograr de mí cualquier cosa. Apenas puedo creer las estupideces que he hecho por esa mirada, pero todo eso se ha acabado. Se ha acabado para siempre.

—Vete de aquí —ordeno levantando la voz.

—Siena, sé que he cometido una estupidez. Me he portado mal contigo pero te juro que no volverá a pasar. Esta vez es diferente. De verdad, esta vez tienes que creerme, he cambiado —me asegura juntando sus manos como si estuviese suplicando perdón.

“He cambiado”. “Esta vez es diferente”. He escuchado tantas veces esas dos frases de su boca que me entran ganas de vomitar. Lo peor es que me las he creído en más ocasiones de las que puedo recordar y siempre ha ido a peor. Cada nueva oportunidad que le he dado ha reforzado su influencia sobre mí, haciéndola más manipuladora aún y hundiendo mi

autoestima hasta hacerme una mera marioneta en sus manos.

¿Por qué ejerce ese poder sobre mí incluso ahora? Sé que es mezquina y manipuladora. Una mentirosa compulsiva. Aun así sigue teniendo poder sobre mí y me entran ganas de llorar al reconocerlo.

Al principio fue bonito, pensaba que había encontrado a la mujer de mi vida. Me comprendía, me animaba a enfrentarme a mi familia, a sacar mi lado rebelde. Terminé cambiando tanto para gustarle que ya apenas me reconozco a mí misma. Me miro y no sé quién soy.

—Tienes que marcharte de aquí o llamaré a la policía —amenazo caminando hasta colocarme a unos pasos de ella.

¡Zas!

Caigo al suelo e instintivamente me llevo la mano a la boca. No es tanto el dolor físico como el emocional. El sentimiento de vulnerabilidad, de miedo, de saber que vuelvo a estar a su merced. Un pequeño reguero de sangre gotea desde mi nariz tiñendo el suelo de rojo. La fragilidad de limpiar tu propia sangre con el reverso de tu mano mientras sientes cómo tus labios comienzan a hincharse. El miedo de no conocer dónde están sus límites.

—Si no eres mía, no serás de nadie —amenaza, cogiéndome por el pelo para levantar mi cabeza.

Respiro con dificultad, tiemblo de miedo. Ella pasa la punta de sus dedos por mis labios hinchados antes de intentar besarme. Aparto la cara y recibo un nuevo golpe. Lloro impotente en el suelo sin saber lo que va a ocurrir. Incapaz de plantarle cara. Sin comprender por qué actúo así.

Permanezco en el suelo a su merced, dolorida y humillada, y me vienen a la cabeza esos perros maltratados que siguen con sus dueños a pesar de recibir nada más que palos y malos tratos. Es extraño cómo funciona la mente humana, pero solo puedo llorar y pensar en esos perros.

—Desnúdate —ordena con un tono de voz que me hace temblar.

—Por favor, no me hagas esto, Claudia —suplico bajando la mirada para no encontrarme con sus ojos mientras comienzo a desabrochar mi blusa.

Capítulo 21

Siena

—Siena, ¿estás ahí? —escucho de pronto en la puerta de entrada.

No sé bien cómo sentirme al oír su voz. Lo primero que se me viene a la cabeza es un halo de esperanza. De pronto ya no tengo tanto miedo, a su lado estoy dispuesta a enfrentarme a mi ex. A continuación, una sombra de preocupación se ciñe sobre mi cabeza. ¿Y si le pasa algo a Sofía por mi culpa? No me lo perdonaría jamás, mi ex fue boxeadora amateur y está fuera de sí. Puedo ver que no es capaz de pensar con claridad.

Y en el momento en que Claudia saca una navaja de su bolsillo sé que lo mejor es que Sofía no entre.

—¡Vete y llama a la policía! —grito con desesperación, pero ya es tarde.

Sofía se queda paralizada observando la escena dantesca que tiene ante sus ojos. Yo tirada en el suelo, sangrando, con la blusa a medio desabrochar. Mi ex frente a ella, dispuesta a todo y con una navaja en la mano. En esos instantes me quiero morir.

Por momentos se me pasa por la cabeza abalanzarme sobre Claudia para darle una oportunidad a Sofía de escapar y llamar a la policía. Posiblemente, yo no viviré para contarle porque veo que a Claudia ya no le importa nada, pero al menos Sofía se salvaría. Si tiene que elegir, mi ex atacará antes a Sofi, le echa la culpa de que ya no esté con ella.

Eso es lo que me gustaría hacer, pero estoy aterrorizada y no soy capaz de moverme. Tan solo puedo mirar a Sofía; las manos le tiemblan visiblemente y el color de su rostro se ha vuelto pálido, su respiración se ha acelerado. Fija su mirada en mi ex sin comprender lo que ocurre al tiempo que mantiene los puños cerrados con fuerza hasta que sus nudillos se han quedado blancos.

Ojalá se diese la vuelta y corriese hacia su salvación, pero sé que es incapaz de hacerlo. Su esencia es proteger y salvar a la gente, no me abandonará aunque eso suponga su muerte.

—En esta puta ciudad no hay sitio ni para aparcar una moto —escucho tras ella.

Arya Kumari se detiene de pronto, sus ojos alternando entre nosotras tres, sorprendida ante la situación que se acaba de encontrar. Al menos ella podrá salir corriendo y pedir ayuda.

—¡Joder! —bufa Arya abriendo sus grandes ojos y acercándose con pequeños pasos hacia donde está Sofía.

Mi ex nos mira desconcertada. La situación ha cambiado por completo, pero su mirada está llena de odio y determinación. No es capaz de razonar y estoy segura de que cometerá alguna locura.

—Mira sus pupilas. Va hasta el culo de *blues* —susurra Arya cogiendo a Sofi por el codo—. Al final va a resultar que el fentanilo que le vende “Pie veloz” a tu novia no es para ella, sino para la pirada esta —añade señalando a mi ex con la barbilla.

Mi mirada se cruza instintivamente con la de Sofía. ¿Cómo saben que “Pie veloz” me vende fentanilo? Ni siquiera la policía lo sabe, he preferido mentir y decir que no conocía de nada a la persona que me había vendido la droga para no verme envuelta en más problemas. ¿Sabía Sofía desde el principio mis problemas con la policía?

Mis pensamientos se interrumpen pronto porque Claudia se abalanza sobre Sofi, que cae al suelo por un rápido empujón de Arya y se salva por los pelos. A continuación, todo se

vuelve demasiado confuso, gritos, amenazas. Claudia está en el suelo en un estado semiinconsciente. Se cubre la cara con las manos mientras Arya le propina patadas y jura que le arrancará la cabeza. El jarrón de la dinastía Ming de mi abuela roto a su lado, Sofía tratando de detener a Arya.

Lo veo todo borroso, como si estuviese en una nube. Mi respiración se vuelve pesada y se me van cerrando los ojos hasta que veo a Sofía llorar a mi lado.

Arya

—¡Joder! —exclamo con sorpresa en cuanto entro en el apartamento de la heredera y me encuentro con una escena digna de un thriller.

Venía dispuesta a poner en su sitio a la niñata consentida. El viaje en moto hasta su casa me fue calentando la cabeza y no soporto que alguien haga daño a Sofía. En cambio, me encuentro a la princesa tirada en el suelo, con los morros reventados de un golpe, a Sofi paralizada y a una loca con una navaja y la mirada perdida que nos amenaza.

En cuanto observo sus ojos me doy cuenta de que va puesta de *blues* hasta las cejas. Puto “Pie veloz”. Cuando me dijo que le vendía fentanilo a la heredera, ni siquiera sabía que no era para ella. Ya me parecía a mí que no me encajaba para nada en su comportamiento que estuviese enganchada al *blues*.

La loca de la mirada perdida se abalanza hacia Sofía con la navaja por delante y tan solo tengo tiempo para empujarla con fuerza. Caemos las dos al suelo junto a una cómoda sobre la que hay un jarrón feísimo aunque seguramente muy caro.

Para nuestra desgracia, la loca de la mirada perdida vuelve a la carga navaja en mano cuando Siena se levanta del suelo y la sujeta por el brazo, lo que me permite ganar tiempo para coger el horrible jarrón y partírselo en la cabeza a la pirada, que cae al suelo aturdida y sangrando.

—¡Para ya, que la vas a matar! —grita Sofía tratando de que deje de darle patadas.

—¿Quieres que vuelva a coger la puta navaja? —protesto mientras le propino una nueva patada en la cara que la deja inconsciente y sangrando abundantemente por la nariz y la boca. Joder, al final todavía me voy a acabar metiendo en un lío.

Mientras me encuentro en cuclillas evaluando las posibles lesiones de la loca de la navaja, escucho a Sofi gritar desesperada a mi lado. Sus manos están cubiertas de sangre mientras trata de taponar una herida en el costado de Siena que se encuentra inconsciente en el suelo.

Capítulo 22

Sofía

—¡Esa zorra le ha clavado la navaja! — chilló al borde de un ataque de nervios mientras trato de comprimir la herida para detener la hemorragia.

Siena ha perdido el conocimiento, su cuerpo descansa inerte entre mis brazos y por mucho que sea una doctora con experiencia, en estos momentos lo único que puedo hacer es dirigir una mirada suplicante a Arya para que ella se encargue.

—Tú eres la cirujana, joder —susurro como si la pobre Arya pudiese disponer del equipo necesario para cerrar la herida.

—Llama a emergencias, que trasladen una ambulancia cuanto antes y que venga la policía —ordena Arya mientras se arrodilla junto a mi novia—. Si ves que esa hija de puta se despierta, le das una patada en la cabeza —añade señalando a la mujer que nos atacó.

Temblando y con las manos ensangrentadas, marco el número de emergencias y les indico nuestra posición, solicitando la presencia de una ambulancia y de la policía mientras les explico por encima lo ocurrido.

—¿Cómo está? —balbuceo con miedo.

—No puedo saber con seguridad si ha afectado a algún órgano.

—Eso ya lo sé, joder. ¿Tú qué crees? Ha perdido el conocimiento —insisto nerviosa.

Arya me pide que me calme y me asegura que si tuviese que apostar, diría que es una incisión limpia y que ningún órgano se ha visto afectado. En cuanto al estado de shock, afirma que por los síntomas que presenta cree que puede deberse más a la ansiedad sufrida que a la gravedad de las heridas.

—Pienso que saldrá de esta sin problemas y además le quedará una cicatriz muy chula —bromea.

De pronto, Siena empieza a recuperar el conocimiento. Su respiración es superficial y entrecortada, como la de un cachorrito que se ha perdido. Sus ojos azules, desorbitados por el miedo, buscan los míos suplicando que le inspire confianza, pero estoy segura de que mi mirada refleja el mismo terror que la de ella.

—Te tenemos controlada, no te preocupes —le asegura Arya.

Siena simplemente entrecierra los ojos y asiente ligeramente con la cabeza, coloca su mano derecha ensangrentada sobre la de Arya, como intentando agradecerle lo que está haciendo.

—Dale otra patada a la hija de puta esa —grita Arya al ver que nuestra atacante comienza a moverse.

Y yo que nunca le he pegado a nadie, yo que soy la persona más pacífica del mundo, le arreo sin pensarlo una patada en la sien que vuelve a dejarla inconsciente.

—¡Buah, ya estás lista para ir por mi barrio! —bromea mi amiga en un intento de calmar los ánimos.

Por fortuna, la ambulancia no tarda en llegar acompañada de una patrulla de policía. Arya les explica lo ocurrido en vista de que yo solamente soy capaz de divagar y convence a los agentes de que debemos acompañar a Siena al hospital y, por lo tanto, deben tomarnos declaración más tarde.

—He llamado a la doctora Davis, estudiamos juntas y es el hospital más cercano —me

indica tras colgar el teléfono—. No te preocupes, entraré con ella en el quirófano y me aseguraré de que le quede una cicatriz sexy —añade con un guiño de ojo.

La ambulancia vuela por las amplias avenidas de Los Ángeles, el sonido de su sirena, un halo de esperanza para mis oídos mientras permanezco sentada junto a Siena y trato de asegurarle que todo irá bien. Arya nos sigue en su moto y el hecho de que vaya a entrar en el quirófano con ella me da mucha más confianza. Me ha asegurado que la doctora Davis es una excelente cirujana, pero sé que Arya no dejará que le pase nada.

La sala de espera del hospital es silenciosa y está casi vacía. Solo un puñado de personas. Una madre con su hijo, una mujer con su marido, un abuelo con su nieto esperando los resultados para irse a casa. El resplandor rojo anaranjado de la máquina expendedora ilumina los asientos metálicos mientras las luces fluorescentes sobre nosotros parecen distorsionar la realidad.

Mientras espero, me doy cuenta de que es la primera vez que estoy en una sala de espera como usuaria, al menos que yo recuerde y su frialdad se me hace rara. El tiempo me parece eterno, mi pierna derecha tiembla observando las manillas de un gran reloj metalizado, unas jodidas manillas que se niegan a moverse mientras trago saliva nerviosa.

—Doctora Wilson —interrumpe una enfermera —sígame por favor.

Trato de forzar una sonrisa en mis labios mientras camino detrás de la enfermera por un largo pasillo hasta que llegamos a una sala en la que encuentro a Arya. Está charlando con Siena, que ha recuperado el color en su rostro.

Sus hermosos ojos azules parecen haber recobrado la vida y me sonrío al entrar.

—Menuda aventura —bromea cerrando los ojos y meneando ligeramente la cabeza—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto —se disculpa.

—Lo importante es que te encuentres bien, cariño —le aseguro cogiendo su mano entre las mías.

—Perdón por haberte mentido. Me gustaría explicártelo todo —masculla dolorida.

—Ya habrá tiempo para eso, no te preocupes —interrumpo inclinándome para besar su frente.

Siena

La sirena de la ambulancia comienza a ulular en cuanto el vehículo se pone en marcha. Un sonido agudo, como un grito de agonía. Mi cuerpo está postrado en la camilla, una máscara de oxígeno cubriendo mi rostro. Mi costado está repleto de sangre, mi blusa teñida de un color carmesí que empieza a oscurecerse. En el apartamento apenas sentí dolor, quizá por la adrenalina que corría por mi cuerpo, pero ahora el dolor es agudo a pesar de los calmantes que me suministran a través de un gotero.

Mi sangre tiene un olor a hierro, a tierra. Sofía sujeta mi mano sentada junto a mí, la preocupación marcada en sus ojos. Su piel brilla con la tenue luz rosada del interior de la ambulancia. Mi respiración, lenta y superficial, contrasta con el ritmo acelerado que marca el monitor cardíaco al que estoy conectada.

Entre gemidos de dolor, suplico a Sofi que me perdone, aunque la única respuesta que recibo es que permanezca en silencio y guarde fuerzas junto con algún ocasional “te quiero” que me llena de alegría.

El pasillo del hospital se me hace eterno, las luces fluorescentes del techo se deslizan sobre mí mientras la camilla vuela acompañada de las enfermeras. Prisas, gritos, más prisas.

Floto en el quirófano como si estuviese en una nube. Hay luz, mucha luz...y frío. Tengo

miedo.

—Te vas a poner bien, capulla —los ojos de Arya sonríen mientras acaricia mi frente a través de un fino guante de látex.

Todo se vuelve un poco borroso, con lagunas en el tiempo. Ya no siento el dolor y pienso para mí que no me importaría tener a mano lo que sea que me han metido en el quirófano para calmarme.

—Has tenido mucha suerte —anuncia Arya sentada junto a mí.

Ni siquiera sé cómo he llegado a esta sala. Ladeo la cabeza y sonrío. Un “muchas gracias” casi inaudible se escapa de mis labios. Arya me devuelve la sonrisa y aprieta mi mano entre las suyas y por primera vez en todo el día, siento paz.

Mi corazón hace un salto mortal en cuanto Sofía entra en la habitación. Está pálida, sus ojos reflejan una preocupación infinita, pero Arya se apresura a indicarle que todo ha salido bien.

—Le he dejado una cicatriz muy sexy en el costado —bromea.

La alegría inicial al ver a Sofía se torna de pronto en dolor, en arrepentimiento por lo que he hecho. Quería desaparecer de su vida, pensé que era lo mejor, pero ahora, al observar su sonrisa, ya no lo tengo tan claro. Me transmite una tranquilidad a la que no estoy acostumbrada, es como si me pudiese ceder parte de su paz interior.

De no haber sido por la psicópata de mi ex no la hubiese vuelto a ver. Mierda, mi ex.

—¿Dónde está Claudia? —balbuceo recordando haberla visto tirada en el suelo con la cara ensangrentada.

—No me digas que te preocupas por la loca esa —se inquieta Arya abriendo los ojos.

—Solo quiero saber que no anda suelta.

—Se pondrá bien. Está en el hospital pero custodiada por la policía. Por fortuna, no tiene lesiones graves, así que no creo que Arya se meta en problemas por darle una paliza —explica Sofía.

—Por cierto, le he roto en su cabeza un jarrón bastante feo que tenías en el salón. Te lo pagaré —se disculpa Arya.

—No pasa nada —le aseguro entre suspiros—. A mi abuela le hubiese gustado saber que su jarrón de la dinastía Ming ha servido para salvarme la vida.

Sofi y Arya se miran con estupor, como cuestionándose si no hubiese sido mejor zurrarle a mi ex en la cabeza con algún otro objeto más barato.

—No pasa nada, de verdad —insisto negando ligeramente con la cabeza.

—Es que esa zorra iba puesta de *blues* hasta arriba. Parecía no sentir los golpes que le daba —añade Arya abriendo las manos en señal de disculpa.

Capítulo 23

Siena

La paz y tranquilidad que Sofía me aporta se esfuman en cuanto entra mi padre con su abogado. Dirige su mirada hacia Sofía y a continuación detiene sus ojos en nuestras manos entrelazadas. Mi primera reacción es retirar la mano, pero Sofi la aprieta como queriendo infundirme fuerza.

Por suerte, el abogado de mi padre toma la palabra y se dirige a Arya diciendo que la policía no presentará ningún cargo de oficio contra ella por las lesiones causadas. Tampoco cree que mi ex las vaya a presentar, aunque si lo hiciese, mi padre correría con todos los gastos de la defensa.

Nos explica que además de irrumpir en mi apartamento teniendo una orden de alejamiento y de las lesiones que me ha causado, llevaba encima una cantidad de fentanilo más que suficiente como para añadir una pena por tráfico de drogas.

—Siento no haberte creído cuando me dijiste que tú no tenías nada que ver con el fentanilo que la policía te había incautado —expone mi padre sin apartar la vista de mis dedos entrelazados con los de Sofía.

Asiento levemente con la cabeza y esbozo una sonrisa en los labios. Para mi padre, expresar una breve disculpa es peor que si le quemasen vivo.

A continuación, fija su atención en Arya, a la que acribilla a preguntas sobre la cirugía, mis lesiones y mi recuperación, aunque parece quedar muy satisfecho tanto por el trabajo realizado por la cirujana como por sus explicaciones. Aun así, me indica que mañana me trasladarán al Collins Memorial para seguir con mi recuperación.

—Esto es como estar en un hotel de lujo. Nunca había estado en esta habitación del hospital, ni siquiera sabía que existía —apunta Sofía observando la enorme suite en la que me recupero.

—La construyeron cuando mi abuelo se puso enfermo —le explico—. Ahora solamente se usa para pacientes importantes que requieren privacidad.

—¿Cómo tú?

—No me hace ninguna gracia quedarme en la habitación en la que murió mi abuelo —reconozco bajando la voz.

—Ahora que te encuentras mejor, creo que debemos hablar de unas cuantas cosas —expone Sofi alzando las cejas y dejando escapar un suspiro.

Asiento y, por la cara que ha puesto, veo que está tan incómoda como yo con la conversación que debemos mantener, pero es necesario hacerlo.

—Sofía, lo siento mucho. De verdad, no te puedes hacer una idea de lo que me duele —admito desviando la mirada para no encontrarme con sus ojos.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué desapareciste sin decir nada? ¿Por qué no has confiado en mí? No entiendo nada, Siena. Estaba sintiendo cosas por ti que no había sentido por nadie con anterioridad. Quiero comprender tus razones, de verdad que quiero.

Coge mi mano entre las suyas y la aprieta con fuerza, como tratando de anclarse a un sentimiento pasado, a un tiempo en el que todo estaba bien entre nosotras.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —reconozco encogiéndome de hombros.

—Empieza por la parte que quieras, lo que te sea más sencillo.

—De la parte de los servicios a la comunidad no te dije nada porque ni siquiera mi padre me creyó en su día.

—Yo te hubiese creído —suspira Sofía.

—Lo sé, pero era muy duro para mí. No te puedes hacer una idea de lo difícil que es soportar que tu propio padre no crea en tu palabra. Cuando la policía me pilló con todo ese fentanilo, mi padre asumió que era para consumirlo yo. Le expliqué que era Claudia la que lo tomaba, que yo solamente lo compraba, pero no me escuchó. Entiendo que la policía no me creyese, pero que mi propio padre no lo hiciera fue demasiado duro.

—Debiste confiar en mí. Entiendo que llevábamos poco tiempo juntas, pero yo te hubiese apoyado sin dudarlo —asegura Sofi.

—Lo siento —repito una vez más—. En cuanto a lo de marcharme de tu apartamento sin decir nada, fue por tu bien.

—¿Por mi bien? ¿Cómo coño puede ser por mi bien? Pensé que estábamos de maravilla, creí que lo nuestro estaba funcionando —se lamenta Sofía con un claro gesto de dolor.

—Trataba de protegerte.

—¿Protegerme de quién?

—De mí y de la psicópata de mi exnovia —le explico.

—No te entiendo.

—Claudia me había enviado fotos en la que aparecíamos tú y yo de la mano con cruces rojas en la cabeza. No quería que te ocurriese nada malo —tercio apretando su mano.

—Y de ti, ¿por qué?

—Porque estoy rota, Sofía. Tú eres una persona maravillosa, quizá la mejor persona que he conocido en toda mi vida. Eres buena con todo lo positivo que esa palabra conlleva. Yo no sé si tengo solución, estoy muy jodida y tú te mereces alguien mejor que yo —confieso entornando los ojos y mordiendo mi labio inferior.

—¿No crees que esa decisión me corresponde a mí y no a ti? ¿No piensas que debo ser yo quien decida si me merece la pena estar contigo? No tienes ningún derecho a decidir por tu cuenta y alejarte de mí para protegerme. Si quiero arriesgarme con una relación, lo hago, tengo treinta y seis años, ya no soy una niña a la que haya que proteger —me recrimina Sofía.

—No sé qué decir —suspiro.

—Hubiese luchado por ti, Siena. Podía intuir que lo estabas pasando mal y estaba dispuesta a todo por permanecer a tu lado.

—Tú no sabes lo hijo de puta que puede llegar a ser mi padre. Están empeñados en casarme con el hijo de alguno de sus amigos, al menos con el heredero de alguna saga empresarial. Te verían como una amenaza y podrías incluso perder el trabajo —le aseguro secando con la punta de mis dedos las lágrimas que se escapan de mis ojos—. Las empresas de la familia son lo más importante para él.

—¿Qué es lo que tú quieres?

—Eso no importa, es irrelevante.

—No lo es. ¿Qué es lo que tú quieres? —insiste Sofía.

—A mí me gustaría dejar la carrera de medicina y trabajar ayudando a la gente sin recursos en una ONG. Quisiera utilizar el dinero de mi familia para marcar una diferencia en la vida de otras personas, no para crear más dinero aún. Lo que de verdad querría es

hacer algo parecido a mi amiga Marlo con su fundación para ayudar a las personas sin techo. He trabajado de voluntaria en ella un montón de horas y era feliz cada día.

—¿Por qué no lo haces? Tienes veintisiete años. No eres una niña. Entiendo que tus padres no querrían que tocases su dinero para eso, pero nada te impide buscar trabajo en una fundación. He visto lo bien que te has arreglado organizando el vuelo para que mi paciente recibiese en Houston el tratamiento experimental y eres muy buena en eso. Cualquier fundación estaría encantada contigo. El sueldo que tendrías haciendo ese tipo de trabajo no te permitiría llevar el nivel de vida que tienes ahora, pero al menos serías feliz —explica Sofía como si yo no lo supiese.

—No puedo, Sofi.

—Yo gano el suficiente dinero para mantenernos a las dos sin problema. Podríamos vivir juntas y...

—Sofía, lo siento —interrumpo—. Eso no va a suceder nunca. Me debo a mi familia. Soy hija única y alguien tiene que continuar el legado familiar aunque no me apetezca. El apellido obliga, como dice mi padre.

—No estamos en la Edad Media para tener que mantener vuestro imperio a toda costa —se queja.

—Lo llevo demasiado metido dentro de mí. Debo hacerlo, sé que jamás seré feliz, pero es mi responsabilidad. Sé que tú no lo entiendes pero es mucho más común de lo que te piensas, lo mío no es un caso aislado.

Sofía deja escapar un largo suspiro, un suspiro de resignación. Sobran las palabras, sabe que lo nuestro se ha acabado, no por falta de amor, sino por la obligación familiar. La llevaré para siempre en mi corazón, estará siempre conmigo y recordaré el breve tiempo que estuvimos juntas como una época feliz a pesar de todo lo que la rodeaba.

Estoy segura de que me preguntaré un millón de veces qué es lo que podría haber sido y nunca será. Encerrada en algún despacho de lujo, mientras me convierto en una zorra fría y calculadora como mi padre, pensaré en Sofía y en toda su bondad. Quizá ese recuerdo me mantenga más humana.

Capítulo 24

Sofía

Moderno e imponente, el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles está abarrotado de edificios y tráfico. Los aviones se agolpan en el cielo sobre nosotras en un flujo constante de aterrizajes y despegues.

Una vez que detengo el coche, agarro el volante con fuerza hasta que mis nudillos se quedan blancos, queriendo anclarme al presente, temerosa de lo que ocurrirá a partir de ahora.

Siena trata de esbozar una sonrisa en sus labios, pero ninguna de las dos somos capaces de fingirla al adentrarnos en el hervidero de actividad que es el edificio principal.

En poco más de dos horas tomará un avión hacia Londres. Diez horas y media más tarde llegará a su destino y es posible que no volvamos a vernos. Me rompe el corazón observar la tristeza en sus ojos, es plenamente consciente de que no ha tomado esta decisión por sí misma sino por su padre. Ha sido él quien ha decidido que lo mejor para Siena es empezar su carrera profesional en Londres, en una de las empresas del conglomerado familiar, lejos de sus problemas en Estados Unidos y lejos de mí.

—Siena, no tienes que hacerlo —le recuerdo en cuanto nos acercamos al acceso de la zona de embarque.

Ella no responde, solamente suspira y se encoge de hombros, pequeñas lágrimas asomando de sus hermosos ojos azules, ahora tristes y apagados.

—Creo que ya te lo he dicho, pero lo siento —susurra antes de fundirnos en un eterno abrazo.

—Me lo has dicho un millón de veces y sigo sin entenderlo —protesto—. Estás sacrificando tu felicidad por los deseos de tu padre.

—Es lo mejor para mi familia —me repite de nuevo como si no hubiese intentado explicarme lo de la tradición familiar miles de veces en estas dos últimas semanas.

Acaricio su espalda sintiendo la humedad de las lágrimas en su mejilla, besos salados que suenan a una despedida para siempre hasta que Siena se separa de mí.

Muerde su labio inferior con dolor, negando con la cabeza mientras trata de secar las lágrimas que brotan de sus ojos. Vuelve a encogerse de hombros como queriendo disculparse sin que las palabras sean capaces de salir de su garganta.

—Es mejor que me vaya —susurra—esto está siendo demasiado doloroso.

Asiento con la cabeza y acaricio su brazo izquierdo, mi otra mano entrelazada con la suya sin que ninguna de las dos quiera soltarse, deseando luchar por cada segundo extra que podamos tener juntas.

—Te llamaré y vendré a verte en unos meses, no tiene que ser para siempre —miento aunque las dos sabemos que no será así.

Coloca los objetos metálicos en una cesta de plástico traslúcido y me dedica una última mirada antes de pasar el control de seguridad que la llevará a la zona de embarque. Sus ojos están repletos de lágrimas y me lanza un beso que quisiera recordar para siempre.

Dejo escapar un largo suspiro maldiciendo su decisión, incapaz de comprenderla por más que lo intento. ¿Hasta dónde es capaz de llegar el sentido del deber familiar cuando se trata

de empresas? Supongo que jamás podré entenderlo porque no lo he vivido, pero la vida de Siena parece estar condicionada por ello y eso la está matando. Lo sabe y, aun así, está dispuesta a renunciar a su felicidad.

Camino aturdida entre la multitud, arrastrando los pies, deseando salir del maldito aeropuerto cuanto antes. Creo que no podré volver a él, buscaré cualquiera de los otros aeropuertos de la ciudad el día que tenga que tomar un avión. No podría soportar el recuerdo de la imagen de Siena cruzando el control de seguridad con los ojos repletos de lágrimas.

—Sofía —escucho en la lejanía, aunque no le doy importancia. Sin duda mi subconsciente empieza a jugarme malas pasadas y creo escuchar la voz de Siena cuando sé que no puede ser ella.

Una buena amiga me dijo una vez que cuando rompió con su novia creía verla por la calle. Cada mujer con unas características similares le recordaba a ella y creía escuchar su voz en cada conversación que llegaba a sus oídos. La mente humana puede ser muy cabrona a veces.

—Sofi —escucho de nuevo.

Me detengo y me giro. Observo un tumulto lejano en la zona en la que se encuentra el control de seguridad. Varios pasajeros y un par de guardias de seguridad parecen discutir con una mujer que se empeña en cruzar en la dirección contraria.

Me quedo quieta, más por curiosidad que por algún tipo de esperanza, y debo pestañear varias veces al percatarme de que la mujer que intenta cruzar en sentido contrario es Siena que sigue gritando mi nombre.

Corro hacia ella, los guardias de seguridad, por pura desesperación, le permiten cruzar y nos fundimos en un beso que parece no tener fin.

—¿Qué coño haces? —pregunto sin comprender lo que ocurre.

—Me quedo. Que le den por el culo a las empresas —grita Siena apretando mi cuerpo como si quisiese romperme.

—Pareces Arya —bromeo volviendo a besar sus labios —¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida, solo espero que mi padre no te despida —añade.

—Si me despide, que le den, aunque sea tu padre —bromeo—buscaré otro hospital. De todos modos, no mola trabajar en un sitio que lleva el apellido de tu novia.

—Eres idiota —susurra cubriendo de besos mi cuello.

Cuando por fin nos separamos unos instantes, apenas puedo creer lo que está ocurriendo. Hace tan solo unos minutos ambas estábamos sumidas en la tristeza más absoluta, desoladas, sabiendo que nuestra relación se iba a la mierda. Ahora reímos y nos abrazamos en medio de la multitud que nos mira como si nos hubiésemos vuelto locas, aunque a ninguna de las dos nos importa lo más mínimo.

Y mientras caminamos de la mano hacia mi coche, nuestros dedos entrelazados sin pararnos ni siquiera a recuperar sus maletas, nos invade un sentimiento de felicidad difícil de explicar. Ambas sabemos que no será sencillo. Ahora toca enfrentarse a su familia, toca luchar contra las heridas en su alma, contra los fantasmas de su pasado. Tendremos que hacer malabares con mis horarios, pero las dos sabemos que lo vamos a dar todo para que lo nuestro funcione. Sabemos que no hay vuelta atrás y que no retrocederemos ni para tomar impulso.

Epílogo

Arya – Un año más tarde.

Los confines de la piscina revelan una maravillosa vista del océano. El sol se refleja en las aguas azules, poco profundas, y la arena blanca de la playa remata un contraste perfecto.

La villa se asienta en lo alto de una colina, sus cuidados jardines un derroche de color y vida. Flores de todos los colores y tipos crecen a nuestro alrededor y su aroma se transmite por la suave brisa como si fuese un manto perfumado, mezclándose con el olor de la carne a la brasa que preparo en una gran barbacoa.

Mi ahijada, “mini Arya”, la hija de Laura Park y Daniela McKenna, juega animadamente con Lucas, nuestro viejo Golden Retriever. Mientras tanto, Jaime, el hijo de Patricia, no aparta su vista del teléfono móvil. A veces me parece imposible que sea ya tan mayor. El tiempo vuela cuando eres feliz.

Mientras doy la vuelta a las costillas y les añado algunas especias que mi madre ha traído desde la India, me maravillo de lo que ha cambiado la vida de Sofía y Siena en el último año.

Tenía mis dudas de que fuese capaz de enfrentarse a su padre, pero con la ayuda de Sofi lo hizo y ahora dirige una fundación que lleva el nombre de su abuelo y que está marcando la diferencia en la vida de muchas personas. No es que su familia esté contenta con su decisión, pero han pensado que es mejor verla feliz y buscar un gestor externo que se encargue de dirigir las empresas cuando llegue la hora de hacerlo.

—Huele de maravilla —susurra Siena acercándose a la barbacoa de la mano de Sofía.

—Sabe mejor aún —le aseguro espolvoreando un poco de Garam Masala a las sabrosas costillas.

Una vez solucionado el escollo de sus padres, la principal preocupación de Siena era que su ex, Claudia, saldría tarde o temprano de prisión. Sin embargo, la muy imbécil intentó reducir su pena soltando el nombre de “Pie veloz” a la policía y con esas cosas no se juega. Es malo para el negocio.

Ni que decir tiene que “Pie veloz” le envió un “recado” a través de dos internas de la misma cárcel y estoy segura de que en cuanto salga de prisión se irá a vivir lo más lejos de Los Ángeles que pueda y no la volveremos a ver por aquí.

—¿Te acuerdas de esto? —pregunta Siena una vez que entramos en la casa.

—¡Joder! El jarrón que le rompí en la cabeza a la zorra de tu ex. ¿Qué le has hecho? —inquiero al ver que lo han recompuesto de una manera extraña.

—Se lo he enviado a un maestro japonés en el arte del Kintsugi. Lo ha reparado uniendo los trozos del jarrón con oro, bueno, resina con polvo de oro —explica Siena enseñándome los detalles—. La filosofía del arte del Kintsugi es que esas cicatrices forman parte de la historia de los objetos y, por lo tanto, no hay que esconderlas. Pretende mostrar la belleza a través de la fragilidad y la resiliencia y mejora el original —añade.

—Ha quedado bonito —admito sin querer tocarlo demasiado por si se rompe.

—Me recuerda a lo que ha hecho Sofía conmigo —continúa Siena—. Estaba rota y me ha unido a base de amor y comprensión. Con mucha paciencia ha ido curando mis heridas emocionales. Mis cicatrices siguen ahí, pero ahora soy más fuerte y mejor de lo que era antes —reconoce con un suspiro mientras rodea la cintura de su novia y la atrae hacia ella

para besarla.

Otros libros de la autora

Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi [página de Amazon](#).

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes: (Y por favor, no te olvides de dejar una reseña en Amazon o en Goodreads. No te lleva tiempo y ayuda a que otras personas puedan encontrar mis libros).

Serie Hospital Watson Memorial

Pueden leerse de manera independiente ya que cada libro sigue a una pareja distinta. Comparten algunos de los protagonistas y el hospital con el libro que acabas de leer.

“Doctora Stone”

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0C3Y7R7MF>

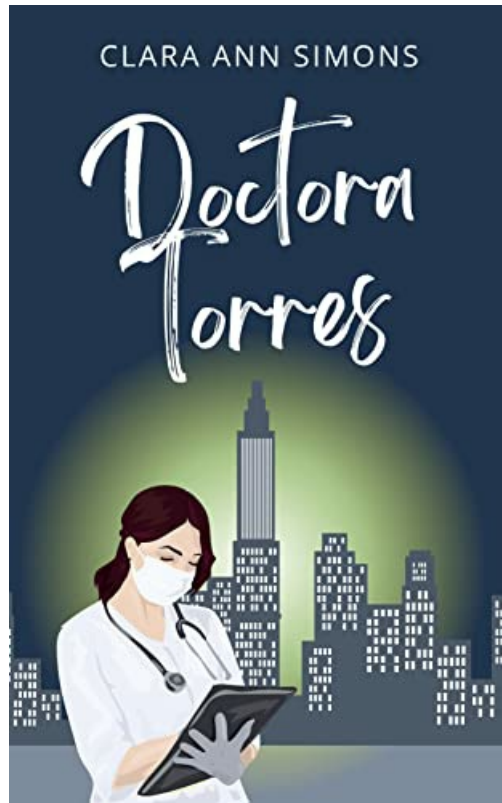
Versión en papel <https://relinks.me/B0C9SLYKZZ>



“Doctora Torres”

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0C3Y7BY1P>

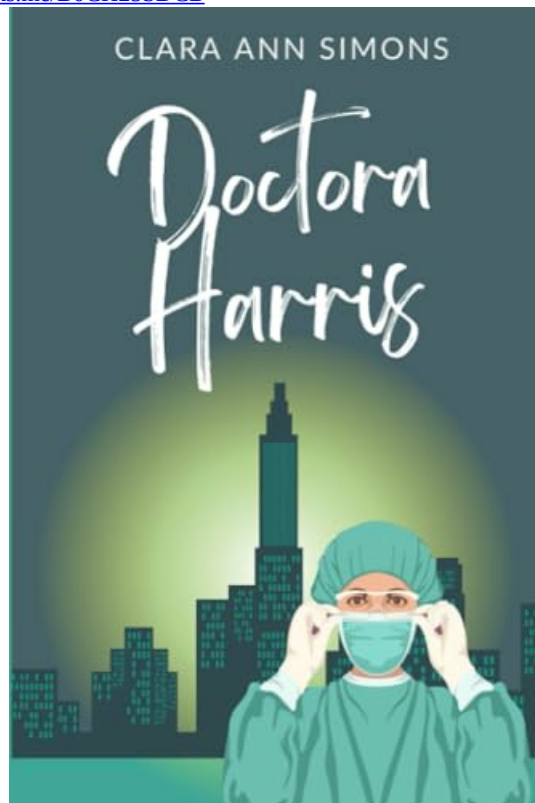
Versión en papel: <https://relinks.me/B0CF48S7MN>



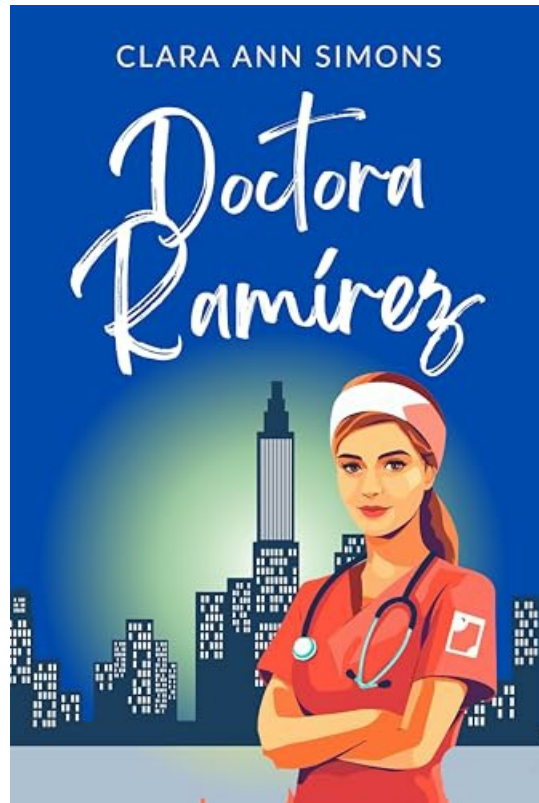
“Doctora Harris”

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0C3Y72YY7>

Versión en papel <https://relinks.me/B0CH25SDCD>



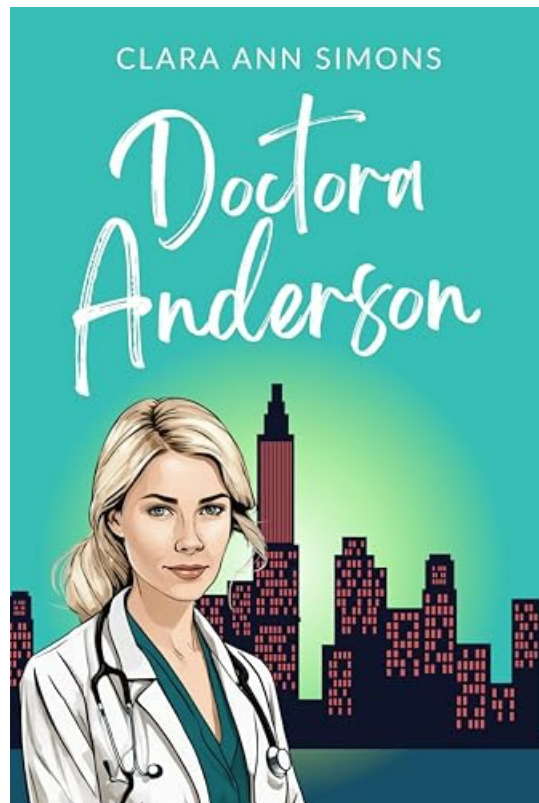
Doctora Ramírez



Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0D3GKJSRL>

Versión en papel <https://relinks.me/B0D8ZSS9KY>

Doctora Anderson



Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0D5C5S3G8>

Versión en papel <https://relinks.me/B0DC6SY6QL>

Bajo una estrella fugaz

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0CPQY6XMM>

Versión en papel <https://relinks.me/B0CPTCVNGC>



“Las cartas perdidas de Sara Nelson”

Versión Kindle y Kindle Unlimited relinks.me/B0CKL9LJW4

Versión en papel <https://relinks.me/B0CKL9LJW4>

